



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

POSGRADO EN HISTORIA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

MEGAHISTORIA: UNA EVALUACIÓN CRÍTICA DE LA HISTORIA UNIVERSAL
CONTEMPORÁNEA 1974-2014

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE

MAESTRO EN HISTORIA

PRESENTA

JOSÉ CAMILO RUIZ TASSINARI

TUTOR

DR RODRIGO DÍAZ MALDONADO

Ciudad Universitaria, Cd. Mx. agosto 2019



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Escribir una tesis implica incurrir en infinidad de deudas. Reconocerlas no es saldarlas, pero es lo mínimo que uno puede hacer. Primero, las institucionales: este trabajo hubiera sido imposible sin la beca de la Dirección General de Posgrados de la UNAM. El Posgrado en Historia de esta universidad, con su gran diversidad de clases, ha sido un inmejorable marco académico para llevar a cabo este proyecto.

Mi asesor y profesor, Rodrigo Díaz, confió en este proyecto desde su origen. Sin su apoyo desinteresado, sin su confianza, a menudo inmerecida, y sin su crítica cálida, nunca hubiera llegado a buen término. Los cuatro sinodales que leyeron y evaluaron esta tesis han sido ejemplos inmejorables de dedicación y seriedad académica, y sus siempre cuidadosos comentarios provocaron reflexiones y cuestionamientos que han enriquecido enormemente este texto. Así que mis más sentidas gracias a Rebeca Villalobos, Leonor García Millé, Javier Rico Moreno e Iván Valdez Bubnov.

Mis compañeros del seminario de historiografía leyeron y comentaron prácticamente todo este trabajo (además de varias secciones que afortunadamente nunca llegaron al borrador final, pero en las que ellos tuvieron que ejercer sus mejores dotes de paciencia). Así que tengo una enorme deuda con las críticas y comentarios de Albert Weber, Ricardo Ledesma, Fernando Vásquez y Carlos Tapia. Varias de las ideas centrales aquí vertidas se las debo a esas discusiones.

Durante más de dos años he bombardeado a amigos y colegas, sin duda que a menudo de manera desubicada y en los momentos menos apropiados, con los temas que atraviesan esta tesis. Emiliano Ruiz, mi hermano, leyó el manuscrito final. Las conversaciones de todos estos años, y su cariño y generosidad exceden por mucho el resultado final, y no hay palabras para expresar una deuda tan profunda. Miranda Martínez la leyó y criticó sistemáticamente, capítulo a capítulo a lo largo del tiempo y luego toda una vez más. Estoy seguro que está radicalmente en desacuerdo conmigo en muchas cosas, pero ese desacuerdo ha estimulado muchas de las ideas aquí contenidas, y le estoy muy agradecido por eso. En Ramón

Centeno, Hugo Cervantes y Alejandro Mendoza encontré inmejorables interlocutores acerca de los autores aquí tratados; Natalie Lazarescou cargó con kilos de libros imposibles de encontrar en este país, en un momento clave en el que tener acceso a estos textos literalmente resolvió el curso de la investigación; los organizadores y los asistentes al Seminario de Maestros me ofrecieron un último foro para exponer mis ideas ante un público más amplio; Valery generosamente me trajo un bonche nada despreciable de libros para iniciar esta investigación.

Mis padres, además de su generosidad y cariño también han inculcado en mí un amor por el conocimiento que espero se vea aunque sea parcialmente expresado en este trabajo, que les está dedicado.

Introducción: Megahistoria/Historia Universal/World History

- 1.1 Qué es la historia universal
- 1.2 La megahistoria
- 1.3 Quimera y necesidad de la historia universal

Primera parte: los marxistas

Introducción a la primera parte

1: Anderson, Wallerstein y sus críticos: la matriz de la historia universal contemporánea

- 1.1 La metahistoria de Perry Anderson
- 1.2 Passages/Lineages
- 1.3 La tradición relevante
- 1.4 La teoría del moderno sistema mundo
- 1.5 Feudalismo o capitalismo al este del Elba
- 1.6 La tesis Brenner
- 1.7 Wallerstein y el modelo de la comercialización
- 1.8 Skocpol y la problemática de la formación de los Estados
- 1.9 Anderson y Wallerstein después de Brenner

Segunda parte: los weberianos

Introducción a la segunda parte

2: Charles Tilly. La guerra como motor de la historia

- 2.1 Configuraciones
- 2.2 Capital, coerción y Estados

2.3 ¿El motor de la historia?

3: Michael Mann: variaciones sobre Weber

3.1 Las Fuentes del Poder Social

3.2 La dinámica europea

3.3 La Gran Divergencia

3.4. Desafíos

Tercera parte: bifurcaciones y regresos

Introducción a la cuarta parte

4: Giovanni Arrighi: un intento de síntesis

4.1 Marxismo smithiano

4.2 El Largo Siglo XX

4.3 Reorientación

4.4 Corsi e Ricorsi!

5: Francis Fukuyama. ¿El fin de la (mega)historia?

5.1 Hegel, Kojève y el legado neoconservador.

5.2 Del Fin de la Historia a Orden Político

5.3 Democracia y Capitalismo en el final de la historia.

Conclusión

Bibliografía

¿Cómo hemos de comprender el despliegue temporal de toda la existencia humana colectiva? La necesidad de pensar de nuevo esta pregunta en un contexto global, esto es, de pensar en una historia universal, no se ha sentido tan acuciante en siglos, tal vez desde Hegel, Haití y la era de las revoluciones.

-Susan Buck-Morss

-If Braudel couldn't bring off the coup, who could?

-Charles Tilly

Introducción

Este es un estudio acerca de los intentos contemporáneos de producir grandes narrativas del desarrollo histórico, es decir historias universales. Immanuel Wallerstein, Perry Anderson, Charles Tilly, Michael Mann, Giovanni Arrighi y Francis Fukuyama han escrito ambiciosas narrativas que buscan no sólo teorizar sino contar la historia de la humanidad, en obras de una gran amplitud espacial y extensión temporal. Para evitar el término “gran narrativa del desarrollo histórico”, he decidido nombrar a esta corriente historiográfica: megahistoria. La megahistoria es la versión predominante de la historia universal contemporánea. Se articula en torno a una idea común de la historia, un diálogo intelectual sostenido a lo largo de varias décadas, y una serie de problemáticas compartidas cuyo desarrollo se puede trazar claramente desde las primeras obras de Wallerstein y Anderson de 1974 hasta las de Francis Fukuyama en el 2014.

La historia universal parece haber desaparecido súbitamente durante la primera mitad del siglo XIX, tras la profesionalización de la disciplina histórica impulsada por la escuela de Leopold von Ranke. Por tanto, el argumento central de este trabajo está construido en dos momentos: por un lado, sostengo que, contra lo que cree la historiografía predominante, la historia universal ha existido, durante el siglo XX, como una corriente oculta pero extremadamente influyente del pensamiento histórico. En este nivel, la delimitación de mi objeto de estudio –las obras de los seis historiadores mencionados más arriba- es ya la afirmación más clara de mi tesis: la historia universal contemporánea existe, aunque la hayamos querido ignorar. En segundo lugar, este trabajo busca contar la historia intelectual de esta forma de escritura del pasado. Sostengo que estos autores han concebido sus obras como un intento de resolver los desafíos y responder a las interrogantes planteadas por los anteriores, en un juego de recepciones e influencias tácitas y explícitas: un verdadero hexágono de referencias y debates. El hilo central que une este desarrollo es la problemática de los Estados y el capital. Es decir, para los seis megahistoriadores, los dos resortes centrales de la historia son la construcción del Estado (o la formación de un sistema internacional de Estados) y el desarrollo del

capitalismo. Unos le darán más énfasis a uno o a otro, pero todos mantendrán esta doble problemática en el centro de su teoría de la historia. El grueso de este trabajo, por tanto, consiste en un estudio detallado de las megahistorias, en función de las respuestas que pretenden darle a esta problemática central. Las obras en cuestión son: *El moderno sistema mundo*, de Immanuel Wallerstein; *Passages from antiquity to feudalism* y *Lineages of the absolutist state*, de Perry Anderson; *Capital, coercion and European States*, de Charles Tilly; *The sources of social power*, de Michael Mann; *The long twentieth century* y *Adam Smith in Beijing*, de Giovanni Arrighi; y *The origins of political order* y *Political order and political decay*, de Francis Fukuyama.

El problema que subyace a este estudio es el de las relaciones entre la teoría y la historia. Parto de la idea de que cualquier tipo de escritura histórica es impensable sin una concomitante creación de marcos más amplios de significado; es decir, de teorías tácitas de qué es lo relevante en el proceso histórico. Sin embargo, una vez que uno acepta que la teoría orientará la búsqueda y selección de lo “históricamente relevante”, no hay una relación directa y franca entre la acumulación de conocimiento empírico y el desarrollo o la explicitación de esa misma teoría.¹ Además de orientar la búsqueda de problemáticas, ¿hasta qué punto debe la teoría “intervenir” en el proceso de investigación? Si aceptamos la inevitabilidad de una teoría de la causalidad, ¿en qué medida la investigación histórica debe concebirse como una defensa de un determinado programa de investigación y, en ese caso, qué tan universales pueden ser estos marcos de significado? Pues estas seis obras son antes que nada intentos de generar marcos más amplios de significado (más amplios que los prevaletentes en la academia), es decir, teorías de la historia empíricamente sustentadas. Ese es su gran mérito y, acaso, su principal problema, pero es uno al que todo historiador se enfrenta, en mayor o menor medida, incluso –particularmente- si no es él mismo consciente de la existencia de tal problema.

¹ Michael Burawoy, “Two Methods in Search of Science”, *Theory and Society*, Vol. 18 Num. 6, 1989.

Antes de estudiar estas obras, es imprescindible entender tres cuestiones mutuamente relacionadas. La primera es la de qué hace de estas obras una versión contemporánea de la historia universal; qué elementos de continuidad permiten la comparación con la vieja historia universal bíblica o de la Ilustración. La primera sección, por tanto, busca poner de relieve las características centrales de este tipo de escritura histórica, para poder entender las continuidades con las obras en cuestión. En segundo lugar, una vez entendido el vínculo conceptual entre historia universal y la megahistoria, intentaré explorar más a detalle a esta última como una corriente historiográfica específica del último medio siglo. La problemática Estados-capital es el hilo central, pero no es el único: estos autores tienen en común también una relación heterodoxa pero cercana con Karl Marx y Max Weber, y un tema central a sus obras es la llamada Gran Divergencia: el proceso a través del cual Occidente se impuso a Oriente. Esta exploración buscará delimitar a la megahistoria de sus primas hermanas, la sociología histórica, la historia global y la *big history*. Sostengo que todas estas corrientes comparten un mismo resorte: la búsqueda de respuestas totalizantes a la fragmentación disciplinaria de nuestro conocimiento del pasado. Sin embargo, enfáticamente afirmo que no son lo mismo, y es importante tener una idea clara de sus fronteras. En tercer lugar, en la medida en la que este trabajo propone la existencia de una corriente historiográfica ignorada, es imprescindible entender qué hizo en primer lugar que la historia universal se desvaneciera (o que se creyera que se había desvanecido). Afirmaré que en realidad nunca lo hizo, y que la profesionalización rankeana de los estudios históricos de la que somos herederos produjo un doble desplazamiento simultáneo de la historia universal, hacia arriba y hacia abajo: por un lado, una idea tácita de las etapas y los patrones del desarrollo histórico fue incluida *sub rosa* en la organización misma de la disciplina y, por el otro, el campo quedó libre para la aparición más o menos constante de rimbombantes historias universales, a menudo a contrapelo de la producción académica.

Este primer capítulo es un diálogo con la reciente literatura en torno a las reacciones totalizantes de las que hablé antes: no han faltado, durante el último cuarto de siglo, reflexiones y propuestas acerca de cómo escribir una historia en

donde el Estado-Nación no sea la unidad básica de análisis, que lidie con la más amplia de las escalas y que simultáneamente lo haga de un modo comparativo; capaz de aprehender los grandes procesos de cambio social. En la medida en la que variantes de la historia *macro* han ganado en adeptos y credenciales académicas (la más popular es sin duda la historia global), algunas de estas cuestiones ya ni siquiera parecen tan novedosas. Sin embargo, y sin que eso elimine sus otros méritos, toda esta literatura ha hecho caso omiso de su más claro predecesor y aliado; a saber, los seis autores tratados aquí.² En las casi 900 páginas del *Oxford handbook of World History* varios de ellos ni siquiera son mencionados; y el principal estudio historiográfico sobre la historia universal de principios del siglo XX, *World historians and their goals*, de Paul Costello, concluye afirmando que después de las obras de Arnold Toynbee y su discípulo William McNeill, a principios de la década del sesenta, nadie más ha intentado escribir una historia universal.³ Es una ironía que, aunque la utilidad teórica de algún tipo de macrohistoria es ahora concedida por prácticamente todos, la historia universal contemporánea nunca ha sido estudiada *en tanto que historia universal*. La ironía es acaso más marcada, pues la megahistoria nació exactamente cuando Toynbee estaba en su lecho de muerte y su proyecto histórico desacreditado. Lo que Costello vio como el fin de la

² Es el caso de las principales guías y diccionarios académicos: Alex Schneider & Daniel Woolf, *The Oxford History of Historical Writing Vol. V: 1945 to the Present*, Oxford, Oxford University Press, 2011, claramente en el capítulo de Jurgen Osterhammel, "World History", *ibid.*, pp. 93-113; Jerry Bentley ed., *Oxford Handbook of World History*, Oxford, Oxford University Press, 2012; cf. en Michael Bentley, "Theories of World History since the Enlightenment", pp. 30-55; David Christian ed., *The Cambridge World History Vol. 1: Introducing World History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, especialmente los dos capítulos teóricos e historiográficos: Marnie Hughes-Warrington, "Writing World History", pp. 41-55 y Dominic Sachsenmeier, "The Evolution of World Histories", pp. 56-83. De los números especiales de revistas insignia de la profesión: "World Historians and their Critics", de *History and Theory* Vol. 34, N. 2, 1995; "Universal History: Chimera or Necessity", de *Storia della Storiografia* N. 35, 1999; "Écrire l'Histoire du Monde" *Le Débat*, Vol. 54, N. 2, 2009; particularmente Krzysztof Pomian, "World History, Histoire Mondiale, Histoire Universelle". Y de numerosos artículos, capítulos y libros de corte programático: David Christian, "The Return of Universal History", *History and Theory*, Vol. 49, 2010; Michael Geyer & Charles Bright, "World History in a Global Age," *American Historical Review* 100, no. 4 (1995); Barbara Weinstein, "History Without a Cause? Grand Narratives, World History, and the Postcolonial Dilemma", *International Review of Social History*, Vol. 50, N. 1, 2005. Bruce Mazlish, "Comparing global history to world history", *Journal of Interdisciplinary History* Vol. 28 N. 3, 1998; Johan Galtung & Sohail Inayatullah eds., *Macrohistory and Macrohistorians*, Praeger, Nueva York, 1997. En las páginas que siguen discutiré estos textos.

³ Paul Costello, *World Historians and Their Goals: Twentieth-Century Answers to Modernism*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 1994, pp. 236-8.

historia universal no es sino el fin de uno de sus paradigmas. Este trabajo busca entender qué sucedió con la historia universal después del agotamiento del paradigma antimodernista.

1. Qué es la historia universal

Los autores de los que trata este estudio son historiadores universales, no por una filiación intelectual (a menudo negada), sino por la común concepción del pasado entre los autores clásicos y los contemporáneos: por la idea de la historia implicada en la mera ambición de escribir una narrativa general del desarrollo humano. La historia universal es uno de los géneros más antiguos, y por lo tanto uno que alberga en su seno un alto grado de diversidad.⁴ Con historia universal nos referimos a esas ambiciosas grandes narrativas que buscan explicar la lógica del desarrollo histórico de grandes unidades sociales en el largo plazo. Comienza de manera clara con Polibio en el siglo II AC, vive un gran auge entre la contrarreforma y la Ilustración, encuentra en Kant y Hegel a sus principales propulsores, si no sus practicantes, y finalmente decae con la profesionalización de la disciplina histórica durante el siglo XIX.⁵ Sin embargo, entre Polibio, Voltaire y Michael Mann sigue habiendo un núcleo duro de postulados compartidos que es necesario entender. Lo que sigue es un breve análisis dos obras separadas por ochenta años, pertenecientes a dos corrientes antinómicas: una a la Contrarreforma, la otra a la Ilustración. A través de esta comparación busco mostrar las continuidades a toda historia universal.

Posiblemente una de las historias universales más populares e influyentes fue el *Discurso Sobre la Historia Universal*, de Jacques-Benigne Bossuet, publicado en 1681 como un curso para el hijo de Luis XIV. Bossuet ahora es recordado por su teorización del absolutismo francés, su galicanismo y por su conservadurismo teológico. El *Discours*, no es sorpresa, es un intento de explicar el mundo a través de la lucha entre Dios y Satanás. Por tanto, la universalidad se equipara con la narración de las peripecias de los pueblos bíblicos, desde Adán hasta Luis XIV. Este

⁴ Bentley, "Theories of World History since the Enlightenment" *op cit.*, p. 31.

⁵ Arnaldo Momigliano, "Los orígenes de la historia universal" en de *Paganos, judíos y cristianos*, México, FCE, 1990, sigue siendo el mejor estudio sobre Polibio y el origen de este tipo de escritura histórica.

es un buen ejemplo de la (última) historia universal de inspiración declaradamente teológica que dominó la escritura histórica durante por lo menos dos siglos. Cito largamente porque en estos tres párrafos se encuentran muchos de los puntos tácitos y declarados del género:

Esta historia universal es a las historias de cada país y cada pueblo lo que un mapa general es respecto a los mapas particulares. En éstos, se ve todo el detalle de un reino o de una provincia: en los mapas universales se aprende a situar las partes del *mundo como un todo*; (...) lo que el reino es a Europa y lo que Europa es al universo.

Para comprender el todo, hay que conocer la *relación* que cada historia guarda con las otras, y eso se hace a través de un compendio en el que se ve en un *coup d'oeil* todo el orden de los tiempos. Usted verá, mi señor, todos los siglos precedentes pasar frente a sus ojos en unas pocas horas: cómo los imperios se suceden los unos a los otros, y cómo la religión en sus diferentes Estados se sostiene igualmente desde el origen del mundo hasta nuestros tiempos.

Es la *continuidad* de estas dos cosas, la religión y los imperios, la que usted debe imprimir en vuestra memoria; y como la religión y el gobierno político son las dos cosas sobre las cuales giran los asuntos humanos, el ver estas cosas en un compendio, y el descubrir por este medio todo el orden y la continuidad, significa entender todo lo que hay de grande entre los hombres, y tomar en las manos, por así decirlo, el hilo de todos los asuntos del universo.⁶

Hay unas pocas ideas nodales en las líneas anteriores: una tripartita concepción de la historia como *ordenada*, *continua* y, por tanto, *inteligible* y una cuarta que le da coherencia estas tres: la de *totalidad*. Es el énfasis en las relaciones entre las historias particulares la que produce la imagen de un todo coherente. Y esta última noción, la del *todo coherente*, es la que unifica y da sentido a las primeras tres. No puede haber historia universal sin algún tipo de fundamento en estas nociones – encadenadas unas con otras- sobre el pasado. La posibilidad de generar un relato ordenado e inteligible –el racionalismo epistemológico- depende de la creencia en

⁶ Jacques-Bénigne Bossuet, *Discours sur l'Histoire Universelle, á Monseigneur le Dauphin, pour expliquer la suite de la religion et les changements des Empires*, Paris, Institut National de la Langue Française, 2006 [1681], pp. 4-5. A partir de ahora, y a menos que indique lo contrario, todas las traducciones son mías.

que la historia misma, como materia prima, tenga algún tipo de orden –el racionalismo ontológico en el propio devenir histórico. Es por esto que las historias universales le darán tanto énfasis a la búsqueda de *patrones*: la llave a la comprensión de la historia del mundo consiste en encontrar las principales estructuras comunes y los grandes patrones de cambio y continuidad.

La continuidad histórica puede ser problemática cuando se le relaciona con la cuestión de la coherencia de la unidad de análisis. Uno de los principales méritos de la historia universal es cuestionar las unidades de análisis tradicionales, ante todo el Estado nación. Pero este cuestionamiento no produce respuestas afirmativas inmediatamente. ¿Qué es eso que se mantiene, a través del tiempo? ¿En qué sentido se puede hablar de una civilización Occidental o china hace tres mil años? ¿Cómo evitar la esencialización de las adscripciones identitarias y mantener, al mismo tiempo, una unidad coherente de análisis en el largo plazo?

La idea de unidad histórica emana de las dos anteriores, aunque el orden es el inverso: si el devenir puede ser concebido de una manera continua, relacional y ordenada es porque hay una unidad que le subyace. La totalidad puede excluir a enormes grupos humanos (Bossuet hace esto de una manera explícita al centrarse únicamente en los pueblos semíticos y en sus herederos en Europa Occidental), pero la reducción específica en la aplicación no altera las pretensiones generales del concepto. La historia de la humanidad es una unidad porque hay cosas que son compartidas universalmente: el arco de la creación a la salvación en Bossuet y toda la historia universal de inspiración bíblica.⁷

Poco más de medio siglo después de Bossuet, Voltaire publicó una Historia Universal en las antípodas de la de su predecesor. La teología y la exclusividad bíblica habían dado paso a una concepción mucho más diversa; en la que Dios ha desaparecido, y por tanto la unidad de la historia no puede sustentarse en la unidad

⁷ Franz L Fillafer “A World Connecting? From the unity of history to global history” *History and Theory* Vol. 56, N. 1, 2017, pp. 4-5

de la creación.⁸ Voltaire puede ser visto como el punto final del proceso que Franz L. Fillafer ha conceptualizado como la búsqueda de la unidad de la historia luego de la fragmentación de la idea de la unidad de la creación en el siglo XVI. La historia universal buscó luego, sin éxito, esta unidad en la naturaleza y posteriormente en la cultura para terminar por encontrarla, al final del siglo XVIII, en el proceso mismo de interconexión dirigido por Europa.⁹

Voltaire comienza con Carlomagno y termina con Carlos V. La diferencia más transparente es que incluye capítulos sobre China, la India y el mundo musulmán, en polémica contra Bossuet: “En la mayoría de nuestras historias universales hemos hecho como si los otros hombres no existieran. La Judea, Grecia y los romanos han acaparado toda nuestra atención, y cuando el célebre Bossuet dice una palabra sobre los musulmanes, los hace ver como un diluvio de bárbaros”. Su narrativa no se centrará en la cronología de las dinastías, “a saber solamente en qué año un príncipe indigno de ser conocido sucedió a un príncipe bárbaro”. Su metodología es genealógica: se remonta a encontrar “las fuentes alejadas de un arte, una ley o una revolución”.¹⁰ Voltaire se enfocará en los orígenes de los reinos, en los descubrimientos tecnológicos, en el desarrollo de la población, la religión, el lenguaje, antes de pasar a asuntos políticos. Es decir, desde un punto de vista temático, vemos en Voltaire una clara ambición de abarcarlo todo, de contextualizar el desarrollo en un marco demográfico o religioso. Esta diversidad temática estaba casi enteramente ausente en Bossuet.

Con todo, las ideas de continuidad, ordenamiento y por tanto la posibilidad de relacionar las distintas etapas del desarrollo histórico sólo aparecen con total claridad en la historia de Occidente. Con lo abierta que sea la actitud de Voltaire hacia China y el Islam, éstas no son realmente vistas como sociedades que puedan interactuar, o compararse directamente, con Europa.¹¹ El mejor índice de esto es

⁸ Tamara Griggs, “Universal history from Counter-reformation to Enlightenment”, *Modern Intellectual History*, Vol. 4, N. 2, 2007, p. 246-7 relativiza la dimensión de esa secularización.

⁹ Fillafer, *op. cit.* p. 11.

¹⁰ Voltaire, *Abregé sur l’Histoire Universelle de Charlemagne jusques á Charles Quint*, La Haya, Imprimerie de Jean Neaulme, 1753, pp. 6-11.

¹¹ Michael Bentley, “Theories of World History since the Enlightenment” *op. cit.*, p. 33.

simplemente el espacio que les es otorgado: un capítulo largo para todas ellas, frente a una decena para Europa. Sólo en un momento la comparación aparece, implícitamente: en la patente ventaja de Europa en relación con Asia. Este es un problema esencial para la historia universal, que simbólicamente aparece ya desde la Ilustración.

La propia idea de historia universal está asociada, en nuestro imaginario, con un cierto eurocentrismo. Jurgen Osterhammel, una de las principales voces de la historia global, expresa una idea compartida cuando afirma que la historia mundial sólo pudo haber emergido en el siglo XVIII en Occidente, tras el descubrimiento del orbe y la cristalización de un sentimiento de superioridad.¹² Sin embargo, el historiador indio Sanjay Subrahmanyam estudió recientemente un momento transcontinental de escritura de historias universales en el siglo XVI, en la India, el Imperio Otomano y la Nueva España, como una respuesta simultánea al cambio en el imaginario histórico producido por la súbita ampliación del mundo.¹³ El género no es monopolio de Occidente. Pero las obras con las que nosotros trataremos sí han sido todas ellas escritas en esta región del mundo, le asignan una mucho mayor importancia a la historia de Europa y, más aún, implícita o explícitamente giran en torno a la cuestión de la *Gran Divergencia*; i.e., por qué Occidente sí y Oriente no.¹⁴ Volvamos a Voltaire para rastrear los primeros resortes de esta problemática. Después de constatar que China inventó buena parte de los principales artefactos del Renacimiento europeo, que tenía un Estado eficiente y una agricultura próspera, y que desde hace siglos había desarrollado una técnica avanzada, Voltaire se pregunta por qué “esas ciencias cultivadas desde hace tiempo han provocado tan poco progreso”.¹⁵ En tiempos de Voltaire era todavía demasiado temprano para plantearlo como poco más que una duda, que sería resuelta con una respuesta que

¹² Jurgen Osterhammel, “World History” *op. cit.*, p. 94.

¹³ Sanjay Subrahmanyam, “On World Historians in the Sixteenth Century”, *Representations* Vol. 91, N. 1, 2005.

¹⁴ El término Gran Divergencia viene del libro homónimo de Kenneth Pomeranz, *The Great Divergence*, Princeton, Princeton University Press, (2000). Lo uso anacrónicamente para referirme a lo que antes se llamaba también “la cuestión Needham”.

¹⁵ Voltaire, *op. cit.*, p. 16

se volvería familiar: China se estancaba porque era tradicionalista: porque se le tenía un excesivo respeto a las figuras de autoridad.¹⁶

La historia universal contemporánea proporcionaría distintas razones para explicar la predominancia de Europa. Pero es incorrecto verlas como hagiografías de la civilización occidental: este interés, obsesión casi, con el triunfo de Occidente no suele adquirir un tono triunfalista, ni se expresa en términos de superioridad moral o racial. Es mejor verlo en el contexto del debate sobre la Gran Divergencia y de la división de la ciencia social clásica entre las sociedades tradicionales y modernas. Esto nos lleva a la cuestión del eurocentrismo, una crítica común a toda idea de una gran narrativa.¹⁷ Esa acusación es cierta, pero es demasiado fácil. Es decir, para las historias universales las “otras civilizaciones” pierden importancia como objetos de estudio entre 1500 y 1700, y la atención de los historiadores se centra en Occidente (cuando no se centró exclusivamente en él desde un principio). Desde ese punto de vista, todas las megahistorias son eurocéntricas. Vayamos más lejos: una característica de la megahistoria es el eurocentrismo; es su condición de posibilidad y, en gran medida, el *quid* de todos estos proyectos. Wallerstein resume una idea compartida por todos cuando escribe que “Sólo Occidente se embarcó en el camino del desarrollo capitalista que la capacitó para *desbancar* a las otras. ¿Cómo y por qué ocurrió esto?”¹⁸ Esa es, para todos los autores, la pregunta más importante de la historia de la humanidad.

Para todas las megahistorias, la ruptura europea con las estructuras de las sociedades agrarias es el gran parteaguas de la historia universal. ¿Pero cuándo sucedió esto? Los binomios tradición/modernidad y Oriente/Occidente están estructuralmente ligados: si se postula una temprana salida en Occidente de las sociedades tradicionales, entonces la distinción entre el segundo binomio se

¹⁶ La principal discusión acerca de las ideas europeas sobre China durante la Ilustración es Ashley Eva Millar, *A Singular Case: Debating China's Political Economy in the European Enlightenment*, Montreal, McGill University Press, 2016.

¹⁷ La crítica por eurocentrismo más consistente algunas de las obras en cuestión (Anderson, Wallerstein y Arrighi) es el de Alexander Anievas & Kerem Nisancioglu, *How the West Came to Rule*, Londres, Pluto Press, 2015.

¹⁸ Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial I: La transformación de la agricultura europea*, México, Editorial Siglo XXI, 2005, p. 24.

extiende a su vez atrás en el tiempo.¹⁹ En la medida en la que eso sólo sucedió en Europa, la historia de la humanidad se convirtió durante unos siglos esencialmente en la historia de este continente. Esta es la presuposición absoluta, la dimensión más básica de la que todos parten. La megahistoria no pone en duda –no podría hacerlo– el predominio de Occidente, sino que, partiendo de ese hecho, se aboca a entender sus razones. A esto lo llamo la *condición eurocéntrica*. Sostengo que es por ahora imposible escapar de ella y, por tanto, fútil criticar a los autores por ser parte de la misma. Hay una segunda dimensión de discurso y de crítica, que gira en torno al rol otorgado a otras civilizaciones en este proceso –como actores pasivos, como contribuidores inconscientes; y, sobre todo, a su capacidad de proporcionar explicaciones coherentes a la Gran Divergencia. En este segundo momento podremos descubrir verdaderas inclinaciones a desaparecer la agencia histórica de las sociedades no Occidentales; o a esencializar a Occidente. A esto lo llamo *inclinación eurocéntrica*.

Estas cuestiones son la médula de todo proyecto de historia en gran escala, desde Bossuet hasta el día de hoy: la idea de la totalidad histórica y sus concomitantes, la inteligibilidad, continuidad y ordenamiento del pasado; el problema de la unidad de análisis –¿la civilización, el Estado nación, la comunidad humana?–, las relaciones entre Oriente y Occidente y, en consecuencia, la enorme escala de los períodos a ser estudiados. Pasemos a analizar estas cuestiones en el contexto de la megahistoria, es decir de la historia universal contemporánea.

1.2 La megahistoria

Hay cuatro elementos esenciales para poder proporcionar una definición más completa de la megahistoria, además de los denominadores comunes a toda historia universal que acabamos de estudiar. Primero discutiré la cuestión de las grandes periodizaciones y escalas, un criterio que utilizaré para poner una línea divisoria entre la megahistoria y otros tipos de historia macro. Enseguida, examinaré

¹⁹ Pomeranz, *op. cit.*, p. 5.

con más detalle las problemáticas centrales a las que me referí antes: las relaciones Estado y capital, las influencias de la ciencia social clásica y el recurso a otras disciplinas. La siguiente es una característica relativa a la historia social del pensamiento histórico: en la medida en la que casi todas las historias universales del último medio siglo han sido escritas por autores británicos o norteamericanos, las problemáticas y los debates de la megahistoria son primordialmente anglosajones. Además, una proporción alta de estos autores son intelectuales públicos y no sólo académicos: este tipo de escritura histórica tiene en su origen un poderoso resorte metahistórico y político. Esto, afirmaré en un momento, tiene más que ver con la configuración intelectual de Inglaterra y Estados Unidos de la posguerra que con algún supuesto reflejo imperial. Extrañamente, con la excepción del *Estudio Crítico de la Historia* del brasileño Hélio Jaguaribe, no hay ninguna narrativa de la historia universal escrita en otro idioma que no sea el inglés durante el último medio siglo. Esto nos lleva a otra distinción de gran importancia: aquélla entre teoría y narrativa. Pues las teorías de la historia universal abundan; obras que en 250 páginas exponen uno o dos grandes mecanismos causales, desencadenantes de todos los demás, y que pretenden explicar un milenio de historia con base en éstos. La megahistoria hace esto, pero también analiza la historia concreta, cronológica, del desarrollo e influencia de tales mecanismos a lo largo del tiempo. La distinción es real, y apunta a una característica que no puede pasarse de largo: la ambición de escribir la historia del mundo, y no sólo teorizarla.

Espero, en lo que sigue, proporcionar una definición detallada de la megahistoria, con el objetivo de entender de manera precisa las profundas similitudes de los seis autores que la componen, poner de relieve la especificidad de esta corriente en el panorama de la historiografía contemporánea, al tiempo que permanecer sensible a las manifestaciones paralelas de este deseo reprimido de la totalidad.

No es casualidad que el subtítulo de la historia de Bossuet sea “desde los orígenes hasta nuestros días”, y que el del primer volumen de Michael Mann sea “desde el principio hasta 1760” y el de Francis Fukuyama “desde los orígenes hasta

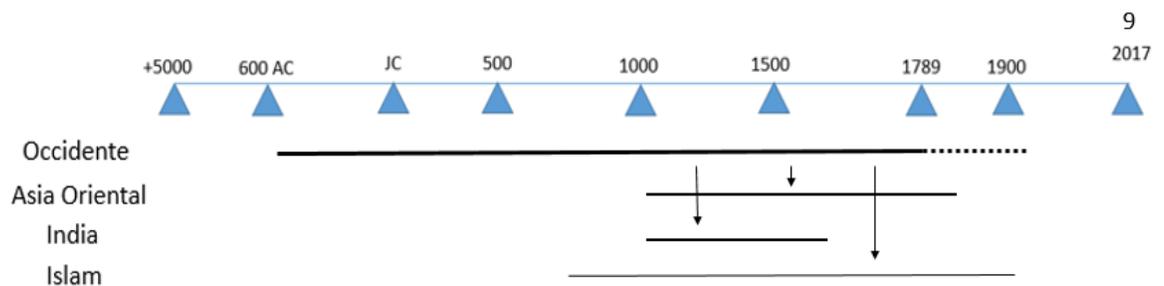
la revolución francesa". Tal vez el mejor punto de entrada para analizar a la megahistoria sean las escalas temporales y espaciales. Esta es una cuestión nodal a partir del cual trazaré una línea para excluir a otras historias con pretensiones teóricas similares pero con una ambición espacio-temporal mucho menor. Es una verdad de perogrullo, que sin embargo debe ser repetida, decir que la megahistoria está definida, principalmente, por una extensión temporal de gran alcance. Aunque aquí también, como entre Bossuet y Voltaire, hay espacio para una gran variación. Las menos ambiciosas –Wallerstein y Arrighi- tratan con escalas de 600-700 años, respectivamente. Mann y Fukuyama inician sus relatos con el origen de las civilizaciones y, en cierto modo, con los fundamentos biológicos de la organización social. En el medio están tal vez Anderson y Tilly, cuyas historias se extienden por 2400 y 1000 años, respectivamente. Lo importante de estas periodizaciones es que incluso las más cortas atraviesan por lo menos tres de las distinciones cronológicas tradicionales de la disciplina histórica: así, en los 700 años cubiertos por la obra de Giovanni Arrighi pasamos del medioevo tardío (1300-1500), a la historia moderna (1500-1800), a la historia contemporánea (1800-2000). Esta es una de las principales características de la megahistoria: su ruptura con las periodizaciones tradicionales al encontrar supuestas lógicas de la historia que atraviesan o superan los universos de inteligibilidad de cada uno de estos períodos.

La ambición espacial es similar. Ninguna megahistoria trata con unidades menores a un continente. Todas terminan por enfocarse en el desarrollo de Occidente (entendido como Europa más Estados Unidos), pero incluso cuando es así, estamos ante estudios comparativos de los principales Estados europeos a lo largo de varios siglos. Las menos ambiciosas estudian un continente y sus principales Estados de un modo comparativo a lo largo de poco más de medio milenio.

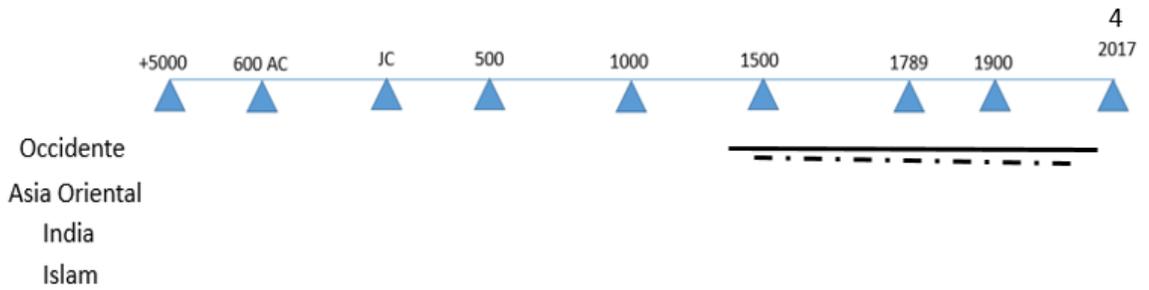
Posiblemente lo mejor para entender las amplias escalas temporales de la megahistoria y sus variadas escalas espaciales sea verlas en forma de diagrama. Para facilitar la presentación, he dividido la historia en cuatro grandes regiones o civilizaciones: Occidente; Asia Oriental, que incluye sobre todo a China y a Japón;

el Islam, que incluye al Medio Oriente y al Imperio Otomano; y la India. El grosor de las líneas expresa a grandes rasgos la atención puesta a cada región; y las flechas indican el sentido de la comparación: cuando las flechas “bajan” desde Occidente a las otras civilizaciones, es porque éstas se estudian en función de Occidente. Para poner como ejemplo el primer caso, Anderson “sale” de Europa una vez terminada su discusión sobre el absolutismo para analizar la historia de Japón, el Imperio Otomano, China, en función de las lecciones de Occidente. Cuando las flechas son bilaterales, es porque se intenta una comparación “en sí” de dos procesos históricos paralelos en dos regiones, etc. El dígito arriba del “2017” indica la cantidad de idiomas utilizados.

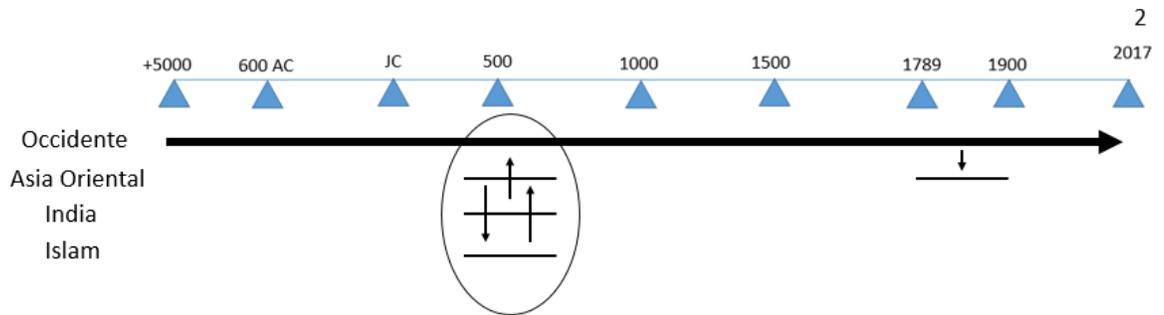
Perry Anderson: *Passages from Antiquity to feudalism* (1974); *Lineages of the absolutist state* (1974); *The Antinomies of Antonio Gramsci* (1976); *The Notion of Bourgeois Revolution* (1976).



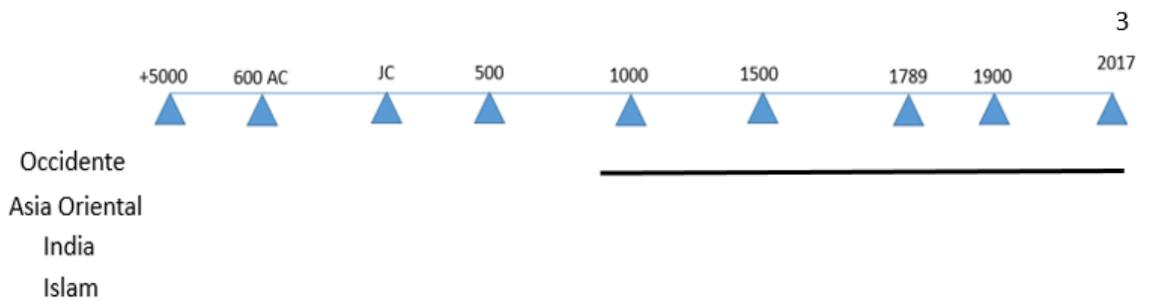
Immanuel Wallerstein: *The Modern World System*, Vols. I-IV (1974). (La línea punteada abajo de la línea gruesa de Occidente indica la atención que Wallerstein le otorga a las posesiones americanas de los imperios español y portugués y a sus sucesores los Estados nacionales latinoamericanos: América Latina nunca ha sido una verdadera parte integrante del Occidente).



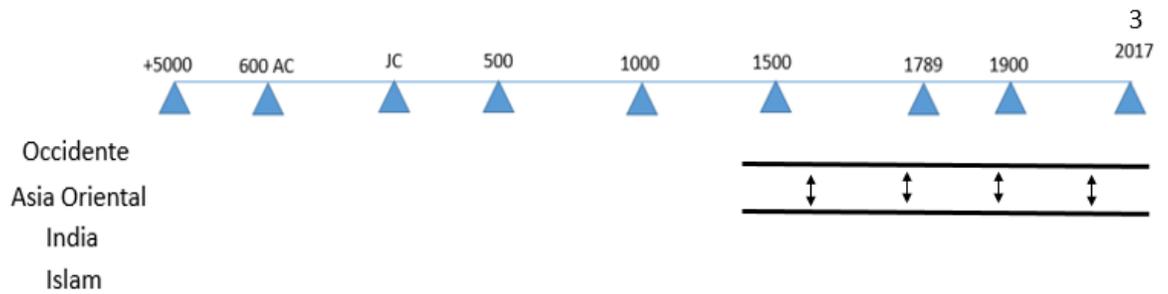
Michael Mann: *The sources of social power*, Volúmenes I – IV (1983; 1996; 2012; 2013)



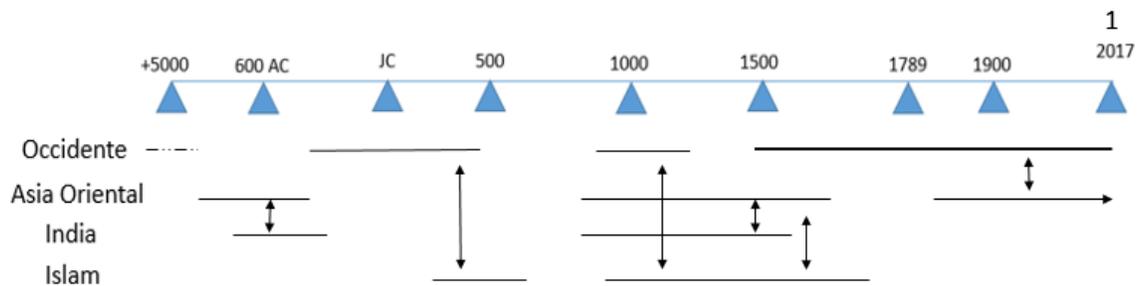
Charles Tilly: *Capital, Coercion and European States 900-1992* (1990); *European Revolutions 1492-1992* (1993)



Giovanni Arrighi: *The Long Twentieth Century* (1994); *Adam Smith in Beijing* (2007)



Francis Fukuyama: *The Origins of Political Order* (2013); *Political Order and Political Decay* (2014)



Concebir a la idea como totalidad; grandes escalas, grandes ambiciones, eurocentrismo. Estos son elementos comunes a todas las historias universales. Sin embargo, lo que cementa a la megahistoria como un paradigma específico de la historia universal es el énfasis compartido en dos “procesos-madre”, verdaderas llaves maestras para la comprensión de la historia: el desarrollo del capitalismo y la creación de un sistema de Estados nación. La dinámica de esas relaciones, su presencia en Europa y su ausencia fuera de ella es –para estos autores- la quintaesencia del proceso histórico. Las siguientes líneas de Charles Tilly sobre *Civilización Material, Economía y Capitalismo* de Fernand Braudel resumen bien la problemática:

Si la consistencia es el campo de juego de las mentes obtusas, Braudel no tiene ningún problema en esquivarlo. A lo largo del segundo volumen de *Civilización Material* varias veces comienza a tratar la

relación entre los capitalistas y los hombres de Estado, y luego se aleja... Braudel se acerca al problema enumerando sus elementos; exponiendo cuidadosamente sus ironías, contradicciones y complejidades; confrontando las varias teorías que los académicos han propuesto, y dándole a cada una su valor histórico. Pero la suma de todas las teorías es... ninguna. ¿Quién podría tener éxito ahí donde Braudel ha fracasado? Tal vez alguien más pueda lograr hacer una “historia general” que explique la totalidad del desarrollo del capitalismo y el crecimiento del sistema inter-estatal. Por ahora, sin embargo, un barco tan grande y complejo parece condenado a hundirse antes de llegar a la otra orilla.²⁰

El resultado, cuarenta años después, no son necesariamente barcos hundidos, pero sí barcos que llegaron a orillas que no eran las que avizoraban al zarpar. Giovanni Arrighi, por ejemplo, decidió “no saltar del velero braudeliiano del análisis de los sistemas-mundo, y quedarme para hacer el tipo de cosas para las cuales el temperamento intelectual del capitán no tenía tiempo, pero que estaban al alcance de mis más débiles ojos”.²¹ En su caso, eso implicaba enfocar la mirilla en el complejo Estados-capital más exitoso en cada momento histórico, al precio de dejar de lado a los otros contendientes.

Las megahistorias se transformarán en análisis acerca del origen del capitalismo o del Estado moderno. Pero estos son conceptos cuyo análisis requiere echar mano de herramientas ajenas a la historiografía tradicional. Es en parte por esto que las megahistorias por definición introducen conceptos y métodos de la sociología, la economía, las relaciones internacionales, la ciencia política o la antropología. En ciertos momentos, se pueden volver casi historias económicas o tratados sociológicos, pero esto es un efecto visual: el carácter diacrónico las regresa siempre al terreno de la historia. Romper con la idea de la historia como “una maldita cosa después de la otra”, -para usar la frase de Arnold Toynbee- en

²⁰ Charles Tilly, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Londres, Russel Sage, 1984, p. 73.

²¹ Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century*, Londres, Verso, 1994, p. xiii.

especial cuando se manipulan unidades de análisis tan grandes, requiere de la formulación de teorías multidisciplinarias sofisticadas. Pero el recurso a otras disciplinas no es sólo una cuestión pragmática, también tiene que ver con una concepción de las ciencias sociales como parte de la empresa intelectual de una explicación total: “Cuando uno estudia un sistema social las líneas divisorias clásicas entre las ciencias sociales carecen de sentido”²², escribe Wallerstein. En pocas palabras, las problemáticas de la megahistoria implican el recurso a otras disciplinas y la creación de complejos modelos teóricos del cambio social basadas en, pero no limitadas a, la relación entre los Estados y el capitalismo.

Con el paso del tiempo, la ambición de escribir historias universales se ha disociado progresivamente de la idea del intelectual quasi-renacentista con una erudición detallada y un extenso dominio lingüístico que acompañó al género más o menos desde el propio Renacimiento. Anderson cita fuentes en nueve idiomas; cuarenta años después, a Fukuyama le basta con uno. Por supuesto, el predominio del inglés como *lingua franca* del conocimiento ha permitido esto, que hubiera sido imposible hace tres cuartos de siglo, pero la tendencia no es por eso menos simbólica. A la mitad se encuentran Mann, que cita fuentes en tres (pero predominantemente en inglés), o Charles Tilly, que lee cinco y conoce bien la literatura en francés y alemán. Una buena muestra es el caso del italiano Arrighi, que en su discusión de la estructura de clase en las ciudades Estado italianas del siglo XV prescinde de la literatura nacional.

Nombre	Nacimiento	Lugar	Formación académica	Institución	Año	Citas
Perry Anderson	1936	Londres	Historia (licenciatura)	UC Los Ángeles	1974; 1974	7000
Immanuel Wallerstein	1930	Nueva York	Sociología/Africanista	Yale	1974; 1980; 1989; 2011	20000
Michael Mann	1942	Londres	Sociología / Historia	UC Los Ángeles	1986; 1993; 2012; 2013	6300
Charles Tilly	1929	Chicago	Sociología / Historia	Columbia	1984 1992, 1993	10500
Giovanni Arrighi	1937	Milan	Economía / Sociología	Johns Hopkins	1994; 2009	6700
Francis Fukuyama	1952	Chicago	Ciencia Política	Stanford	2013; 2014	1500

Los megahistoriadores, algunos después de excéntricas trayectorias, terminaron en dos puntos nodales en Estados Unidos. Este punto geográfico-académico es esencial, pues es una de las expresiones más claras de la

²² Wallerstein, *op. cit.* p. 17.

configuración intelectual de la que hablamos antes. De los seis historiadores en cuestión, tres son intelectuales públicos –una proporción muy alta para la profesión, y que dice mucho de los resortes políticos del género. Los más activos políticamente son los más alejados del centro: Anderson y Fukuyama. Es muy simbólico que la historia universal contemporánea sea tan abierta y declaradamente un asunto de anglosajones -de ambos lados del atlántico. Arrighi no es una excepción, puesto que su proyecto tomó forma tras su llegada al sistema universitario americano y en respuesta a autores anglosajones. Con esto no quiero negar la importancia de influencias teóricas continentales, como el origen gramsciano del proyecto de Anderson y el braudeliano del de Wallerstein. Pero es simbólico que la trilogía *Capitalismo y Civilización Material* de Braudel, el historiador francés que más se acercó en concepción e interés a escribir una historia universal, constituya un estudio irritablemente empírico de los puntos nodales tocados por la megahistoria: todo menos una teoría.²³

Es un misterio historiográfico el por qué ningún país de Europa Occidental produjo una historia universal durante el último medio siglo; y por qué por el contrario tanto Inglaterra como Estados Unidos sí lo hicieron, repetidas veces. Sobre este no-evento, me abstengo por ahora de proporcionar ninguna explicación. Pero por lo menos sí podemos identificar tres precondiciones y tres rasgos en común a la primera megahistoria anglosajona: la existencia de una escuela histórica profesionalizada, y de alto nivel, productora de monografías de historia económica o historia del Estado en la época moderna; el desarrollo de la sociología weberiana y, en tercer lugar, un marxismo en diálogo con las anteriores. Ninguno de estos desarrollos fue único a Inglaterra-Estados Unidos. Francia cumplía de lejos con la primera precondición en la forma de la escuela de los Annales, al punto que Wallerstein partiría de ésta para escribir su *Moderno Sistema Mundial*. Pero las otras

²³ Este es un tratamiento demasiado somero de la contribución de Annales a la historia universal. Krzysztof Pomian mostró recientemente cómo muchos de los temas de la historia global actual fueron tratados por los Annales hace más de medio siglo, -los contemporáneos de Braudel-, en particular por Maurice Lombard y Louis Dermigny. Afirma que para ellos la necesidad de escalas espaciales metanacionales era una obviedad. Sin embargo, el punto esencial se mantiene: esta escuela nunca produjo una *narrativa* coherente del desarrollo histórico. Pomian, “World History: histoire mondiale, histoire universelle” *op. cit.* p. 17.

condiciones hicieron falta. En esos años, el marxismo de la Europa latina entró en una crisis profunda, y el althusserianismo siempre fue demasiado antihistórico. En Francia por lo menos, la sociología histórica de inspiración weberiana se mantuvo adscrita a la antropología, y por tanto poco interesada en Europa.²⁴ Por el otro lado, el marxismo de la Escuela de Frankfurt era demasiado abstracto como para inspirar este tipo de proyectos, y la Escuela de los Annales tal vez demasiado centrada en Braudel como para que alguien que no fuera él mismo emprendiera un proyecto del tal envergadura.

Los nuevos historiadores universales también han sido integrados (en algunos casos, luego de trayectorias bastante excéntricas) a las principales instituciones universitarias americanas. Los seis están (estaban) repartidos en dos pequeños triángulos geográficos: Anderson, Mann y Fukuyama en Los Ángeles-San Francisco; y Tilly, Arrighi y Wallerstein en las viejas universidades del noreste. La historia universal podrá haber pasado de moda y estará excluida de la mayoría de los estudios universitarios, pero eso no ha impedido que sus practicantes contemporáneos hayan alcanzado todos los éxitos académicos posibles. Fukuyama, que publicó sus obras en el último lustro, “sólo” ha sido citado 2 500 veces. Wallerstein es sin duda uno de los autores vivos más citados, con alrededor de 20 000. Mann, Anderson, Arrighi y Tilly están entre las 5 000 y las 10 000.²⁵

Los proyectos en cuestión no necesariamente constituyeron la culminación de una carrera académica, como tal vez uno se imaginaría. Los dos fundadores, Anderson y Wallerstein, publicaron sus obras siendo bastante jóvenes. Estos fueron los primeros libros de Anderson, para luego abandonar el tema completamente; del segundo, fue la primera obra que no trataba sobre política africana, pero se volvería posteriormente el proyecto articulador de toda su trayectoria intelectual, de una

²⁴ Pienso, para el caso francés, en el debate entre Jean-Francois Bayart y Bertrand Badie acerca de la primacía de lo externo o lo interno en el cambio social en los países no-Occidentales. No es casualidad que estos dos hayan tenido un diálogo con Tilly, y que el primero sea un admirador crítico de Wallerstein y Anderson. Véase del primero *La Greffe de l'État*, Karthala, Paris, 1996; y del segundo *L'État Importé*; Fayard, Paris, 1992. De Italia y Alemania hablaría sin conocimiento de causa.

²⁵ Estas cifras se refieren únicamente a las megahistorias, no al resto de las obras. Cálculo propio, con base en la información disponible en google scholar en febrero del 2018.

manera similar a la de Arrighi o Mann. Tilly está en una posición intermedia, pues estas obras fueron publicadas a la mitad de su carrera y constituyen la culminación de una década y media de investigación, que luego abandonaría para pasar otros temas. En otras palabras, no se trata en lo absoluto del recorrido “tradicional” de historiadores que, luego de pasar tres o cuatro décadas estudiando un período o una región, escriben hacia el ocaso de su carrera una síntesis general. Ninguno de los seis es en un sentido estricto un historiador. Sociólogos, politólogos, economistas, autodidactas. Todos ellos son, en distintos niveles, *outsiders* a la academia histórica.

La megahistoria se ha visto impulsada por resortes metahistóricos muy peculiares. Varios de los autores han estado ligados a movimientos políticos cercanos a los extremos. Esto es obvio para los marxistas, heraldos de la dictadura del proletariado en sus años de juventud, pero también es el caso de Michael Mann, quien fue un intelectual del ala izquierda del laborismo; y por supuesto de Francis Fukuyama, arquitecto del neoconservadurismo en el Departamento de Estado americano. Las megahistorias han sido escritas con claros objetivos políticos en mente, lo que implica una concepción del pasado como llave hacia el presente o, incluso, como herramienta predictiva del futuro: el colapso del tiempo por la teoría. Lo anterior sin duda traerá a la mente esa famosa advertencia de RG Collingwood, que “el objetivo del historiador es conocer el pasado, no el futuro, y cuando un historiador afirma que puede predecir el futuro, sabemos que algo se ha averiado en su concepción fundamental de la historia”.²⁶ Collingwood tiene razón: la idea de la historia de estos seis autores está en las antípodas de los cánones de la disciplina. Pero ese es precisamente su gran interés. La megahistoria busca recuperar una idea de la historia anterior a la profesionalización de la disciplina: un fascinante arcaísmo ultramoderno. Argumentaré más tarde que la historia universal es a la vez imprescindible y quimérica para toda práctica histórica.²⁷ En cualquier caso, la pregunta relevante es cómo y por qué durante la segunda mitad del siglo

²⁶ RG Collingwood, *The Idea of History*, Oxford, Oxford University Press 1994, p. 54.

²⁷ La frase “quimera o necesidad” la tomo de *Storia della Storiografia*, revista que tituló el número especial sobre la historia universal *World History Today: Chimera or Necessity?*, Vol. 35, 1999.

XX se ha desarrollado una idea de la historia tan en las antípodas de la *doxa* disciplinaria defendida por Collingwood -sería en cualquier caso inapropiado comenzar un estudio partiendo de la idea de que se trata invariablemente de una concepción equivocada de la historia; de que “*something has gone wrong*”, en sus palabras.²⁸

¿Hasta qué punto puede hablarse de un género consciente de sí mismo? No de una manera enteramente delimitada y definitiva. Jerry Bentley afirma que el término historia universal nunca ha sido un significante claro, con fronteras definidas.²⁹ Las diferencias entre la megahistoria y sus hermanas pueden ser a veces tenues, posiblemente el resultado de que ninguno de estos autores estaba dispuesto autodefinirse como historiador universal. Pero los diálogos y debates entre ellos han cementado una comunidad intelectual, en la que de ninguna manera son los únicos participantes. Estos diálogos constituyen también lo más parecido que tenemos a un estado de la cuestión: Anderson ha escrito sobre Mann y Arrighi. Wallerstein fue criticado por Brenner y Skocpol, y él escribió sobre Anderson y Arrighi. Su *Sistema Mundo* encontró editor, después de un largo periplo, en la colección que dirigía Charles Tilly. Una vez que se publicaron estas primeras obras en 1974, es fácil ver cómo las siguientes polemizan con ellas, abierta o tácitamente. Esto es muy claro en Mann y Tilly contra, o sobre, Anderson. Arrighi, por ejemplo, escribe su primera obra como un intento de corregir a Wallerstein y a Braudel; y la segunda como una refutación de Brenner. Fukuyama, el último, se ha mantenido un tanto apartado de estos debates: si en su obra se perciben claramente los espectros de Marx y de Weber, y es un lector cuidadoso de Tilly, Mann y McNeill, él viene de una tradición intelectual distinta. Pero no hay que descartar que en el futuro próximo haya un diálogo abierto con él.

Este no es un género que tenga una revista académica y conferencias anuales. Su forma por definición es el libro, no el artículo académico. En promedio han aparecido dos de estas obras cada década durante las últimas cuatro, lo cual

²⁸ Esta es la propuesta de David Christian, “The Return of Universal History” *op.cit.*, p. 7.

²⁹ Jerry Bentley, *op. cit.*, pp. 8-9.

genera un corpus extenso, pero no de más de una veintena de títulos. Posiblemente por esto se le categoriza a menudo dentro de la sociología histórica. Las relaciones entre las dos son complejas, entre otras cosas porque los dos trabajos fundadores de la megahistoria retrospectivamente fueron vistos también como los predecesores de la sociología histórica: Wallerstein y Anderson.³⁰ Pero la sociología histórica actual está mucho más cercana a la sociología (como el sustantivo indica) que a la historia: no necesariamente hay diacronía. Charles Tilly dijo hace tiempo que “no hay un campo coherente llamado sociología histórica, sino simplemente una serie de caminos separados entre la sociología y la historia”.³¹ Rechazo, con él, que sean la misma cosa, o que la megahistoria sea un subgénero de la primera. En la sociología histórica no hay necesariamente gran ambición temporal: en su versión más pobre, se trata simplemente de un intento de historiar ciertas estructuras sociales. Por el otro lado, el intento de la megahistoria por explicar los principales procesos en el origen de la edad moderna implicó un recurso constante hacia la gran teoría social de finales del siglo XIX y principios del XX –de Marx a Weber, y de Durkheim a Otto Hintze-, y por tanto de un fuerte elemento sincrónico en la forma del análisis. Los capítulos de Tilly sobre la relación ciudades-Estado, o de Mann sobre las religiones de salvación pueden leerse como estudios sociológicos. Pero vistos en el panorama general, son claramente elementos de una amplia narrativa. La megahistoria es historia antes que nada: su forma es narrativa y diacrónica, y el recurso a la sociología es instrumental.

La megahistoria es eminentemente narrativa, y no sólo teórica. Mejor dicho: la narrativa detallada de la historia es la demostración de la teoría. Con esta distinción he dejado de lado teorías de la historia universal que sólo hacen eso; es decir, teorizar sin proporcionar una instanciación histórica detallada de sus postulados. Esto ha excluido obras como *Esquisse d'une Histoire Universelle*, de

³⁰ La obra que cristalizó el género de la sociología histórica le dedica largos estudios a las megahistorias de estos dos: Theda Skocpol ed., *Vision and Methodology in Historical Sociology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.

³¹ Charles Tilly, “On Historical Sociology”, *Current Perspectives on Social Theory*, 1980.

Jean Baechler³², *Plough, Sword and Book*, de Ernest Gellner³³, *Le Système de l'Histoire*, de Robert Bonnaud³⁴, o *The Structure of World History*, de Kojin Karatani³⁵; libros más sintéticos que presentan, por ejemplo, dos grandes mecanismos de desarrollo histórico y exponen una periodización general de los últimos cinco mil años en función del desarrollo de éstos. Soy consciente de cuán frágil puede ser la distinción narración/teoría, pero la diferencia es real en estos casos. Aunque estas obras atestiguan de la necesidad de un estudio más general acerca de las teorías contemporáneas de la historia universal, era imposible tratar a todas estas obras, narrativas y teóricas por igual, en un mismo trabajo.

Es necesario decir un par de cosas sobre la metodología que seguiré a lo largo de este trabajo. Los capítulos están estructurados, a grandes rasgos, en tres secciones. En la primera he rastreado el origen intelectual de cada proyecto, la trayectoria de su autor, y de sus relaciones con las megahistorias previas. No creo que la biografía sea un sustituto del análisis, pero definitivamente este último es incomprendible sin un conocimiento preciso del contexto intelectual de producción de cada obra. En la segunda sección, me he tomado el tiempo de analizar a detalle el aparato conceptual y los grandes trazos de la narrativa histórica en la que éste se moviliza en la obra de cada autor. He hecho un esfuerzo por entender los conceptos y su aplicación en sus propios términos, acaso señalando los futuros puntos nodales de crítica, pero conteniendo en general cualquier juicio prematuro. En la medida en la que postulo que estos seis autores conforman, vistos de conjunto, una corriente historiográfica, una parte importante del argumento tiene que ver con las críticas a cada obra, y la recepción de la obra y las respectivas críticas en los autores posteriores. A veces la tarea es sencilla, pues el autor B criticó al autor A, y la megahistoria posterior de B parte de esa crítica. Sin embargo, no siempre es el caso, y por tanto la última sección de cada capítulo intenta seguir y entender los caudales de crítica a cada megahistoria en tanto éstas tengan que ver

³² Paris, Fayard, 2002.

³³ Chicago, Chicago University Press, 1988.

³⁴ Paris, Fayard, 1989.

³⁵ Durham, Duke University Press, 2016.

con la problemática Estados-capital o con la Gran Divergencia. En la medida en la que estas obras generaron grandes polémicas en torno a estos temas, es sensato pensar que estas discusiones eran lectura básica para los megahistoriadores posteriores, incluso cuando no las citan (aunque a menudo sí lo hacen). En este proceso de crítica-recepción, pues –un proceso en el que intervienen otros autores, otras teorías-, se lleva a cabo el encadenamiento intelectual entre una y otra obra y entre una y otra generación, y es, finalmente, el punto de contacto entre la última sección de cada capítulo y la primera del siguiente. Por lo demás, he evitado señalar cuando las narrativas históricas cometen errores “de facto”, pues esto implicaría una dimensión evaluativa completamente distinta y fuera de lugar, y me he enfocado más bien en entender las relaciones entre la narrativa y la teoría y los silencios, tensiones y elipsis surgidos de esta relación. Mi énfasis, pues, está antes que nada en los desplazamientos e incoherencias en la traducción de la teoría a la historia, que en los supuestos errores históricos.

Hagamos un repaso final de las principales características de la megahistoria. Subyace una concepción de la historia como un proceso continuo, ordenado y por tanto inteligible, que a su vez emana de una idea de la unidad o totalidad del devenir histórico. Necesariamente estamos ante proyectos con una gran ambición temporal y espacial. En tercer lugar, el capitalismo y el nacimiento del Estado moderno son los objetos de estudio predominantes. Este énfasis va de la mano con la problemática de la diferenciación de Occidente respecto a Asia, y por tanto con un mayor interés en la historia del primero. Este enfoque implica un recurso hacia las herramientas de la sociología y la economía. La otra principal ambición es por tanto teórico-explicativa. La idea de la inteligibilidad de la totalidad histórica tiende a generar teorías igualmente totalizantes. Finalmente, la atención a estos procesos implica un diálogo constante con Marx y Weber, y/o inspiración en pensadores como Hegel y Adam Smith.

Este conjunto de criterios y distinciones busca proporcionar a la vez una definición coherente, aunque flexible, de la historia universal contemporánea. En la medida en la que se puede ver a las corrientes historiográficas de las que hemos

hablado como hermanas, o como respuestas paralelas a una problemática común, hay algo de artificial en trazar una línea divisoria. No pretendo que esta conceptualización de la historia universal contemporánea sea la única correcta, aunque en este momento de la reflexión historiográfica sí me parece la más relevante. Me explico: creo que los criterios de escala o de ambición teórica explicativa, por ejemplo, pueden extenderse o restringirse para incluir o excluir algunas obras; en una visión estricta de la primera, Wallerstein, Tilly y Arrighi saldrían del campo de visión. En una visión flexible de la segunda, entrarían obras como *The Decline and Fall of Great Powers*³⁶, de Paul Kennedy, o *A People's History of The World*³⁷ de Chris Harman.

Con esta combinación específica de criterios lo que he buscado es proporcionar una panorámica general de la que me parece es la columna vertebral intelectual de la historia universal contemporánea. Sería enriquecedor incluir obras como la de Jaguaribe, pero sus problemáticas son tan distintas, y fue escrita en tan clara separación del caudal que trazo aquí, que hacerlo requeriría de un estudio de otro tipo. Abrir los criterios explicativos permitiría la entrada de una marea inabarcable de obras. Me pareció más relevante, en un momento en el que nada se ha escrito sobre esto, proporcionar una panorámica y un estudio histórico de la principal –de ninguna manera la única- corriente historiográfica del último medio siglo. Veo estos criterios como un caleidoscopio al que se le pueden alterar a placer las líneas de demarcación para obtener, alternativamente, una mayor profundidad analítica o una visión panorámica más general. Por lo pronto, y a la espera de que no sea el último, me pareció prudente que este trabajo buscara un punto medio. Pasemos ahora a entender el desvanecimiento de la historia universal y su relación con la historiografía contemporánea.

1.3 Necesidad y quimera de la historia universal

³⁶ Nueva York, Random House, 1987.

³⁷ Londres, Verso, 1999.

Después de la Ilustración las cosas cambiarían radicalmente. Tres tendencias paradójicas han estado presentes desde la profesionalización de la disciplina hasta el día de hoy. Su resultado conjunto fue que la historia universal dejó de ser por primera vez en dos mil años una forma aceptada de narrativa histórica. Esto fue así porque, a diferencia de la historiografía de los siglos XVI a finales del XVIII, se estabilizó un marco más o menos común de referencias, un régimen común de temporalidad y una solución tácita al problema de la unidad de la historia. Una serie de desarrollos simultáneos en la primera mitad del siglo XIX empujarían a la historia universal a un espacio de cada vez mayor marginalidad, al punto que su propia ausencia se volvería rápidamente un sentido común. En tercer lugar, esta estabilización y domesticación de la historia universal siempre dejó descontentos, y por tanto versiones rimbombantes de ésta siguieron surgiendo, en los intersticios de la academia, con gran éxito popular. La forma predominante que éstas adquirieron en la primera mitad del siglo XX fue la del anti-modernismo escatológico.

Las causas de la debacle de la historia universal son fáciles de identificar, y están íntimamente ligadas. Son el nacionalismo, la preocupación por diferenciar a la historia-ciencia de la historia-mito y, en último lugar, el predominio de los métodos rankeanos de investigación.³⁸ En primer lugar, la nación creó un marco de referencias inusualmente poderoso, generador de una fuerte sensación de totalidad, cuyo Estado además financiaba activamente las investigaciones acerca de *su* pasado. Benedict Anderson ha analizado cómo las naciones, a pesar de su origen moderno, son siempre percibidas como entidades antiquísimas.³⁹ Esto ha sido parcialmente el producto de historiadores, pero este mismo poder operó sobre ellos. En segundo lugar, en la medida en la que la historia universal había siempre implicado un alto grado de lo que ahora llamaríamos antropología, etnografía, arqueología y filosofía, cuando no teología, esos métodos se acomodaban mal con el intento de transformar a la disciplina en una ciencia, con fronteras claramente delimitadas. En un momento en el que la ciencia se volvía la fuente legitimadora de cualquier empresa intelectual, era claro que los grandes patrones y leyes

³⁸ David Christian, *op. cit.*, p. 13.

³⁹ Benedict Anderson, *Imagined Communities*, Londres, Verso, 1983.

supuestamente encontradas por los historiadores universales no encajaban con los nuevos criterios de verdad tal y como la investigación archivística podía hacerlo. Desde 1825 Ranke criticaba duramente a los *philosophes* por escribir historias universales equivalentes a un “cajón de utilerías”, incapaces de recobrar la verdadera sustancia del pasado.⁴⁰ Finalmente, esta pretensión cientificista produjo un complejo institucional con vida propia: la ecualización del archivo con la historia (y con la verdad); y la expulsión de todo lo que no emanara de éste como perteneciente a otro orden de reflexión. Nunca habrá una historia universal basada únicamente en archivos. Cuando la investigación doctoral a partir de éstos se convirtió en el rito de paso ineluctable de todo profesional, la suerte de la historia universal quedó sellada como algo ajeno a la academia.⁴¹

Detrás de esto, sin embargo, había tenido lugar una modificación acaso más profunda. Mencionamos antes cómo el colapso de la idea de la unidad de la creación en el siglo XVI disparó una búsqueda por una nueva unidad base para la historia universal. Dos siglos y medio después, ésta fue encontrada en el proceso de interconexión global dirigido, por supuesto, por Europa: el desarrollo de importancia histórica-mundial por antonomasia. Esta es, como Franz Fillafer señaló en un brillante ensayo, la base de prácticamente todo proyecto de macrohistoria, desde Hegel hasta William McNeill, incluyendo a la historia global actual. La unidad del pasado como proceso de conexión global produjo un pasado mundial a la imagen del europeo: la India era “medieval”; tal y como Marx vería el modo de producción asiático vivo y coleando en China en 1870. El poder partir de una noción segura de la unidad de la historia “dispensó a los historiadores de tener que explicar la totalidad de la historia universal, al tiempo que se aseguraba la inteligibilidad de su trayectoria de desarrollo”.⁴² La historia universal dejó de ser necesaria porque paradójicamente la periodización antigüedad - edad media - edad moderna cristalizó a tal punto durante el siglo XIX que se convirtió en una meta-proyección de un guion común de una historia universal implícita. Los (post)rankeanos, al profesionalizarse

⁴⁰ Citado por Franz Fillafer, *op. cit.* p. 20

⁴¹ Christian, *op. cit.*, p. 14

⁴² Fillafer, *op. cit.* p. 25

en uno de estos períodos específicos, re-tejían el vínculo entre lo particular y lo universal relegando a este último tras bambalinas. Los clasicistas expertos en la Galia del siglo IV no tendrían vínculo con los medievalistas enfocados en la Francia del siglo VII, pero sí con los especialistas en la Grecia del siglo IV AC. Este océano de divisiones y periodizaciones era ya la tácita historia universal en torno a la cual se estructuró la disciplina. Con este desvanecimiento y domesticación de la historia universal llegamos al siglo XX y a la crisis de los modelos científicistas y de progreso de la *belle époque*, y al primer resurgimiento de la historia universal. Es necesario ver este punto con más detalle para poder dar cuenta de la recurrencia de la historia universal y de la gran ruptura que implicó la megahistoria en relación con su predecesor inmediato.

El paradigma *cíclico-civilizacional* de la primera mitad del siglo XX, representado con más fama por Oswald Spengler, HG Wells, Arnold Toynbee y William McNeill alcanzó enorme fama y preponderancia –a contrapelo de las principales corrientes de la historiografía de la época- para luego desaparecer súbita y completamente. La historia universal de la primera mitad del siglo XX fue escrita, en una medida todavía mayor a la de la segunda, a contrapelo y en abierta contradicción con las principales corrientes de la historiografía de la época, y eso posiblemente explica a la vez su popularidad entre el gran público y la sorna o, en el mejor de los casos desconfianza, con que los historiadores profesionales la recibieron. La megahistoria habría de reaccionar de un modo similar, ignorando enteramente a su predecesor inmediato, separándose por completo de sus postulados teóricos, así como de su tono general de angustia y melancolía. Aunque detrás de todo esto, como veremos en un momento, se perfilan similitudes igualmente profundas.

La historia universal que va de *La decadencia del Occidente*, de Oswald Spengler (1918), a *El ascenso del Occidente*, de William McNeill (1963) (los opuestos no son casualidad: McNeill concibió su obra como una respuesta a Spengler) y que pasa por HG Wells, Arnold Toynbee, Christopher Dawson, Pitrim Sorokin y Lewis Mumford es una enteramente dominada por una idea cíclica de la

historia, y cuyo *locum tenens* temático es la civilización o la cultura (o la civilización definida en términos culturales). La historia universal fue, para esta generación, un modo de responder a la crisis de la civilización moderna expresada en la desaparición de Dios como punto de referencia en la historia y al desencanto con el progreso.⁴³ La sociedad contemporánea, al perder su punto de referencia espiritual, se encuentra sola y confundida ante las fuerzas superiores de una tecnología deshumanizada, productora de guerras y de anarquía social, que marcan un declive en las energías creadoras del Occidente. El Dios del progreso ha muerto y las utopías han devorado a sus hijos.

Lo anterior expresa de una manera bastante cercana la opinión de la mayoría de los autores en cuestión -McNeill es la excepción al pesimismo imperante-, y las grandes preguntas que se plantean. En esa medida, hay que concebir a la historia universal de la primera mitad del siglo como una respuesta a la crisis del modernismo: a la secularización, el progreso y el desorden social.⁴⁴ Su característica más reveladora y paradójica es precisamente su énfasis en la idea de civilización y cultura en un momento en el que éstas habían entrado en crisis como unidades de análisis -y en un momento en el que el comunismo, el nazismo y la guerra ponían en duda la viabilidad de la civilización Occidental. Como siempre, el búho de minerva vuela al anochecer.

La conexión tautológica entre cultura y civilización y la consiguiente sensación de crisis se resuelve en estas obras en una omnipresente concepción cíclica de la historia. La historia universal consiste en el auge y caída de sucesivas civilizaciones. El mecanismo es simple: si la civilización está en crisis, pero la historia es cíclica, la decadencia actual de la sociedad ineluctablemente se verá seguida por un posterior momento de auge y esplendor. Cualquier teoría cíclica de la historia necesariamente se constituye en discurso profiláctico sobre el presente ¿No sería pedestre que los historiadores encontraran ciclos en el pasado para terminar concluyendo que nos encontramos en un momento de esplendor? Es en

⁴³ Paul Costello, *op. cit.*, p. 22. Toda esta sección tiene una enorme deuda con Costello, el único que ha emprendido un estudio de este tipo.

⁴⁴ Costello, *Ibid.* pp. 4-6.

este punto donde hay que buscar su principal resorte metahistórico como respuesta al *Weltangst* de la época, y del que emanan sus recetas: ¿qué mejor muestra de su unidad como género que el que todos –incluyendo, aquí sí, a McNeill- propongan un Estado universal dirigido por una élite comteana, en el que se reintroduzca un sentido de religiosidad metafísico, como única forma de resolución de la crisis actual?⁴⁵

Escritas también por outsiders a la academia, estas obras ensayaron dispositivos peculiares para lidiar con el movimiento cíclico de las culturas y las civilizaciones: para Toynbee los mecanismos de “desafío y respuesta” y de “retraimiento y resurgimiento” explicaban la manera en la que las culturas reaccionaban a los estímulos exteriores, y trazaban ya el arco general de su desarrollo. Para Spengler, las culturas, definidas por una imagen única, pasan por cuatro etapas, moldeadas en las estaciones, en las que el vigor juvenil da pie al sobrerrefinamiento y la decadencia.⁴⁶

En *Meaning in History*, Karl Löwith critica a las filosofías de la historia modernas –término que para él es un sinónimo de una historia universal implícita– por no ser más que reediciones de los principios cristiano y grecolatino de dirección escatológica y movimiento cíclico, respectivamente.⁴⁷ Spengler y Toynbee son explícitamente objetos de este juicio. Desde ese punto de vista, el paradigma cíclico-civilizacional es un heredero directo de estas viejas tradiciones de escribir historia universal. Como tal, estaban en explícita disonancia con la historiografía de la época. En un momento en que Max Weber o Marc Bloch empezaban ya a formar una verdadera escuela de comparatismo macrohistórico, los historiadores cíclicos-civilizacionales parecen a veces amateurs reaccionarios, místicos angustiados. Estas características se ven más claramente en Spengler y se van reduciendo lentamente hasta llegar a McNeill, en el que apenas se notan en los intersticios.

⁴⁵ Costello, *Ibid*, pp. 213-222.

⁴⁶ Michael Bentley, *op. cit.*, p. 37.

⁴⁷ Karl Löwith, *Meaning in History*, Chicago, Chicago University Press, 1949. p. 19

Los historiadores universales compartían una intuición imprescindible para cualquier tipo de gran narrativa: la imposibilidad de reducir la realidad a la evidencia empírica discreta, y la necesidad de crear amplios marcos de significado para poder entender ésta correctamente, en sus relaciones y causalidad. Para la generación que acabamos de analizar, este marco de significado estaba dado - ¿inevitablemente?- por las profecías producto de sus esquemas cíclicos y los consiguientes imperativos de acción. En esa medida se trata de un pensamiento histórico completamente futurocéntrico. Tal futurocentrismo profético se resolvía, casi sin excepciones, en lo que Costello llama un conservadurismo profundo, entendido no en función de la división izquierda/derecha –Spengler simpatizó con el fascismo, Mumford era socialista- sino como una angustia por el regreso a un “referente eterno”, al balance ecológico-ecuménico de algún pasado: la aldea neolítica para Sorokin, el primer cristianismo para Dawson, la sociedad agraria premoderna para la mayoría.⁴⁸ Es la proyección de este referente hacia el porvenir el que le da el carácter profético a estas obras, y es también el principal vector de su crítica a la modernidad. Esto habría de cambiar completamente en la generación posterior, cuyo futurocentrismo sería completamente distinto: no ya la nostalgia por el pasado perdido, sino una aceptación explícita de una de las opciones de la modernidad y la lucha por llevarla a sus últimas consecuencias: el socialismo, la democracia liberal.

Sirena de alarma ante la crisis y desintegración de la civilización occidental, la historia universal antimodernista fue duramente repudiada y luego completamente olvidada –Hugh Trevor-Roper acuñó una crítica famosa contra Toynbee cuando escribió que, como mercancía de consumo masivo, su *Study of History* era sólo superada por el whisky.⁴⁹ Sin embargo, el discípulo de Toynbee, William McNeill lograría despojarse del conservadurismo profundo y, ante todo, del uso simplista de las nociones de cultura, ciclo y civilización para escribir la historia universal más influyente de su generación. Su punto de partida era la unidad de la

⁴⁸ Costello, *op cit.* p. 218-9

⁴⁹ Hugh Trevor-Roper, “Arnold Toynbee’s Millenium” *Encounter*, Junio 1957, p. 14.

historia entendida como un proceso ecuménico de conexión intercivilizacional,⁵⁰ en el que “el contacto con extraños es la principal fuerza del cambio histórico”⁵¹; pero la macrohistoria, en su pluma, ya era un programa de investigación coherente, en diálogo constructivo con la historiografía y no –o sólo en el trasfondo- una metahistoria profética.⁵² McNeill sería también el único punto de contacto entre la megahistoria y sus predecesores.

En 1974, el teórico francés Michel de Certeau terminaba una radiografía de la producción historiográfica de su época con lo que equivalía a la negación de la posibilidad de la historia universal:

Es necesario observar un fenómeno extraño en la historiografía contemporánea. El historiador ya no es un hombre capaz de construir un imperio. Ya no pretende alcanzar el paraíso de una historia global. Se limita a circular alrededor de racionalizaciones adquiridas. Trabaja en los márgenes. (...) Su papel social [de la historia] no es más (a no ser en la literatura especulativa llamada de vulgarización) el proveer a la sociedad de representaciones globales de su origen. (...) Si durante algún tiempo [el historiador] esperó una totalización y creyó poder reconciliar diversos sistemas de interpretación, de tal manera que pudiera cubrir toda su información, se interesa ahora prioritariamente en las manifestaciones complejas de las diferencias.⁵³

Esta idea refleja tanto el agotamiento del paradigma cíclico-civilizacional como el alejamiento de la historiografía francesa de este tipo de empresas. No habría de ser el único en firmar apresuradamente un certificado de defunción –Costello hizo lo mismo dos décadas después, como dijimos.⁵⁴ De Certau y Costello siguieron demasiado a pies juntillas la intuición de Löwith acerca de la imposibilidad de hacer historia universal fuera del paradigma cíclico cristiano-greorromano. Sin embargo, es cierto que las principales tendencias

⁵⁰ William McNeill, “The Changing Shape of World History”, *History and Theory* Vol. 34 N. 2, 1995, p. 13.

⁵¹ McNeill, *The Rise of the West: A History of the Human Community*, Chicago, Chicago UP, 1992, p. xvi.

⁵² Jurgen Osterhammel, *op. cit.*, p. 101.

⁵³ Michel De Certeau, “La operación historiográfica”, en *La escritura de la historia*, Ciudad de México, Universidad Iberoamericana, pp. 92-5.

⁵⁴ Costello, *op. cit.*, P. 222

historiográficas de las últimas cuatro décadas han casi clausurado la posibilidad de una historia universal.

Según Barbara Weinstein, por ejemplo, la principal tendencia en los estudios históricos a partir del posmodernismo y el posestructuralismo ha sido “la consignación de la gran narrativa al basurero de la historiografía, si no de la historia”; es decir, “el abandono de las (...) grandes explicaciones (...) enraizadas en una tradición interpretativa que traza un arco de las causas a las consecuencias”.⁵⁵ Aunque casi nadie defendería explícitamente el programa de Jean-François Lyotard de terminar con las “grandes narrativas” *tout court* y estudiar sólo el fragmento o las “manifestaciones complejas de la diferencia”, la estructura institucional de la disciplina histórica de la que hablamos antes conspira para que todos seamos, sin quererlo, lyotardianos. Sin embargo, también ha habido una importante contratendencia a este aparentemente ineluctable pensamiento único. En particular, durante las últimas dos décadas ha habido un verdadero auge de nuevos géneros historiográficos que se contraponen explícitamente a esta fragmentación del estudio del pasado en nombre de la unidad y la interconexión: la historia global, la macrohistoria y la *big history*. Desde una trinchera más filosófica que histórica, Susan Buck-Morss urgió recientemente, en un importante ensayo, a abocarse a “la tarea de (...) reconfigurar el proyecto ilustrado de la historia universal en el contexto de nuestra esfera pública actual”, “acercándose a lo universal no al subsumir el pasado en los sistemas generales homogeneizadores sino atendiendo los bordes de esos sistemas, (...) [y de] las fronteras de nuestra imaginación histórica”.⁵⁶

¿De dónde emanaron las megahistorias de la segunda mitad del siglo, si el paradigma previo estaba agotado y la historia profesional era adverso a esas teorizaciones en la más amplia de las escalas? ¿Qué otros paradigmas estaban disponibles, y qué tan profunda fue la ruptura con este modo milenarista de hacer historia universal? Esas cuestiones las estudiaremos en el siguiente capítulo.

⁵⁵ Barbara Weinstein, “History Without a Cause? Grand Narratives, World History, and the Postcolonial Dilemma”, *op. cit.*, p. 71.

⁵⁶ Susan Buck-Morss, *Hegel, Haiti and Universal History*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 2009, p. 79.

Primera parte: los marxistas

La aparición simultánea de las obras de Wallerstein y Anderson y de las dos principales críticas a las que dieron lugar –de Theda Skocpol y Robert Brenner– puso en marcha debates teóricos de gran envergadura entre la ciencia política, la sociología y la historia económica que habían estado circunscritos a esas disciplinas. A partir de éstos se desarrollarían las megahistorias posteriores. No es exagerado decir que todas estas intentarían resolver los acertijos planteados por Brenner y Skocpol a Wallerstein y Anderson. Al analizar la arquitectura teórico-narrativa y los principales conceptos del *Moderno sistema mundo* y *Passages from Antiquity to Feudalism* y *Lineages of the Absolutist State*, y cómo estos se vieron cuestionados por los críticos, este capítulo busca trazar la trayectoria intelectual de la problemática Estados-capital en estos dos autores. De manera más general, busca entender el surgimiento prístino de esta primera megahistoria marxista, y cómo los logros y limitantes de estas obras ayudaron a configurar el universo intelectual de la historia universal venidera. Las siguientes generaciones –Mann, Tilly y Arrighi explícitamente– intentaron salir del impasse al que habían llegado estos debates; a veces resolviéndolos, a veces eludiéndolos.

Capítulo 1: Anderson, Wallerstein y sus críticos: la matriz de la historia universal contemporánea

La megahistoria nació en 1974, cuando se publicaron las obras de Perry Anderson y de Immanuel Wallerstein. En ese momento, Keith Thomas escribió un ensayo penetrante y profético en el que anunciaba el nacimiento de un género al que llamaba Jumbohistoria y, al celebrar la ambición totalizadora de los dos jóvenes historiadores, señalaba algunas simetrías y diferencias.⁵⁷ La primera era que los dos eran relativamente jóvenes y no eran historiadores profesionales: Anderson, de 36 años, era el editor de la *New Left Review*, y Wallerstein, de 44, un sociólogo africanista de izquierda.

La gran tradición de la sociología histórica comparada que va de Montesquieu a Max Weber parece extinta. Escépticos de las ambiciones de gran escala, la mayoría de los académicos prefieren mantenerse pegados a sus pequeñas especialidades con la esperanza –a veces justificada, pero no siempre– de que del estudio microscópico de muy pequeños problemas emergerán grandes verdades. Los proyectos de interpretación histórica de gran escala están reservados a los autodidactas, sin miedo de las líneas de demarcación académicas, y a los visionarios, convencidos de que al reinterpretar el pasado pueden darle forma a un nuevo futuro.

Tampoco es casualidad que ambos escriban dentro de una clara tradición marxista. Cualquier selección requiere de un principio organizativo y no es claro a estas alturas qué otro principio esté

⁵⁷ Keith Thomas, "Jumbo History" *New York Review of Books*, Abril 1975, pp. 26-28.

disponible para lidiar con la historia en esta escala. El marxismo, al enseñar que los problemas del presente sólo pueden ser resueltos por el estudio del pasado, es casi la única filosofía social moderna que provee un incentivo para este tipo de empresa.⁵⁸

En 1974, este era posiblemente el caso. Pero no mucho después el weberianismo se mostraría como una fuente igualmente coherente de una teoría general del desarrollo histórico. Con todo, no es casual que los dos primeros proyectos de mediados de los setenta hayan sido marxistas. Y tampoco lo es que el marxismo de Wallerstein sea tan radicalmente distinto del de Anderson. Esta primera división intramarxista –entre el énfasis en el capital y el énfasis en los Estados- se extendería a través de las otras inspiraciones teóricas hasta llegar al final, hasta Fukuyama.

El marxismo proponía una teoría social sistemática con un alto grado de preocupación por la coherencia interna del edificio teórico. Es por esto que parte del objetivo declarado de Anderson, y en menor medida de Wallerstein, era desembarazar al motor explicativo del materialismo histórico de los errores históricos específicos de Marx o de sus sucesores y llevar a su culminación el proyecto original del *Capital*.⁵⁹ Es decir, Marx no era una simple inspiración: era un proyecto que había que terminar. Pero, más allá de la inspiración marxista o *marxisant* general, cada autor echaba mano abiertamente de otras escuelas, que a su vez explican el énfasis que cada uno le da a los dos elementos esenciales: Wallerstein era un discípulo de Braudel y Anderson un lector cuidadoso de Weber.

El origen del proyecto de Wallerstein no es difícil de rastrear: una extensión de los postulados braudelianos sobre los sistemas-mundo a *todo el orbe*; a la creación de una economía-mundo entre las dos costas del Atlántico. Volveré a Wallerstein después, pero quiero enfocarme por ahora en el caso de Anderson por algunas razones: primero que nada, de las obras publicadas en 1974, la de Anderson era temporal y geográficamente mucho más ambiciosa (ahora, cuatro décadas después, que el proyecto de Anderson se estancó y el de Wallerstein

⁵⁸ Thomas, *ibid*, p. 26.

⁵⁹ Marx concibió al *Capital* como el primero de seis volúmenes, el último de los cuales analizaba al estado.

continuó, ese juicio podría ser moderado aunque no enteramente revertido). En segundo lugar, aunque Wallerstein es más popular, la obra de Anderson ha sido más influyente para las otras megahistorias y para la sociología histórica en general (una disciplina en la que se ve a Anderson, y no tanto a Wallerstein, como uno de los fundadores). Por último, Wallerstein fue rápidamente objeto de una crítica devastadora y brutal por parte de Robert Brenner, a la que en cuarenta años no ha respondido. Esa crítica, que estudiaremos detalladamente más tarde, toca el punto nodal de la teoría de Wallerstein sobre el crecimiento del mercado como motor de la transición al capitalismo.⁶⁰ Los volúmenes sucesivos de su *Moderno Sistema-Mundo* han dejado atrás cronológicamente este punto, y su tetralogía puede ser ahora juzgada por otros méritos. Pero el pecado original nunca fue expiado. La crítica de Brenner fracturó profundamente la arquitectura de la megahistoria de Wallerstein.

1.1 La metahistoria de Perry Anderson

En su doble función de autor y editor, Perry Anderson es una figura omnipresente en la teoría social crítica anglosajona. Nacido en Londres en 1938 en una familia adinerada, luego de vivir en China, Irlanda y California en su infancia, volvió al Reino Unido para estudiar en Oxford, en donde lo encontró el nacimiento de la Nueva Izquierda en 1956. Anderson llegó a la *New Left Review* en 1961 tras una fractura en el primer comité editorial compuesto por EP Thompson, Raymond Williams y Stuart Hall.⁶¹ Bajo el mando del mucho más joven Anderson y de Tom Nairn, la NLR se dedicó a importar a las grandes figuras del marxismo continental para terminar con el supuesto provincialismo británico, y sus dos líderes se embarcaron en un ambicioso proyecto de reconstrucción de la historia de Inglaterra en la *longue durée* con la ayuda de la recién descubierta teoría de Gramsci. Las Tesis Nairn-Anderson fueron el resultado, una serie de textos publicados entre 1964 y 1968 que intentaban

⁶⁰ Robert Brenner, "The Origins of Capitalist Development: a Critique of Neo-Smithian Marxism", *New Left Review* 1/110, 1977.

⁶¹ Gregory Elliot, *Perry Anderson: The Merciless Laboratory of History*, Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press, 1998 pp. 1-4.

nada más y nada menos que reinterpretar los últimos cuatrocientos siglos de la historia británica para entender la dinámica de la crisis presente.

Así se llamaba el banderazo de salida, *Origins of the Present Crisis*⁶², en el que Anderson intentaba entender la especificidad británica: ¿por qué, ante la industrialización y el progreso en Francia, Italia y Alemania, se estancaba Inglaterra? ¿Por qué Inglaterra parecía atrapada en un sueño imperial pasado cuando sus pares continentales se modernizaban? Su respuesta era que las instituciones británicas eran arcaicas, producto de una revolución burguesa que precedió a la revolución industrial. En su análisis, esta no-simultaneidad entre las transformaciones en el poder del Estado y la economía había provocado que nunca se desarrollara una burguesía industrial autónoma y fuerte: la revolución de 1640 había sellado la transformación de los terratenientes feudales en capitalistas agrarios, y éstos habían rápidamente absorbido a la naciente burguesía en su seno, permeando a toda la clase dominante con una cultura aristocrática y arcaica, que había mudado el epicentro de sus actividades económicas del campo a la finanza. La burguesía industrial había aceptado con felicidad el predominio de la aristocracia y había intentado adoptar sus hábitos, la cultura y hasta los títulos de ésta. La nobleza terrateniente era totalmente hegemónica sobre el resto de la élite y sobre el resto de la sociedad. La clase capitalista había fracasado en producir una verdadera cultura burguesa contra la cual pudiera definirse una ideología proletaria: “una burguesía supina ha producido a un proletariado timorato”⁶³, cuyo principal rasgo era el corporativismo: Inglaterra era el único país de Europa cuya clase obrera no había generado un Partido Comunista de masas.

A la distancia, y a pesar de la necesidad adolescente de destruir unilateralmente toda autoridad pasada, las Tesis Nairn-Anderson son un impresionante logro intelectual: el primero tenía 28 años y el segundo 26 cuando fueron publicadas. Fueron una bomba dentro del pequeño mundo del marxismo británico, y les valieron una violentísima respuesta de Edward Thompson, quien los

⁶² Perry Anderson, “Origins of the Present Crisis”, *New Left Review* 1/23, 1964.

⁶³ *Ibid.*, p. 18.

acusó de anglofobia y de sacrificar la tradición local de radicalismo en el altar del marxismo metafísico del continente⁶⁴.

El tránsito intelectual de las Tesis Nairn-Anderson a *Passages/Lineages* (P/L) es comprensible a partir de las críticas de Thompson y de Nicos Poulantzas en torno a la idea de una especificidad en la historia británica. Las tesis partían de la crisis actual, y excavaban en el pasado para entenderla. Pero, al encontrar en el pasado la especificidad de la revolución burguesa prematura, ¿no era un silogismo, explicar una especificidad con otra? La primera podría ser algo obvio si se quiere: Inglaterra estaba claramente quedándose atrás en relación con sus pares europeos. Pero lo mismo no era cierto para el siglo XVII: ¿qué explicaba la temprana revolución burguesa inglesa? La única solución coherente era la comparación: incursionar en el absolutismo como un fenómeno paneuropeo, y hacer un estudio comparativo de los distintos Estados para poder entender la dinámica de su desarrollo político.

Anderson decidió remontar su estudio hasta la antigüedad clásica para entender cómo la desintegración del imperio romano había generado, en cada región de Europa, una configuración económica distinta que a su vez desembocó en distintos tipos de absolutismos. En el caso de Inglaterra por ejemplo, una colonización romana superficial había generado una sociedad feudal extremadamente poderosa, que luego había generado un absolutismo débil, que sería rápidamente derrocado por la amenaza exterior y sus debilidades internas.⁶⁵ Pero había un segundo motivo para remontarse hasta la transición de la antigüedad al feudalismo que no era puramente intelectual: esclarecer la transición de un modo de producción a otro arrojaría luz para entender otra posible transición: la del capitalismo al socialismo. Detrás de este desarrollo intelectual había una trayectoria política, que en este momento adquirió una extrema importancia y hacia la cual hay que voltear por un momento.

Anderson fue uno de los primeros gramscianos fuera de Italia. En su lectura de los *Cuadernos de la Cárcel*, el revolucionario de Cerdeña había lidiado durante

⁶⁴ Edward Palmer Thompson, "The Peculiarities of the English", *The Socialist Register* Vol. 2, 1965

⁶⁵ Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, p. 136.

todo su encarcelamiento con la cuestión de por qué la revolución había fracasado al oeste del Elba. Para esto, Gramsci había desarrollado el concepto de hegemonía y las conocidas oposiciones de Estado/sociedad civil y la concomitante Oriente/Occidente: en Rusia (Oriente), no había sociedad civil, así que los bolcheviques habían podido atacar directamente el Estado en una “guerra de maniobra” y hacerse de él de una manera casi completamente militar. En Occidente, al contrario, la sociedad civil predominaba sobre el Estado, y por tanto los revolucionarios tendrían que ganar la hegemonía en ésta (en una guerra de posiciones) antes de poder pensar en tomar el poder del Estado.⁶⁶

El proyecto de Anderson era una manera excepcionalmente sofisticada de corregir los errores del paradigma gramsciano al darle un contexto histórico a sus reflexiones entre Oriente y Occidente. Se trataba de contribuir a una estrategia específica para la revolución socialista en las democracias avanzadas, al resolver históricamente el enigma conceptual ante el cual se había topado Gramsci. La excepcionalidad bolchevique –diría Anderson- consistía en que éstos se habían enfrentado a una versión tardía de un Estado absolutista-feudal –el único que quedaba. Ninguna revolución posterior se había enfrentado con éxito a un Estado burgués representativo. En el resto de Europa, el fracaso de las revoluciones de los años inmediatamente posteriores a la primera guerra mundial estaba relacionada con la incapacidad de los revolucionarios de darse cuenta que la democracia necesitaba una estrategia distinta a la guerra de maniobra y derrocamiento, y que Octubre no se podría repetir. Esta estrategia distinta tendría que tomar en cuenta la importancia política de la democracia, el mayor peso de la sociedad civil y la mayor legitimidad del Estado.

Pero también sería un error ver a *Passages/Lineages* como sólo eso. Si sólo hubiera sido un modo de proveer de una contextualización histórica a un intento de generar una estrategia política, los largos *detours* hacia la historia de Japón, China, el Imperio Otomano y la India hubieran sido totalmente innecesarios, como también

⁶⁶ Recientemente, Peter D Thomas disputó que esta fuera la problemática central de Gramsci, en la que en general es la crítica más sistemática y erudita de la interpretación que Anderson hace sobre el italiano: *The Gramscian Moment*, Leiden, Brill, 2014.

el remontarse hasta la antigüedad clásica. Estas obras emanaban de los problemas encontrados en las Tesis Nairn-Anderson, y si el énfasis tan particular en el estudio comparativo del absolutismo (en particular el capítulo dedicado a Rusia, que en cierto modo constituye el cenit intelectual de todo el proyecto) venía claramente de la fertilización gramsciana y sus expectativas escatológicas revolucionarias, la arquitectura general de la obra tenía otro objetivo, más amplio: corregir a Marx y reorganizar el materialismo histórico.

En un análisis del marxismo que la NLR buscaba sintetizar, Anderson afirmaba que las grandes preguntas no respondidas no sólo lo dejaban “incompleto” o “imperfecto”, sino que “un siglo después de la publicación del *Capital* [el marxismo] era ante todo un sistema de vacíos: la inmensa distancia entre el potencial del materialismo histórico como una *explicación del mundo y de la historia*, y el uso real que se había hecho de él, implicaba que había una cantidad indefinida de problemas por ser resueltos o incluso explorados”.⁶⁷ Marx había fracasado en producir una teoría general del Estado capitalista y del nacionalismo; Lenin había sido incapaz de distinguir entre la democracia burguesa y la democracia socialista y su teoría desembocaba en el catastrofismo económico; la teoría de la revolución permanente de Trotsky había sido un enorme logro intelectual al predecir la revolución rusa, pero su extensión al resto del tercer mundo era poco consistente.⁶⁸

El proyecto de Anderson era un intento de terminar con este sistema de vacíos del marxismo a través de la historia universal que Marx nunca tuvo tiempo de escribir. La historia radical “desde abajo” estaba sesgada en sus objetivos y perspectivas: “había alcanzado un punto de rendimientos decrecientes: ¿Cuántos otros grupos excluidos quedaban para desenterrar sus historias olvidadas?”⁶⁹ *Passages/Lineages P/L* era una crítica frontal a esa historia, a favor de la aceptación de que los Estados y las clases dominantes eran objetos de estudio más importantes que las clases subalternas *por el simple hecho de ser dominantes*, y

⁶⁷ Gregory Elliot, *op. cit.*, p. 93. Elliot cita el *Decennial Report* de 1974, p. 79 (al que sólo él ha tenido acceso).

⁶⁸ Perry Anderson, *Considerations on Western Marxism*, Londres, Verso, 1976, pp. 116-120.

⁶⁹ Citado en Christopher Hitchens, “What’s Left?”, en *The Atlantic*, Marzo del 2006

que si el marxismo abandonaba el estudio de los primeros, terminaría siendo igualmente unilateral que la vieja historia de bronce.

Esa historia universal totalizadora no era una que se terminara con el absolutismo europeo. En *P/L* se habla de dos volúmenes próximos que tratarán con el problema de las revoluciones burguesas y el desarrollo de los principales Estados capitalistas. Esos otros dos volúmenes nunca aparecieron. *P/L* era la introducción apenas a un estudio sobre el origen de los Estados capitalistas a los cuales los movimientos revolucionarios de su época habrían de enfrentarse: nada menos que una “biografía del capital” y del “laboratorio de las formas políticas” europeo.

¿Por qué se detuvo este proyecto? Sabemos que dos años después, en 1976, Anderson seguía trabajando en él. En *La noción de revolución burguesa* condensó su interpretación de la transición hacia el capitalismo.⁷⁰ A finales de ese año publicó un largo ensayo, *Las Antinomias de Antonio Gramsci*, en el que sacaba las conclusiones políticas de su proyecto histórico, mostraba el impasse conceptual en el que había caído el italiano y buscaba sustanciar el debate político en un firme terreno teórico a través una crítica del uso eurocomunista de Gramsci. Si *Las Antinomias* constituye, por decirlo de algún modo, la estación final del proyecto histórico-político de Anderson, *Passages/Lineages* es la primera. El centro está ausente. Esta ausencia se explica por el desencantamiento. Anderson escribió su historia universal en el último momento de radicalización de la clase obrera en Europa y la publicó durante las últimas luchas de descolonización. Cuando Anderson publicó *Las Antinomias*, Franco Moretti le escribió una carta en la que le decía que “había escrito, sin saberlo, una despedida apropiada a la tradición revolucionaria del marxismo”. Con la estabilización en Portugal y el plácido fin del franquismo en España la posibilidad de una revolución en Occidente se había clausurado definitivamente. “Esa era una conclusión que yo no estaba dispuesto a aceptar –escribiría quince años después Anderson-, pero como siempre, el juicio de Moretti resultó ser más lúcido que el mío”.⁷¹

⁷⁰ En realidad ese texto no fue publicado sino hasta 1992, en *English Questions*, Londres, Verso.

⁷¹ Perry Anderson *A Zone of Engagement*, Londres, Verso, 1992, p. xxii.

A partir de ahí, todo sería pesimismo. En 1982 tenemos la primera aceptación de un cambio profundo: “Con Portugal se desperdició espectacularmente la última oportunidad de una revolución socialista en Europa”.⁷² Las formulaciones se harían progresivamente más brutales. En 1992, aceptaba que Fukuyama tenía razón y que, por lo menos en el modo en el que el siglo XX había entendido a la historia, ésta se había terminado. En el 2000 apareció un manifiesto para el nuevo siglo, que rezaba: “el único punto de partida posible para una izquierda realista es la aceptación de la derrota histórica”.⁷³ Y recomendaba, en una corrección de Koselleck, una actitud: ni la falsa consolación ni la subestimación del enemigo: “una lúcida resignación”.⁷⁴ En esa época no tenía sentido ya escribir una historia universal. El resorte político había caído en un total anacronismo. ¿Escribir una biografía del capital para derrotarlo, tras la caída del muro de Berlín? ¿Y el resorte intelectual? El marxismo vivía, no como un movimiento político, sino como una corriente académica. “La teoría marxista anglosajona parece haber alcanzado su cenit intelectual en un momento en el que sus consecuencias prácticas han perdido toda importancia”, escribe Nikil Saval sobre Anderson, y ahí se encuentra la clave de la tragedia de su proyecto histórico.⁷⁵

Los volúmenes sobre las revoluciones burguesas nunca verán la luz. El proyecto mismo pertenecía a otra época. Las esperanzas de Anderson habían caído en el vacío, y con ellas el sentido de escribir una historia universal. Como testigo incómodo y brillante de una coyuntura pasada quedó *Passages/Lineages*. Vistas en la perspectiva del plan original, tendrían siempre un sabor a derrota. “En todo su esplendor” escribe Gregory Elliot, “*Passages y Lineages* tienen un cierto dejo de orfandad. (...) Como Anderson dijo una vez: los eventos que no suceden son a veces más importantes que los que sí. Esos libros faltantes representan el centro ausente de toda su obra teórico-política”.⁷⁶

⁷² Perry Anderson, *In the Tracks of Historical Materialism*, Londres, Verso, 1982, p. 47

⁷³ Perry Anderson, “Renewals”, en *New Left Review* II/I, 2000.

⁷⁴ Perry Anderson, “Confronting Defeat”, in *Spectrum*, Londres y Nueva York, Verso, 2005, p. 316.

⁷⁵ Nikil Saval, “New Left Review 1962 – Present”, *N + 1*, Num. 8, 2009.

⁷⁶ Gregory Elliot. *op. cit.*, pp. 78-9.

1.2 Passages/Lineages

Passages from Antiquity to Feudalism y *Lineages of the Absolutist State* son historias de las formas del poder político. Su objeto de estudio es el Estado: su construcción, composición, objetivos e intereses. Éste, en tanto que cristalización de las relaciones de poder de la sociedad, proporciona un proxy a través del cual entender procesos económicos y sociales que no tienen cabida directa en la narrativa; un hilo negro de inteligibilidad para rastrear el desarrollo de las sociedades en el largo plazo. El mismo objeto de estudio obligaba a adoptar una perspectiva peculiar; a estudiarlo, antes que nada, “desde arriba”. Con esto, Anderson se apartaba de la historiografía marxista o de izquierda de los sesenta y setenta que buscaba escribir la historia “desde abajo”:

Es necesario recordar uno de los axiomas básicos del materialismo histórico: que la lucha secular entre las clases se resuelve en el nivel político –no el económico o cultural- de la sociedad. En otras palabras, es la construcción y destrucción de los Estados la que sella los cambios esenciales en las relaciones de producción, en tanto existan las clases. Una “historia desde arriba” (...) no es menos importante que una “historia desde abajo”: en efecto, sin ésta, la segunda se vuelve al final igualmente unilateral.⁷⁷

La arquitectura entera de *P/L* está cimentada en la división entre Europa Oriental y Occidental, que Anderson afirma fue primero expuesta sistemáticamente por Leopold von Ranke en su gran obra de juventud, *Historia de los pueblos latinos y germánicos*, de 1824. Este largo hilo historiográfico pasa por Hegel y Bloch para volverse sentido común en la producción académica contemporánea, y tiene su origen intelectual en la idea de que tras caída del imperio romano el feudalismo se implantó sólo en la parte occidental de éste. Europa es coetánea con el medioevo. En Bloch: “La economía europea de la Edad Media (...) en la medida en la que este adjetivo puede ser usado para designar una verdadera realidad humana, es la del

⁷⁷ Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State*, Verso, 1980 [1974], p. 11.

bloque latino y germánico, salpicado por algunos islotes celtas y eslavos (...) Europa es una creación del medioevo temprano”.⁷⁸ Bizancio no era, ni habría de ser nunca más, parte de Europa.

Anderson estaba de acuerdo con esa división –su teoría política y su idea de la historia está basada en ella- pero el primer volumen de su obra es un rastreo histórico de sus orígenes; no en el feudalismo, en el que ya se ha hecho patente, sino en la antigüedad clásica, en la que se empieza apenas a delinear. La relación entre uno y otro consiste en que Anderson entiende al feudalismo como una *síntesis* entre el modo de producción esclavista romano y el modo de producción germánico tribal con el que colisionó. Este es un concepto central: en su interpretación un tanto weberiana del marxismo, los modos de producción son ideal-tipos; conjuntos de relaciones sociales de producción y apropiación que, sin embargo, nunca existen en estado puro. En la historia hay *formaciones sociales*, es decir, combinaciones determinadas de distintos modos de producción, en las que las relaciones e instituciones de los modos de producción constituyentes se *recombinan*. Pero –y esto es un punto esencial para no hacer demasiado holgado un concepto flexible- en las formaciones sociales necesariamente hay un modo de producción –una relación social particular- superior y determinante (en su léxico althusseriano: sobredeterminante) sobre las demás. Las formaciones sociales, independientemente de su impureza en relación con el ideal-tipo del modo de producción, están sujetas a la lógica y dinámica de desarrollo de uno –y sólo uno- de ellos.⁷⁹

Esta división entre modo de producción (ideal) -> formación social (real) explica la arquitectura de la obra. La estructura de cada parte es la misma: discusión del tipo ideal, y luego taxonomía de sus encarnaciones. Los tres centrales son el modo de producción esclavista, el feudal y, en el segundo volumen, el Estado absolutista.

⁷⁸ Perry Anderson, *Passages from Antiquity to Feudalism*, Verso, 2013 [1974], pp. 15-17. Cita de *Mélanges Historiques*, de Bloch.

⁷⁹ Anderson, *Lineages... op. cit.*, p. 154.

Passages abre con un análisis del modo de producción esclavista, para luego pasar a sus tres principales instanciaciones: Grecia, el mundo helenístico y Roma. Para Anderson, los grandes logros económicos, políticos y culturales de estas sociedades estuvieron íntimamente ligados con la institución de la esclavitud, que aunque no siempre fue predominante como modo de trabajo, sus momentos de mayor extensión coincidieron con sus épocas de oro. La esclavitud liberó a la clase de propietarios de cualquier tipo de trabajo manual y permitió el florecimiento de una cultura urbana y mercantil en la que, sin embargo, las ciudades estaban superpuestas al enorme océano de la producción agraria. Éstas nunca fueron realmente centros de producción, ni estuvieron articuladas íntimamente con la agricultura; eran ante todo centros de consumo conspicuo de la élite. Sólo la concepción de la propiedad absoluta sobre los esclavos permitió, por contraste, el surgimiento de las ideas de libertad y ciudadanía.⁸⁰ A su vez, la propia esclavitud le impuso límites estrechos al desarrollo económico, puesto que tiñó todo tipo de trabajo manual con un tinte de degradación moral e intelectual. De forma igualmente importante, ató la suerte de la economía al abasto de esclavos, lo que hizo a estas sociedades completamente dependientes del éxito en la guerra para su supervivencia, en tanto que el modo más sencillo y efectivo de obtener esclavos. La decadencia y caída de Roma, para Anderson, está íntimamente ligada con el problema del abasto de mano de obra.

Posteriormente *Passages* estudia el modo de producción germánico-tribal y las invasiones que eventualmente producirían el feudalismo. El primero es un sistema de agricultura campesina libre, organizada en torno a clanes extendidos, en la que las tierras eran distribuidas cotidianamente entre éstos para evitar la diferenciación social. No había, en un inicio, jefes políticos permanentes; los dirigentes militares eran electos por la asamblea de guerreros únicamente en tiempos de guerra. Sin embargo, el contacto con la jerárquica sociedad romana puso en marcha un proceso de diferenciación social interna que, para el siglo V, cristalizó en una aristocracia hereditaria, emanada del séquito de un jefe militar que

⁸⁰ Anderson, *Passages... op. cit.*, pp. 21-2

había logrado establecer una posición de autoridad permanente.⁸¹ Este proceso de diferenciación y de creación de una aristocracia guerrera a partir de un séquito es el modo prístino de formación del feudalismo, que analizaremos más tarde.

La definición del modo de producción feudal proporcionada por Anderson era a la vez un debate contra buena parte de la historiografía marxista de su época, y una de las principales piedras de toque de toda su arquitectura teórica. Contra la primera, que utilizaba el concepto para describir a cualquier sociedad pre-capitalista, Anderson definía al feudalismo no como cualquier tipo de propiedad señorial sobre la tierra, sino –siguiendo parcialmente a Bloch- como un conjunto específico de relaciones e instituciones económicas y *políticas*, con los siguientes rasgos: una interminable cadena de relaciones de vasallaje que incluía no sólo al siervo y al señor, sino también a los señores y al rey; la servidumbre, entendida como la apropiación directa del trabajo de los campesinos; la coerción *extraeconómica* de los productores por los señores –es decir, la fusión de las funciones de apropiación, jurisdicción y coerción militar en la figura del señor; el señorío y, muy importante, la parcelización de la soberanía: la fragmentación y fusión de los antiguos poderes del Estado romano en el señor y su dominio, cada uno con sus códigos, leyes e instituciones locales.⁸²

Esta definición implicaba una importante innovación teórica: la idea de la coerción *extraeconómica*. Con esto Anderson rompía implícita pero sistemáticamente con el esquema marxista de la base vs la superestructura; la división tajante entre la base económica y su “reflejo”; la superestructura política y cultural. Para él, una característica central del capitalismo es que sólo en ese sistema y por primera vez en la historia la apropiación del plus trabajo es llevada a cabo por métodos exclusivamente económicos. En los modos de producción previos, este proceso estaba indisolublemente atado a métodos de coerción *extraeconómica*. Para los señores feudales, su condición misma de señores llevaba tatuada funciones de dominación política, jurídica y económica; para los ciudadanos

⁸¹ Anderson, *Ibid.*, pp. 107-9

⁸² Anderson, *Ibid.*, p. 147 y ss.

griegos, la ciudadanía era coetánea con poseer tierras y conllevaba obligaciones de servicio militar. Por tanto, la división entre base económica y superestructura política era completamente falsa, una analogía inservible, por lo menos para las sociedades precapitalistas. Estos modos de producción no pueden entenderse a partir de las relaciones puramente económicas, puesto que estas están amalgamadas en todo un aparato político, ideológico y religioso constitutivo del proceso de apropiación. Es por esto que, en la definición previa del modo de producción feudal, buena parte de sus rasgos son políticos, no económicos.⁸³ Veremos que este concepto traerá a la vez las principales fortalezas y debilidades a *Passages/Lineages*.

Anderson sugiere un patrón general de variantes de la síntesis feudal sobre un eje norte-sur y otro este-oeste: en las regiones más occidentales y australes de Europa, las invasiones bárbaras fueron más débiles o se encontraron con una muy fuerte cultura urbana. En este feudalismo predominó el elemento clásico. En el norte, por el contrario, no había tal legado, así que las sociedades estuvieron mucho más fuertemente inclinadas hacia el elemento “germánico” comunitario; en las regiones al norte de los Alpes se dio la síntesis más balanceada entre ambos elementos, y es precisamente en Francia donde surgió el feudalismo paradigmático.⁸⁴

Ahora bien, al Oriente del Elba, fuera de los dominios bizantinos, sucedió algo distinto que tendría consecuencias durante los siguientes siglos. Hasta el siglo VIII o IX las comunidades eslavas pasaron por el mismo lento proceso de diferenciación social y creación de proto-Estados que antes habían sufrido los germanos. Pero aquí no había legado clásico del cual abreviar, así que la síntesis feudal no fue tal. En Europa del Este nunca se instaló un verdadero feudalismo, donde predominara la servidumbre: las comunidades campesinas se mantuvieron predominantemente libres hasta un momento tardío.⁸⁵ Además, estas regiones habrían de estar sujetas

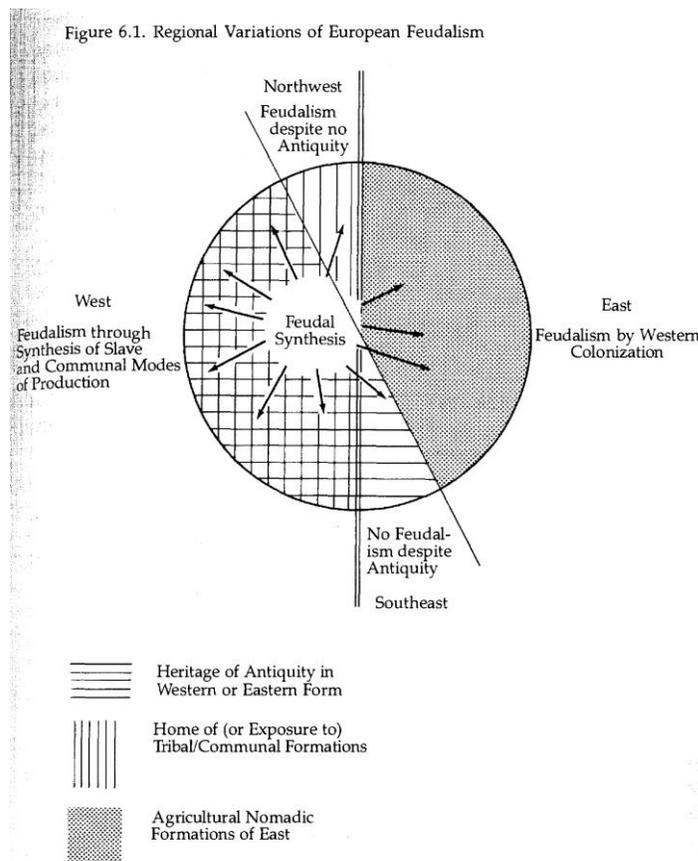
⁸³ Anderson, *Lineages... op. cit.*, pp. 540-2 para la formulación más consistente; también p. 404. Esta idea sería luego desarrollada y sistematizada por Ellen Meiksins Wood en “The Separation of the Economic and the Political in Capitalism”, en *Democracy Against Capitalism*, Verso, 2016 [1981].

⁸⁴ Anderson, *Ibid.*, pp. 154 y ss.

⁸⁵ Anderson, *Ibid.*, pp. 215-6

a dos grandes determinantes que retrasarían todavía más cualquier posibilidad de desarrollo: las invasiones nórdicas, que a la vez que crean los primeros Estados, someten a la población y forman una economía comercial de venta de esclavos a Bizancio y el medio Oriente; y las de la estepa asiática, que no dejan de pillar e imponerse sobre las sociedades eslavas sino hasta el siglo XIV.⁸⁶

Las diferencias entre las trayectorias de Oriente y Occidente cristalizarán de la manera más clara tras la crisis del feudalismo del siglo XIV. Como veremos en las secciones siguientes, la interpretación de este proceso se volverá el principal campo de batalla de la megahistoria de esta generación. Tras la crisis, en Occidente la servidumbre desaparece enteramente, y la aristocracia se ve obligada a aceptar la



conmutación de los servicios personales por dinero, así como la posesión campesina de la tierra, y rentas puramente simbólicas. Al Oriente del Elba, sin embargo, la crisis provoca una *reacción señorial*; una ofensiva de la nobleza que reduce *por primera vez* a los campesinos a una condición de servidumbre brutal, y que termina con la ciudades que habían surgido durante los siglos pasados. A mediados del siglo XVI, dice Anderson, la ciudad más grande de Prusia – Berlín- tenía 1 300 casas. En el

momento en el que en Occidente la servidumbre obtenía su certificado de defunción, en Oriente llegaba con más fuerza: la nobleza había derrotado completamente no

⁸⁶ Theda Skocpol y Mary Fullbrook, "Destined Pathways: The Historical Sociology of Perry Anderson", en Theda Skocpol, *Vision and Methodology in Historical Sociology*, Cambridge University Press, 1984 p. 189

sólo al campesinado, sino también a la naciente burguesía. Este resultado era la consecuencia de la previa trayectoria histórica de cada parte de Europa, pero también –y este sería un punto muy contencioso- del desenlace particular de la lucha de clases entre terratenientes, campesinos y comerciantes.⁸⁷ En pocas palabras, el condicionamiento progresivo que había llevado a Europa Oriental a su retraso y subdesarrollo se *remontaba*, por un lado, a una minusvalía geográfica –su mayor exposición a las invasiones- y, ante todo, a la ausencia del legado clásico.⁸⁸ Era esta ausencia la que había separado las temporalidades históricas entre las dos mitades de Europa; la simultaneidad de lo no contemporáneo. En una llamativa formulación, Anderson escribía que “[Oriente] había comenzado su desarrollo tardíamente, y continuaría su evolución anterior hacia un orden económico que ya había sido dejado atrás en el continente (...) tendría todavía que pasar por un ciclo entero de desarrollo histórico justo en el momento en el que Occidente escapaba de él”.⁸⁹

Desde esta perspectiva de largo aliento, el fenómeno paneuropeo del absolutismo –el objeto de estudio central de ambas obras- no era ya una primera forma del dominio burgués ni, como en algún momento lo creyeron Marx y Engels, un balance entre la burguesía y la aristocracia, sino directa y completamente un “aparato recargado y redesplegado de dominación feudal”.⁹⁰ Con dos subvariantes: uno oriental y uno occidental, cada uno sostenido sobre el distinto tipo de feudalismo de cada región. Por lo tanto, si en Occidente el Estado absolutista había sido una compensación para los nobles por la desaparición de la servidumbre a través de la apropiación ya no en forma de renta sino de impuesto, en Oriente había sido el dispositivo de la nobleza para consolidar la servidumbre.⁹¹

⁸⁷ Anderson, *ibid.*, p. 198.

⁸⁸ Anderson sugiere que las dos son en el fondo una y la misma cosa: a diferencia de Alemania, que los romanos conocían bien y pensaron en conquistar a partir de los ríos, el este del Danubio les era completamente desconocido. Le atribuye esta diferencia a la ausencia de vías marítimas navegables conectadas o cercanas al mundo mediterráneo: a los desafíos de conexión que la inmensidad de la masa terrestre le imponía a una civilización esencialmente costera.

⁸⁹ Anderson, *Passages... op. cit.*, p. 264

⁹⁰ Anderson, *Lineages... op. cit.*, p. 18

⁹¹ Anderson, *ibid*, p. 195.

En Occidente, el absolutismo permitió el desarrollo “en sus intersticios” de una burguesía comercial, organizada en ciudades que habían adquirido derechos de autogobierno, superpuesta a una agricultura mucho más próspera que la de Oriente, con un alto grado de libertad campesina. La mayor comercialización y riqueza urbana le dieron al absolutismo un poder social inédito; una capacidad de movilización militar no vista en un milenio. Pero sus bases de clase no eran en el fondo distintas de las del feudalismo clásico: fue la forma en la que la aristocracia resolvió la crisis del final de la edad media, y el martillo político con el que sometió durante tres siglos todos los desafíos a su dominio, tanto de las revueltas campesinas y de nobles recalcitrantes como –cuestión esencial- del exterior. En Oriente, este último punto era más patente. Pues la creación de los Estados absolutistas había seguido a la instauración de la servidumbre: no era un producto directo de ella. La *ultima ratio* del absolutismo en Oriente no era económica, sino política-militar: la reacción de la nobleza a la amenaza militar de Occidente –sueca, en un primer momento. Las élites orientales tuvieron que adoptar maquinarias estatales centralizadas análogas a las de Occidente para poder sobrevivir, en un momento en el que sus bases económicas divergían más.⁹²

Este último es un punto esencial para nuestros propósitos: un primer intento de teorización sobre el papel de la guerra y de lo internacional en la historia: en el contexto de una economía predominantemente agraria, con un lentísimo grado de crecimiento, los nobles no podían esperar aumentar su riqueza a través de una mayor productividad; la conquista territorial, a través del saqueo y la anexión de territorios, era el único camino abierto por la estructura económica: “la conquista, y no el comercio, era el modo predominante de expansión”.⁹³ Es este juego a suma nula el que explica la dinámica guerrera de los Estados absolutistas, y por tanto el estado permanente de guerra en el que Europa estuvo inmersa durante esos siglos. Pero también implicaba una lectura política-militar de la historia: la competencia internacional y militar podía proporcionar un motor de cambio más poderoso que el desarrollo económico endógeno. Su discusión sobre el látigo de la necesidad militar

⁹² Anderson, *ibid*, pp. 198-202

⁹³ Anderson, *ibid*, p. 197

en el surgimiento del absolutismo oriental era la primera musicación de una teoría marxista de la guerra y las relaciones interestatales; o de la necesidad de una.

Después de la discusión sobre los distintos estados absolutistas, las últimas ciento cincuenta páginas de *Lineages* son dos estudios sobre Japón, por un lado, y de China, el Imperio Otomano y la India, por el otro. Estos buscaban mostrar la incoherencia del concepto de modo de producción asiático, portmanteau con el que el marxismo había buscado agrupar a todas las sociedades agrarias no-occidentales. La conclusión general que emanaba de este último capítulo era que cada una de estas sociedades era profundamente diferente de la otra, y que los conceptos del marxismo clásico no las aprehendían en lo absoluto. Anderson no proponía conceptos alternos: una vez destruido el edificio, quedaría a alguien más construirlo sobre bases más sólidas.

El interés histórico del estudio del absolutismo radicaba en que los Estados contemporáneos emanaron directamente de ellos tras las revoluciones burguesas; de su ambición centralizadora y homogeneizadora, y en no menor medida de sus propias fronteras. Como dijimos antes, *Passages/Lineages* era apenas el preludeo del verdadero proyecto andersoniano: la biografía del capital y de sus formas políticas. La importancia del absolutismo dentro de esta arquitectura yacía precisamente en que en éste se empezó a desarrollar el capitalismo, y que fueron el capullo de los Estados modernos. Por esto, hay dos cúspides interpretativas en estas obras: una histórica, y otra política, que nos dan además las principales pistas de cómo habrían de continuar los volúmenes inacabados.

El capítulo sobre Japón afirmaba que la razón por la cual ahí se pudo adaptar fácilmente el capitalismo y naturalizarlo, para ser el único país fuera de Occidente que entraría al círculo de las grandes potencias, yacía en la existencia de un sistema feudal dinámico, similar en sus principales rasgos estructurales al europeo.⁹⁴ Pero esto planteaba una pregunta más profunda: ¿Por qué entonces, si la presencia del

⁹⁴ Esta idea tiene su origen en los comentarios análogos de Marc Bloch en *La Société Féodale* (a quien Anderson cita), y en el texto seminal de Otto Hintze "The Formation of States and Constitutional Development", en *The Historical Essays of Otto Hintze*, Oxford, 1968, a quien no cita en este punto.

feudalismo en Japón había desbrozado el camino al capitalismo, éste se originó exclusivamente en Europa? La respuesta se resumía en tres palabras: el legado de la antigüedad clásica. La diferencia entre el feudalismo europeo y el japonés yacía en que el primero se había desarrollado de manera prístina porque llevaba en su código genético su origen grecorromano. Fue la resucitación de éste, en el siglo XV en Europa, lo que le abrió las puertas al capitalismo:

La llegada del capitalismo en Europa sólo puede ser entendida en ruptura con toda noción lineal del tiempo histórico. Esta trayectoria revela la *remanencia* del legado de un modo de producción en una época *dominada* por otra, y la *reactivación* de su herencia en la transición hacia un tercero. La génesis concreta del feudalismo europeo, en el lugar de desvanecerse como fuego y vapor en la solidez terrenal de su estructura consumada, tuvo un efecto tangible sobre su disolución final. (...) Contra toda suposición historicista, fue como si el tiempo se invirtiera entre los primeros dos [antigüedad y feudalismo], para desatar el giro crítico hacia el último [capitalismo]. Contra toda suposición estructuralista, no hubo mecanismo de desplazamiento autopropulsado del modo de producción feudal al capitalista, como si se tratara de sistemas cerrados y contiguos. La *concatenación* de los modos de producción antiguo y feudal fue necesaria para producir el capitalismo en Europa—una relación no de secuencia diacrónica, sino también de articulación sincrónica. El pasado clásico se despertó dentro del presente feudal para asistir al nacimiento del futuro capitalista, a la vez inimaginablemente más distante y extrañamente más cercano a éste. El nacimiento del capital fue testigo, como sabemos, del Renacimiento de la antigüedad. El Renacimiento sigue siendo —a pesar de toda crítica y revisión— la clave de la historia europea vista en su totalidad: un doble momento de expansión sin precedentes del espacio, y de inigualable recuperación del tiempo.⁹⁵

Este pasaje condensa el pensamiento histórico más profundo de Perry Anderson, su utilización más sistemática del concepto de formación social, y devela de la manera más clara el principal blanco de las críticas de sus contemporáneos: su genetismo sistemático. Volveremos a él en un momento.

⁹⁵ Anderson, *ibid*, pp. 451-2.

Este pasaje es también una de las pocas pistas acerca de la transición al capitalismo. Sobre la transición al socialismo, por el contrario, Anderson habría de hacer una precisión importante al canon marxista. Políticamente, la lección más radical de *Passages* estaba en el capítulo sobre Rusia. Si el absolutismo era un Estado feudal recargado, derrocado aquí y allá por las revoluciones burguesas abiertas tras 1640 en Inglaterra, en Rusia había sobrevivido hasta 1917. La revolución de febrero no había tenido tiempo de cambiar el aparato institucional del zarismo para el momento en el que estalló la revolución de octubre. Los bolcheviques, por tanto, derrocaron a un Estado feudal, no al Estado capitalista que era el “enemigo natural” de los trabajadores en el resto del mundo. La fragilidad de las bases sociales y de la capacidad militar y económica de un Estado perteneciente a otra época histórica había sido aprovechada inteligentemente por los bolcheviques. Pero esa ventana abierta se había cerrado para los socialistas posteriores: no había más Estados absolutistas, los movimientos revolucionarios tendrían que enfrentarse a enemigos de otro tipo, más poderosos; y el intento de replicar maquinalmente el ejemplo “militarista” bolchevique en democracias firmes, con gobiernos representativos y amplias libertades no llevaría a ningún lado. El movimiento socialista tenía que entender que los Estados capitalistas contemporáneos, al contrario del Estado zarista, se basaban en el *consentimiento* de la población, expresado en la democracia: el más grande logro social de dos mil años quinientos años de historia de Occidente. Aquí volvían con toda la fuerza las problemáticas gramscianas de la que hablamos antes: el italiano había tocado una verdad histórica profunda en sus reflexiones acerca de la división entre Oriente y Occidente y en las consiguientes estrategias para cada mitad: guerra de maniobra en una y guerra de posición en la otra; pero había sido incapaz de sacar todas las consecuencias y de poder contextualizar apropiadamente el origen de esta división.⁹⁶

1.3 La tradición relevante

⁹⁶ Anderson, “The Antinomies of Antonio Gramsci”, *New Left Review* 1/100, noviembre 1976; claramente una continuación de las lecciones del capítulo sobre Rusia.

Incluso las críticas más sistemáticas a *Passages/Lineages* coincidían en que era un impresionante logro intelectual y estético, y una gran contribución a la mejor tradición del materialismo histórico. En 1977, la Convención Anual de la *Asociación Sociológica Americana* terminaba con una conferencia magistral de Philip Abrams en la que encomiaba a sus colegas a seguir el camino abierto por Perry Anderson en el estudio de la construcción histórica del Estado.⁹⁷ La elección de este objeto de estudio empataría e impulsaría todo un giro “estatista” en la ciencia política y la sociología anglosajona, cuya consumación veremos en el capítulo siguiente, al tiempo que abriría una serie de interrogantes y mostraría tensiones irresueltas en *P/L*.

Si Anderson recibió la bendición y calurosa recepción de figuras tutelares como Eric Hobsbawm o Ralph Miliband, los más jóvenes criticaron su alejamiento del marxismo y la influencia de Weber, así como lo “revisionista” de sus conclusiones políticas.⁹⁸ Éstas son generalmente doctrinarias, así que habremos de pasarlas de largo sin mayor problema. Por lo demás, las principales críticas giraron en torno a tres ejes. El primero tenía que ver con la coherencia del nivel de análisis, el segundo con la metodología y el carácter teleológico de sus problemáticas, y el tercero con el lugar de Occidente en la narrativa. A partir de estas cuestiones se desarrollará la megahistoria en sus generaciones posteriores, así que es importante entender estos debates.

Varios coincidieron en llamar a la teoría social de Anderson “ontogenética” o “cladogenética”, en referencia al *internalismo fuerte* patente en ambas obras. Es decir, las causas del cambio histórico se encuentran por definición en los desarrollos que tienen lugar *dentro* de una sociedad dada.⁹⁹ En el interminable debate entre génesis y estructura, Anderson se ponía (no explícitamente) contra los

⁹⁷ Philip Abrams, “Notes on the Difficulty of Studying the State” *Journal of Historical Sociology*, Vol. 1 Num. 1, 1988.

⁹⁸ Por ejemplo Alex Callinicos, “Considerations on Western Marxism”, *International Socialist Journal* Num. 99, junio 1977.

⁹⁹ Michael Hechter, “Lineages of the Capitalist State”, *American Journal of Sociology*, Vol. 82, No. 5 (marzo 1977), p. 1058, quien lo llama ontogenético; y Theda Skocpol y Mary Fullbrook, “Destined Pathways: The Historical Sociology of Perry Anderson”, en Theda Skocpol, *Vision and Methodology in Historical Sociology*, Cambridge University Press, 1984, quienes utilizan el segundo término.

estructuralistas y afirmaba la influencia infinita de los legados históricos contra las “estructuras consumadas”.

Para Theda Skocpol y Mary Fullbrook, quienes escribieron dos largas, cuidadosas y a la vez calurosas críticas, el problema radicaba en el modo en el que se construía esta genealogía del presente hacia los orígenes. En la sección anterior vimos cómo *Passages/Lineages* nació como respuesta al impasse al que habían llegado las tesis Nairn-Anderson. El punto de partida seguía siendo el mismo, pero extendido y sistematizado. Metodológicamente, el problema –decían sus críticos– yacía en que se partía del presente para explicarlo por el pasado, y luego este a su vez por su pasado, ad infinitum. En este movimiento, la especificidad cristalizada en el presente necesariamente se debía a una especificidad cristalizada en el pasado 1, que a su vez se remontaba a una especificidad cristalizada del pasado 2, etc. En la historia de Occidente había tres “singularidades”, tres rasgos que lo hacían único, pero cada una de estas determinaba y abría el camino de la siguiente: la antigüedad al feudalismo, y el feudalismo al capitalismo.¹⁰⁰ La línea del primero al tercero era única e irrepetible. El objetivo de *P/L* era rastrear hasta los orígenes la especificidad de la experiencia histórica de Occidente, pero también de las variantes dentro de éste: Europa oriental como ejemplo de atraso secular e inamovible y, Francia, la sociedad moderna por antonomasia.

Aquí el concepto de Skocpol y Fullbrook de cladogénesis se hacía más exacto. En la biología, esto se refiere al proceso evolutivo en el cual un tallo madre se divide en linajes hermanos completamente independientes, incapaces de reproducirse entre ellos. Las sociólogas americanas criticaban a Anderson porque su narrativa consistía en el estudio de un linaje central, nacido directamente del tallo madre, al cual se le comparaba después con sus hermanos menos exitosos.¹⁰¹ ¿Cuál era el linaje central en el absolutismo europeo? En *Passages/Lineages* hay un persistente vocabulario acerca de la “impureza”, “retraso”, “precocidad”, “tardío”,

¹⁰⁰ Paul Hirst, *The Uniqueness of the West, Economy and Society*, Vol. 4, N. 4, 1975, p. 449. Hirst es uno de los “jóvenes marxistas” que critican dura y doctrinariamente a Anderson. Pero en su largo ensayo hay varios comentarios interesantes sobre su método.

¹⁰¹ Theda Skocpol y Mary Fullbrook, *op cit.* p. 196

palabras que expresan un pre-concepto de un estándar frente al cual todos los otros casos son anormales.¹⁰² En un interesante estudio lexicográfico Skocpol y Fullbrook estudiaban cuáles eran los adjetivos con los que se describía a cada linaje absolutista y llegaban a la conclusión de que el estándar era Francia.¹⁰³ Ese estándar de oro tiene su razón de ser en la singularidad del pasado 1, y ese a su vez en la del pasado 2. La *Sonderweg* francesa se remontaba al balance armónico entre los elementos germánicos y clásicos del feudalismo desde el siglo X, que después se transformó en un absolutismo fuerte, que posteriormente dio origen a la revolución burguesa paradigmática. A la pureza de este linaje de por lo menos 800 años se le contraponen fácilmente el caso inglés: un feudalismo fuertemente inclinado al elemento germánico, poderoso solamente tras la conquista normanda (es decir, francesa), un absolutismo débil y corto y una revolución burguesa precoz e impura que produjo a su vez un capitalismo primitivo.

Tal vez el mejor modo de encontrar las razones de este galocentrismo sea seguir el método de Anderson e ir de adelante hacia atrás. Es decir, no se trata de evaluar qué tan dinámica fue la síntesis feudal en la Ile de France, sino de entender qué lugar ocupaba la Francia de principios de los setenta en el pensamiento político de Anderson. Al revelar el lugar ocupado por Francia en la arquitectura de *P/L*, Skocpol y Fullbrook afirmaban que sin duda esto se debía al carácter paradigmático de la revolución francesa, proyectada hacia el pasado. En efecto, este era un concepto central en la arquitectura de Anderson, incluso si sus volúmenes no llegaban a las revoluciones burguesas. Pero hay más de lo que ellas ven, pues el hecho de que el gran caudal de la historia universal pasara por Francia en realidad se “remontaba” no sólo a la fuerza de su revolución, sino también a su carácter como centro de gravedad de la izquierda de los años sesenta: a la diversidad y riqueza de su radicalidad; a la fortaleza del marxismo francés; al rol privilegiado que jugaba la intelligentsia revolucionaria en la que Anderson buscaba un reflejo de su

¹⁰² El primero en notarlo, en su versión más temprana fue posiblemente EP Thompson en “The Peculiarities of the English”, *op. cit.*

¹⁰³ Skocpol y Fullbrook, *op. cit.*, p. 194.

propia actividad. Ahí –y en Italia- es donde éste puso sus esperanzas más profundas de cambio revolucionario.

No es por tanto sorprendente que Anderson fuera criticado por teleológico. El problema de hacer de la excepcionalidad el problema de la investigación histórica –decía Paul Hirst- suponía ya asumir la excepcionalidad en el origen. La respuesta estaba dada por la pregunta misma. Convertía el objeto a ser investigado –el capitalismo- en el final de una genealogía, al cual se le asignaba un origen igualmente excepcional al principio de la misma; pero la conexión genealógica no era lo mismo que explicar realmente la llegada del capitalismo.¹⁰⁴ Hay algo de verdad en esta crítica. Todos los megahistoriadores dan por sentada una especificidad: la de Occidente. El problema acaso es que el trazo demasiado grueso de la brocha de Anderson producía formulaciones en donde la mano de la necesidad histórica parecía asomarse y resolver todas las cuestiones. Ese fuerte genetismo, inevitable en el carácter *retrospectivo* de su metodología desde las tesis Nairn-Anderson, dejaba poco espacio para la contingencia histórica; para la posibilidad de una súbita inversión de las posibilidades.

Para Skocpol y Fullbrook el problema estaba más bien en lo implausible que parecía la idea cladogenética de una evolución social en la que, a pesar de contactos y conflictos, las sociedades quedaban selladas a la influencia externa (lo contacto de la unidad ecuménica de McNeill). Ellas capturaron bien el pensamiento histórico de Anderson: “Cada sociedad es una trayectoria cronológica que se extiende de manera separada hasta sus orígenes, y de ahí en adelante hasta el presente. Las diferencias presentes superan y determinan a las posteriores. La historia es una serie infinita de caminos separados, cada uno con un origen y destino diferente”.¹⁰⁵ Cada trayectoria histórica particular es el profundo lecho de un río cuyo curso y destino último está ya trazado y determinado. Las sociedades son definidas en términos cerrados y aislados; cualquier difusión, absorción o conquista parecía ser imposible, si no en teoría, sí en la práctica. Además del problema delimitativo de

¹⁰⁴ Paul Hirst, *op. cit.* pp. 449-450

¹⁰⁵ Skocpol y Fullbrook, *op. cit.*, p. 196

qué constituye una sociedad y sus fronteras, implícitamente esta concepción negaba también la posibilidad misma de la agencia histórica, pues no importaba lo que los individuos, los grupos o las clases hicieran: el río de la historia seguiría su curso inexorablemente, acumulando desventajas para unos y ventajas para otros. Irónicamente, no era aquí la estructura la que negaba la agencia histórica, sino la historia misma. Pasado es destino.

La combinación en *P/L* de un método genealógico con uno comparativo (con los largos análisis de China, Japón, la India y el Imperio Otomano) permitiría resaltar las verdaderas causas de la excepcionalidad de Europa y, dentro de éste, de su mitad occidental. Un comparatismo sensible es la única solución a la teleología de la que hablaba Hirst. La cuestión es que esto no es llevado a cabo con el mismo grado de sistematicidad en cada caso. Lo es por ejemplo en el estudio de las causas del atraso de Europa del Este en cada punto en la historia hasta la antigüedad, a un punto tan perdido en el tiempo que –como sugerimos antes- historia y geografía se funden; cuando la ausencia de un legado clásico sobre las sociedades eslavas se confunde con la propia incapacidad geográfica de las sociedades clásicas de penetrar en tierras eslavas. En la medida en la que dentro de una narrativa comparada pueda probarse que, en cada momento, esta minusvalía inicial condicionó y profundizó las posteriores, el genealogismo comparado es perfectamente plausible.

Además, el propio rigor de estas definiciones se fisuraba a lo largo de la narrativa. Pues –decían Skocpol y Fullbrook- si toda la discusión acerca del Estado absolutista giraba en torno a su carácter feudal, éste ya no podía ser el feudalismo del que se había hablado antes, con sus soportes políticos y jurídicos. Hemos visto que dos rasgos clave del feudalismo eran la parcelización de la soberanía y la servidumbre en el señorío; pues bien, en el absolutismo el primer elemento había sufrido un duro golpe, y el segundo había desaparecido completamente. Parecía que la definición que Anderson había echado por la puerta en el primer volumen – feudalismo como un sistema de apropiación agraria- había vuelto por la ventana en el segundo. En la medida en la que los modos de producción precapitalistas eran

definidos por sus columnas político-jurídicas, era insostenible mantener que a pesar de la modificación de esas columnas se seguía tratando, desde el siglo X hasta el XVIII, del mismo modo de producción.¹⁰⁶

El mismo grado de sistematicidad no se encuentra en el estudio de Occidente como un todo, en relación con las Otras Sociedades (en mayúsculas en *P/L*). Aquí surgieron dos críticas. El weberiano evolucionista WG Runciman acusaba a Anderson de no usar hasta el final el método comparativo. Esto es cierto, y se convertiría en un problema recurrente de la megahistoria: la historia universal de Anderson estaba construida a partir de un comparatismo implícito: al trazar una serie de trayectorias históricas paralelas, la comparación surgiría “naturalmente” para el lector: pero no se trataba, generalmente, de comparaciones sistemáticas de instituciones o procesos específicos.¹⁰⁷

Esto traería consecuencias inesperadas. En la medida en la que el objetivo de *P/L* era mostrar la especificidad de la historia de Occidente, los conceptos explicativos a través de los cuales se buscaba entender esta historia estaban contruidos tautológicamente para mostrar esa misma especificidad. Esto era patente en el caso del feudalismo, definido a partir de la experiencia europea –y no de la japonesa. Esto le daba un gran rigor teórico para entender la dinámica feudal, pero desembocaba en un *fin de non recevoir* en la discusión acerca de Japón: a la vez que se afirmaba que la existencia del feudalismo le había permitido adoptar el capitalismo cuando fue impuesto desde fuera, afirmaba que la impureza de ese feudalismo había impedido una transición prístina hacia el capitalismo. ¿Pero cuáles eran los elementos específicos del feudalismo japonés que habían alternativamente abierto y cerrado las compuertas de la transición? Esto no quedaba claro. La ironía de la cuidadosa conceptualización teórica y la ejecución histórica de *Passages/Lineages* es que en su supremo objetivo de entender la excepcionalidad

¹⁰⁶ Theda Skocpol y Mary Fullbrook, “From Antiquity to Late Capitalism: Four Reviews”, *Journal of Development Studies* Vol. 13 N. 3, 1977, p. 293; una reseña temprana, más corta, en la que desarrollan este punto con más claridad.

¹⁰⁷ WG Runciman, “Comparative Sociology or Narrative History? *European Journal of Sociology*, Vol. 21 N. 1, 1980, p. 165.

de Occidente, la historia de las Otras Sociedades sólo cabía como una pluralidad de ejemplos de desarrollo desviado o de caminos que no iban a ninguna parte. En un mismo gesto, Anderson reivindicaba el gran poder explicativo del marxismo para la historia de Occidente y le privaba de toda capacidad analítica fuera de éste.¹⁰⁸

Entender al Estado absolutista como *instrumento* de clase de la nobleza feudal generaba un problema con consecuencias importantes para la cuestión de la agencia histórica y del papel del Estado en la historia moderna. Ralph Miliband llamó la atención sobre la contradicción en afirmar que la nobleza gobernaba a través del Estado absolutista, y que a la vez uno de los principales objetivos de éste había sido someter a las revueltas de nobles recalcitrantes, que no habían entendido su nuevo lugar en la nueva sociedad. Era teóricamente plausible afirmar que no todos los miembros individuales de una clase aceptaban el trueque de los viejos privilegios por los nuevos, pero esto entraba en contradicción con la idea de que el absolutismo no sólo *representaba los intereses generales*, sino que el poder era ejercido directamente por la nobleza.¹⁰⁹

El problema de afirmar una línea directa entre nobleza y Estado era que esto reducía el universo de la contingencia histórica a –otra vez- los intereses materiales de las clases entendidas como agentes sociales homogéneos; un determinismo económico que Anderson había intentado evitar a lo largo de ambos libros, y que suponía además una implausible conciencia de clase preclara sin la cual el Estado absolutista no habría podido surgir. Miliband aceptaba que Anderson tenía razón contra Marx y Engels en que el absolutismo era un instrumento de la nobleza y no un equilibrio entre ésta y la burguesía, pero proponía el concepto de la *autonomía relativa del Estado* para entender la relación con la clase a la que representaba “en

¹⁰⁸ Por lo menos esta era la conclusión de Skocpol y Fullbrook, “Destined Pathways” en *op. cit.*, pp. 202-3; el concepto de coerción extraeconómica, y la pista concomitante de definir a los modos de producción prestando cuidadosa atención a sus soportes político-ideológicos abriría una posibilidad mucho más fructífera que la idea de “modo de producción asiático” para estudiar a las sociedades extraoccidentales en sí mismas; en cierto modo ese era el objetivo de la larga nota final de *Lineages*. Pero como sugerimos antes, en la obra de Anderson era apenas eso: una pista, una necesaria destrucción, apenas.

¹⁰⁹ Ralph Miliband, “Political forms and Historical Materialism”, *The Socialist Register* Vol. 12, 1975, pp. 315-7. Miliband proponía una formulación alterna: “[the absolutist state] acted on *behalf* of the aristocracy rather than at its *behest*”.

última instancia”. Esta formulación, y el problema del Estado en general, provocaría difíciles problemas a la teoría marxista; y no es casualidad que alcanzara su uso más coherente y sistemático no entre éstos sino, años después, entre los weberianos.

Había un último punto que tendría una gran importancia para los debates de la megahistoria de los siguientes años. Se trata del origen del capitalismo. Esto no es parte estrictamente del marco temporal de *Passages/Lineages*, pero estos dos volúmenes dan suficientes pistas y desbrozan el camino.¹¹⁰ Este problema sólo podrá ser apreciado en toda su riqueza a la luz de las siguientes secciones, pero es importante plantearlo de una vez.

Más arriba citamos el pasaje acerca de la transición al capitalismo. En ésta es el legado clásico el que se despierta para desatar la llegada de lo nuevo. Esto es a lo mucho la descripción ultrageneral de un fenómeno paneuropeo, que en los siguientes libros habría de ser analizado detalladamente. Sin embargo, tanto en *Origins of the Present Crisis* como en el capítulo sobre Inglaterra de *Lineages* se afirmaba que la razón por la cual en 1640 tuvo lugar la primera revolución burguesa en este país era porque había ya un *capitalismo agrario* extendido:¹¹¹ un sector importante de los nobles se había vuelto capitalista y éste, junto con un sector de los comerciantes de la City, habían detenido las pretensiones absolutistas de la monarquía y sometido al Estado al dominio de una burguesía precoz y aristocrática, si se quiere, pero burguesía al fin y al cabo. En otras palabras, lo que emana del estudio de Anderson es que fue en Inglaterra donde surgió el primer capitalismo, o por lo menos donde se desarrolló al suficiente nivel como para hacerse del poder del Estado en la primera revolución burguesa. Esto implicaba una cierta ruptura con la idea de que fue el legado clásico el que empujó al feudalismo a su disolución final, puesto que en Inglaterra éste había sido particularmente débil, y el conjunto de instituciones que relacionamos con la Revolución Gloriosa y el capitalismo inglés – la common law y el parlamento- no tienen nada que ver con un supuesto legado de

¹¹⁰ Perry Anderson, “The Notion of Bourgeois Revolution”, en *English Questions*, Londres, Verso, 1992.

¹¹¹ Perry Anderson, “Origins of the Present Crisis, *New Left Review* 1/23, 1964, pp. 38-9.

la antigüedad. Al contrario, son herederas de tradiciones enteramente medievales. Estas dos formulaciones expresaban posiblemente una ambigüedad no resuelta, o en todo caso dos vías de transición: una urbana, industrial, en la que el proletario de la antigüedad se transformaba en el proletario contemporáneo, centrada en Italia; otra agraria, campesina, centrada en Inglaterra, en la que el señor feudal y el yeoman se transformaron en capitalistas. Estas serían, a grandes rasgos, las dos grandes teorías de la transición al capitalismo, y este el punto central de la discusión de la historia universal contemporánea durante las siguientes décadas: es simbólico que ambas se encuentren, una junta a otra, en *Passages y Lineages*.

Hagamos un repaso de los puntos contenciosos provocados por la publicación de la historia universal de Perry Anderson. 1) En el balance génesis-estructura, ¿cómo evitar la teleología aparentemente forzada por la adopción de una perspectiva genetista? ¿Cómo escribir una historia universal sin borrar de la ecuación a la contingencia? 2) ¿Cómo plantear la cuestión del límite o frontera de las unidades sociales de modo que se pueda tratar de un modo históricamente más sensible la relación entre lo interno y lo externo? 3) ¿Cuál es la relación del Estado con las clases dominantes; una de representación de intereses o un ente autónomo? 4) ¿Con qué método explicar el despegue europeo en relación con el resto del mundo? 5) ¿Cómo entender el origen del capitalismo? El *Moderno sistema mundo* (MSM), de Immanuel Wallerstein, les daría una respuesta distinta a estas preguntas.

1.4 El moderno sistema-mundo

Immanuel Wallerstein es el más popular de los historiadores universales contemporáneos. Su teoría del sistema-mundo generó una fecunda escuela internacional de historia económica, en torno a cuyas problemáticas se desarrolló esta disciplina durante una generación. Su gran mérito se encuentra sin duda en su intento de unir a Marx con Fernand Braudel, y de hacerlo no en términos teóricos sino a través de una historia mundial de los últimos seiscientos años, proyecto que

comenzó en 1974 y del que se han publicado a la fecha cuatro volúmenes, el último de ellos en el 2011. Falta por aparecer el quinto, dedicado al siglo XX, pero en otros escritos sobre ese mismo período Wallerstein ha trazado con claridad las principales líneas de su análisis.

En esta sección, describiré a grandes rasgos su obra y analizaré sus presupuestos teóricos (especialmente su primer volumen), para luego enfocarme en las dos críticas importantes: la de Robert Brenner y la de Theda Skocpol. Estos dos autores representan bien los programas de investigación marxista y weberiano, respectivamente. Cada una de estas críticas abrió problemáticas distintas por las que transitaría la megahistoria de las siguientes generaciones: la cuestión del origen del capitalismo y la de la formación de los Estados. La tesis Brenner sobre la transición del feudalismo al capitalismo y la consiguiente crítica a Wallerstein en torno a esta cuestión cambió el terreno de juego para las megahistorias posteriores. Ésta también fisuró la arquitectura andersoniana, a la vez que lo reivindicaba en otros puntos. Las megahistorias posteriores en la tradición marxista serían concebidas como respuestas a la tesis Brenner, o como modos de acomodar su teoría dentro de un marco más amplio.¹¹² Por esto es importante entender a detalle el debate Brenner-Wallerstein, posiblemente el más importante de la historia económica del último medio siglo. De manera igualmente importante, en la senda de la crítica de Theda Skocpol a Wallerstein acerca de la formación estatal y la guerra se abriría una segunda vertiente teórica. Este era un punto sobre el cual, como veremos, la crítica de Brenner era particularmente inútil, y uno en el que el marxismo no tenía una teoría tan a la mano como en la cuestión del origen del capitalismo. De ese impasse llegaría el momento de los weberianos, una década después.

Nacido en 1930 en Nueva York, Wallerstein inició su carrera como un sociólogo africanista, dedicado a estudiar –con gran simpatía– los procesos de descolonización. Mientras estos llegaban a su término, Wallerstein se dio cuenta de

¹¹² Me refiero a Arrighi, *Adam Smith in Beijing*, Londres y Nueva York, Verso, 2009; y a Anievas & Nisancioglu, *How the West Came to Rule*, Londres, Pluto Press, 2016.

que el Estado nación no podía ser la unidad de análisis básica de cualquier estudio de procesos de gran escala; la experiencia de los pequeños Estados africanos mostraba qué poderosas eran las fuerzas transnacionales que los atravesaban.¹¹³ Wallerstein encontró en la idea braudeliana del sistema mundo la respuesta a sus inquietudes: si Anderson había roto con la periodización tradicional y mantenido las unidades de análisis tradicionales, Wallerstein rompió con esta última a favor de un sistema de intercambios necesariamente global, articulado jerárquicamente. Al mismo tiempo, la pregunta inicial que desencadenó su estudio fue por qué algunas de las “nuevas naciones” formadas en la primera modernidad habían despegado económicamente, mientras que las formadas en el siglo XX parecían encadenadas a la pobreza y el subdesarrollo.¹¹⁴ Si Braudel había puesto el lienzo, la técnica venía de los “dependentistas” de la época: André Gunder Frank y Samir Amin en primer lugar, economistas inspirados en Marx que afirmaban que el subdesarrollo del tercer mundo era el resultado de su subsunción a un sistema imperialista en el que era explotado por el primero. La teoría de los sistemas-mundo y las megahistorias escritas bajo su égida –la de Wallerstein y la de Arrighi- probablemente cristalizaron en un famoso congreso de ciencias sociales en Tanzania, en 1969, en donde estos dos autores se conocieron y, en medio de la radicalidad de la época, decidieron buscar un paradigma para llevar a Marx al tercer mundo.¹¹⁵ El *MSM* fue escrito como una reacción a la teoría de la modernización y la sociología weberiana anglosajona de la época.¹¹⁶ Contra esos enemigos del establishment, el recurso a Marx siempre fue idiosincrático y heterodoxo. Sin embargo, si el volumen inicial de la tetralogía cubría apenas el período 1450-1640, también fue claro desde un principio que el arco histórico que se abría con el capitalismo comercial del siglo XVI llegaba a su

¹¹³ Immanuel Wallerstein, “How do we know class struggle when we see it? A reply to Ira Gerstein”, *Critical Sociology*, 7 (2), 1977, p. 99.

¹¹⁴ Immanuel Wallerstein, “El debate en torno a la economía política de El Moderno Sistema Mundial”, *Mundo Siglo XXI*, Vol. 24 N. 6, 2011, p. 6.

¹¹⁵ David Harvey,

¹¹⁶ Gregory Williams, “Interview with Immanuel Wallerstein, Retrospective on the Origins of World-Systems Analysis”, *Journal of World Systems Research*, Vol. 19 N. 2, 2013, p. 204.

término con la transformación del sistema mundial capitalista en un sistema mundial socialista¹¹⁷.

Después del gran éxito del *MSM* –obtuvo el premio anual de la Asociación Sociológica Americana- Wallerstein abrió el Centro de Estudios Fernand Braudel en la Universidad Estatal de Nueva York, en donde durante dos décadas se formaron decenas, si no cientos de sus discípulos, y fundó dos revistas académicas dedicadas a avanzar la perspectiva de los sistemas mundo. Institucional y académicamente, Wallerstein ha sido el único de los megahistoriadores que creó una verdadera escuela institucionalizada a partir de su obra. Los cuatro volúmenes del *Moderno Sistema Mundial* son una de las megahistorias más eruditas y coherentes que tenemos –uno de los pocos proyectos que llegaron a su término, un plan de investigación seguido sistemáticamente durante más de cuatro décadas-, y su fama y prestigio no es casualidad. Pero la incapacidad de Wallerstein de responder a sus críticos es también un eco que no se ha hecho más tenue con el paso del tiempo; una sombra que se sigue proyectando sobre los volúmenes posteriores de su obra magna.

El concepto clave que estructura la obra de Wallerstein es el de sistema-mundo. Tomado de Braudel, economía o sistema mundo se refiere a una unidad económica relativamente autocontenida y estructurada jerárquicamente, superior a cualquier unidad política jurídicamente definida, en la que los vínculos son esencialmente económicos. Braudel utilizó el término para referirse al mundo mediterráneo del siglo XV y XVI en su famoso *El Mediterráneo en la época de Felipe II*. Wallerstein nos dice que en esa época había por lo menos otras tres economías-mundo: la del Océano Índico y Mar Rojo; la que giraba en torno a China; y la de Asia Central, a veces dominada por el imperio mongol.¹¹⁸ Todas las economías-mundo tendían a volverse un imperio-mundo, es decir a ser unificadas bajo un único mando político centralizado, y para Wallerstein el hecho de que la europea fuera la primera

¹¹⁷ Wallerstein, “The Rise and Future Demise of the World Capitalist System: Elements for Comparative Analysis”, *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 16 N. 4, 1974, p. 317.

¹¹⁸ Immanuel Wallerstein, *El Moderno Sistema Mundial I: La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. México, Siglo XXI, 2005 [1974]. p. 24

que no corrió esa suerte es un hecho de gran significado histórico mundial, al cual se reduce buena parte de la explicación de la especificidad de Occidente.

El gran mérito, y posiblemente el gran problema del concepto de sistema-mundo es que ordena una mirada de arriba abajo, de lo general a lo particular, en la que está implícita también una cierta relación de causalidad: el todo es más que la suma de las partes; el sistema tiene propiedades emergentes y superiores a la de la sus componentes y el núcleo le imprime unidireccionalmente a sus satélites una naturaleza acorde con la suya propia.

Es importante notar que hay una cierta tensión en Wallerstein respecto a si Europa antes de los grandes descubrimientos conformaba o no una economía mundo: en algunos momentos nos da a entender que sí lo era, y en otros explícitamente que no, y que en el mejor de los casos había dentro de ella dos *subeconomías* mundo: una en torno a las ciudades Estado italianas, y otra en torno a las ciudades de la liga de la Hansa.¹¹⁹ En esta segunda versión, posiblemente más común en su obra, la autosuficiencia del feudo restringía la importancia de los intercambios comerciales y evitaba que Europa se conformara en una economía mundo. Notemos, por tanto, la disociación de la noción de sistema-mundo de la de modo de producción –toda Europa, y sólo Europa, era feudal, pero eso no constituye para Wallerstein causa suficiente para hacerla un sistema unificado- y su confluencia con el comercio: las economías-mundo giran en torno a las ciudades y redes de intercambio, pero no se extienden más allá: “la mayor parte de Europa no estaba involucrada en estas redes”.¹²⁰ Por el otro lado, esto dejaba al feudalismo como sistema económico en una posición incómoda; pues si sólo podía haber imperios-mundo o economías-mundo, la Europa feudal no era en realidad ninguna de las dos.

El *Moderno Sistema Mundial* inicia con una detallada descripción de la crisis del feudalismo europeo del siglo XIV, que siguió a siglo y medio de expansión entre 1150 y 1300. Esta crisis provocó la caída de las rentas señoriales, inflación y el aumento de los salarios, y fue coetánea con la Peste Negra, así como con una mini-

¹¹⁹ Wallerstein, *Ibid.* p. 24 para el sí, y p. 52 para la negativa.

¹²⁰ Wallerstein, *Ibid.* p. 52.

glaciación. En una buena muestra de su a veces irritante proceder, Wallerstein resume las diferentes teorías acerca del origen de la crisis (la explicación climatológica, la secular y la cíclica), y se inclina por un justo medio: “es más plausible operar sobre el supuesto de que la crisis del feudalismo representaba una coyuntura de tendencias seculares, una crisis cíclica inmediata, y una declinación climatológica”.¹²¹ Una explicación que dejará medianamente conformes a todos los expertos, pero que rehúye el problema de la causalidad. Tal vez no algo enteramente importante, en vista de que la crisis del siglo XIV es apenas un antecedente y precondition de su verdadero objeto de estudio: la extensión del sistema mundo europeo.

La crisis del feudalismo, por tanto, sólo podía resolverse con la formación de una economía mundo en la que las metrópolis europeas extrajeran y se apropiaran del excedente generado en ultramar para compensar las pérdidas de los ingresos señoriales. A diferencia de las anteriores economías mundo, ésta sólo podía ser capitalista. Su establecimiento tenía tres preconditiones: la invención de nuevos métodos de control del trabajo, la creación de aparatos de Estado fuertes e, indispensablemente para las anteriores, la expansión territorial del propio sistema-mundo. Wallerstein nos dice que sin esta salida, Europa se hubiera hundido en una anarquía permanente.¹²²

De modo que entre 1450 y 1640 –el largo siglo XVI- Europa se puso en el centro una economía-mundo trans-atlántica de la cual formaban parte también el Mediterráneo y el Báltico, así como las islas azucareras portuguesas del Atlántico y la costa occidental de África. Ésta estaba organizada en función de la división internacional del trabajo: la península ibérica en un principio constituía el centro, batuta que fue cedida después al norte de Francia, los Países Bajos e Inglaterra. La semiperiferia estaba formada por el mediterráneo, que había entrado en marcada decadencia dos siglos atrás –a la que arrastró posteriormente a España y Portugal. La periferia consistía en las posesiones americanas de los imperios ibéricos y el

¹²¹ Wallerstein, *Ibid.* p. 53

¹²² Wallerstein, *Ibid.* p. 54

Este de Europa, así como la costa occidental de África. El centro estaba en plena industrialización y le vendía a la periferia productos manufacturados, que los pagaba con materias primas o esclavos; la semi-periferia producía productos de bajo valor agregado, como vino. En estas décadas se formaron las estructuras de dominación que habrían de marcar la historia del mundo durante el siguiente medio milenio –y contando.

Wallerstein nos dice que el sistema mundial impuso sobre cada una de sus regiones una estructura de clase específica, funcional a la acumulación en la metrópoli¹²³: trabajo libre asalariado en el centro; semi-libre (aparecería, *métayage*) en la semiperiferia; servil/esclavo en la periferia. ¿En función de qué se estructuraron estas áreas? Del establecimiento del capitalismo como único modo de organización económica en todo este espacio: “una vez establecido éste, los otros modos de producción sobrevivieron en función de su ajuste con el marco social del capitalismo”.¹²⁴

Un momento clave en la narrativa de Wallerstein es el colapso simultáneo de las ambiciones imperiales de los Habsburgo y los Valois –la pretensión de someter el sistema-mundo al dominio político de un único Estado- tras la paz de Cateau-Cambrésis en 1559 y las bancarrotas que afectaron a ambos Estados en los años inmediatamente posteriores. Este tratado selló el carácter capitalista de la economía mundial, puesto que impidió que las ganancias fueran apropiadas por los requerimientos políticos de las enormes burocracias imperiales, como lo eran en China o en el Imperio Mongol.

Wallerstein sugiere repetidamente que esta absorción de recursos impidió el desarrollo del capitalismo en los viejos imperios-mundo, y le dedica una larga sección del primer capítulo a analizar por qué a pesar de que China tenía una agricultura tan productiva como la europea y una organización política sin duda más sofisticada que la de cualquier Estado occidental, fue incapaz de dar el salto al

¹²³ “Las clases sociales y los agrupamientos étnicos (...) son una función de la organización social [de la economía mundial] del momento”. Wallerstein, *Ibid.* p. 94

¹²⁴ Wallerstein, *Ibid.* p. 107

capitalismo –un tema esencial a la historia universal, contemporánea y pasada. Su argumentación toma dos caminos: la fuerza del Estado imperial, apropiador de plusvalor y obstáculo a los intereses empresariales por un lado y¹²⁵, por el otro, la *presencia* en Europa de “las técnicas del capitalismo moderno y la tecnología de la ciencia moderna, las dos al estar más o menos relacionadas como todo mundo sabe, permitieron que la economía-mundo se expandiera y prosperara sin la emergencia de una estructura política unificada”.¹²⁶ Algo análogo explica la decadencia en el largo plazo de España, que desaparece completamente de su narrativa en un momento temprano. “España era un imperio –nos dice- cuando lo que se necesitaba en el siglo XVI era un Estado de tamaño medio”. Los imperios eran financieramente inviables, puesto que su alta imposición fiscal coartaba el desarrollo del empresariado y a menudo se involucraban en rencillas político-matrimoniales que derivaban en costosas guerras y, con esto, *obstaculizaban* la acumulación de riquezas necesaria para poner en marcha el capitalismo.¹²⁷ En pocas palabras, la Gran Divergencia se explica por dos razones: una técnica-científica y otra política: el invento europeo del Estado-nación. En el *MSM*, la primera es un hecho dado, cuyo origen no es explicado; y la segunda un desarrollo estrictamente coyuntural.

El sistema-mundo imprime requerimientos diferenciales para cada una de sus regiones respecto a la forma del Estado. Wallerstein nos dice que un país central, para serlo realmente, es aquél con un Estado fuerte y centralizado. A la inversa, los Estados de la periferia son débiles y sin una autoridad capaz de imponerse sobre los particularismos locales. Para el largo siglo XVI que constituye el período de su primer volumen, los Estados fuertes del centro son Inglaterra, Francia y Holanda. Esta fuerza se perpetúa a sí misma, puesto que un Estado poderoso puede ejercer medios de coerción “extra-económicos” para mantener y ampliar sus ventajas económicas. ¿De dónde vienen las diferencias de fuerza? Ante todo, de la posición en la economía-mundo y de las condiciones económicas de los

¹²⁵ Wallerstein, *Ibid.* p. 88 para la comparación con China.

¹²⁶ Wallerstein, *Ibid.* p. 16 de la edición en inglés.

¹²⁷ Wallerstein, *Ibid.* p. 254 y ff.

lugares en cuestión. Un Estado débil como Polonia, por ejemplo, lo es porque para su nobleza es más rentable exportar trigo y comprar objetos manufacturados de Occidente que invertir en fábricas. El diferencial en la fuerza de los Estados es una condición *sine qua non* para el intercambio desigual sobre el que se basa la economía-mundo. Si los Estados fueran igualmente poderosos “podrían bloquear la operación efectiva de entidades económicas transnacionales de otros Estados. De ahí se desprende que la división internacional del trabajo se vería impedida, declinaría la economía mundo y el sistema-mundo colapsaría”.¹²⁸

Wallerstein parece equiparar a un Estado fuerte con un absolutismo exitoso: “Esta pretensión [la del poder absolutista] se vio realizada hasta cierto punto en algunos Estados, aquellos que constituirían el centro de la economía-mundo europea”.¹²⁹ El problema de España, como sugerimos antes, es que la burocracia imperial era demasiado obesa e ineficiente; inversamente el problema de Polonia era que el rey nunca pudo formar un Estado centralizado, pues éste siempre se vio debilitado por el gran poder de los magnates feudales.¹³⁰ Veremos en un momento que Skocpol y los weberianos criticarían muy duramente esta clasificación y la subyacente línea de pensamiento.

Esto toca uno de los problemas centrales de la historiografía de la edad moderna: el carácter de clase del Estado absolutista. Al contrario de Anderson, cuya arquitectura entera está basada en la afirmación de que el absolutismo era un Estado feudal con esteroides, Wallerstein es en este punto decepcionantemente irresuelto. Luego de analizar todas las teorías sobre el tema –Estado feudal, Estado burgués, autonomía del Estado, compromiso entre aristocracia y burguesía- termina por no adoptar ninguna posición.¹³¹ En ciertas formulaciones posteriores uno puede intuir que termina por entender al absolutismo, así sea operativamente, como un equilibrio entre la nobleza y la burguesía, pero la formulación no es clara y, por tanto, el resto del volumen adolece de la tensión de afirmar, por un lado, el carácter

¹²⁸ Wallerstein, *ibid.*, p. 355

¹²⁹ Wallerstein, *ibid.*, pp. 207 y ff.

¹³⁰ Wallerstein, *ibid.* p. 230.

¹³¹ Wallerstein, *ibid.* pp. 222-228

capitalista de la economía mundial, pero no necesariamente la naturaleza capitalista de los Estados a la cabeza de esa misma economía.

Hasta aquí la descripción de los principales conceptos y líneas argumentativas del *Moderno Sistema Mundo*, presentados en los primeros tres capítulos del libro. En los siguientes dos, históricamente los más ricos, Wallerstein analizaría con lujo de detalle el fracaso del imperio de Carlos V y el auge de Ámsterdam, así como y los procesos de formación de clase dentro en cada una de las regiones. Son los más detallados, cuidadosos y eruditos, y en más de una ocasión contradicen algunos de las columnas del edificio que acabamos de describir. Es imposible, desafortunadamente, enfocarse en ellos en el marco de este trabajo –es ya una señal de la relativa exterioridad entre teoría e historia en el MSM. Pasemos a la principal crítica a sus columnas teóricas.

1.5 Feudalismo o capitalismo al este del Elba

Wallerstein fue uno de los primeros en argumentar que el carácter de la colonización española en América había sido capitalista, contra el marxismo oficial que aseguraba que era feudal. Un argumento análogo, en torno al cual se pueden resumir las diferencias entre el enfoque *internalista* de Brenner y el *externalista* de Wallerstein es el del “segundo feudalismo” de Europa Oriental. Es un buen punto de entrada para entender el debate y las posturas de los participantes antes de entrar al análisis de las teorías abstractas.

En la primera sección de este capítulo hablamos ya de la “segunda servidumbre” de Europa Oriental y de la explicación que de ésta hacía Anderson. Los historiadores coinciden en que a principios del siglo XV la servidumbre había desaparecido en su forma feudal clásica en toda Europa. Ésta había transmutado en rentas simbólicas o en dinero, no ya como servicios laborales en el *demesne* del señor feudal. Al mismo tiempo, se habían desarrollado las ciudades y con ellas una burguesía comercial. Sin embargo, un siglo después se había instaurado al este del Elba una relación de vasallaje, incluso más brutal que la anterior, en la que los

campesinos habían sido convertidos en siervos, y las ciudades habían sido derrotadas. Wallerstein afirma que esta segunda servidumbre es de origen capitalista, puesto que la integración de Europa del Este a la economía mundial les había dado a los terratenientes la *oportunidad* de producir trigo para el mercado. La recreación de una estructura formalmente feudal, pero de contenido capitalista, fue consecuencia de ese imperativo de producción para el mercado mundial, pues para los terratenientes polacos era más barato tener siervos súper explotados que modernos asalariados. Para Wallerstein el contenido capitalista de esa servidumbre estaba dado por el hecho de que los “feudos” producían para el mercado, y no para el autoconsumo que definía al feudalismo: el mercado mundial, con toda su fuerza, es el origen último de este desarrollo.¹³² En esta relación había una transferencia de riqueza del este al oeste: Holanda e Inglaterra pudieron alimentar sus procesos de industrialización gracias al trigo barato importado de Polonia y Prusia, donde se sobreexplotaba a los siervos, lo que permitió liberar a campesinos para que trabajaran en la industria. El trabajo servil, por tanto, era *funcional* a una zona de desarrollo capitalista retardado que no podía permitirse todavía el trabajo libre, y que alimentaba con esto el desarrollo en el centro, que había logrado imponer una relación de comercio desigual con esta región. En su momento más abiertamente funcionalista, Wallerstein nos dice que

no existieron, ni podrían nunca haber existido, dos formas de organización social, capitalista o feudal, una junto a otra. La economía-mundo tiene una u otra forma. Una vez que es capitalista, las relaciones que muestren ciertas semejanzas formales con las relaciones feudales deben ser necesariamente redefinidas en términos de los principios que gobiernan un sistema capitalista.¹³³

Robert Brenner, por el contrario, afirma que el sometimiento de los campesinos de Europa del Este fue consecuencia de la lucha de clases abierta por la crisis del feudalismo del siglo XIV: al Oriente del Elba los terratenientes feudales ganaron la guerra de clases y lograron someter a las ciudades y avasallar a los campesinos. La prueba de esto es que este proceso era ya patente *antes* de que

¹³² Wallerstein, *ibid.* pp. 127 y ff.

¹³³ Wallerstein, *ibid.* p. 129

Europa del Este empezara a exportar trigo a los Países Bajos e Inglaterra: si la feudalización precede a la conexión con el comercio mundial, este último no puede explicarla.¹³⁴

Citando a los mismos autores polacos que Wallerstein –la escuela de historia económica hermana de los Annales- Brenner afirma que lo determinante de la producción agrícola del Este de Europa durante el siglo XVI es precisamente su carácter no-capitalista: en la medida en que era todavía un sistema feudal de explotación, los terratenientes no pudieron responder de una manera capitalista a los impulsos del mercado mundial. En efecto, en ningún momento los feudos pudieron comercializar más del 5 o el 7% de su producción, y la organización feudal, no libre, de la producción se convirtió en un obstáculo al aumento de la productividad: la única manera que los terratenientes tuvieron para exportar más fue aumentar la explotación absoluta de los campesinos; es decir, requisicionar una mayor proporción del grano producido. La consecuencia en el mediano plazo de esto fue que, en el momento en que la demanda de grano báltico era más alta, la producción cayera estrepitosamente, en medio de crisis alimentarias causadas por la sobreexplotación y subalimentación de los siervos.¹³⁵ En otras palabras, los feudos se mantuvieron casi tan tenuemente conectados a la economía mundial como antes, y fueron incapaces de responder de una manera capitalista (incapaces de introducir tecnología o mejorar la organización del trabajo para aumentar la productividad) a las fluctuaciones de ésta. La servidumbre no le era realmente “funcional” al sistema-mundo. Los campesinos y los señores feudales no dependían del mercado para garantizar su reproducción –que se mantuvo predominantemente de autoconsumo-, y por tanto no tenían verdaderos incentivos para producir más. La naturaleza de la estructura socioeconómica – feudal- de Europa Oriental era una consecuencia de la relación de las clases y de la resolución de luchas políticas *dentro* de esos territorios, no de la

¹³⁴ Robert Brenner, “The Origins of Capitalist Development: A critique of Neo-Smithian Marxism”, *New Left Review* 1/104, 1977, pp. 65-6.

¹³⁵ Wallerstein, *op. cit.*, pp. 69-72.

superposición de un mercado mundial con el cual los vínculos eran más bien débiles.¹³⁶

Resumamos brevemente la teoría de la transición del feudalismo al capitalismo en Wallerstein para poder entender la tesis Brenner y los principales puntos del debate: la crisis del feudalismo del siglo XIV sólo se pudo resolver con la conquista y sujeción de nuevos territorios a un puñado de países europeos. Esta conquista implicó la transferencia de riqueza (plusvalor) de una región a otra *a través del comercio*. La economía-mundo era capitalista pues estaba basada en la acumulación de riqueza y en la desigualdad regional, que a su vez cristalizaba en las distintas formas de organización del trabajo y en la distinta fuerza de los Estados en cada región (fuertes en el centro, débiles en la periferia).

Este esquema no explicaba cómo exactamente la economía feudal europea había transitado de un modo de producción a otro, o por qué el que Europa se situara en el centro de ese sistema implicaba en sí mismo una transición. En efecto, en las páginas más eruditas y descriptivas del *Moderno Sistema Mundo* acerca de la transformación diferenciada de la agricultura en Inglaterra, Francia, España e Italia –un punto nodal para Brenner–, estas mutaciones no equivalen a una transición de un modo de producción a otro, puesto que el carácter ya capitalista del sistema mundial en tanto que mercado mundial, y la presunción de superioridad causal del propio mercado mundial implicaba que por extensión todos esos sistemas de producción agrícola eran necesariamente capitalistas, y sus diferencias se reducían a cuestiones de eficiencia y de adaptación a la norma de los tiempos.¹³⁷ Esta ausencia de un verdadero mecanismo de transición se puede ver en la comparación con China que mencionamos antes: ahí, son elementos técnicos o políticos no explicados los que marcan la *differentia specifica* entre Oriente y Occidente; pero a su vez, ni la ciencia ni la fragmentación política per se son ya el capitalismo.

¹³⁶ Wallerstein, *ibid.* p. 72.

¹³⁷ Por ejemplo Wallerstein *ibid.*, Pp. 158-162; donde por cierto adopta una tesis explícitamente demográfica para explicar el curso especial hacia el trabajo asalariado en el noroeste de Europa.

1.6 La tesis Brenner

Brenner parte de la misma crisis del feudalismo del siglo XIV, pero su perspectiva es completamente diferente: la caída en los ingresos señoriales abre un período de lucha de clases entre los siervos y los señores feudales que se resuelve de modo diferenciado en tres regiones de Europa: al este del Elba, la nobleza triunfa, y logra volver a someter a los campesinos al segundo feudalismo del que hablamos antes; en Francia y el oeste de Alemania, al contrario, los siervos triunfan y logran reducir los deberes feudales a rentas simbólicas, y adquieren la propiedad de sus tierras: la estructura agraria de estos países estará en adelante definida por la pequeña propiedad campesina. Pero en Inglaterra sucede algo distinto: ahí, el ciclo de revueltas campesinas y reacción feudal termina en una vía intermedia entre la oriental y occidental, en la que los campesinos no se pueden volver dueños de las tierras que trabajan, pero la reacción señorial tampoco es capaz de devolverlos a su antigua condición de siervos dependientes.¹³⁸ De este “empate” emerge la figura del arrendatario: los campesinos le rentan al terrateniente una porción de sus tierras, a cambio de una renta variable, determinada por la oferta y la demanda. Se forman por tanto dos mercados: uno de tierras en arrendamiento (*lease*) y otro de productos agrícolas que se tienen que comercializar para pagar las rentas. La consecuencia inesperada de este sistema, de gran importancia histórica, es que tanto los arrendatarios como el terrateniente *dependen enteramente del mercado para asegurar su reproducción*, y ambos están en consecuencia sujetos a la competencia en éste: el terrateniente puede no renovar el contrato y esperar una renta más alta; el arrendatario puede irse a una parcela más barata de otro terrateniente. Como la producción para el mercado tiene requerimientos distintos a los de la producción familiar de autoconsumo, este sistema requiere que los arrendatarios contraten mano de obra asalariada. Se forma en el campo inglés

¹³⁸ Robert Brenner, “Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe”, *Past & Present* N. 70, 1976. p. 51

una triple relación que define al primer capitalismo agrario: terrateniente/rentista-arrendatario/capitalista-jornalero. Es el mercado el que define esta nueva estratificación social.

Esto es algo históricamente inédito: por primera vez el mercado se transforma en un *imperativo*, y no ya en una *oportunidad*, como lo había sido en la comercialización de los excedentes feudales previos. La consecuencia de esta nueva configuración de clase es que las relaciones de explotación entre el terrateniente y el arrendatario sean profundamente distintas a las que operaban en la relación siervo-señor feudal; el hecho de que la competencia en el mercado medie a la primera permitirá el crecimiento sostenido de la productividad. El terrateniente ya no podrá intentar aumentar la explotación absoluta del campesino, pues los mecanismos del mercado lo impiden. Ahora, su interés económico se verá mejor servido si obtiene una proporción relativamente menor de una producción absolutamente mayor de su arrendatario.¹³⁹ El fenómeno que encontramos en el campo inglés en esta época –final del siglo XV y XVI- es que el terrateniente, que suele tener enormes propiedades y varios arrendatarios, invierte en la mejora de todas sus posesiones (cercamientos, secado de pantanos, etc.) Esta es la época de las *enclosures* en el campo inglés. La gran extensión de sus propiedades permite hacer economías de escala que, por ejemplo, los pequeños campesinos franceses no se pueden permitir. Estas mejoras derivan en una mayor productividad para los arrendatarios individuales, y por tanto en rentas en términos absolutos más altas para el terrateniente. Brenner describe esto en términos de una *simbiosis* entre los terratenientes y los arrendatarios, en donde los une el mutuo interés en el aumento de la productividad.¹⁴⁰

Esta mayor productividad del campo inglés tiene una serie de consecuencias: ante todo, se rompe también por primera vez en la historia el ciclo

¹³⁹ Adam Smith describió este proceso: “Rent anciently formed a larger proportion of the produce of agriculture than now... In the progress of improvement, rent, though it increases in proportion to the extent, diminishes in proportion to the produce of the land”. Citado por Brenner, *Ibid.* P. 74.

¹⁴⁰ Brenner, *ibid.* P. 63-68 para la descripción más concisa de este proceso.

maltusiano que había afectado a todas las economías agrarias del pasado. Este despegue es ya muy claramente patente en el siglo XVII, cuando toda Europa es presa de una crisis de subproducción agrícola que genera una caída demográfica, pero Inglaterra evade este torbellino. En segundo lugar, permite que se libere una enorme proporción de la mano de obra para futuras actividades industriales. El crecimiento desproporcionado de Londres en relación con las otras capitales es una buena muestra del carácter cualitativamente distinto de la economía inglesa. Finalmente, crea un estrato de campesinos medios, consumidores de cada vez más productos industrializados, lo que genera que por primera vez se cree un mercado nacional centrado en Londres. Todo esto genera un círculo virtuoso de mayor productividad, mayor consumo, mayor urbanización, mayores ganancias: en otras palabras, el primer período de crecimiento verdaderamente sostenido en la historia de la humanidad, lo que allanó el camino para la futura revolución industrial.

Brenner escribió su importante artículo *Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe* explícitamente como una polémica contra las dos escuelas predominantes de historia económica: la demográfica y la de la comercialización. Sin embargo, había una diferencia importante, puesto que en ese momento la escuela de la comercialización había sido ya casi completamente descartada como una opción viable, precisamente bajo el fuego de la crítica de los dos principales demógrafos: Postan en Inglaterra y Le Roy-Ladurie en Francia.¹⁴¹ Brenner construye su argumento precisamente como un intento de demostrar que la crítica de estos últimos al modelo de la comercialización no va lo suficientemente lejos, porque la explicación demográfica en el fondo mantiene los mismos presupuestos teóricos que su rival.¹⁴² Son esos presupuestos los que él busca desmontar. El eje de la crítica a estas dos escuelas consiste en que éstas proyectan hacia atrás las leyes de funcionamiento del capitalismo –los mecanismos del mercado- y le otorgan a

¹⁴¹ Richard Braude, "Review Essay: How the West Came to Rule", *Capital & Class* Vol. 40, N. 1, p. 184, para un útil recuento historiográfico del descrédito del modelo comercial a mediados de los años setenta.

¹⁴² Brenner, *op. cit.* p. 30-1

fuerzas económicas “objetivas” (fluctuaciones demográficas y el crecimiento del mercado, respectivamente) poderes suprahistóricos, en donde estas se convierten en *deus ex machina* del cambio histórico, y la estructura de clases de las sociedades en cuestión es abstraída de la ecuación. En otras palabras, en estos modelos las sociedades feudales responden a las fluctuaciones en la oferta y la demanda en población o mercancías como si fueran ya agentes racionales operando bajo una lógica capitalista; como si operara ya un mercado capitalista con su consiguiente dinámica y racionalidad. Ellos asumen, nos dice Brenner, la existencia de aquello que precisamente tiene que ser explicado, y la transición al capitalismo se convierte simplemente en la *remoción de los obstáculos* al funcionamiento adecuado de ese mercado.¹⁴³

Sirva un ejemplo, acaso demasiado general, para aterrizar esta discusión: la teoría demográfica clásica de Postan afirma que el factor clave en la transición al capitalismo fue el terrible colapso demográfico producido por la Peste Negra del siglo XIV, puesto que al caer la población y la oferta laboral, los salarios aumentaron y los siervos pudieron negociar mejores contratos con los señores, en los que las rentas se volvieron simbólicas y el feudalismo recibió su sentencia de muerte. Aquí tenemos un mercado funcionando normalmente: a menor población, menor oferta y por tanto mayores salarios. Sin embargo, nos dice Brenner, esto es totalmente inútil si ampliamos el enfoque y queremos entender la diferencia entre las trayectorias de consolidación del feudalismo en el este y su desaparición en Occidente. Al Oriente del Elba, la servidumbre fue reintroducida durante un período de caída demográfica primero, y luego uno de auge poblacional y comercial (1450-1600). Al oeste, por el contrario, la servidumbre decayó durante un período primero de incremento demográfico y comercial, y luego de declive (1200-1500).¹⁴⁴ Las fuerzas económico-poblacionales no pueden explicar la diferencia entre las trayectorias, puesto que distintas sociedades feudales reaccionaron de manera distinta a la influencia de las mismas fuerzas. Éstas no reaccionaban todavía como si operara en ellas un

¹⁴³ Ellen Meiksins Wood, *The Origin of Capitalism: A Longer View*, Londres, Verso, 2002, p. 12 y ff.

¹⁴⁴ Brenner, *Agrarian Class Structure... op cit.*, p. 52

mercado perfecto; precisamente porque no operaba un mercado: los agentes económicos operaban bajo una racionalidad distinta, no-capitalista. La explicación del porqué de las distintas trayectorias históricas se encuentra por tanto en el desenlace de las luchas de clase entre señores y siervos iniciadas tras la crisis del feudalismo. La gran fuerza de la tesis Brenner consistirá en su estudio de la estructura de clase y en el rol de las luchas políticas en la transformación en el largo plazo de tales estructuras: el cambio histórico se explica en función de la configuración específica de relaciones de clase dentro de una sociedad dada, y esa configuración genera una disposición y un modo de reacción particular hacia, por ejemplo, el comercio y los cambios poblacionales.

La tesis Brenner tiene una serie de consecuencias teóricas no siempre explícitas que por ahora bastará con enunciar: por un lado, la llegada del capitalismo no fue la consecuencia del accionar consciente de ninguna clase (comerciante o burguesa) en lucha contra el antiguo régimen: era por el contrario la consecuencia no buscada (*unintended consequence*) de una salida particular de la crisis del feudalismo, en la que irónicamente la liberación campesina en Francia no condujo al desarrollo sostenido, sino al estancamiento agrario. Segundo, las distintas salidas del feudalismo eran una función de la lucha de clases entre siervos y nobles: en última instancia, la desaparición o el mantenimiento de la servidumbre dependía del resultado de esas luchas, y el desarrollo tecnológico estaba causalmente supeditado a éstas: las fuerzas de producción están supeditadas a las relaciones de producción, y no al revés. Por último, era explícitamente internalista y eurocentrista: el capitalismo había surgido en el sur y sureste de Inglaterra, y sólo ahí, durante el siglo XV.¹⁴⁵

El artículo de Brenner, que puede verse como una síntesis y desarrollo de los estudios de Marx sobre la transformación de la renta en plusvalía publicados en el tomo III del *Capital* y las intuiciones macrosociológicas de Marc Bloch en *Les Caracteres Originaux de l'Histoire Rurale Francaise*, dio pie a uno de esos

¹⁴⁵ Wood, *Op. Cit.* pp. 27-30 explícitamente acepta el eurocentrismo de la tesis Brenner, a la que ella adhiere. (Un eurocentrismo ontológico, para usar la distinción que explicamos antes.)

escasos y célebres debates en la historiografía que llevan eminentemente el nombre de su iniciador, y en los siguientes años una docena de autores de prácticamente toda Europa –incluyendo a Postan y Le Roy-Ladurie- le respondieron al joven historiador americano.¹⁴⁶

1.7 Wallerstein y el modelo de la comercialización

Es irónico que Wallerstein y su popular teoría de la historia mundial fuera tan claramente una reedición de la vieja tesis de la comercialización que Brenner había dado prácticamente por muerta y por tanto criticado apenas tangencialmente en su primer artículo. Como hemos dicho antes, para Wallerstein el cemento que mantiene unido a su sistema-mundo es el comercio, y su jerarquización se constituye a partir de la transferencia, a través del intercambio desigual, de las riquezas de una zona a otra. En su teoría, el comercio transcontinental y la inherente desigualdad de los intercambios son ya el capitalismo, y no puede ser de otra manera; éste último ha dominado al mundo a través de la extensión cuantitativa del capital mercantil, con la jerarquía y explotación que esto conlleva.

Al delinear la tesis Brenner sobre la transición al capitalismo hemos sugerido algunas de las diferencias entre una y otra postura. La larga crítica de Brenner gira en torno a una idea central: el carácter smithiano (de Adam Smith) de la teoría de Wallerstein. Es decir, para Brenner, la escuela de la dependencia y los sistemas-mundo de André Gunder Frank, Wallerstein, Chase-Dunn et al., había adoptado los presupuestos teóricos de la economía política clásica, pre-marxista, y había desplazado del centro del análisis a las relaciones de clase para suplantarlas con el análisis del mercado. Si para Adam Smith el desarrollo del mercado y la división del trabajo eran la fuente del desarrollo económico, Wallerstein y Frank habían simplemente invertido la fórmula, y en sus teorías el

¹⁴⁶ El debate está en Trevor A Aston & CHE Philpin, *The Brenner Debate: Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

desarrollo del mercado y la división del trabajo generaban... el subdesarrollo. Bajo esta óptica la formación de clases dentro de cada sociedad era simplemente un epifenómeno de la locación de esa sociedad dentro del mercado mundial.¹⁴⁷

De manera célebre, Marx había criticado a Smith en *El Capital* precisamente por no ver que detrás del crecimiento económico y el desarrollo del mercado se encontraba la explotación de los productores directos, fuente originaria de la riqueza. Pues bien, en *The Origins of Capitalist Development* Brenner criticaba a Wallerstein por reducir el desarrollo capitalista a la transferencia de riquezas de la periferia al centro, y por no ver que la verdadera fuente del crecimiento sostenido del capitalismo se encontraba en la dinámica de acumulación, competencia, innovación y aumento de la productividad del trabajo propia a este sistema económico. En cierto modo, en la teoría del sistema-mundo hay explotación de los países pobres por los ricos; –los países ricos lo son porque explotan a los pobres; –“el desarrollo y el subdesarrollo son dos caras de la misma moneda”¹⁴⁸-, pero no hay realmente lugar para la explotación de una clase por otra.

Para Brenner, la teoría wallersteniana del desarrollo capitalista es cuantitativa y espontánea: éste se explica por el crecimiento de las dimensiones físicas del sistema, la especialización/jerarquización regional y la transferencia de riquezas de una zona a otra. En tal esquema, no hay verdadera creación nueva de riquezas: sólo una distribución cada vez más desigual de éstas. Pero más que nada, estas tres características no pueden explicar el surgimiento de un sistema económico distinto a partir del feudalismo, pues el capitalismo parece brotar espontáneamente de la vil extensión cuantitativa de la economía mundo.¹⁴⁹

Wallerstein no podía dar cuenta del aumento de la productividad más que yuxtaponiendo ad hoc los inventos tecnológicos a la economía. La ciencia y la

¹⁴⁷ Robert Brenner, “The Origins of Capitalist Development...”, *op. cit.* p. 27.

¹⁴⁸ La frase en realidad es de André Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America: Historical Studies of Chile and Brazil*, Nueva York, Monthly Review Press, 1967, p. 9.

¹⁴⁹ Brenner, “The Origins...” *op. cit.*, p. 31

tecnología modernas parecen estar ahí, a la mano, listas para ser tomadas por cualquier clase dominante que decida embarcarse en el camino del capitalismo. Esto derivaba de su definición del capitalismo como “producción para vender en el mercado y generar ganancias”. El problema de esta definición, afirmaba Brenner, es que no explicaba la peculiar relación de los capitalistas con el mercado, puesto que en cualquier sistema económico ha habido “producción para vender en el mercado y generar una ganancia”; lo realmente novedoso del capitalismo es que sólo en este sistema el mercado había dejado de ser una *oportunidad* y se había convertido en un *imperativo* al cual todos los productores estaban sujetos para asegurar su reproducción. Esta nueva relación con el mercado, argumenta Brenner, sólo puede darse en condiciones de trabajo libre, donde la fuerza de trabajo se haya convertido ella misma en una mercancía.¹⁵⁰

Para explicar el origen del capitalismo, por tanto, hay que entender el proceso a través del cual en Inglaterra los productores se vieron sometidos al mercado. Sin esta reconstrucción histórica del surgimiento de la nueva relación entre los productores y el mercado, el capitalismo entendido como el mercado se naturaliza como una constante de toda la historia, en el cual, en palabras de Adam Smith, los humanos cumplen su *inclinación natural a truck, barter and exchange* (comerciar, intercambiar y hacer trueque.) Esta visión smithiana en Wallerstein asumía precisamente todas las cosas que el historiador tenía que explicar: la tendencia hacia la innovación, el trabajo libre, la racionalidad capitalista y la dependencia del mercado.¹⁵¹ Bajo esta perspectiva, en la que se daban por sentadas todas las características del capitalismo, es que Wallerstein podía afirmar que la razón por la que la economía-mundo europea había evolucionado al capitalismo, al contrario de China, es porque había desaparecido el Estado imperial que absorbía riquezas. En otras palabras, el origen del capitalismo se reducía a la *remoción de los obstáculos* al desarrollo de una dinámica económica cuyas leyes motrices se proyectaban hacia atrás y se asumía ya en funcionamiento. El modelo de la comercialización, en su

¹⁵⁰ Brenner, *Ibid.* p. 55

¹⁵¹ Esto es una síntesis de los argumentos más detallados de Brenner, *Ibid.* pp. 33-39.

circularidad y carácter ahistórico, derivaba en una perspectiva tecnocéntrica y, peor aún, en la naturalización del capitalismo.

Brenner había a todas luces ganado el debate, o por lo menos sus puntos más importantes: el origen del capitalismo y su dinámica de desarrollo. Pero de esto a una teoría general de la historia había todavía un largo trecho. Por supuesto, Brenner podría decir que no era su objetivo proporcionar tal cosa. El problema es que en sus dos importantes intervenciones que hemos comentado hasta aquí había ya implícitamente una teoría del desarrollo histórico que excedía el mero estudio económico de las sociedades en cuestión. Brenner, por ejemplo, además de hacer un estudio comparativo de la estructura agraria inglesa, alemana-francesa y del Este de Europa –lo cual es ya una macrosociología comparada-, hablaba también sobre la extensión colonial de producción mercantil a las islas azucareras del Caribe y en Estados Unidos.

Se abrían entonces dos caminos de crítica para llenar estas ausencias implícitas o para desmontar sus presupuestos históricos, aunque ninguno negaría explícitamente su interpretación del origen agrario del capitalismo en Inglaterra. Veremos que las siguientes megahistorias, hasta Arrighi, pueden entenderse como pertenecientes a una de las dos modalidades. A rasgos muy generales, una criticaba el fuerte internalismo de Brenner (y de Anderson) y buscaba enmarcar su interpretación en un marco internacional más sólido. La otra se apartaba de los aspectos doctrinarios de la teoría económica marxista y, criticando la reducción de las influencias militares y geopolíticas a cuestiones económicas en la teoría Brenner, se enfocaba en el rol del factor militar/fiscal sobre el origen de los Estados y las economías modernas. En realidad, ambas corrientes compartían una crítica y desafío: el intento por reintroducir la dimensión internacional –ya fuese en términos económicos o militares- y la discusión sobre la formación de los Estados –tratado equivocadamente por Wallerstein; apenas mencionado por Brenner- a la discusión sobre los orígenes de las economías modernas.

Una primera versión de esta idea seguía el siguiente curso: Brenner bien puede explicar el origen del capitalismo en Inglaterra, pero ¿qué tan útil nos es el enfoque en las relaciones internas de clase para entender otro tipo de procesos históricos? ¿Qué hay, por ejemplo, del colonialismo y de la implantación de sistemas de dominación entre sociedades? En sus artículos, Brenner daba a entender que la sujeción económica de un Estado a otro era función del resultado de las luchas de clase en cada uno: para ponerlo esquemáticamente, aquéllos en los que no triunfara el capitalismo se verían en el mediano plazo sometidos por los que sí debido al mantenimiento de estructuras económicas arcaicas y a la menor capacidad productiva de sus economías. En el ejemplo tal vez más claro del punto ciego de su teoría a la dominación político-militar, escribía que “las guerras que interrumpieron la débil economía polaca en la mitad del siglo XVII no permitieron que la regresión económica ya en marcha llegara a sus últimas consecuencias”.¹⁵² En estas formulaciones quedaba completamente negada la posibilidad de que un elemento externo al propiamente económico pudiera afectar a este último. Un crítico resumió perfectamente bien el límite de esta línea de argumentación al preguntar con ironía si la encomienda y la hacienda en la Nueva España se podían explicar por el resultado de las luchas de clase dentro de la sociedad azteca.¹⁵³ Era desafortunado que el marxismo se rindiera tan lastimosamente ante la posibilidad de explicar y teorizar la guerra.¹⁵⁴ En este punto, el debate Brenner-Wallerstein había llegado a un impasse: el sometimiento político –y no sólo económico- de un Estado a otro, y la forma específica de esos Estados no se podía explicar ni por la acción independiente y mecánica del mercado mundial, ni por la estructura de clase previa de los Estados; por lo menos no de los que habían sufrido derrotas militares que habían cambiado su composición social.

¹⁵² Brenner, *Ibid.* p. 70

¹⁵³ Albert Bergesen, “The Critique of World-System Theory: Class Relations or Division of Labor?” *Sociological Theory*, Vol. 2, N. 1, (1984), P. 367.

¹⁵⁴ Robert A. Denemark and Kenneth P. Thomas, “The Brenner-Wallerstein Debate”, *International Studies Quarterly*, Vol. 32, N. 1 (Mar., 1988), P. 62.

¿Hasta qué punto el desarrollo de aparatos militares más fuertes no se explica a su vez por la estructura de clase de una sociedad, o sus necesidades de competencia militar no estaban determinadas por la competencia económica en el mercado mundial? ¿Qué tanto podía reducirse esta influencia a los casos obvios de total conquista, y no podía ampliarse al Estado casi permanente de guerra en el que vivió Europa durante la edad moderna? Anderson había tocado en términos teóricos algunas de estas cuestiones pero no había proporcionado respuestas históricas sistemáticas y detalladas al problema de la relación entre la guerra, la economía y la formación de los Estados: a la vez que había enmarcado la dinámica guerrera en el sistema económico del feudalismo, dejaba la puerta abierta a posibles reversiones de causalidad. En su obra no tenemos un estudio sistemático de las relaciones entre la dimensión política, social y la militar *como una esfera autónoma*. No es casualidad que fuera una tradición completamente diferente la que intentara proporcionar las respuestas más sistemáticas al punto ciego del problema militar.

1.8 Skocpol y la problemática de la formación de los Estados

La crítica de Theda Skocpol y de los weberianos –la segunda trayectoria crítica que mencionamos antes- se enfocaba en lo unidimensional y francamente erróneo de la teoría de Wallerstein acerca de la formación de un sistema de Estados y las jerarquías de fuerza entre ellos (fuertes en el centro, débiles en la periferia).¹⁵⁵ En la construcción de la teoría de Wallerstein del sistema-mundo, había una doble reducción: de la estructura económica a las oportunidades del mercado mundial y las posibilidades tecnológicas (es decir, un modelo tecnocéntrico de la comercialización análogo al que Brenner había criticado); y una reducción de las estructuras estatales a los intereses de las clases dominantes.

¹⁵⁵ Una crítica similar es la de Peter Gourevitch, “The International System and Regime Formation: A Critical Review of Anderson and Wallerstein”, *Comparative Politics*, Vol. 10, N. 3, 1978.

La segunda es la que nos interesa. Habíamos visto que Wallerstein ponía un signo de igualdad entre las monarquías absolutistas exitosas y los Estados “fuertes” del centro de la economía mundial. Esto se basaba en una serie de criterios acerca de los logros fiscal-administrativos del absolutismo (cuyo paradigma es, sin duda, el francés): ejércitos grandes, control administrativo, un cierto grado de estandarización, fiscalidad más o menos constante. En este punto Wallerstein caía inocentemente presa de Skocpol, y ésta podía afirmar con tranquilidad que “el intento de empatar a las monarquías absolutas con los Estados fuertes no funciona. La evidencia histórica simplemente no encaja con el patrón general de la teoría, porque había más y más fuertes absolutismos fuera del centro que dentro de él”.¹⁵⁶

De los tres o cuatro Estados “centrales” de Wallerstein hacia el final del largo siglo XVI (1640), ninguno de ellos podía considerarse realmente un Estado fuerte: en Inglaterra, acababa de estallar la guerra civil; en Francia, la corona se enfrentaba a una infinidad de revueltas de los hugonotes y de nobles; España (que en la narrativa de Wallerstein ya había fracasado completamente en su intento hegemónico) estaba ya en un marcado proceso de decadencia y sufría revueltas secesionistas en Cataluña (¡quién lo hubiera dicho!).¹⁵⁷ Pero posiblemente el desacoplamiento más obvio entre “Estado fuerte” y “economía central” era, por supuesto, Holanda. Wallerstein entiende a su largo siglo XVI como el fracaso del proyecto estatista imperial de los Habsburgo y el del triunfo del capitalismo comercial de los Países Bajos, triunfo que provoca que Amsterdam pase de ser una provincia de segunda categoría a la ciudad entrepot más importante del mundo, con un imperio comercial que se extiende a todo el orbe. Sin embargo, Holanda era una confederación laxa y territorialmente insignificante, dirigida por una oligarquía de comerciantes. Todo lo contrario de una monarquía absolutista.¹⁵⁸ Lo inverso es cierto: los Estados absolutistas más

¹⁵⁶ Theda Skocpol, “Wallerstein’s World Capitalist System: A Theoretical and Historical Critique”, *American Journal of Sociology*, Vol. 82 N. 5, p. 1084.

¹⁵⁷ Gourevitch, *op. cit.*, pp. 423-4

¹⁵⁸ Skocpol, *op. cit.* p. 1084.

fuertes en 1640 eran, además del francés, el sueco y el prusiano; dos países completamente periféricos a la economía-mundial de Wallerstein. Aquí tal vez uno puede ver una estructura de pensamiento histórico similar entre Wallerstein y Anderson, pues el único modo en el que se puede igualar la noción de Estado fuerte con la de absolutismo es enfocándose exclusivamente en Francia, el único absolutismo que jugaba en la liga de las grandes potencias (una vez más, España está descartada de antemano en la narrativa del *Moderno Sistema Mundo*). De manera inversamente proporcional al marxista inglés, Wallerstein también parecía reducir la quintaesencia de la modernidad a la trayectoria histórica gala.

Skocpol enfatizaba lo teleológico de la teoría de Wallerstein. Así, por ejemplo, Francia “había tenido que” desarrollar un Estado fuerte para mantener unidas a los distintos sectores de sus clases dominantes. Esto era todavía más patente en el distinto tratamiento dado a España e Inglaterra: a pesar de que la primera no fue menos importante que la segunda a lo largo de todo este período, desaparecía de la narrativa y se le trataba siempre bajo la luz de “un imperio que fracasó”; mientras que a Inglaterra se la presentaba como “un Estado-nación en formación”.¹⁵⁹

En este punto, Skocpol echaba mano de Perry Anderson y de Charles Tilly. Wallerstein era incapaz de explicar las estructuras socioeconómicas internas y las diferencias en la fuerza de los Estados. Para lo primero, como hemos visto, Brenner era un antídoto suficientemente bueno. Para resolver lo segundo, Skocpol enfatizaba que el énfasis en los intercambios comerciales internacionales no era suficiente: la competencia militar interestatal, es decir la guerra, había sido tan o más importante. Esto, decía Skocpol –y aquí se apartaba de los marxistas y hacía eco de la crítica de Miliband a Anderson que vimos antes- no puede ser entendido en función de los intereses de clase y de las oportunidades de mercado; sino en función de la actividad incesante de los Estados para recaudar recursos e invertirlos en la guerra, y por tanto de los resultados en ésta. La dimensión militar debía ser entendida como una esfera

¹⁵⁹ *Idem*

autónoma de las otras, pues la competencia militar se convirtió en uno de los principales árbitros de la construcción del sistema de Estados europeo.¹⁶⁰

Con estas líneas de Skocpol traía de vuelta con bombo y platillo la teoría de la anaciclosis ya no a la historiografía militar, sino a la historia universal y la teoría social más importante de la época.¹⁶¹ Pero había dos cosas que Skocpol formulaba de un modo demasiado ambiguo: por un lado, la supervivencia de Inglaterra y Holanda –dos países centrales pero no fuertes- parecía reducirse a una cuestión de suerte y geografía: los Habsburgo estaban demasiado ocupados en otro lado para destruir a los rebeldes Países Bajos e Inglaterra... era una isla.¹⁶² En otras palabras, Skocpol parecía asumir que, en el binomio Estados fuertes vs Estados débiles, estos dos eran en efecto Estados débiles que por una conjunción de factores externos habían sobrevivido. A todas luces, esto era una teoría militarista bastante edulcorada, especialmente en vista de las innovaciones militares y navales que cada uno de esos Estados llevó a cabo en los siglos XVI y XVII. En segundo lugar, la relación entre Estados fuertes y capitalismo desarrollado que Wallerstein había expuesto esquemáticamente seguía siendo demasiado ambigua.

Theda Skocpol cerraba su larga crítica con una propuesta de programa de investigación y con una serie de recomendaciones metodológicas. Afirmaba que era imprescindible intentar entender la “emergencia histórico-mundial” del capitalismo y el sistema de Estados en términos de las relaciones de producción e intercambio institucionalizadas (Brenner) y de patrones de estructuras políticas y relaciones interestatales (la guerra, y no sólo el comercio) sin reducir uno al otro;¹⁶³ cada una de estas dimensiones habría de tener propiedades emergentes específicas. Avanzaba un cuádruple énfasis alternativo en estructuras de clase, redes comerciales, estructuras estatales y sistemas de competencia geopolítica-

¹⁶⁰ Skocpol, *Ibid.* pp. 1086-7.

¹⁶¹ Gourevitch argumentaba de manera similar, en relación con Anderson y abogando por una recuperación de Otto Hintze, Gourevitch, *op. cit.* p. 435.

¹⁶² Skocpol, *Ibid.* p. 1086.

¹⁶³ Skocpol, *Ibid.* p. 1087.

militar. En el siguiente capítulo veremos que la historia universal de inspiración weberiana tomaría la batuta precisamente en estos puntos.

1.9 Anderson y Wallerstein después de Brenner

La tesis Brenner respaldaba muchas de las hipótesis generales de las obras de Anderson; en particular la idea de un temprano capitalismo agrario en Inglaterra y de una reacción señorial feudal en Europa Oriental. El objeto de estudio de estos autores no dejaba de ser distinto: *Passages/Lineages* nunca trata con cuestiones de teoría económica, y *Agrarian Class Structure* no se interesa por los Estados que se erigen sobre las relaciones de propiedad y las estructuras de clase que constituyen su objeto de estudio. Pero es claro que las afinidades no eran pocas. En efecto, la crítica de Brenner a Wallerstein apareció en la *New Left Review*, dirigida por Anderson, y no es difícil ver en esa decisión editorial una alianza intelectual (Brenner entraría después al comité editorial de la revista). Sin embargo, detrás de esas afinidades se encontraban diferencias no menos profundas. La tesis Brenner también contradecía uno de los postulados centrales de Anderson.

Hemos visto cómo *Passages/Lineages* fueron pensados como un prelude a las revoluciones burguesas, en los albores de las cuales se detienen. Anderson es explícito en que los siguientes volúmenes se ocuparán de estas: la biografía del capital propiamente dicha. Pues, una de las consecuencias tácitas de la tesis Brenner de la transición al capitalismo es la expulsión total de la idea de revolución burguesa de la ecuación histórica. Las razones de esto no son difíciles de ver: en su recuento del origen prístino del capitalismo en Inglaterra, Brenner se había enfocado en la mutación de los señores y siervos en terratenientes y granjeros capitalistas. Esto no era producto de ninguna decisión, política o económica: ningún señor decidió convertirse en un capitalista. Era la consecuencia no buscada de la lucha de clases en un modo de producción previo. Brenner termina su análisis *antes* de la Revolución Gloriosa de 1640,

normalmente vista (por los historiadores marxistas y liberales, empezando por Anderson) como la primera revolución burguesa. En otras palabras, la transición al capitalismo había sido consumada sin necesidad de ninguna lucha política entre la naciente burguesía y la decadente aristocracia, precisamente porque la transición misma había consistido en la *mutación* de la aristocracia en burguesía. Por tanto, esta última no había necesitado de ninguna gesta heroica para conquistar el Estado y terminar con el *ancien régime*. Esta concepción es profundamente distinta a la del marxismo tradicional, pues su implicación es que las revoluciones no son momentos clave en la historia, y que el concepto entero de revolución burguesa es históricamente implausible. Cuando llegó 1640, la transición se había consumado ya en la economía, y lo que pasara en la política era, por tanto secundario.¹⁶⁴ En una elaboración posterior de estas cuestiones, Ellen Meiksins Wood sugeriría que los términos de modernidad vs atraso deberían de invertirse en el imaginario histórico: la paradigmáticamente moderna trayectoria histórica francesa, con su ejemplar Estado absolutista, burocrático y formal y *la* revolución burguesa, que ocupaba un lugar privilegiado en el pensamiento de Perry Anderson, en realidad expresaba un atraso persistente: el absolutismo, con sus ideales de soberanía, impersonalidad y regularidad burocrática fue un *proyecto*, cuya ideología expresaba la ausencia de esas características. Al contrario, Inglaterra nunca desarrolló una verdadera ideología pro-absolutista ni una teoría política de la soberanía precisamente porque la transformación de señores feudales en capitalistas y su completo control del Estado había vuelto estos ideales redundantes. La revolución francesa expresaba no la superación, sino la persistencia de ese antiguo régimen. Los revisionistas de la escuela de Francois Furet tenían razón en rechazar el esquema marxista de la revolución, puesto que ésta ni impulsó el desarrollo capitalista ni fue dirigida por la burguesía.¹⁶⁵ Tal vez había entonces que

¹⁶⁴ Robert Brenner, "Bourgeois Revolution and Transition to Capitalism", in EL Beier, D Cannadine & JM Rosenheim eds., *The First Modern Society: Essays in English History in Honour of Lawrence Stone*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

¹⁶⁵ Ellen Meiksins Wood, *The Pristine Culture of Capitalism: A Historical Essay on Old Regimes and Modern States*, Londres, Verso, 2015 [1991], pp. 38, 45, 77.

desechar el paradigma de la revolución burguesa, y dejar de ver a 1640 o 1789 como el momento clave en la lucha *política* contra el pasado feudal y entender que la verdadera transformación sucedió no en las alturas del Estado sino en el sótano de las relaciones de producción. Según Brenner y Wood, habría que seguir al Marx del *Capital* y no al del *Manifiesto*, y entender que la transición al capitalismo fue un fenómeno del largo plazo, en el que es erróneo ver a la conquista del Estado como principal eje del cambio histórico.¹⁶⁶

Anderson era consciente de las dificultades que esto implicaba para su proyecto. En una posible concesión a los críticos que señalaron su ontogenetismo, *The Notion of Bourgeois Revolution* intenta desechar el paradigma galocéntrico de revolución burguesa entendido como una confrontación única y directa entre burgueses y aristócratas, al tiempo que preserva un uso más flexible del concepto: acepta la inevitable naturaleza “bastarda y anti-natural” de eventos que se extienden desde la revuelta de los Países Bajos a finales del siglo XVI hasta la Restauración Meiji en Japón en el XIX. En efecto, dice Anderson, no fue la burguesía *stricto sensu* la que las dirigió; no produjeron, generalmente, repúblicas democráticas, y tampoco expropiaron a la aristocracia. Su único resultado positivo común parece haber sido la construcción de un Estado nacional.¹⁶⁷ ¿En qué se sostiene entonces el concepto, después de todas estas concesiones? En la importancia de asegurar un Estado amigable y propulsor del desarrollo del capitalismo, parece sugerir.¹⁶⁸

Esto no implicaba todavía una respuesta consistente a Brenner y Wood; a la idea de que la transformación de la economía en capitalista volvía redundante un único episodio de toma del poder del Estado; y de que las supuestas revoluciones burguesas en Europa continental eran en realidad una reacción estatal a un desarrollo no-prístino del capitalismo. En este texto uno puede percibir a Anderson haciendo sus mejores esfuerzos por salvar del naufragio un

¹⁶⁶ Meiksins Wood, *Ibid.* p. 9

¹⁶⁷ Perry Anderson, “The Notion of Bourgeois Revolution”, in *English Questions*, Londres, Verso, 1992 [1976] pp. 113-5.

¹⁶⁸ Anderson, *Ibid.* p. 117.

concepto central de su arquitectura; concediendo una crítica aquí y defendiendo una cuidadosa generalización allá. *The Notion* es apenas un conjunto de notas, es cierto, pero algunas incoherencias emergen en sus intersticios: oscila entre fechar la revolución burguesa americana en su guerra de independencia y su guerra de secesión; y, más importante acaso, el Renacimiento y las ciudades-Estado italianas quedan completamente excluidas del lienzo. ¿Qué tanto tuvo que ver este impasse intelectual con la no-aparición de los siguientes volúmenes? Es imposible decirlo. Pero años después recibiría una ayuda inesperada.

La salida, irónicamente, la señalaría el propio Brenner años después. En 1993 éste publicó un voluminoso y detallado libro sobre la Revolución Gloriosa, la principal reinterpretación general de las últimas décadas, a partir del papel – hasta ese momento ignorado- de los comerciantes atlánticos; un sector que se había hecho inmensamente rico en años previos y que se había mantenido alejado de las estructuras, sinecuras y privilegios proporcionados por el Estado inglés, y que Brenner afirma fueron los impulsores de los giros más radicales de la revolución.¹⁶⁹ Anderson no se abstuvo de señalar la ironía de la contraposición entre los resultados de la investigación empírica de esta obra y la tesis Brenner: “Aquí, si alguna vez la hubo, está la burguesía revolucionaria. La especie declarada una ficción en Francia estaba viva y coleando en Inglaterra, siglo y medio antes de la Convención. El gran detractor de la importancia del capital comercial ha sido el primero en establecer, con lujo de detalle, su papel como demiurgo en la práctica”.¹⁷⁰ Y con esta ayuda inesperada, pasaba a responderle a la tesis Brenner y su negación de la revolución burguesa. Pues en su énfasis unidimensional en la transformación de los señores en capitalistas como el motor de la transición al capitalismo en Inglaterra, Brenner ignoraba implícitamente (y a veces negaba explícitamente) el papel del comercio internacional -y de cualquier contexto internacional- y de las ciudades en este proceso. El capitalismo había iniciado en el campo del sureste de Inglaterra, y sólo ahí, y en respuesta a

¹⁶⁹ Robert Brenner, *Merchants and Revolution*, Princeton, Princeton University Press, 1993.

¹⁷⁰ Perry Anderson, “Civil War, Global Distemper”, in *Spectrum*, Londres, Verso, 2005 [1993], p. 251.

desarrollos internos. Pero esta teoría del “capitalismo en un solo país” cercenaba sus capacidades explicativas al abstraerse enteramente de la dimensión internacional y del desarrollo urbano:

una idea apenas ligeramente más plausible que la del socialismo en un solo país. Históricamente, tiene más sentido ver la emergencia del capitalismo como un proceso de valor agregado que aumenta en complejidad al moverse en una cadena de sitios interrelacionados (...) de las ciudades italianas a Flandes y Holanda, a los imperios de Portugal y España y los puertos de Francia, antes de ser ‘sistemáticamente combinado en Inglaterra’ (...) En esta historia, el papel de las ciudades siempre ha sido central. Los terratenientes ingleses no hubieran podido comenzar su conversión hacia la agricultura comercial sin el mercado de lana en las ciudades flamencas, del mismo modo que el campo holandés era más rico que el inglés en tiempos de los Estuardo gracias a su articulación con las ciudades.¹⁷¹

Esa era, en términos teóricos, la respuesta final de Anderson al internalismo y unilateralismo agrario de la tesis Brenner: ver el desarrollo del capitalismo como un proceso internacional y multiseccular que gana en valor agregado en la medida en la que se modifican y se hacen más complejas las formas del capital; con un ojo en el campo y otro en la ciudad. Como proyecto, parece lo suficientemente global en su planteamiento al tiempo que sensible a las especificidades locales. Pero es simbólico que incluso así –y sólo así– tardara veinte años en aparecer.

Immanuel Wallerstein nunca respondió directamente a sus principales críticos, Brenner y Skocpol. Pero sí lo hizo tangencialmente. Me parece que Wallerstein respondió implícitamente a Brenner en un corto texto que apareció inmediatamente después de *The Origins of Capitalist Development*, y que está presentado como una respuesta a otro crítico, Ira Gerstein.¹⁷² La respuesta de

¹⁷¹ Anderson, *Idem*. La cita sobre Inglaterra es de Marx.

¹⁷² “Me parece” porque ambos textos son de 1977 (el de Brenner es de enero, y el de Wallerstein de finales de ese año). Sin embargo, en el texto fundador de la tesis Brenner, de un año antes, éste ya había descalificado en una nota al pie el *MSM* de Wallerstein. En el pequeño mundo de los marxistas anglosajones, es altamente probable que Wallerstein supiera de la crítica de Brenner antes de que la publicara. Wallerstein, “How do we know class struggle when we see it? A reply to Ira Gerstein”, *op. cit.*, p. 104.

Wallerstein es doctrinaria. Si Brenner había criticado su marxismo smithiano por enfocarse en la extensión cuantitativa del mercado mundial como el principal mecanismo de desarrollo, la respuesta del primero consistió en un *magister dixit*: citar a Marx en torno a cómo la extensión del mercado mundial contribuyó a la llegada del capitalismo. A lo que agrega:

No me gustan los llamados a la autoridad. No tengo razón porque Marx lo dijo. Pero definitivamente no se puede citar a Marx en mi contra en este punto [el de la importancia de la circulación vs la producción] (que es esencial para mi argumento); se podrán citar a algunos marxistas, sin duda, pero no al propio Marx.

La verdad es que sí se podía citar a Marx contra Wallerstein, del mismo modo que Wallerstein citaba a Marx a su favor. Esto tiene que ver en gran medida con el cambio en el enfoque del Marx de la *Ideología Alemana* y del *Manifiesto Comunista* contra el Marx del *Capital*. Brenner y sus discípulos reniegan explícitamente del primer Marx, arguyendo que en su juventud no había todavía roto sistemáticamente con la concepción teleológica de la historia de la Ilustración, y siguen exclusivamente al segundo Marx; mientras que la escuela de los sistemas-mundo tiende a basarse en el Marx teórico del mercado mundial de juventud. Esta tensión es real, y su transformación más de un siglo después en dos escuelas de historia económica opuestas puede verse como una amplificación y sistematización –antes que una síntesis– de las dos teorías concurrentes de la transición de Marx.¹⁷³ Lo importante aquí, acaso, es que la crítica de Brenner a Wallerstein, expresada como una defensa de la *ortodoxia* del Marx maduro vs los resabios smithianos en él, provocaron que en el mediano plazo cambiara la relación de Wallerstein con el marxismo. Si en su primer volumen éste se había presentado expresamente como tal, años después esto dejaría de ser así. Posteriormente, Wallerstein se autodefiniría como un “radical”, inspirado holgadamente en Marx –“fue el gran pensador del siglo XIX, pero las cosas han cambiado”- tanto como en otros autores.¹⁷⁴ A lo largo de los años,

¹⁷³ Jean Baechler, “Les Origines du Système Capitaliste”, *European Journal of Sociology*, Vol. 9, Num. 2, 1968, pp. 207-223.

¹⁷⁴ Gregory P Williams, *op cit.*, p. 204.

entonces, la crítica de Brenner provocó dos reacciones distintas y hasta cierto punto contradictorias: primero, una respuesta doctrinaria o teórica que buscaba mostrar el apego de Wallerstein a Marx; luego, un alejamiento de la teoría marxista como sistema de conocimiento.

La crítica de Skocpol en torno a la no-correspondencia del centro de la economía-mundo con los Estados fuertes también provocó desplazamientos importantes. Wallerstein modificaría sustancialmente su conceptualización de la formación estatal en el segundo volumen del *MSM*, enfocado en la triple lucha por la hegemonía mundial entre Inglaterra, Francia y los Países Bajos de 1600 a 1750. En este volumen, Wallerstein agrega cinco indicadores de fortaleza estatal además de la relación, presentada ya desde el primero, entre la eficiencia productiva y la posición en el sistema mundial. Estos son: la eficiencia de la ayuda estatal a la competitividad de sus productores en el mercado mundial (es decir, la eficiencia de su mercantilismo); su poder militar; la eficiencia fiscal; la eficiencia burocrática y, la más importante, la creación de un compacto social o bloque hegemónico entre las diferentes clases.¹⁷⁵ Lo innovador de este índice es que introduce *formas de poder* que no son reducibles a la posición en la economía mundial ni, tampoco, entre ellas. Es decir, un Estado puede ser militarmente poderoso en términos absolutos sin necesariamente tener una fiscalidad tan eficiente; o puede tener una burocracia efectiva sin ser particularmente rico. La última es claramente una respuesta a las críticas de Skocpol y Brenner por ignorar las consecuencias político-sociales de la institucionalización de la lucha de clases. Con esta, Wallerstein sugiere que sólo los Estados en los que la clase dominante es capaz de definir objetivos comunes y actuar en conjunto y, además, de incluir o representar de algún modo a las clases subalternas podrán a su vez implementar los cuatro índices previos de una manera eficiente.

Estos elementos se convierten a su vez en las llaves explicativas de la victoria final de Gran Bretaña sobre Francia. Los intereses de las clases

¹⁷⁵ Immanuel Wallerstein, *The Modern World System II: Mercantilism and the Consolidation of the European World Economy 1600-1750*, New York, Academic Press, 1980, p. 123

dominantes de esta última estaban divididos entre el Atlántico, el Mediterráneo y Europa continental; las políticas económicas y militares del Estado francés, al tener que tomar en cuenta intereses contradictorios, nunca fueron tan coherentes y claras como las del inglés, cuya clase dominante llegó a un acuerdo general de paz interna y expansión imperial tras la Revolución Gloriosa.¹⁷⁶

Esto sin duda implica una redefinición y disociación del concepto de Estado fuerte del de Estado absolutista, y una reducción del economicismo unilateral del primer volumen del MSM. Pero en la arquitectura general de la obra mantiene y reproduce dos ambigüedades más. Incluso la noción gramsciana de bloque hegemónico entre las clases, a la que Wallerstein le asigna tanta importancia, se mantiene separada de la cuestión de la naturaleza de clase del Estado; una que el MSM I había planteado pero rehuido en su discusión del absolutismo como alternativamente un Estado feudal y/o capitalista. Es decir, la superioridad del Estado inglés post-1640 no tiene que ver, en la narrativa de Wallerstein, con que sea un Estado capitalista mientras que su rival francés un Estado feudal. Tiene que ver sólo con que la clase dominante inglesa está más organizada que la francesa. Por supuesto, esta distinción había quedado tácitamente invalidada desde el momento en el que se asume que toda la economía mundial es ya capitalista, pero empuja a Wallerstein a recaer en una visión un tanto funcionalista del Estado y las clases sociales; en el que el éxito inglés tiene que ver alternativamente con la pura minusvalía geográfica de su rival o con su propia inteligencia organizativa.

En segundo lugar, los índices fiscales-militares de fortaleza estatal, aunque más sensibles y poderosos explicativamente, se mantienen en una relación ad hoc con la teoría general del sistema mundo y su división maestra centro-periferia. La relación entre estas formas de poder y la economía es ambigua. ¿Qué implicaciones tiene que el Estado mantenga, como Wallerstein sugiere, una autonomía relativa de las clases como de la economía mundial, y qué tanta capacidad tiene, a través de sus políticas, de hacer saltar al país de la

¹⁷⁶ Wallerstein, *Ibid*, pp. 206-14; 114.

periferia al centro, o viceversa?¹⁷⁷ Notemos que aquí se trata en realidad de dos cuestiones: por un lado, la de la relación de importancia causal entre las formas de poder; i.e., entre el poder económico, político y militar; en segundo lugar, la cuestión de la autonomía relativa del Estado frente a las clases y la economía. Las formulaciones de Wallerstein en el segundo volumen sugieren una relación mucho más compleja que en el primero; no ya de determinación unilateral de la economía sobre las otras formas del poder ni sobre el Estado. Pero si no es así, ¿cómo teorizarlo? Las principales respuestas a estas preguntas vendrían, hacia el final de esa década, de otra escuela diferente de historia universal.

¹⁷⁷ Para una discusión de estos problemas y su relación con las teorías estatocéntricas contemporáneas, véase Daniel Garst, "Wallerstein and his critics", *Theory and Society* Vol. 14, N. 4, 1985, pp. 474-7.

Segunda parte: los weberianos

“De una manera más clara que cualquier otra cosa –le escribió Marx a Engels en 1857- el ejército muestra lo correcto de nuestra visión en lo relativo a la conexión entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales”.

El ejército es de una gran importancia en el desarrollo económico; fue en el ejército de la antigüedad que el salario fue usado por primera vez. (...) También fue pionero en el uso de maquinaria en gran escala. Incluso el valor de los metales y su uso como monedas parece venir de su importancia en la guerra. La división del trabajo dentro de una rama fue primero puesta en práctica por los ejércitos. Todo esto es un impresionante epítome de la historia de las sociedades civiles. Si alguna vez tienes tiempo, podrías rehacer todo a partir de ese punto de vista.¹⁷⁸

Engels nunca tuvo tiempo, y a pesar de su formación como historiador militar, nunca “rehízo todo”. Marx y Engels eran conscientes de la importancia de la guerra en la historia, pero fuera de algunas formulaciones nunca la incluyeron en su teoría. La historia universal marxista de los años setenta no se apartó en esto, desafortunadamente, de la tradición. Anderson dejó en el tintero su propuesta de una teoría marxista de la guerra; Wallerstein la pasó de largo casi completamente. Para sus contemporáneos weberianos, esto era históricamente implausible e implicaba reducir la ambición y capacidad explicativa de cualquier teoría social. La segunda generación de megahistoriadores tomaría a la guerra como punto de partida y, en cierto modo, como el principal factor causal en la historia. No es por supuesto ninguna casualidad que los dos autores en cuestión –Charles Tilly y Michael Mann- sean deudores de la tradición sociológica alemana de principios del siglo XX que en un gesto de sobregeneralización hoy llamamos weberiana. Con esto se encubre una gran diversidad: define con poca exactitud a esa sociología histórica no-marxista, metodológicamente más flexible e interesada más en los Estados y las instituciones que en las clases y los modos de producción. Los otros dos principales representantes de esta tradición son Otto Hintze y Werner Sombart, artífices de “la más fructífera teoría social de la

¹⁷⁸ *Marx-Engels Collected Works*, Londres, Lawrence & Wishart, 1983, Volumen 40, p. 186.

guerra”.¹⁷⁹ Michael Mann es un weberiano en el sentido más estricto de la palabra, Tilly no lo es –sería más exacto decir que este último es hintzeano. Weber, Hintze y Sombart, como Tilly y Mann siete décadas después, intentaron entender las relaciones entre la sociedad, los Estados y la guerra de un modo en el que el marxismo previo respectivo no había hecho.¹⁸⁰

La idea de que la morfología social o política se relaciona con el tipo de organización militar es antiquísima. Encontramos su primera versión en la *Política* de Aristóteles, en donde se asocia la organización militar de la ciudad con su constitución política, y el poder social de la “multitud de marineros” que le dio a Atenas sus victorias navales, con la democracia¹⁸¹. Esta idea, que atraviesa las cavernas subterráneas del pensamiento social durante dos milenios, encuentra su primera versión moderna e históricamente cuidadosa en la pluma de Otto Hintze en 1902¹⁸² y una segunda instanciación en la triple relación entre el Estado, el capitalismo y la guerra en la obra de Werner Sombart de 1913, *Krieg und Kapitalismus*.¹⁸³ Pero después de su sueño bimilenario, la teoría militarista de la anaciclosis habría de pasar por otro letargo antes de despertar con toda su fuerza.¹⁸⁴ A su vez, y posiblemente de manera independiente a la conexión Hintze-Sombart, en los años '50 el historiador inglés Michael Roberts publicó el importante ensayo *A Military Revolution?*, que acuñó la noción de la revolución

¹⁷⁹ Thomas Ertman llama a los dos primeros los padres fundadores de la teoría de la formación estatal, “State Formation and State Building in Europe”, En Thomas Janoski, Robert R. Alford et al. (eds.) *The Handbook of Political Sociology - States, Civil Societies, and Globalization*. Cambridge: Cambridge University Press, 2005, p. 327.

¹⁸⁰ Hans Joas & Wolfgang Knöbl, *War in Social Thought: Hobbes to the present*, Princeton, Princeton University Press, 2013, pp. 116-133, la cita está en la p. 126.

¹⁸¹ “En cuanto a los medios de defensa, la naturaleza y la utilidad del emplazamiento varían según las constituciones. Una ciudad situada en lo alto conviene a la oligarquía y la monarquía; la democracia prefiere para esto una llanura. La aristocracia desecha todas estas posiciones y se acomoda más bien en algunas alturas fortificadas”. Aristóteles, *Política*, Libro IV, Capítulo X; y libro V, IV para la relación marineros-democracia.

¹⁸² “The Formation of States and Constitutional Development” y luego “Military Organization and the Organization of the State”, en *The Historical Essays of Otto Hintze*, Oxford, Oxford University Press, 1975.

¹⁸³ Esta obra nunca fue traducida del alemán. Véase Pepijn Brandon, *War, Capital and the Dutch State 1588-1795*, Chicago, Haymarket, 2015, pp. 14-16.

¹⁸⁴ La anaciclosis se refiere en su acepción más general a la sucesión de las formas de gobierno (aristocracia-tiranía-democracia), pero es claro que en Aristóteles éstas están relacionadas con los requerimientos militares, cf. Norberto Bobbio, *La Teoría de las Formas de Gobierno en el Pensamiento Político*, FCE, México, 2001, caps. 1-3.

militar e inauguró una influyente escuela de belicismo histórico¹⁸⁵ en la que el motor del cambio histórico y de la superioridad de Occidente habría de localizarse en las modificaciones en la técnica militar en los albores de la época moderna. Tilly y Mann no provienen directamente de este caudal, claramente tecnocéntrico, pero abreviarían y discutirían con él, al tiempo que intentaron evitar su percibido determinismo.

Hintze no fue traducido sistemáticamente sino hasta 1975¹⁸⁶: el año de la publicación del revolucionario ensayo de Tilly: *The Formation of National States in Western Europe*, en el que por primera vez desplegó el principio de su teoría de la historia, con toda su mesurada rimbombancia: “War made states and states made war”.¹⁸⁷ Es posible que en ese momento Tilly no hubiera leído a Hintze (aunque no es seguro tampoco: leía con fluidez el alemán).¹⁸⁸ Pero, como el capítulo anterior dejó entrever, el reclamo hacia la megahistoria marxista por su descuido hacia la cuestión militar y las primeras propuestas de introducirla en una teoría social general habían sido ya musitados por autores como Theda Skocpol (y por Roberts y su escuela en el terreno de la historia militar propiamente dicha): la idea estaba, digamos, en el aire. El redescubrimiento de la propuesta de Hintze fungió como un anillo al dedo, más que como la revelación de una idea totalmente desconocida.¹⁸⁹

¹⁸⁵ Clifford Rogers, “The Military Revolution in History and Historiography”, in Clifford Rogers ed., *The Military Revolution Debate*, Boulder, Westview Press, 1995.

¹⁸⁶ También fue olvidado en Alemania hasta principios de los años '60, cuando se volvió a editar por primera vez en más de tres décadas: Felix Gilbert, “Foreword”, en *The Historical Essays of Otto Hintze*, op. cit.

¹⁸⁷ Charles Tilly, *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975.

¹⁸⁸ La primera en notar los vínculos de Tilly y Mann con Otto Hintze y su belicismo histórico fue Theda Skocpol en su importante ensayo programático “Bringing the State Back In: Strategies of Analysis in Current Research,” in Peter B Evans, Dietrich Rueschemeyer & Theda Skocpol, *Bringing the State Back In*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, p. 8. Autores como Peter Gourevitch ya habían traído a Hintze a la discusión en el contexto de las megahistorias de Anderson y Wallerstein, como potencial fuente de respuestas teóricas. Véase *supra*, nota 161.

¹⁸⁹ En el capítulo anterior comentamos las dos largas críticas de Skocpol a Anderson y Wallerstein; en este veremos otros textos suyos, en general positivos, hacia Tilly. En 1979 publicó el libro que le trajo gran fama, *States and Social Revolutions*, Cambridge, Cambridge UP; un análisis comparativo de cuatro de las grandes revoluciones modernas en el que la presión bélica y las relaciones internacionales son un factor esencial. Desafortunadamente, esta obra está fuera del rango de nuestro estudio.

En este capítulo, analizaré las megahistorias de Tilly y Mann, e intentaré entender cómo, por un lado, intentaron resolver el impasse al que habían llegado los autores previos; cómo, por el otro, se intentaron alejar del modelo militarista más tradicional, unidireccional y tecnocéntrico en sus sucesivas obras. En un ensayo bibliográfico de principios de los años noventa, la propia Skocpol podría contar esta misma historia con triunfalismo: la influyente pero en última instancia equivocada sociología histórica marxista había sido ya desacreditada, y la heterodoxia weberiana de mediados de los '70 se había convertido, con la publicación de los libros de Mann y Tilly, en una nueva ortodoxia –pero esta sí correcta. Ahora sólo había que corregir detalles y seguir por el mismo camino.¹⁹⁰ La historia, como veremos, es un tanto más complicada. El desarrollo de dos teorías belicistas (muy diferentes entre sí) terminaría por desembocar en su propio impasse: el descuido patente de *otras* esferas de la acción social que no se desprenden de la relación guerra-Estado, y que no pueden ser explicadas por ésta de una manera unilateral y constante. Pero en este punto es tal vez exagerado meter en el mismo saco a Tilly y a Mann: el primero cambió las reglas del juego de la megahistoria con dos artículos y un libro de corte más conceptual que histórico, en los que su afirmación explícita y sin ambages de la importancia esencial de la guerra por encima de todos los otros factores era a su vez su principal fuerza y su debilidad. El segundo, por el contrario, es el autor de la historia universal más completa, sistemática y detallada desde Arnold Toynbee; la más matizada, y el esfuerzo más cuidadoso de generar respuestas teóricas a los debates de la teoría social que hemos comentado a lo largo de este trabajo, en especial al problema de la relación entre las esferas de la vida social y al problema de las unidades de análisis. En efecto, si Tilly pretendió proveer una explicación *unitaria* de la historia universal durante el último milenio, Mann intentó, sistemática y cuidadosamente, mostrar la imposibilidad de una explicación de este tipo. Las diferencias entre estos autores pueden ser

¹⁹⁰ Theda Skocpol, “War and the Development of Modern National States”, *Sociological Forum*, Vol. 8 Num. 4, 1993. P. 661.

resumidas en una oración: Tilly intentó consagrar a la anaciclosis, Mann intentó domesticarla. Empecemos con Charles Tilly.

Capítulo 2: Charles Tilly, o la guerra como el motor de la historia

2.1 Configuraciones

Lo primero que llama la atención de Charles Tilly (Illinois 1929 – 2008) son las dimensiones sobrehumanas de su obra. Tilly publicó por lo menos un libro cada año entre 1964 y su muerte, no menos de doscientos artículos académicos y una cantidad incontable de reseñas y tesis dirigidas. Su tesis de doctorado, *The Vendée* (1964), sobre la rebelión anti-jacobina en el Occidente de Francia en 1793-4 cuestionó la teoría de la modernización en boga en la época y, sobre todo, utilizó un novedoso método sociológico comparativo con una perspectiva histórica. En éste, Tilly analizaba dos regiones adyacentes, una revolucionaria, otra contrarrevolucionaria, e intentaba inferir las causas sociales e históricas de trayectorias tan divergentes. Escrita en Harvard en la segunda mitad de la década del '50, la tesis doctoral de Tilly había sido dirigida por Barrington Moore, a quien encontraremos en el capítulo 6 como el principal interlocutor de Francis Fukuyama, y bajo la tutela intelectual de Pitrim Sorokin, quien apareció brevemente en el capítulo 2 por su historia cultural universal.

Tres grandes preocupaciones atraviesan la obra de Tilly, que se empalman imperfectamente con cada período de su vida: la ciudad y el urbanismo, sobre la que versan sus trabajos posteriores a su tesis y que abandonó a mediados de la década del setenta; la relación Estados-capital-guerra en la historia europea, a la que le dedicó los años entre 1975 y 1995; y la ciudadanía y la democracia, en la que se enfocó desde la mitad de la década del noventa hasta su muerte.¹⁹¹ Por supuesto, es la segunda, la más histórica, la que más nos interesa.

Charles Tilly fue uno de los primeros “cliometricians”; pionero en usar sistemáticamente series cuantitativas en el estudio de procesos históricos. Eso

¹⁹¹ Esta periodización y el panorama general de la obra de Tilly la tomo de Marcel van der Linden, “Charles Tilly’s Historical Sociology”, *International Review of Social History* Vol. 54 N. 2, pp. 237-274.

le dio a su obra un saludable tinte empirista, en el que teorías generales y lugares comunes por igual son confrontados permanentemente con un record detallado y “controlado” de la experiencia histórica. El antecedente más claro de este acercamiento al pasado es sin duda el de Pitrim Sorokin, quien en su monumental *Social and Cultural Dynamics* había intentado hacer una enorme base de datos de las producciones culturales de la humanidad durante los últimos tres milenios y extraer de ésta patrones de movimiento entre los polos del empirismo y la teorización epicúrea. Esto estaba lejos de los intereses de Tilly, cuya primera gran obra cliométrica fue *Strikes in France 1830 – 1968*, para la que preparó una detallada serie estadística sobre el tipo e intensidad de huelgas durante más de un siglo.¹⁹² Esta perspectiva le daría a Tilly una gran capacidad para pensar originalmente cuestiones como la transformación del carácter de la movilización social y el conflicto político en la época del triunfo del capitalismo industrial y del Estado nación. Por lo demás, no es casualidad que el objeto de investigación predilecto de Tilly haya sido el Estado, pues es éste el que produce las primeras series estadísticas, la materia prima indispensable para su metodología.

Charles Tilly era un demócrata radical pragmático. En sus obras sobre el conflicto social hay una clara simpatía hacia los huelguistas y los campesinos insurrectos, del mismo modo que en sus textos sobre el Estado y la guerra una preocupación por la persistencia de un elemento militar, antidemocrático, en las sociedades contemporáneas. Marcel van der Linden, el principal estudioso de su obra, acierta al describir a la teoría de Tilly como un materialismo histórico no-marxista; es decir, en el sentido más rupestre de ambos términos: un enfoque en instituciones y cuestiones materiales o logísticas –impuestos, dinero, comida, cantidad de personas- tratadas desde una perspectiva histórica. Tilly tenía una gran simpatía hacia el marxismo de historiadores como EP Thompson, y a la vez

¹⁹² Tilly cuenta una anécdota hilarante sobre su primer acercamiento a este método, en un enorme sótano en Harvard en la década de los '50, en el que un grupo de historiadores en batas blancas introducía tarjetas perforadas en las enormes computadoras de la época para probar sus teorías. Si la computadora ordenaba las tarjetas de acuerdo con sus expectativas, la teoría se sostenía; si no, había que pensar en otro factor que las ordenara como se esperaba. “Computers in Historical Analysis”, Working Paper #74, *The Center for Research on Social Organization*, University of Michigan, 1972.

que se asumió como producto de la ola de radicalización ligada a la Nueva Izquierda expresó también una actitud ecléctica hacia las figuras tutelares de la ciencia social: “tenazmente anti-Durkhemiano, resueltamente pro-Marx, pero indulgente hacia Weber y a menudo dependiente de Mill.”¹⁹³ En principio, el programa de investigación estatocéntrico de Tilly podría ser acomodado dentro de un marxismo flexible, pero como veremos más adelante, su megahistoria, posiblemente más que sus estudios urbanísticos o su sociología del conflicto, sí implicaba un fuerte alejamiento del mismo.

La metodología cuantitativa es menos explícita en los trabajos que analizaremos, en parte porque éstos son obras de síntesis, y aunque no entraremos en estos detalles es importante tener en mente cuán importante es para Tilly y también cuán distinto es este método del de los autores que vimos en el capítulo previo. Tilly maridó su cliometrismo con una concepción de la teoría en la que el historiador debe enfrentarla del mismo modo que un científico. En sus palabras: “el historiador como científico social busca conscientemente el rigor metodológico. Define sus términos, hace sus hipótesis explícitas, clarifica sus presunciones (en la medida en la que es consciente de éstas) y estipula el criterio de verdad”.¹⁹⁴ Su pragmatismo teórico se expresa claramente en la búsqueda de *mecanismos causales intermedios*: en la búsqueda de teorías generales del desarrollo histórico, Tilly le puso un énfasis explícito a la construcción de modelos intermediarios entre el dato o hecho histórico y la gran teoría. Éstos son inevitables en cualquier proceso de conceptualización, pero su importancia en la construcción teórica de Tilly yace en que son éstos los que están explícitamente sujetos a la comprobación y refutación estadística.

Incluso si nos atenemos a las dos décadas en las que se enfocó en la cuestión Estados-capital, hay una dificultad en el estudio de su obra: Tilly solía escribir un artículo con el avance de sus investigaciones, recibir críticas y seguir investigando, publicar otro artículo al año siguiente dándole cabida a las críticas,

¹⁹³ Charles Tilly, *From Mobilization to Revolution*, Michigan, Addison-Wesley Publishers, 1978, p. 48.

¹⁹⁴ Tilly, *History as Social Science*, p. 10; citado por van der Linden, *op cit.*, p. 241.

recibir otra ronda de comentarios; después de tres años más de investigación, escribir un libro que condensara sus ideas y diálogos con sus colegas y, tras las críticas a ese libro, publicar otro artículo más, etc. La ventaja es que Tilly era fiel a su método “científico” y en cada texto reconocía sus errores previos, a los autores que le habían hecho darse cuenta de esos errores, y afirmaba expresamente cómo esta vez pensaba escapar de la artillería de la crítica y expandir su teoría. Esto le permite al historiador intelectual ver con claridad cuáles son los puntos de quiebre, de dónde vienen las influencias, pero también aumenta las posibilidades de perderse en una extensísima bibliografía en la que no es necesariamente claro cuáles son los textos esenciales que condensan su pensamiento, al punto que alguien con poca paciencia podría caer en el desespero de pensar que en esa hemorragia empiricista *no hay textos que condensen su pensamiento*. En segundo lugar, Tilly tocó temas esenciales a la megahistoria en infinidad de textos, sin que por ello éstos constituyeran historias universales en la definición más estrecha de la misma. En un sentido, Charles Tilly es el autor que menos encaja con los criterios *bibliográficos* de la megahistoria: no escribió dos o tres extensos volúmenes en los que intentara contar y explicar la historia del mundo durante los últimos siglos, como lo hicieron todos los demás. Pensó el tema durante un cuarto de siglo, escribió decenas de artículos, críticas y reseñas y publicó un libro denso en el que explora de un modo más analítico que histórico el meollo de toda la megahistoria: la relación Estados-capital durante el último milenio. Su contribución es una pieza clave en el desarrollo de la misma.

2.2 Capital, coerción y Estados.

*Coercion, Capital and European States 990-1990*¹⁹⁵ (CCES) es un libro clave, posiblemente el más influyente y leído de toda la obra de Tilly. Tiene dos claros y muy importantes antecedentes: *The Formation of National States in Western Europe*, de 1975 (un volumen colectivo dirigido por él, en el que escribió un importante y largo ensayo teórico introductorio y un capítulo histórico); y el

¹⁹⁵ Charles Tilly, *Coercion, Capital and European States 990-1990*, Londres, Blackwell, 1992.

artículo *War Making and State Making as Organized Crime*¹⁹⁶ (1985) en el que propone una versión peculiar de la anaciclosis y en donde están en germen prácticamente todas las ideas esenciales que aparecerán en su libro posterior, aunque con variaciones significativas.

Tilly estaba imbuido por las mismas preocupaciones teórico-históricas que los otros megahistoriadores y su respuesta a este acertijo es una de las más importantes y originales. No es por supuesto ninguna coincidencia que su primer ensayo sobre este tema sea coetáneo con las megahistorias marxistas, y *CCES* es realmente el intento más sistemático de proponer una alternativa al impasse de la generación previa a partir de una visión belicista-estatista de la historia. Posiblemente no en la forma, pero en el fondo y, sobre todo, en la ambición, Tilly es un claro representante de la megahistoria. Estudiemos su contribución.

En su ensayo introductorio a *The Formation of National States*, Tilly presentaba ya un claro programa metodológico, que quizá se pueda leer como una respuesta a los de Wallerstein y Anderson: la sociología histórica comparada que busca responder preguntas tan amplias y contrafactuales como el por qué Occidente sí y Oriente no, o por qué la forma del Estado-nación había triunfado sobre todos sus competidores, se veía inevitablemente obligada a elegir entre tres grandes alternativas: entre un análisis prospectivo y uno retrospectivo; entre formulaciones probabilísticas vs determinísticas, y entre la búsqueda de dos tipos de recurrencias: de secuencias o de relaciones.¹⁹⁷

Tilly afirmaba que el análisis histórico tenía que alejarse del presentismo del estudio retrospectivo e intentar teorizar la contingencia histórica siendo sensible a las posibilidades abiertas en cada momento por las distintas trayectorias históricas. Esto iba de la mano, por supuesto, de abandonar la teleología del triunfo de una forma estatal específica (el Estado-nación) y enfocarse en intentar pensar todas las posibilidades históricas producidas por el

¹⁹⁶ Charles Tilly, "War Making and State Making as Organized Crime" En Peter B Evans, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol, *Bringing the State Back In*, *op cit.*

¹⁹⁷ Charles Tilly, "On the History of European State Making", en *The Formation... op. cit.*, p. 14.

juego de las distintas variables causales. La perspectiva probabilística podría ser menos atractiva desde el punto de vista de la narrativa histórica tradicional, pero era metodológicamente más sólida y además jugaba un papel –metahistórico- esencial y es que permitiría extrapolar al presente los elementos que permitieron determinado resultado histórico, con claros fines predictivos.¹⁹⁸ El programa que proponía se resumía por tanto en esta combinación de análisis prospectivo, de búsqueda de relaciones y no de secuencias, y de posibilidades y no de determinismos. En retrospectiva, sin embargo, Tilly aceptaría que *The Formation* no había ido suficientemente lejos en desechar la búsqueda del telos del Estado-nación representado por Francia-Inglaterra-Alemania, pues no le había dado un lugar apropiado a las otras trayectorias, durante largo tiempo exitosas, de construcción estatal; era necesario ahora entender el abanico de posibilidades abierto a los distintos tipos de Estado durante la historia europea.¹⁹⁹ Con esto se pondría de relieve de una manera más clara e históricamente sensible el verdadero proceso de surgimiento, con toda su contingencia, de la forma política paradigmática de la modernidad: el Estado-nación, al tiempo que se aceptaba que éste no había realmente triunfado sino muy recientemente.

Desde el segundo párrafo de *CCES*, Tilly aclara cuáles son sus interlocutores y sus fuentes de inspiración: “Este libro busca resolver el gran desafío planteado por Perry Anderson”, de proporcionar una historia y teoría consistente de la construcción y destrucción de los Estados.²⁰⁰ Pero su proceder y sus preguntas son distintas. Tilly está más interesado en la única formación de un *sistema* de Estados en Europa, y en particular en “las causas de la *variación* en el tiempo y el espacio del tipo de Estados que han existido en Europa desde el 990”; y el por qué “todos los Estados europeos eventualmente *converjieron* en variantes del Estado nación”.²⁰¹ Diversidad y unidad son, por ponerlo de algún modo, los horizontes de sus preguntas de investigación.

¹⁹⁸ Charles Tilly, *ibid.* p. 16

¹⁹⁹ Charles Tilly, *Capital, Coercion and European States... op. cit.*, p. 13.

²⁰⁰ Tilly, *ibid.* p. ix.

²⁰¹ Tilly, *ibid.* pp. 5; 32.

Tilly presenta un Estado del arte acerca de las teorías generales del desarrollo político en el que agrupa a las cuatro principales (modo de producción, sistema-mundo, estatista y geopolítica) en torno a dos ejes: 1) si el origen de las transformaciones políticas es externo o interno a la sociedad; y 2) cuál es la relación del cambio político con la economía: derivativo o independiente. Sus críticas a Anderson y Wallerstein (modo de producción y sistema mundo respectivamente, ambas derivativas de la economía) hacen eco de las de Skocpol: el primero es incapaz de explicar la relación entre las variaciones en la forma y la actividad de Estados pertenecientes al mismo modo de producción; el segundo no proporciona ninguna teoría que vincule las estructuras organizativas de los Estados a sus posiciones en el sistema mundial.²⁰² En otras palabras, Tilly acusa a todas las teorías previas de no poder proporcionar una explicación convincente de los *mecanismos* causales que relacionan la *forma interna* de los Estados con su *posición* en el sistema internacional de Estados. El mecanismo que une ambos planos es, para él, la guerra. Es mejor citarlo largamente:

[La obra] busca situar la organización de la coerción y la preparación para la guerra enfáticamente en el centro del análisis, afirmando en sus momentos más deterministas que la estructura estatal apareció primeramente como un subproducto de los esfuerzos de los gobernantes para adquirir los medios para la guerra; y en segundo lugar al insistir que las relaciones entre los Estados, especialmente a través de la guerra y la preparación para la guerra, fuertemente afectaron el proceso entero de formación estatal. (...) Deriva las trayectorias alternativas de formación estatal de una serie de combinaciones continuamente variables de concentración de capital, concentración de coerción, preparación para la guerra y posición dentro del sistema internacional.²⁰³

Hagamos un primer apunte a partir de este pasaje. Este esquema teórico, con la guerra como su llave maestra, es plausible sólo si dos precondiciones están presentes: 1) si ya existe un sistema de Estados claramente delimitados y 2) si se asume que la condición natural del tal sistema es la anarquía y la competencia, pues

²⁰² Tilly, *ibid*, pp. 10-11. Es importante decir que las otras dos escuelas han producido –según Tilly– monografías antes que teorías generales.

²⁰³ Tilly, *ibid*, p. 14

sólo en este caso la guerra podrá jugar el rol tan históricamente importante que Tilly le asigna. Volveremos a estas cuestiones más adelante.

Además de los Estados, *CCES* presenta a otros dos personajes: el capital y la coerción. Toda su morfología política gira en torno a las relaciones entre estos dos elementos, así que es importante comprenderlos.²⁰⁴ Tilly concibe al capital de un modo amplio y heterodoxo como cualquier recurso no-natural. Los dueños de estos recursos son los capitalistas, que han existido durante siglos sin que haya capitalismo; es decir, cuando el capital no organizaba ni controlaba la producción y estaba confinado principalmente al comercio y las actividades financieras. Para Tilly, desde sus tempranos estudios de urbanismo, las ciudades son el lugar por excelencia de concentración del capital: donde hay urbes hay riqueza, hay comerciantes y hay capital. En el año 990, ya era claro que había una banda urbanizada y rica que corría del norte de Italia a través de los Alpes hasta la actual Holanda, que durante el siguiente milenio no haría sino volverse más densa.²⁰⁵

Si la *explotación* es el terreno del capital, la *dominación* es el terreno de la coerción. Ésta es definida de manera un tanto ambigua: como la aplicación de cualquier acción que le cause daño a la persona o propiedad de aquéllos sujetos a la misma. Hay dos tipos de grupos de “especialistas en la coerción”: los terratenientes y los militares. Los Estados no son otra cosa que organizaciones que concentran medios coercitivos dentro de un territorio, de una manera análoga a cómo la ciudad acumula y concentra capital.²⁰⁶

A partir de estos dos conceptos contrapuestos Tilly deriva una tipología de los Estados según la “cantidad” de cada ingrediente presente, y una paralela geografía económica: en la columna vertebral de urbanización yacen las ciudades-Estado comerciales. En lugares como Venecia, Barcelona o las ciudades de la Liga

²⁰⁴ Desafortunadamente no hay tiempo de estudiar esta cuestión con suficiente detenimiento, pero este binomio y sus consecuencias políticas son una adaptación y una comparación explícita con la sociología histórica de William Skinner sobre el estado y las fuentes de poder en China. En otras palabras, la columna vertebral de la sociología histórica de Tilly es una adaptación a Europa de los planteamientos de la sinología contemporánea.

²⁰⁵ Tilly, *ibid*, pp. 17; 48

²⁰⁶ Tilly, *ibid*, pp. 15; 44

de la Hansa los medios coercitivos a disposición de los gobernantes son reducidos: las fuerzas armadas son milicias ciudadanas, barcos comerciantes con cañones o mercenarios. Hay una alta concentración de capital que proviene de las actividades comerciales de los capitalistas. Algunas de las más ricas formaron imperios comerciales marítimos, o se agruparon en federaciones, pero en ningún caso fueron capaces de imponer una estructura territorial extensa de dominación. Las organizaciones de clase de los capitalistas son a menudo el Estado mismo, por lo que éste es considerablemente más ligero, menos institucionalizado y de rápida movilización. El éxito de estas pequeñas ciudades reside en la facilidad de la extracción de recursos en ambientes de alta capitalización: los Estados pueden tasar los intercambios comerciales y obtener una proporción fija de lo que pasa por sus puertos sin mayores conflictos con los afectados. A este prototipo Tilly le llama *capital-dominated mode*.

En el extremo exterior europeo está presente el *coercion-dominated mode*, Estados como Polonia o Rusia: territorialmente grandes, con un bajo nivel de urbanización, con baja densidad poblacional y de baja productividad agrícola. Éstos se caracterizan por una alta concentración de los medios de coerción y por una baja concentración de capital. La primera es en cierto modo consecuencia de la última: la extracción de recursos fiscales es necesariamente más difícil y más coercitiva, pues tienen que ser extraídos directamente de los productores, a menudo en especie, con la amenaza de las armas, lo que requiere grandes y pesadas estructuras estatales. En pocas palabras, las estructuras estatales surgen para extraer recursos de la población. La extensión territorial, la dificultad de la extracción fiscal y la escasez poblacional implican que cualquier centralización política es necesariamente cosmética: la autoridad central gobierna a través de los poderes regionales. El Estado se formó en función de la coerción requerida por los grandes terratenientes para extraer recursos de los campesinos. Esto lo hizo mucho más grande, pesado y lento.

Entre estos dos extremos yace una forma intermedia, los de *coerción capitalizada*. En esta, hay ciudades importantes y a menudo autónomas, pero los

grandes terratenientes tienen una amplia libertad de acción. El campo puede ser pobre, pero la densidad poblacional es un tanto mayor que en los Estados dominados por la coerción. Lo importante de esta trayectoria es que la coexistencia en relativo balance de comerciantes y terratenientes obliga a los actores a entrar en negociación con los otros, y al monarca a crear estructuras estatales para incluirlos o cooptarlos. Los recursos no pueden ser extraídos con la brutalidad de los *coercion-dominated* ni con la facilidad permitida por la altísima riqueza urbana. En pocas palabras, se trata de Estados de tamaño mediano y de riqueza per cápita también intermedia, en la que el ejercicio de gobierno y la extracción de recursos implica un estira y afloja permanente con los terratenientes, con los comerciantes y con la población en general. Enfatizamos el principal punto de toda esta categorización: las estructuras estatales nacen para cumplir un papel coercitivo, para extraer recursos, y para mediar las relaciones entre la corona y las clases dominantes.²⁰⁷

La importancia de este esquema tan enfáticamente centrado en los medios extractivos, el capital, el territorio y la población es que estos son para Tilly los elementos que, en sus distintas combinaciones, deciden las guerras: primeramente, la capacidad para movilizar una fuerza *total* superior a la del enemigo; después, la *eficiencia* de la utilización de esos recursos.²⁰⁸ Se trata de un “estrecho círculo” que conecta la construcción estatal, la extracción fiscal y la organización para la guerra: “las necesidades militares fueron el principal incentivo para la imposición de nuevos impuestos y la regularización de los antiguos. Lo que es más, esta necesidad se alimentaba a sí misma; el superar la resistencia a la extracción fiscal requería el mantenimiento de una fuerza militar permanente”.²⁰⁹ La guerra es el mecanismo darwiniano que sella la suerte de los Estados y, en la medida en la que la principal actividad de éstos consistió en prepararse para la misma (a través de la extracción de recursos o la organización militar de la población), la relación de los Estados con estos “inputs” es esencial para entender su éxito.

²⁰⁷ Tilly, *ibid*, pp. 133-4-

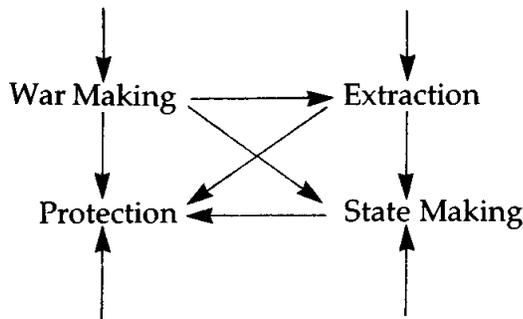
²⁰⁸ Tilly, *ibid*, p. 28.

²⁰⁹ Tilly, *The Formation... op. cit.*, p. 23

En su formulación más sintética, los Estados llevan a cabo cuatro actividades esenciales:²¹⁰

- 1) Hacer la guerra (eliminar enemigos externos)
- 2) Construir el Estado (eliminar enemigos internos)
- 3) Protección (eliminar a los enemigos de sus clientes)
- 4) Extracción (Adquirir los medios para llevar a cabo las tres actividades anteriores).

Y se relacionan de la siguiente forma²¹¹:



Este esquema, en toda su frialdad mecanística, tenía una implicación importante que analizaremos después, y es que al depender todo el edificio estatal de la extracción fiscal, la resistencia o acomodamiento a la misma era tan o más importante que el propio éxito bélico. Es decir, la agencia de los grupos subalternos y la capacidad de las élites para llegar a pactos fiscales y políticos es esencial para cualquier empresa de este tipo. Este es un punto que no es siempre explícito en algunas de las formulaciones de Tilly, pero que no es menos esencial que su lado “militarista”.

En función de estos tres prototipos, Tilly periodiza la historia europea en cuatro grandes tipos de relación entre el Estado y la organización militar: patrimonialismo, mediación (*brokerage*), nacionalización y especialización. El primero abarca hasta el siglo XV y se refiere a la extracción de recursos para la

²¹⁰ Charles Tilly, “War Making and State Making as Organized Crime”, en *op. cit.*, pp. 181, 182.

²¹¹ Tilly, *ibid.* p 183.

guerra en la forma de tributos o rentas, y en la utilización de “fuerzas tradicionales” como levas feudales o milicias urbanas; en la mediación (de 1400 a 1700) predomina el uso de fuerzas mercenarias, lo que hace a los gobernantes enteramente dependientes de la obtención de préstamos de los capitalistas; durante la nacionalización (1700-1850) los Estados crean por primera vez ejércitos de masas compuestos por gente de su propio territorio, y las fuerzas armadas se vuelven parte del mismo aparato de Estado; y, finalmente, en la especialización (1850-) la fuerza militar se vuelve una rama especializada del Estado, se separa la policía del ejército y se crea toda una estructura burocrática civil que controla a las fuerzas armadas.²¹²

Esta geografía política y esta periodización se ponen en marcha y adquieren sentido a partir del mecanismo de la competencia inter-estatal y su forma más dramática: la guerra. Este es el elemento que une los polos de la relación Estados-capital: la relación misma y las formas políticas que de ésta emergen no reciben una verdadera instanciación histórica sino hasta que se cristalizan en la competencia militar. El mecanismo de la guerra como gran selector natural es autopropulsado por la lógica de la competencia misma, el éxito en la cual requiere acumular cada vez más capital y coerción. El principal salto en la acumulación de ambos yace en la transición del periodo de mediación al de nacionalización, en la cual los Estados europeos aumentan enormemente la cantidad de soldados y recursos fiscales dedicados a la guerra.²¹³

El punto nodal de la narrativa de Tilly yace en la idea de que los Estados que mejor se adaptan a este cambio y terminan por triunfar son los de coerción-capitalizada. Son ellos los que pueden dar el salto de una manera más sencilla al período de nacionalización; i.e., a armar a una gran proporción de la población y a la vez obtener recursos monetarios para librar grandes guerras. Con esto, Francia, Inglaterra y, un tanto más tarde, Prusia-Alemania se vuelven Estados nacionales, y el éxito de esta afinidad entre organización política y organización militar que permite una mayor movilización de recursos provoca que los demás los imiten. La

²¹² Tilly, *Coercion...*, *op cit.*, p. 29

²¹³ Tilly, *ibid*, p. 160.

antiteleología de Tilly radica en enfatizar que el éxito de esta forma es relativamente tardío, y que –por ejemplo- a mediados del siglo XVII nada garantizaba que fueran los Estados de coerción capitalizada y no sus parientes de los extremos los que se impusieran en el continente: Ámsterdam a principios del siglo XVIII sigue siendo el pivote del sistema estatal europeo; Napoleón es derrotado en igual medida por los ingleses que por los rusos.

En cualquier caso, el éxito del Estado-nacional provocó que sus rivales tengan que adoptar sus formas: el *risorgimento* italiano o la revolución rusa no son sino intentos tardíos en esta dirección. Teleológico o no, y con todo lo tardío que haya sido, el éxito plantea la pregunta de qué fue lo que permitió que los Estados de coerción capitalizada terminaran por triunfar. En *The Formation of National States* Tilly ya había presentado un criterio para responder esta pregunta: “explicar por qué triunfó el Estado-nacional equivale a explicar su consolidación territorial, la diferenciación de los instrumentos de gobierno de otros tipos de organización, y la monopolización y concentración de los medios de coerción”.²¹⁴ Es por esto que su obra posterior se aboca a estudiar el paso del gobierno indirecto al gobierno directo, y las consecuencias que esto tuvo para el éxito militar de los Estados que lo lograron.

Hasta el siglo XVII, todos los Estados más grandes que las ciudades gobiernan a través de intermediarios; es decir, a través de élites regionales con intereses propios. El dominio indirecto hace las cosas más sencillas para el gobierno central, que se limita a recibir tributos de las aristocracias locales, pero pone un techo al máximo de recursos que pueden ser extraídos de un territorio dado. Si el primer avance se dio con el abandono del sistema de mercenarios en Prusia tras la guerra de treinta años, el principal salto en el establecimiento de un sistema de gobierno directo es por supuesto el de la revolución francesa. En ésta, sin embargo, de acuerdo con la narrativa de Tilly, el primer impulso fue político, no militar (controlar al país entero desde París); aunque se hizo más fuerte con las necesidades militares a partir de 1792.²¹⁵

²¹⁴ Tilly, *The Formation... op. cit.*, p. 27

²¹⁵ La ambigüedad de esta formulación se ve en Tilly, *Coercion, Capital... op. cit.*, pp. 106-7; 122

Las consecuencias de la nacionalización militar (es decir, de la incorporación de la masa de habitantes al ejército y al ejercicio político) fueron enormes; y de ésta surgieron las naciones con todas las características que nos son hoy tan naturales (la homogeneización lingüística, jurídica y hasta demográfica). Pero aquí la incorporación militar tuvo ineluctables consecuencias políticas: el “impuesto de sangre” pagado por la población fue cobrado en la forma de “exigencias” en el Estado como la instalación de sistemas educativos y de seguridad social. Esto cambió el carácter de la movilización popular y de las revoluciones futuras, que se hicieron nacionales y dirigidas al Estado, y no –como antes- regionales y dirigidas a los notables locales.²¹⁶

En fin, los imperativos de la guerra generados tras la instalación de un modelo de gobierno a la vez directo y nacional redujeron considerablemente las alternativas y la viabilidad misma de las ciudades comerciales. En éstas, las estructuras estatales estaban diseñadas ad hoc para la protección de los intereses comerciales de la oligarquía, y a pesar de su eficiencia en esta tarea, “las enormes dimensiones de la guerra” del nuevo período abrumaron su capacidad militar.²¹⁷

El ocaso de los grandes Estados coercitivos fue menos tajante. La capacidad de movilizar un volumen total muy alto de fuerza les permitió sobrevivir hasta inicios del siglo XX, aunque a partir del siglo XVIII o XIX en realidad intentaron modernizarse; i.e., saltar hacia la coerción capitalizada y volverse Estados-nacionales, con más posibilidades de éxito que las ciudades-Estado.²¹⁸ Prusia lo logró con creces tras la inclusión de las ricas ciudades del Rin; Austria-Hungría lo hizo en su mitad occidental. Rusia no lo hizo en lo absoluto, y de ese fracaso surgió la revolución. Ya fuera por imitación, destrucción o agrupación en una entidad mayor, a partir de 1800 el Estado nacional se había impuesto finalmente, luego de 800 años, como la forma prototípica de organización política-militar. Ese mecanismo se podía reducir en un par de líneas: “Los Estados europeos –escribía Tilly- iniciaron en distintas posiciones en función de la distribución del capital y la coerción. [...] Pero eventualmente la competencia militar los empujó a todos en la misma

²¹⁶ Charles Tilly, *European Revolutions: 1492-1992*, Londres, Wiley-Blackwell, 1996, p. 187

²¹⁷ Tilly, *Coercion, Capital... op. cit.*, pp. 151; 188

²¹⁸ Tilly, *ibid*, p. 190

dirección”. “Los Estados nacionales volvieron caducas a las otras formas de guerra”.²¹⁹

Coercion, Capital & European States terminaba el recorrido de la historia europea doblando las campanas ante el riesgo representado por la persistencia del dominio militar sobre buena parte del mundo. El 40% de los Estados existentes en ese momento, decía, tenían algún tipo de gobierno militar, y el número parecía aumentar.²²⁰ Las viejas teorías de la modernización habían fracasado rotundamente en su trazado de la trayectoria histórica del tercer mundo al asumir que la experiencia europea era su cenit y que los otros Estados desembocarían también en el control civil sobre las fuerzas armadas. La diferencia esencial yacía en que, en Europa, la extracción fiscal para la guerra había implicado siempre algún tipo de negociación o acuerdo entre los jefes de Estado y los grupos afectados. Esto le había dado a la sociedad mecanismos de control que eventualmente desembocaron en la subordinación de las fuerzas armadas al control civil; la “paradoja central de la historia europea”: que la guerra produjera el control civil sobre la misma.²²¹ En el tercer mundo, sin embargo, los aparatos militares estaban fiscalmente aislados de la sociedad.²²² Los Estados podían obtener recursos de la venta de materias primas en el exterior, o contraprestaciones en su calidad de clientes de las grandes potencias, y con esto burlar un pacto fiscal con los ciudadanos. La autonomía financiera de las fuerzas armadas implicaba que los mecanismos históricos de relativo control presentes en Europa no existían, y éstas podían por tanto ignorar cualquier idea nocional de interés general para embarcarse en aventuras de violencia y pillaje para mantener su control sobre el Estado. Si la guerra parecía destinada a desaparecer del primer mundo, en la ausencia de algún mecanismo político-fiscal de llamado a cuentas, al tercero por el contrario le espera un futuro de depredación y violencia.

Redactada durante la desintegración de la Unión Soviética, la sección “predictiva” de *CCES* buscaba un difícil balance entre el pesimismo de la

²¹⁹ Tilly, *ibid*, pp. 191; 190.

²²⁰ Tilly, *ibid*. p. 212.

²²¹ Tilly, *ibid*. p. 207.

²²² Tilly, *ibid*. p. 211

militarización del tercer mundo durante la década precedente y la posibilidad de que el final de la Guerra Fría cortara también el cordón umbilical que unía a los aparatos militares en África, Asia y América Latina con sus patrones americanos o soviéticos. En cualquier caso, ese capítulo final develaba los verdaderos rivales políticos de Tilly: la teoría de la modernización americana en la que se había educado, y que parecía tan incapaz de explicar lo que pasaba en el resto del mundo. Anderson, Wallerstein y compañía eran sus rivales intelectuales, sin duda alguna, pero la verdadera lección histórica que Tilly quería transmitir estaba dirigida hacia otro lado. Durante casi otras dos décadas, esos rivales se mantendrían impasibles ante el desarrollo de la historia universal, hasta que el hijo pródigo del conservadurismo americano, Francis Fukuyama, decidiera enfrentar a la megahistoria en su propio terreno. Pero nos estamos adelantando. Pues la obra de Tilly dejaría muchas preguntas sin responder. Es necesario conocer los problemas que suscitó para poder entender de qué manera los siguientes historiadores universales –Mann, antes que nadie, pero también Arrighi- mantuvieron un modelo belicista tras las críticas que éste sufrió.

2.3 ¿El motor de la historia?

Charles Tilly escribió las obras en cuestión de manera paralela al importante debate de la revolución militar, con el que guarda claras similitudes y no menores diferencias. Éste inició con la conferencia de 1956 del historiador militar Michael Roberts, en el que postulaba que los cambios en la tecnología y la técnica militar en los Países Bajos con los Nassau y en la Suecia de Gustavo Adolfo entre 1560 y 1660 desencadenaron una serie de modificaciones políticas y sociales que desembocaron en el Estado moderno. Las innovaciones en tácticas y en el uso de armas de fuego requirieron de tropas entrenadas y permanentes, lo que elevó el costo fiscal de la guerra, y esto a su vez requirió de nuevas estructuras fiscales y administrativas.²²³ Las contribuciones posteriores de Geoffrey Parker, entre otros,

²²³ Michael Roberts, "The Military Revolution 1560-1660", in Clifford Rogers ed., *The Military Revolution Debate*, Boulder, Westview Press, 1995.

modificaron el *locum tenens* de la revolución, pero mantuvieron su lógica: el cambio social es una función del cambio militar, que a su vez emana de un cambio estrictamente tecnológico o táctico. En forma larvaria –pues ninguno de ellos aplicó este principio a un período más amplio que la historia europea contemporánea- esta idea representa una historia universal no menos ambiciosa que cualquiera de las que tratamos en este trabajo. Las similitudes con Tilly son transparentes: todas estas teorías reintroducen a la dimensión militar como una esfera autónoma de la historia, no subordinada a la economía, y buscan entender las relaciones entre la organización para la guerra y la organización sociopolítica.²²⁴ Pero las diferencias son claras también, puesto que, conocedor de este debate, Tilly intentó conscientemente evitar su tecnocentrismo. Así pues, si para Roberts o Parker el mecanismo de ignición de toda la cadena de cambios militares-sociales es, por ejemplo, la invención de una formación lineal en las Provincias Unidas o de la *trace italienne* en la construcción de fortificaciones, en Tilly no hay nunca un único invento tecnológico que ponga en marcha una respuesta social pavloviana. En esto, terminaría por converger con participantes del debate de la revolución militar que criticaban el tecnocentrismo de la misma, o la idea de que pensar estos cambios en términos de revoluciones fuera apropiado.²²⁵ Así por ejemplo, luego de criticar en el terreno de la cronología y la técnica militar a Richard Bean, para quien los avances en la artillería en el siglo XV obligaron a la creación de ejércitos más numerosos y mandos político-militares más centralizados, Tilly deja entrever su crítica y apropiación del debate:

Extirpada de su determinismo tecnológico, la lógica de Bean (...) es útil, puesto que la producción de distintas formas militares sí tenía costos substancialmente diferentes, y también proveyó de distintas capacidades de control sobre los oponentes –externos e internos. Después de 1400, la búsqueda europea de variedades más grandes, más costosas y permanentes de organización militar sí

²²⁴ Los historiadores militares contemporáneos se dieron cuenta de esto y vieron la obra de Tilly como una reivindicación del largo intento por hacer ver a la dimensión militar como una igualmente importante de la historia. Véase John Lynn, “Clio in Arms: The Role of the Military Variable in Shaping History”, in *The Journal of Military History*, Vol. 55, 1991.

²²⁵ El mejor ejemplo es Jeremy Black, *Rethinking Military History*, Londres, Routledge, 2004.

produjo aumentos espectaculares en los presupuestos estatales, en los impuestos y la burocracia. Después de 1500, los príncipes que lograron crear estas variedades costosas de organización militar fueron, en efecto, capaces de conquistar nuevos territorios.²²⁶

El rechazo de una única lógica técnica y la aceptación de los factores técnico-militares dentro de un marco social más amplio parece, de entrada, muy atractiva. Pero en este punto, la teoría de Tilly empieza a fracturarse. Desprovista de un improbable telos tecnológico, su lógica de desarrollo se encuentra ante una especie de hoyo negro histórico-conceptual. ¿Por qué en el siglo XV –y no doscientos años antes- las ricas ciudades comerciales italianas son las pioneras en la nueva forma de organización militar? La teoría de Tilly explica los hechos sociales *en tanto que hechos*, pero no sus orígenes. Si el período de la nacionalización es el que verdaderamente crea los elementos del mundo actual, la transición clave es sin duda del patrimonialismo a la mediación. En el fondo, en ésta se puede ver la misma dicotomía de las teorías de la modernización clásicas entre sociedad tradicional - sociedad industrial o *gemeinschaft-gesellschaft*. Pues la idea de un patrimonialismo (weberiano) militar que se extiende desde la desintegración del imperio romano y que incluye lo mismo la leva feudal que las bandas nómadas es un portmanteau que borra toda distinción previa a la “primera” modernización militar, la de los *condottieri*.

Habiendo rechazado el telos tecno-militar y el telos económico-marxista, Tilly no tiene otra alternativa más que depender del sentido común de un mecanismo autopropelido de competencia inter-estatal que nunca es del todo explicado. Una vez que se da por hecho la existencia de tal sistema, y se asume que su condición natural es la competencia y la guerra, las respuestas están dadas; el problema es, de modo análogo al debate Brenner-Wallerstein, cómo y por qué se instaura tal mecanismo competitivo. ¿Por qué Europa nunca se somete al dominio único de un imperio? Más importante aún, ¿por qué sólo en Europa la fragmentación política y la competencia producen la sinergia que desemboca en Estados-nación que

²²⁶ Charles Tilly, “War making and State making...” *op. cit.*, p. 178

conquistan el mundo? Tilly no parecía tener una respuesta para estas preguntas, y ese hoyo negro que otras historias universales llenan con teleologías, él lo cubre normalizando la especificidad histórica y, ante todo, con el sentido común de una lógica ya en funcionamiento.

La guerra se volvió la condición normal del sistema internacional de Estados y el modo normal de defender o ampliar la posición dentro del tal sistema. ¿Por qué la guerra? Ninguna respuesta será suficiente (...) sin duda parte de la respuesta nos regresa al mecanismo central de la construcción estatal: la misma lógica a través de la cual el señor local extendía o defendía su perímetro dentro del cual él monopolizaba la violencia, y por tanto aumentaba sus tributos, continuaba en una escala ampliada en la lógica de la guerra. (...) Esta lógica de construcción estatal internacional reproduce en una mayor escala la lógica de la ampliación territorial.²²⁷

Esta idea reaparece crónicamente en todas sus obras en cuestión. También en *CCES*:

Cualquiera que controlara medios coercitivos de alguna importancia intentaría mantener un área segura dentro de la cual podría obtener los beneficios de la coerción, más una zona intermedia fortificada, posiblemente deficitaria, para proteger el área central. La policía o su equivalente controlaban el área central, al tiempo que el ejército patrullaba la zona intermedia y se aventuraba fuera de ésta.²²⁸

De esta lógica, en la que un príncipe extiende su zona central y termina por chocar con otro príncipe, emana la idea central de la competencia interestatal. Pero ésta se deshistoriza en la medida en la que es útil lo mismo para el inicio que para el final de su período.²²⁹ En otras palabras, las guerras napoleónicas o la primera guerra mundial estuvieron sujetas a la misma lógica e imperativos que el proceso de progresivo amalgamamiento por radiación a partir del cual los Capetos extendieron su

²²⁷ Tilly, *Ibid*, p. 184

²²⁸ Tilly, *Coercion, Capital... op. cit.*, p.

²²⁹ Esta sección extiende la crítica sugerida tangencialmente por van der Linden en "Charles Tilly's Historical Sociology" *op. cit.*, p. 269.

dominio en la Ile de France a toda Francia entre el siglo X y el XIII. Giovanni Arrighi llamaría a esta una lógica territorialista, en oposición a su hermana, la lógica del capital. Es simbólico que Tilly base su teoría entera en la primera y deje de lado enteramente a la segunda. La idea de un deseo “natural” de controlar un territorio cada vez mayor, y la inherente dinámica expansionista resultante constituyen a la vez el fundamento más profundo de la teoría histórica de Tilly y su punto ciego más patente. No es un telos como tal, como con las teorías que hemos discutido antes, sino un deseo pavloviano o faustiano del poder por el poder; un plano pre-histórico perteneciente a una dimensión moral o, peor aún, a la naturaleza humana.

En otras palabras, las relaciones interestatales son la piedra angular en la historia de Tilly, pero ésta irónicamente las entiende a partir de una simplista teoría *realista* de las relaciones internacionales. Para el realismo, los Estados son entidades coherentes en busca de poder, en el contexto de un sistema de competencia cuyo Estado natural es la anarquía. La escuela realista sería duramente criticada por plantear la competencia interestatal y el consiguiente comportamiento de los Estados individuales como una constante transhistórica – aplicable lo mismo que al Ática clásica que al día de hoy- y asumir precisamente lo que hay que explicar; i.e., por qué en Europa se conformó tal sistema estatal en la época moderna. Tilly -y la gran sociología histórica weberiana-, sería criticado por los teóricos de las relaciones internacionales por un clásico ejemplo de anacronismo historiográfico: por apropiarse de literaturas clásicas pero superadas, o por lo menos duramente criticadas, de otras disciplinas. Su recurso hacia la construcción interestatal, en particular, aceptó a pies juntillas los problemáticos postulados realistas e hizo caso omiso de revisiones a la misma que hubieran, paradójicamente, maridado mucho mejor con su propia teoría de la historia: la principal disonancia entre la teoría realista y la sociología histórica weberiana de Tilly (y de Mann) es que para la primera el Estado es un ente unitario y ahistórico, que responde automáticamente a las modificaciones en el balance de poder.²³⁰

²³⁰ John M Hobson, “The Two Waves of Weberian Historical Sociology in International Relations”, en Stephen Hobden & John M Hobson, *Historical Sociology in International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002; y Michael Barnett, “Historical Sociology and Constructivism”, en *ibid*, p. 101.

En la obra de Tilly, la dinámica territorialista sólo es aplicable panhistóricamente si las relaciones capital-coerción son concebidas como parte de un continuum nunca roto; en el cual los cambios son de cantidad y no de calidad. Sin duda esto tiene que ver con que, a pesar de la presencia en el título del término “Capital”, la narrativa de Tilly adolece de una conceptualización poco sofisticada de la economía, que se reduce a veces a afirmar que ahí donde hay capital habrá ciudades. La afinidad entre uno y otro no requiere explicación: se trataba de un dato de la historia. Esto, por definición, dejaba fuera de foco cualquier teoría como la de Brenner que le otorgara un lugar primordial al desarrollo del capitalismo agrario. Tilly entiende al capital como cualquier objeto acumulable, lo que necesariamente hace abstracción de procesos económicos más amplios. Los críticos marxistas no tendrían problema en señalar las debilidades de esta deficiente conceptualización del capital. Christopher Chase-Dunn y Thomas Hall resumieron en una línea este vector de crítica: “Según esta definición, las vacas de un jefe tribal Nuer de Namibia son capital (...) pero esto no es acumulación capitalista. Tampoco lo es el guardar reliquias en templos y catedrales”.²³¹ Para ellos, al expulsar de su análisis el concepto de clase, Tilly era incapaz de darse cuenta de que en la segunda mitad del período analizado había habido un cambio esencial en el papel de los capitalistas, y es que, como él mismo había sugerido al inicio de su libro, éstos habían pasado a controlar la producción –algo inédito en la historia- e, igualmente importante, a controlar los Estados nacionales.

La incómoda posición de la economía en la teoría de Tilly va más allá de tal o cual definición doctrinaria, y tiene importantes consecuencias para la coherencia de su argumentación. En el mapa geoeconómico que propone para analizar y periodizar los tipos de Estados, la economía es una *condición*. Los recursos están o no están. Esto es plausible como *inicio* de una argumentación histórica, pero en el desarrollo de su narrativa la estructura económica sigue siendo lo mismo: una condición inamovible. En realidad, la propia omnipresencia de la competencia militar de la que hablamos antes tiene como consecuencia paradójica el que la variable

²³¹ Christopher Chase-Dunn y Thomas Hall, “World Systems and Modes of Production: Toward the Comparative Study of Transformations”, *Humboldt Journal of Social Relations*, Vol. 18, N. 1, 1992, p. 105

independiente que termina por explicar la suerte de los Estados sea no la guerra (pues todos la sufren por igual), sino la posición económica de la que éstos partieron en el año 990 (que sí es diferencial).²³² Son los Estados cuya posición geográfica y económica intermedia en el 990 les permitirá obtener lo mejor de ambos mundos los que terminarán por imponerse en la lucha. Así, la economía, cuya teleología había sido explícitamente echada por la puerta, termina volviendo sutilmente por la ventana. Pero lo hace no con una teoría sofisticada de la estructura económica, sino como un “dato” dado, una cifra inerte que se puede computar para obtener un resultado. Por supuesto, Tilly podría argumentar que durante buena parte de su estudio los agentes económicos tenían muy poco poder sobre la naturaleza y que, en la edad media, ésta realmente era una condición más o menos inamovible. Esto es cierto, pero la validez de este veto se termina a las puertas de la revolución industrial, cuya consecuencia fue precisamente el cambiar enteramente las relaciones entre el hombre y la naturaleza.

Para concluir, la consecuencia de esta configuración conceptual Estados-guerra-economía es que las grandes rupturas y transformaciones de la historia quedan por definición fuera de su visión de campo y de sus preguntas de investigación.²³³ No es que se postule una historia de continuidades; es que lo contrario está por definición excluido. Para Tilly, la importancia de la revolución industrial se reduce a permitir que los Estados pusieran a más soldados en el campo de batalla. No hay un salto cualitativo en el tipo de relaciones entre la coerción y el capital, en parte porque no existe la idea del capitalismo; las trayectorias históricas se mantienen en los mismos rieles de medio milenio antes. La Francia de Miterrand está simplemente un tanto más inclinada hacia el polo “capital” que la Francia de Enrique IV.

Metodológicamente, sin duda que estos problemas tienen que ver con su estrategia de análisis; una *estrategia reductiva* que consiste en dividir la “gran

²³² Kestnbaum & Skocpol, “War and the Development of Modern National States”, en *op. cit.* Esto sin duda es una influencia de la teoría de Stein Rokkan.

²³³ Véase Michael Mann, “Review Essay: Coercion, Capital and European States 990-1992”, *American Journal of Sociology*, Vol. 96, No. 5. 1991; y William McNeill, “Review Essay: Coercion, Capital and European States 990-1992” *Journal of Modern History*, Vol. 64, N. 3, 1992, p. 584; dos reseñas muy críticas de dos de los historiadores universales, en las que se enfatiza esta esquemática conceptualización de la economía.

pregunta” de la formación de los Estados en Occidente durante mil años a tres tipologías, cuatro etapas, y un único mecanismo no explicado de selección evolutiva. Tilly busca resolver el problema de lo que él llama la aleatoriedad histórica a través de la adopción de una estrategia de *reducción de las ambiciones explicativas* que consiste en sublimar la masa de datos históricos en una relación presentada *ab initio* como causalmente prioritaria para toda la historia de la humanidad –la relación Estados-capital. A través del análisis de las relaciones entre los detentores del capital y los detentores de la fuerza –los hombres de Estado– busca entender la forma específica y la trayectoria de las formaciones políticas europeas y –como muestra en el último capítulo– del resto del mundo. La ejecución es europea, pero el principio es universal. En la medida de lo anterior, su teoría de la historia universal busca proporcionar una llave para entender los “procesos madre”, y sólo ellos. Como ejercicio de síntesis, es impecable. Como teoría de la historia, bien puede ser vista como un lecho de Procusto. Si los problemas de Tilly pueden ser vistos como emanados de una conceptualización limitada de la economía, una naturalización de los mecanismos de selección y una metodología reductivista, el siguiente historiador universal, Michael Mann, intentó ponerse en las antípodas de todas estas limitantes. Pasemos a estudiar su obra.

Capítulo 3. Michael Mann: variaciones sobre Weber

Nacido en 1943 en Inglaterra, Michael Mann estudió primero historia en la licenciatura y luego hizo un doctorado en sociología en Oxford. Como profesor en Essex y luego en LSE, donde se empezó a hacer de renombre, Mann desarrolló dos proyectos simultáneos: por un lado, sus primeros trabajos de macrosociología comparativa ya claramente conectados con la megahistoria²³⁴; por el otro, análisis político-sociológicos de la clase obrera en la tradición inglesa más clásica. El más importante de estos últimos, *Socialism can Survive*, es un brillante estudio empírico del nuevo proletariado de servicios y de la estrategia política que el partido laborista podía desarrollar para ganarse a estos sectores: oficinistas, técnicos, empleados públicos.²³⁵ La palabra socialismo es engañosa: Mann no es, y nunca fue, un revolucionario. Un liberal, vinculado estrechamente con el ala izquierda del laborismo inglés, su programa político –en esos años que fue más explícito– giró en torno a la defensa, extensión y modernización del Estado de bienestar de posguerra. En su historia universal como en sus intervenciones políticas, el eje del cambio histórico ha sido siempre el Estado. Es de suma importancia, sin embargo, que si sus estudios sociológicos sobre la clase obrera europea estaban de acuerdo con Marx que la contradicción fundamental del capitalismo era la oposición entre el capital y el trabajo, de ésta no emanaba un ilimitado potencial revolucionario: los movimientos revolucionarios, decía Mann, podían emerger sólo en el contexto de órdenes políticos premodernos, con fuertes herencias de violencia política.²³⁶ En Occidente esa posibilidad se había evaporado con la estabilización capitalista de posguerra: la clase obrera estaba estructuralmente escindida y era una falacia pretender que “lleva en ella el germen de un nuevo orden social”.²³⁷

²³⁴ Mann, *The Autonomous Power of the State: Its Origins, Mechanisms and Results*, *European Journal of Sociology* Vol. 25, N. 2, 1984.

²³⁵ Michael Mann, *Socialism can Survive: Social Change and the Labour Party*, Londres, Fabian Tract 502, 1985.

²³⁶ Perry Anderson, *English Questions*, Londres, Verso, p. 214. La única biografía intelectual sobre Mann.

²³⁷ Mann, *Consciousness and Action amongst the Western Working Class*, Londres, Palgrave, 1973, p. 71.

Con cuatro volúmenes que suman unas 2500 páginas, publicados entre 1986 y 2013, *Las Fuentes del Poder Social* (SOSP por sus siglas en inglés) es sin duda la historia universal más ambiciosa y sistemática del medio siglo aquí estudiado. Su objetivo es hacer una historia detallada y teóricamente sustentada de la evolución del poder desde el neolítico hasta la primera década del siglo XXI. Mann se sienta a la gran mesa de la teoría social desde la primera línea, con esa inigualable *joyeuse entrée*: “el objetivo de este libro es refutar a Marx y reorganizar a Weber”.²³⁸

El primer volumen de SOSP fue inmediatamente recibido por la crítica como una obra magna. Éste consagró a Mann, quien ya era un sociólogo importante, como uno de los más importantes teóricos sociales vivos. La verdadera originalidad de estas obras en tanto que historia universal no está en su interpretación del siglo XX –volúmenes 3 y 4-, de la cual hay cientos de narrativas concurrentes, sino en su historia desde origen de la civilización hasta el siglo XIX -1 y 2-. Me referiré en algunas cuestiones, sobre todo teóricas, a los últimos volúmenes, pero nuestra discusión se enfocará principalmente en su interpretación de la Gran Divergencia desde la alta edad media hasta finales del siglo XIX. Ésta, centrada en los dos procesos madre de la modernidad –el capitalismo y el Estado moderno- es sin lugar a dudas el cenit de toda la obra.

3.1 Las fuentes del poder social.

Si la ciencia social clásica –Marx, Weber, Durkheim- había generado versiones de un modelo tripartito de la sociedad basado en la economía, la política y la cultura o ideología, Mann agrega una cuarta: la militar. Son estas las cuatro “fuentes” del poder social; esferas autónomas que no son reducibles a la otra, en la que ninguna tiene permanente prioridad causal: el modelo IEMP. Éstas se entrelazan y traslapan geográficamente, lo que genera intersticios entre ellas; es decir, una red de poder político puede cubrir apenas el territorio de un Estado, pero la red de poder económico de su clase comerciante puede extenderse a un radio un tanto más amplio, y la red ideológica de la que sus habitantes son parte puede cubrir todo el

²³⁸ Michael Mann, *The Sources of Social Power Vol 1: A History of Power from the Beginning to AD 1760*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986. p. 2

continente bajo la forma de una religión universal. En esta irreductibilidad de lo militar a lo político o económico yace el moderado y pluralista belicismo de Michael Mann.

Mann presenta una taxonomía específica de las formas de poder. La primera división es entre poder *colectivo* y poder *distributivo*: el primero se refiere a los juegos a suma positiva en los que individuos se organizan en aras de un fin en común. El distributivo se refiere por el contrario a la definición weberiana de poder como el dominio sobre otras personas; un dominio que es necesariamente un juego a suma nula.²³⁹ Las siguientes dos divisiones son entre poder *extensivo* e *intensivo*, y entre *difuso* y *autoritario*. La primera se refiere a la concentración territorial del mismo, y la segunda a su capilaridad vs su capacidad despótica; el poder autoritario se expresa en grupos e instituciones que pueden emitir órdenes, el difuso en una serie de entendimientos mutuos, una naturalización de normas de comportamiento. Así, la forma colectiva, extensa y difusa del poder económico es el mercado internacional; en el que no hay una única autoridad, y la forma prototípica de poder distributivo, intensivo y autoritario es el ejército.²⁴⁰

Lo verdaderamente novedoso de *SOSP* no está en la teorización de las cuatro fuentes, sino en la instanciación logística e institucional de cada una: no como expresiones del deseo individual, sino como organizaciones e instituciones específicas en las que cristalizan intereses y deseos colectivos. El poder es la capacidad para formar instituciones eficaces para alcanzar objetivos. Mann afirma que la historia de la humanidad consiste en gran medida en la resolución de problemas relativos a “la organización, el control, la logística y la comunicación: la capacidad de organizar y controlar gente, materiales y territorio y del desarrollo de estas capacidades”.²⁴¹ En otras palabras, para este *materialismo organizativo* los patrones de la historia se pueden ver en la búsqueda recurrente de soluciones a

²³⁹ Mann, *ibid*, p. 7

²⁴⁰ Mann, *ibid*, p. 9

²⁴¹ Mann, *ibid*, p. 2

problemas logísticos, ligados del modo más básico y profundo con las relaciones de poder entre los hombres y las relaciones entre el hombre y su entorno.

El objetivo de esta teoría tan molecular es refutar cualquier visión sistémica-funcionalista de la sociedad, ya sea en su versión parsoniana o marxista. Uno de los postulados teóricos más profundos de Mann es precisamente que la interacción (aleatoria, traslapada e intersticial) de las fuentes no constituye un sistema. Las sociedades no son sistemas ni totalidades. Esto, dice, es un error de perspectiva de la ciencia social del siglo XIX, abotagada por el análisis del capitalismo y del Estado nación, que se presentan ante el observador como sistemas o como totalidades cerradas. Esto es falso. La sociedad no es una unidad, distinta de sus vecinas; es una interacción geográficamente dispar de redes de poder. Las sociedades no son totalidades, y no están sujetas a lógicas sistémicas de movimiento.²⁴² Para Mann, el historiador no puede partir de la noción de sociedad o de civilización: tiene que llegar a ella. Es decir, tiene que estudiar las redes de poder sin asumir que éstas formarán sociedades cerradas y delimitadas. Notemos de pasada que esto implica una ruptura muy profunda con las dos megahistorias marxistas, pues ambas postulaban lógicas sistémicas casi como algo dado: para Wallerstein, la economía mundial capitalista era un sistema, como redundantemente lo indica el título; para Anderson, cada modo de producción es un sistema con leyes de moción propias. Michael Mann se aboca a refutar esta perspectiva.

Si no hay todo, no puede haber subdimensiones del mismo: ni niveles, ni subsistemas. La metodología que emana de esta concepción de la historia intenta ser el modo más consistente de superar los debates que hemos comentado antes en relación con la primacía de lo interno vs lo externo, de lo doméstico vs lo internacional. En el esquema de Mann, estos términos no tienen sentido, pues si no hay una unidad cerrada llamada “sociedad”, sino redes traslapadas de poder, no se puede hablar de elementos con poderes causales ajenos a esa sociedad; se puede

²⁴² Mann, *ibid*, pp. 1-13; y en general todo el primer capítulo (1-34).

hablar por el contrario de las relaciones entre distintas redes de interacción social yuxtapuestas en un espacio geográfico determinado.

¿Qué es la historia si las sociedades no son unidades ni totalidades, y qué puede hacer el historiador para aprehender el desarrollo no-sistémico de una no-totalidad? Para Mann, la historia es un *patterned mess*; un caos sujeto a patrones.²⁴³ El historiador universal no busca leyes, pero sí puede encontrar recurrencias, secuencias. Sobre todo, puede buscar formas recurrentes de causalidad y, en esa medida, patrones. *SOSP*, sin embargo, no es una taxonomía de cualquier combinación de poder, sino una historia de la *migración* de la *vanguardia* del poder; es decir su instanciación histórica más avanzada y sofisticada.

SOSP defiende un explícito individualismo inductivo. Su punto de partida más básico son los individuos, sus objetivos y luego, las interacciones entre los mismos para lograr esos objetivos. De los patrones de esas interacciones y de la sumatoria de los objetivos es que se crean, poco a poco y de abajo hacia arriba, las estructuras más generales de la sociedad. En efecto, en la médula de todo esto yace una antropología explícita, una “cruda psicología materialista”: que “los seres humanos son seres inquietos y racionales, con objetivos deliberados, a la búsqueda de aumentar su disfrute de las cosas buenas de la vida y capaces de elegir y poner en práctica los medios apropiados para lograrlo”.²⁴⁴ De esta búsqueda emanan las cuatro fuentes, en tanto que cada poder resuelve una de las cuatro necesidades esenciales de los individuos (protección, reproducción, explicación, control).

Mann lleva a cabo una segunda operación teórica: afirmar que las estructuras sociales, una vez constituidas, no determinan ni condicionan el comportamiento de los individuos: “porque no hay totalidad, los individuos no se ven condicionados por la estructura social”.²⁴⁵ Esto es una operación de otro tipo, que no necesariamente emana de las premisas anteriores: el individualismo metodológico podría asumir que

²⁴³ Michael Mann, *The Sources of Social Power Volume 2: The Rise of Classes and Nation States 1760-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, p. 4.

²⁴⁴ Mann, *The Sources of Social Power Vol 1... op cit.*, p. 4

²⁴⁵ Mann, *ibid*, p. 2

las estructuras sociales provienen del agregado de la acción de los individuos, pero luego también pensar que éstas, una vez constituidas, tienen poder sobre esos mismos individuos. Mann descarta explícitamente este segundo paso.

En este nivel de abstracción, la teoría de Mann parece estar en las antípodas de la historia universal que hemos estudiado antes. Lo está. Pero sólo en este nivel, pues la siguiente dimensión de concreción se refiere a la estratificación social como distribución general de poder dentro de una sociedad. Y la estratificación no es otra cosa que la división en clases sociales (la forma omnipresente de poder económico), y la construcción del Estado (la forma paradigmática del poder político). En otras palabras, Michael Mann llega por otra vía a las problemáticas de la historia universal marxista de la década previa. Vayamos más lejos: el segundo volumen, *The Rise of Classes and Nation States 1760-1914* es posiblemente el estudio teóricamente más coherente y empíricamente más cuidadoso en torno a los temas caros a la historiografía marxista del siglo XX: las revoluciones atlánticas, la revolución industrial y la formación de las clases sociales en el capitalismo moderno. Un buen prolegómeno para entender su materialismo organizativo es su respuesta a la pregunta de la teoría social tanto revolucionaria como reaccionaria de *fin de siècle*: ¿Qué mantiene en pie a las estructuras de dominación? ¿Por qué las masas no se rebelan?

Porque las clases subordinadas están *organizationally outflanked*, organizativamente rebasadas. Desde el origen del primer Estado en Mesopotamia, sólo la clase dominante posee instituciones y redes de poder generales, “nacionales”. La conciencia de clase emerge primero no entre los oprimidos, sino entre los opresores; y el Estado, con su única infraestructura territorial, es el articulador.²⁴⁶ Es decir, la existencia de las clases paradójicamente se ha visto acompañada por la rareza histórica de la confrontación directa entre las mismas, pues éstas siempre han estado atravesadas por identidades y divisiones *horizontales*: de status, religión y región, que emanan de *otras* fuentes de poder. Esto genera clases *asimétricas*: las masas, al estar atravesadas horizontalmente,

²⁴⁶ Mann, *ibid*, p. 85

no están organizadas con la misma extensión territorial que la élite. La lucha de clases existe, es *un* motor de la historia, pero no es sistémica ni dialéctica; no desemboca necesaria, ni constantemente, en un choque cara a cara. Es, la mayor parte del tiempo, latente.²⁴⁷

3.2 La dinámica europea

La formación del Estado y el desarrollo del capitalismo son para Mann los dos procesos madre de la modernidad. La columna vertebral de *SOSP* es el análisis de éstos, desde sus orígenes en Europa en el año 800 hasta el cenit apocalíptico de militarización industrializada de la primera guerra mundial. La afirmación más importante y contenciosa es precisamente esa: que en el año 800 ya se podían ver los primeros signos de una “dinámica europea”, de la invención y articulación de nuevas formas de poder –un proto-Estado moderno, una agricultura intensiva y cada vez más comercializada- únicas en el mundo. En otras palabras, Michael Mann fecha la superioridad de Occidente alrededor del año 1000; con orígenes discernibles dos siglos antes. Hay un cierto desbalance en la presentación temática, pues si en teoría ambos procesos son igualmente importantes, el grueso de la demostración histórica gira en torno al desarrollo del Estado –y aquí Mann fue pionero de un método y un uso de fuentes que le granjearon un gran reconocimiento-, mientras que la economía recibe una atención proporcionalmente mucho menor. En lo que sigue, presentaré estos dos ejes para después examinar su relación con la teoría general que expuse antes; es decir, si el modelo IEMP cumple su promesa de proporcionar una explicación plural y no determinista del cambio histórico. Discutiré el método de *SOSP*, que resume bien la principal debilidad de su obra: la presuposición de eurocentrismo.

Para Mann, el milagro europeo fue “producto de una serie de enormes coincidencias” cuyo origen puede ser rastreado al siglo IX.²⁴⁸ Si en su teoría es menester cuestionar la idea de dinámicas sistémicas y de totalidades sociales, en su explicación histórica de la Europa medieval esto no es necesario: Europa es ya

²⁴⁷ Mann, *ibid*, p. 528

²⁴⁸ Mann, *ibid*, p. 505.

una “unidad social”, poseedora de un “dinamismo sistémico” que incluía a las cuatro fuentes y que iba “en una única dirección de movimiento”: “una continuidad esencial, desde el año 800 hasta la revolución agrícola del siglo XVIII”.²⁴⁹

Aunque los principales vectores de este desarrollo serían, como dijimos, la economía y el Estado, la condición de posibilidad de esta dinámica yacía en la “pacificación normativa” proporcionada por el cristianismo: la formación de una ecúmene, que imponía normas de convivencia entre los individuos como entre las naciones, y que tenía consecuencias directas para la economía; generando un piso mínimo de confianza que estimuló el comercio entre correligionarios y legitimó el conjunto de normas sociales y de propiedad.²⁵⁰ Se trató del primer tipo de cooperación y pacificación social que no dependía del poder autoritario de un imperio –que llama *cooperación obligatoria* y cuya dinámica ve tanto en Sumeria como en Roma- y, por tanto, se trataba de una normativización barata y efectiva para las élites medievales.

Mann busca situarse un par de pasos atrás de las teorías de la transición al capitalismo que discutimos en los capítulos previos, e intenta entender las precondiciones estructurales para el desarrollo de Europa. Su crítica a todas ellas es que al explicar la dinámica económica a partir de, por ejemplo, la lucha de clases entre nobles y siervos en el siglo XIV (Brenner), el Renacimiento en el XV (Anderson), el protestantismo en el XVI (Weber), las revoluciones tecnológicas, empiezan *demasiado tarde*, es decir, son incapaces de ver que había un largo proceso cumulativo detrás de estos elementos.²⁵¹ Se trata en realidad de dos “macro-patrones”, coyunturales y ajenos a la estructura social europea, de carácter geopolítico: el *bloqueo* político-comercial en el Oriente, y la *oportunidad* de expansión agrícola y comercial en Occidente.²⁵²

²⁴⁹ Mann, *ibid*, pp. 373; 400.

²⁵⁰ Mann, *ibid*, pp. 376-7.

²⁵¹ Mann, *ibid*, p. 501.

²⁵² Mann, *ibid*, p. 510.

En Europa oriental el camino de expansión hacia el este se vio bloqueado por la constante invasión de bárbaros de las estepas asiáticas (una milenaria tendencia histórica). Durante la edad media, los reinos orientales y los del sur del mediterráneo, por tanto, tuvieron que dedicar una cantidad desproporcionada de recursos para defenderse, cuando no fueron invadidos y aniquilados por los musulmanes, y sus rutas comerciales se vieron progresivamente bloqueadas.²⁵³ Europa occidental, por el otro lado, a partir de la batalla de Poitiers e indudablemente desde el siglo XIII tuvo el camino geopolítico abierto para su desarrollo. La mitad occidental recibiría los beneficios de la guerra de defensa de la mitad oriental, sin tener que cargar con esa férula. Pero fue también una oportunidad ecológica, pues la conjunción de suelos húmedos y la invención del arado de hierro en el noroeste permitió explotar de una manera mucho más eficiente un suelo potencialmente más productivo pero más pesado.

La primera consecuencia de la pacificación normativa fue permitir que se desatara el dinamismo económico del campesinado europeo, unidades productivas individualistas y racionales, con posesión privada sobre los medios de producción. Mann pinta un cuadro de campesinos medievales pensando en cómo mejorar la productividad, invirtiendo cada vez más y comercializando una proporción cada vez mayor de su producción, seguros de que sus ganancias serían suyas y sólo suyas puesto que la fragmentación política y la normatividad cristiana impedirían que un imperio autoritario los despojara de su capital y sus tierras.²⁵⁴ El resultado de esto es que en lo tocante al poder intensivo económico, “Europa estaba dando un salto de calidad [por encima de las demás civilizaciones] para el año 1000”.²⁵⁵

La afirmación de un persistente e ininterrumpido desarrollo gira en torno a dos ejes: el aumento poblacional y la expansión agrícola. Aquí recae todo el peso de la demostración empírica. *SOSP* usa a Inglaterra como proxy para toda Europa. En efecto, a partir de este momento tan temprano la isla parece tener una mayor velocidad de aumento poblacional. Proporcionalmente, la población de esta región

²⁵³ Mann, *ibid*, p. 508.

²⁵⁴ Mann, *ibid*, p. 409

²⁵⁵ Mann, *ibid*, p. 378

creció mucho más que la de Europa mediterránea *en relación con su máximo del imperio romano*. Es decir, Italia y España no alcanzaron el máximo de población romana sino hasta el siglo XII, mientras que Inglaterra lo hizo en el IX, para luego volver a duplicarse unos cuatro siglos después.²⁵⁶ Por supuesto, la primera reserva a esta comparación es que Inglaterra partió de un mínimo infinitamente más bajo puesto que la colonización romana había sido mucho más superficial, y que incluso en sus peores momentos la Europa mediterránea sostuvo una población grande y relativamente urbanizada. Aquí empezamos a acercarnos a un problema difícil: el del criterio más apropiado para juzgar el nivel económico de las sociedades agrarias. Mann proporciona uno más: la productividad agrícola por semilla plantada.

También en este punto se ve una tendencia ascendente lineal desde un momento temprano. La productividad de cada grano plantado aumentó lenta pero constantemente, de 2.7:1 en el IX a 3.7 en el XIII, a 4.7 dos siglos y medio después, 7 en el siglo XVII y, finalmente, 10.5:1 a principios del XIX. Parece haber una ligera pero temprana ventaja del noroeste de Europa sobre Francia y el Báltico.²⁵⁷ Notemos que para un período de casi mil años, Mann proporciona cinco muestras, lo que permite construir una obvia serie ascendente, aunque al precio de ignorar posibles variaciones entre cada una.

La explicación del milagro europeo gira en torno al aumento del poder intensivo, antes que extensivo, en la economía. Es decir, una vez que la extensión cultivada había tocado el techo romano alrededor del siglo XIII, un conjunto de inventos y mejoras tecnológicas permitieron aumentar su intensidad, i.e., la productividad por semilla sembrada. Este aumento, a su vez, permitió que el continente escapara de los ciclos maltusianos de las otras sociedades agrícolas y que llegara al capitalismo. La “intensidad” económica de la edad media yacía en el arado de hierro, la herradura y el aprovechamiento de los animales de tiro, una

²⁵⁶ Mann, *ibid*, p. 400. Para una discusión que sugiere exactamente lo contrario, i.e., que en la alta edad media las regiones más avanzadas de Europa, política y económicamente, eran los extremos sud-orientales y occidentales de Al-Andalus y Bizancio, véase Chris Wickham, *Medieval Europe*, New Haven, Yale University Press, pp. 51-4.

²⁵⁷ Mann, *ibid*, p. 403.

combinación que podía penetrar mucho más profundamente la tierra y volver productivos a bosques y pantanos en los márgenes del extenso latifundio romano. Si Roma había sido el epítome de la conquista horizontal del espacio, la edad media, con sus catedrales mirando hacia arriba y su arado penetrando hacia abajo fue, por el contrario, su conquista vertical.²⁵⁸

Las consecuencias que se desprenden de estas tendencias son el continuo crecimiento de la población y la economía a partir del siglo VIII “con un par de ligeras interrupciones” “estadísticamente de poca importancia”²⁵⁹, lo que muestra la persistencia de una dinámica europea, que desde un momento temprano “le dio a Europa una ventaja decisiva sobre las técnicas chinas de cultivo de arroz”.²⁶⁰ En la medida en que en este momento ya predomina la posesión privada efectiva sobre la tierra y que hay una tendencia hacia una cada vez mayor comercialización y productividad, en el año 1000 ya hay capitalismo. En la narrativa de Mann no hay ruptura histórica entre el siglo VIII sino hasta el industrialismo decimonónico: se trata de un aumento cuantitativo, de desarrollo lineal a partir de una vía ya hecha (Mann habla de una “embrionaria transición al capitalismo” entre el siglo IX y el XII). Desde la edad media, “las redes de poder económico (...) se asientan en ese conjunto único y universal de propiedad privada y relaciones de poder que conocemos como capitalismo”.²⁶¹

Aunque Mann critica equitativamente a las teorías marxistas y neoclásicas del origen del capitalismo por no preguntarse cómo llegó la agricultura europea a su situación medieval de desarrollo intensivo, no hay duda de que su interpretación se inclina hacia las segundas. Así, escribe que “persiste en el largo plazo una economía campesina distintivamente europea que encaja perfectamente con la explicación neoclásica”. O que “las familias campesinas y las comunidades participaban en una red de interacción económica [en la que] con la oferta, demanda e incentivos para la innovación bien establecidos, la economía neoclásica puede

²⁵⁸ Mann, *ibid*, pp. 404-5.

²⁵⁹ Mann, *ibid*, pp. 400; 402.

²⁶⁰ Mann, *ibid*, p. 406.

²⁶¹ Mann, *ibid*, p. 510.

llevar a cabo el resto de la explicación”.²⁶² El neoliberalismo será duramente criticado en el cuarto volumen por sus terapias de shock, pero para la edad media, Frederick von Hayek dio en el blanco.

Así, la combinación de unidades económicas racionales y competitivas con suelos potencialmente más productivos y la posibilidad técnica de explotarlos, en el contexto general de pacificación europea proporcionada por el cristianismo y del desvanecimiento de la amenaza islámica, junto con un sistema internacional de Estados pequeños y no hegemónicos sujetos a los mecanismos de selección darwiniana de la guerra, puso sobre el tablero todas las fichas para que Europa occidental tuviera un desarrollo “natural” de cada vez mayor productividad. Tomado individualmente, cada uno de estos elementos era una especie de accidente, aunque también era el resultado de antiguos patrones históricos. “Esta conjunción de mitad accidentes históricos y mitad procesos sujetos a patrones es lo más cercano que podemos llegar a una teoría general del dinamismo europeo”.²⁶³

El desarrollo del Estado es la otra vía a través de la cual Europa daría el salto en su poder social para terminar por dominar al resto del mundo. Sus orígenes son también muy tempranos (aunque no tanto; no el siglo IX sino el XII). Éste recibe un tratamiento mucho más detallado, cuidadoso y extenso (posiblemente cuatro o hasta cinco veces más largo) que la historia económica. SOSP traza el surgimiento paradigmático del gran agente histórico de la modernidad: el *Estado fiscal-militar*.²⁶⁴

Mann entiende las fuentes de ingresos como expresiones de sus relaciones con los grupos sociales; y los egresos como muestra de sus funciones. Este enfoque fiscal, al permitir construir series cuantitativas en el largo plazo, es un hilo negro para trazar el desarrollo del Estado y poder discutir “con los datos en la mano” con las teorías que lo entienden como determinado por sus funciones doméstica y

²⁶² Mann, *ibid*, pp. 408-9.

²⁶³ Mann, *ibid*, p. 509.

²⁶⁴ EL término posiblemente Mann lo acuñó, pero adquirió gran popularidad con autores que lo retomaron en los años inmediatamente posteriores, principalmente en la obra de John Brewer *The Sinews of Power*. Para este caudal historiográfico sobre el estado moderno y la influencia poco reconocida de Mann en él, véase Frank Trentmann, “The ‘British’ sources of social power: reflections on history, sociology, and intellectual biography”, en John Hall ed., *An Anatomy of Power*, Cambridge.

económica (Marx) o militares y geopolíticas (Hintze, Weber). El concepto nodal es la división entre poder despótico vs infraestructural. El primero se refiere a la capacidad político-militar de los gobernantes de imponer sus decisiones; aplastar rebeliones, acabar con sus enemigos. El segundo a la penetración de la sociedad civil; a la capilaridad de su administración.

Toda esta discusión gira, también, en torno al caso paradigmático de Inglaterra. Las fuentes conspiran a favor de esto, pues sólo este reino preservó series constantes de los ingresos y egresos de la corona del siglo XII en adelante. Pero Mann está feliz con esta reducción, pues el que Inglaterra haya dado el gran salto a la industrialización y dominado el mundo seis siglos después vuelve en retrospectiva paradigmática su trayectoria histórica.

Su punto de partida, de un modo análogo al de Tilly, es la situación de fragmentación política en la edad media, en la que ningún Estado tenía control directo y centralizado sobre territorios extensos.²⁶⁵ En este momento, prácticamente la totalidad de los ingresos estatales provenían de distintos tipos de derechos feudales, y son pocas las cosas que diferencian al rey de los grandes barones. El proceso de construcción estatal es, durante un largo período, el de una extensión o renegociación de los impuestos y derechos feudales a raíz de presiones militares. *SOSP* traza una irregular tendencia al alza en la que las necesidades militares y la amenaza del desastre fiscal obligan a los estadistas a implementar nuevos impuestos. La recaudación sube dramáticamente con cada guerra, para volver a caer al final de éstas. Sin embargo, nunca vuelve al mínimo anterior. Dos procesos generan esta elevación del mínimo: por un lado, la cumulativa modificación de la tecnología de la guerra vuelve imprescindible tener una maquinaria bélica permanente: la movilización de caballeros y sus séquitos deja muy tempranamente de ser suficiente. Por el otro lado, la guerra se hace tan cara que, además de los impuestos extraordinarios, la corona adquiere deudas con los banqueros y comerciantes. Por tanto, cuando ésta termina, los impuestos tienen que mantenerse durante un período para repagar la deuda. Este proceso se extiende del siglo XII a

²⁶⁵ Mann, *ibid*, p. 416.

principios del XIX.²⁶⁶ El último, y mayor salto en la capacidad fiscal tiene lugar durante las guerras napoleónicas. Durante el resto del siglo XIX el máximo de extracción fiscal no volverá a ser alcanzado. Pero tendrá lugar una inversión de las *funciones*: el aumento dramático de las civiles y la reducción proporcional de los militares. En este momento el Estado deja por primera vez en siete siglos de crecer en relación con la economía y deja, también, de ser *sólo* una máquina de guerra y adquiere el abanico de funciones civiles y económicas que sigue tendiendo al día de hoy: el Estado moderno.²⁶⁷ Esta diversificación, sin embargo, vendrá al costo de una pérdida de coherencia interna. ¿Cómo definir al aparato estatal actual: capitalista, monárquico, nacional o militar? El trazo de esta larga trayectoria histórica desembocará, en el segundo volumen, en el cortocircuito entre parlamentos, Estados mayores, gabinetes, cancillerías y en el apocalipsis de la primera guerra. El desarrollo milenario del poder social termina en las trincheras de 1914.

Esta narrativa tiene tres ejes: el proceso y los resortes de la modernización del Estado, i.e., el aumento de su capacidad fiscal; la cristalización de relaciones de clase en el Estado, y cómo esto influye en su forma; y, englobando parcialmente a las anteriores, las relaciones y la causalidad entre las formas del poder.

Entre finales del XII y principios del siglo XIII los Estados experimentaron el primer salto sostenido en sus ingresos (en Inglaterra, se sextuplican en una generación). En ese momento, el Estado inglés alcanzó un máximo que se mantuvo constante cuatro siglos, para no volver a crecer sino hasta tarde en el XVII.²⁶⁸ Crece siguiendo un movimiento de explosión, parcial reversión, estabilización; explosión otra vez, etc. Pero entre el siglo XII y finales del XIV hubo una modificación esencial en la estructura fiscal: Los ingresos feudales, al inicio preponderantes, redujeron su participación para llegar a un mínimo de 18% del total, y tanto los ingresos aduanales como los impuestos aumentaron; a un 38 y 25%, respectivamente. A mediados del 1300, un puñado de Estados tenían ya bases fiscales sustancialmente distintas de las de sus predecesores de hace dos siglos, pues la mayoría de sus

²⁶⁶ Mann, *Ibid*, pp.

²⁶⁷ Mann, *The Sources of Social Power Vol 2... op. cit.*, pp.

²⁶⁸ Mann, *The Sources of Social Power Vol 1... op. cit.*, p. 424.

ingresos provenían de impuestos, y no de derechos feudales. La importancia de los ingresos aduanales nos habla de un proceso de *territorialización* del poder y de una estrecha relación entre el poder político, económico y militar: desde 1275 en Inglaterra los comerciantes permiten que se tasan sus exportaciones a cambio de que el dinero se use para construir una flota que proteja sus intereses. La alianza Estado-comerciantes tiene un núcleo militar. En la medida en que el dinero es usado predominantemente para la guerra, y que el motor de la expansión fiscal son igualmente las necesidades militares, Mann ve en esto una reivindicación de las teorías belicistas.²⁶⁹

El crecimiento del Estado durante la baja edad media es un proceso *de emergencia intersticial*; es decir, una consecuencia no buscada por ningún actor, en donde el traslape de varias fuentes de poder en un territorio genera incentivos hacia la continuación de su desarrollo. Este es el intento más sistemático de escapar de la teleología del Estado-nación. Los agentes sociales –comerciantes, nobles, religiosos- intentaron usar a las instituciones políticas como medio para conseguir sus propios objetivos. Esto los llevó a una relación política-financiera de exigencias y deberes mutuos con el monarca: cada lucha por imponer y resistir impuestos, por usar al Estado para reprimir rebeliones, obtener monopolios, etc., inevitablemente *enmarcaba* más y más a esos grupos, previamente regionales o transnacionales, en su *cuadro territorial*.²⁷⁰

Esto desembocó en la creación del sistema interestatal paneuropeo, en el que las innovaciones militares de uno serán copiadas por sus rivales, y en el que la incapacidad a adaptarse tendrá como consecuencia la desaparición. La revolución militar (que Mann acepta como un concepto válido) está en el centro de este desarrollo. Ésta, sin embargo, no emana de un único invento, sino de dos siglos de innovaciones, desde la primera compañía de artillería asalariada en Francia en 1444

²⁶⁹ Mann, *ibid*, pp. 428-9. La proporción de egresos que va a la guerra oscila en el siglo XIV entre el 55 y el 75% del total.

²⁷⁰ Mann, *ibid*, p. 436

hasta el colapso de los ejércitos mercenarios durante la Guerra de 30 años.²⁷¹ Es, pues, el efecto *cumulativo* de muchos cambios el que tiene sentido describir como una revolución.

Lo históricamente importante de las nuevas tecnologías militares fueron sus consecuencias económico-sociales: la nueva dimensión de exigencias fiscales y de coordinación requerida por estas nuevas formas. Éstas necesitaban, ante todo, dinero y hombres. Sólo dos tipos de Estados pudieron ponerse a la altura del desafío fiscal de la revolución militar: los muy ricos, o los grandes y poblados, que construyeron maquinarias administrativas y fiscales *para* poner a la masa de campesinos en el campo de batalla. Estas relaciones capital-territorio-coerción están en el origen del posterior desarrollo de la organización política: los primeros (Inglaterra, Holanda) producirán formas constitucionales; los segundos (Prusia, Rusia, Austria) Estados absolutistas. Pero aquéllos que tenían un balance de ambos elementos son los que estuvieron más cerca de la hegemonía: España y Francia. En tanto la nueva forma de la guerra requiere ejércitos permanentes, los Estados incapaces de crear estas maquinarias administrativas-extractivas desaparecerán, y con esto cristaliza un sistema interestatal, basado en la *competencia*.²⁷²

En síntesis, las innovaciones militares sí tienen un rol autónomo y una influencia propia, pero éstas son importantes sólo en el contexto del previo proceso de territorialización y fortalecimiento fiscal patente desde el siglo XII. Éstas no desatan un proceso pavloviano de modernización fiscal, pero al imponer desafíos de movilización en hombres y recursos dan pie a un proceso de “*tracklaying*” weberiano; trazan sendas históricas ineludibles que cierran alternativas históricas. La importancia causal relativa de lo militar vs lo económico en el desarrollo del Estado moderno es una buena muestra de este pluralismo explicativo: el impulso inicial vino de las necesidades militares, pero sólo aquéllas sociedades con la

²⁷¹ Estos son: la artillería, la *trace italienne*, los ejercicios y las formaciones, la sofisticación de la tecnología de la pólvora, la profesionalización de una marina de guerra: Mann, *ibid*, p. 454. Es importante notar que para Roberts tampoco había un único cambio, sino de un siglo de innovaciones.

²⁷² Mann, *ibid*, pp. 456-7.

capacidad de movilizar recursos pudieron ponerse a la altura: lo militar propone, lo económico dispone.

Mann parece poco cómodo con el término absolutismo, y no lo utiliza sino hasta un momento avanzado de la discusión.²⁷³ Su reticencia proviene de diferencias teóricas con Anderson y Wallerstein, para quienes es un concepto central. Mann afirma que enfocarse demasiado en contrastar al absolutismo con los regímenes constitucionalistas impide ver que son subtipos de una misma clase: un “Estado débil” en relación con los grupos dominantes de la sociedad.²⁷⁴ Las similitudes son más: en ambos se dieron las mismas modificaciones en la estructura de clase: los grandes terratenientes perdieron poder relativo y, sobre todo, autonomía militar, al tiempo que la nobleza aumentó su poder colectivo. Las estructuras de organización política que surgieron para lidiar con esta nueva relación son análogas: corte en uno, parlamento en otro.²⁷⁵

La época del absolutismo implicó la más marcada y mantenida expansión fiscal, que durará hasta principios del siglo XIX.²⁷⁶ La estructura y el patrón de modificaciones fiscales es la misma que antes: guerra, expansión fiscal, nivelación. Pero las magnitudes son ahora de otro orden: quince veces más entre 1700 y 1815.²⁷⁷ Y, de esencial importancia para la siguiente discusión, durante este período los egresos por funciones civiles se mantienen en un nivel bajo y constante; nunca de más del 23% del total en tiempos de paz, de menos del 10% en tiempos de guerra.²⁷⁸ A inicios del siglo XIX el Estado es capaz de extraer una muy alta proporción de la riqueza, pero sus funciones son las mismas que seis siglos antes: una máquina de guerra y poco más. Eso empezará a cambiar hacia el final de las

²⁷³ Mann, *ibid*, p. 476.

²⁷⁴ Mann, *ibid*, p. 481.

²⁷⁵ Mann, *ibid*, pp. 477; 483

²⁷⁶ Las series comienzan en 1688 en Inglaterra, pero durante la Commonwealth hay un primer gran salto en la extracción del estado inglés. ¿No sería igualmente plausible decir que este proceso ascendente tiene sus orígenes con la Revolución Gloriosa? Y si así fuera, ¿qué consecuencias tendría esto para la discusión Anderson-Mann relativa al estado en el absolutismo y el capitalismo?

²⁷⁷ Mann, *ibid*, p. 484

²⁷⁸ Mann, *ibid*, p. 486

guerras napoleónicas. Y de esa lenta pero constante redistribución de las funciones emergerá el Estado moderno como lo conocemos hoy en día.

Mann presenta una teoría y un abanico de nuevos conceptos para entender al Estado moderno. Su propuesta viene de un reproche común a las principales teorías del Estado: todas ellas han sido negligentes hacia la multiplicidad y el caos inherente al aparato estatal al enfocarse en una única característica o función (el capitalismo para los marxistas, la democracia para los pluralistas). Mann adhiere y desarrolla un “estatismo institucional” similar al de Theda Skocpol,²⁷⁹ cuyo eje consiste en entender las relaciones entre las cuatro *cristalizaciones de alto nivel* y en la inercia emanada de la institucionalización de arreglos políticos. Es decir, el Estado moderno cristalizó institucionalmente como capitalista, militarista, representativo-autoritario y nacional-confederal.²⁸⁰ Así pues, los marxistas tienen toda la razón en decir que el Estado es capitalista y defiende, de uno u otro modo, los intereses de la burguesía; el problema es creer que sus demás funciones son epifenómenos de la dominación capitalista. Es decir, poseen instituciones representativas, nacionales o militares, sin las cuales es imposible comprender su estructura, sus funciones o su comportamiento. Su teoría propone el agnosticismo ante la cuestión de cuál cristalización es en última instancia más importante, pues cada una de ellas ocupa una esfera distinta. Sus relaciones no son sistémicas; ante todo, no hay instancias históricas en las que una cristalización se imponga sobre las demás.²⁸¹ Mann enfatiza al contrario la enorme dificultad generada por la “cristalización polimórfica” para implementar políticas coherentes. A esto lo llama la teoría de la inconsistencia polimórfica del Estado.²⁸²

Un sentido común de muchas historiografías es que en el siglo XIX surge un enorme leviatán, columna vertebral de la jaula de acero de la modernidad, que penetra la vida íntima y hace de la disciplina social una rutina individual. Mann no se equivoca al ver ecos de esta idea en un Marx, para quien el Estado es una

²⁷⁹ Michael Mann, *The Sources of Social Power Volume 2... op. cit.*, p. 52.

²⁸⁰ Mann, *ibid*, p. 81.

²⁸¹ Mann, *ibid*, p. 78.

²⁸² Mann, *ibid*, p. 54. Es una traducción libre; él la llama la teoría *cock-up foul-up*.

“burocracia obesa”; o en un Foucault, quien ve a un Estado todopoderoso, que a través de los asilos, de la medicina y la educación ha penetrado a tal punto a la sociedad que los individuos han interiorizado sus normas.²⁸³ La más innovadora hipótesis de SOSP es que, contra el sentido común del Moderno Leviatán, *durante el largo siglo XIX el Estado no creció de manera significativa*. El *peso económico proporcional* que los Estados europeos habían alcanzado durante las guerras napoleónicas se mantuvo constante hasta por lo menos la primera guerra mundial. Para mostrar esto, Mann distingue entre el tamaño y las competencias del aparato estatal. Este es el análisis cuantitativo y comparativo más sistemático de toda su obra, que posiblemente siga siendo la compilación estadística y la discusión más completa sobre los Estados occidentales.

Por supuesto que entre 1760 y 1914 los recursos del Estado se multiplicaron –ocho veces en Inglaterra y Francia, cuarenta en Prusia y Austria, doscientos en Estados Unidos. Sin embargo, cuando este gran aumento es controlado a la luz de la inflación, y especialmente del gran crecimiento poblacional y económico, el gasto estatal *en relación* con el producto interno bruto se vuelve menor. Si en Inglaterra había llegado al 25-30% del PIB durante el esfuerzo militar final de las guerras napoleónicas, en el siglo siguiente la proporción se reduce lentamente, hasta alcanzar un 15% en los primeros años del siglo XX. Todos están en ese rango: 17% en Austria; 8% en Estados Unidos.²⁸⁴

En otras palabras, se trata de dos “tendencias paradójicas”, de crecimiento absoluto y reducción proporcional. Los Estados crecen enormemente, pero extraen una proporción cada vez menor de la riqueza total de la sociedad. Al contrario de los siglos pasados, en los que el crecimiento económico era ínfimo y por tanto cualquier aumento en la capacidad extractiva del Estado le daba inmediatamente un mayor peso proporcional, en el siglo XIX la gran explosión demográfica y la industrialización provocan que, por más que el Estado crezca y crezca, lo haga sólo para ponerse al día con la gran generación de riqueza.

²⁸³ Mann, *ibid*, p. 360.

²⁸⁴ Mann, *ibid*, pp. 363-8.

El verdadero carácter moderno del Estado viene no de sus dimensiones sino de las grandes modificaciones en la estructura de ingresos y egresos. Sus competencias civiles viven una verdadera revolución: en la capacidad interventora en la economía y en las primeras políticas de bienestar social. Los egresos sufren una inversión total: si al principio los militares cubren no menos de las tres cuartas partes del total, al final del mismo los gastos civiles representan alrededor del 80%.²⁸⁵

¿En qué se expresa este cambio, y qué consecuencias tiene para el poder del estatal? Los elementos más grandes del presupuesto son la educación y el transporte. Mann llama a estos elementos de *comunicación simbólica y material*. Aquí es esencial la distinción entre el poder despótico vs infraestructural. Pues si el crecimiento en la capacidad militar es decididamente un aumento en el poder despótico del Estado, la creación de una red ferroviaria y carretera que conecte a todo el país, y la educación de una parte importante de la población en una *lingua franca* y una cultura nacional expresa al contrario un enorme aumento en el poder infraestructural, de penetración territorial y cultural. El Estado de finales del siglo XIX tenía herramientas completamente diferentes de las de su predecesor del siglo previo, que le permiten por primera vez tasar con exactitud los intercambios comerciales, implementar legislación nacional sobre las relaciones laborales, estimular el crecimiento de determinadas industrias, controlar la inflación a través del banco central, etc. El Estado está ahora presente como una red de poder capilar y como una fuerza interventora en la economía.²⁸⁶

La base fiscal sufrió una transformación igualmente importante. Durante todo este período los impuestos indirectos fueron los más sustanciales, en parte porque su implementación es logísticamente más sencilla; y en parte porque los impuestos indirectos los pagan los pobres. En esto, por supuesto, eran más las continuidades con los Estados absolutistas: todos eran “reaccionarios fiscales”.²⁸⁷ El principal cambio se dio en el surgimiento de una tercera fuente de ingresos, prácticamente

²⁸⁵ Mann, *ibid*, p. 375.

²⁸⁶ Mann, *ibid*, pp. 381-3.

²⁸⁷ Mann, *ibid*, p. 387.

desconocida antes del XIX: la propiedad estatal. La propiedad estatal sobre los ferrocarriles, los canales, el correo y los telégrafos, y derechos sobre las minas y los puertos constituía a principios del siglo XX el 69% del total de los ingresos del Estado prusiano y un nada despreciable 22% del inglés.²⁸⁸ Su gran importancia política yacía en permitir darle la vuelta a la vieja lucha fiscal de toda la edad moderna resumida en la consigna *no taxation without representation*; cobrar por estos servicios no era en sentido estricto un impuesto, y por tanto el Estado no tenía que darle representatividad a nadie a cambio. Esto tuvo dos grandes consecuencias: por un lado las luchas políticas perdieron la dimensión fiscal que las había hecho tan explosivas; las exigencias democráticas en las monarquías semiconstitucionales se disociaron del problema fiscal. Por el otro, el Estado se convirtió en una especie de gran capitalista -posiblemente el Estado prusiano haya sido el capitalista más grande del planeta-. Pero su concepción del poder y la ganancia no era la de la burguesía, sino una concepción territorial: el entrelazamiento del poder económico, político y militar.²⁸⁹

¿Pero qué sucedió con las fuerzas armadas durante el proceso de “civilización”²⁹⁰ de los Estados? Hemos visto que todas las grandes potencias cristalizan como militares. SOSP traza una tendencia paradójica, de incorporación formal del poder militar a la estructura estatal pero de incremento de su autonomía de casta y de su “poder seccional”.²⁹¹ El presupuesto proporcional de las fuerzas armadas declinó, pero el ejército siguió siendo esencial para la represión civil y como instrumento geopolítico durante todo el siglo. La democratización de esta época se detuvo a las puertas del cuartel; el sector militar se mantuvo institucional y sociológicamente insulado de las otras instituciones políticas, imbuido de un *esprit de corps* propio, reaccionario y ultranacionalista, usado a menudo para reprimir a los ciudadanos. Este es el caso más claro de yuxtaposición e irresolución de las relaciones entre la cristalización representativa y la militar. Durante todo este

²⁸⁸ Mann, *ibid*, p. 382.

²⁸⁹ Mann, *ibid*, p. 388.

²⁹⁰ El término es inexacto, pero en español no hay equivalente del inglés *civilianization*, al contrario de *civilization*. Me refiero al proceso en el que las competencias civiles aumentan y sobrepasan a las militares.

²⁹¹ Mann, *ibid*, pp. 402-3.

período las jerarquías más altas de los ejércitos europeos, así como de las cancillerías, se mantuvieron dominados por los grupos sociales del antiguo régimen.²⁹²

Las instituciones representativas tenían a menudo la decisión final sobre la guerra, pero la *rutina* de la política exterior y de las preparaciones militares se mantuvo estrechamente bajo el control de estas castas. ¿Por qué? Las clases, particularmente el proletariado, estaban “confinadas nacionalmente”, desinteresadas en lo que sucedía más allá de las fronteras: “la ciudadanía se mostró estrecha, nacional y provinciana”.²⁹³ Los diplomáticos y militares tenían un cheque en blanco para adoptar un nuevo curso de política exterior y amenazar con la guerra a sus pares extranjeros. El resultado de esta contradicción entre la representatividad democrática del Estado y la autonomía de su sector militar y diplomático es que la conducción no supervisada de las relaciones exteriores podía presentarle al parlamento o al ejecutivo en el momento final una elección blanco o negro, en la que se tenía que decidir si se iba a la guerra o se aceptaba la humillación. Ese fue el caso, por supuesto, en el verano de 1914. Las castas militares autónomas al final mostraron tener “poderes decisivos sobre la sociedad”. La trágica paradoja de Europa consistía precisamente en que la esfera militar era a la vez el sector más moderno, tecnocrático y profesional de la sociedad, pero el más patentemente ligado al antiguo régimen y reaccionario de todos. Fue un “momento histórico mundial del poder social” militar. La irresolución entre las fuentes del poder, el que éstas “cristalizaran de manera polimórfica”, que se amontonaran unas sobre otras y no hubiera un nodo superior que impusiera decisiones, devastó Europa.²⁹⁴

La primera guerra mundial es el *quid* de la narrativa de *SOSP*. A la vez el punto panorámico desde el que se ve toda la estructura de los cinco mil años de historia relatados en los dos primeros volúmenes y la puerta de entrada al siglo XX,

²⁹² Mann, *ibid*, pp. 414-18.

²⁹³ Mann, *ibid*, p. 417.

²⁹⁴ Mann, *ibid*, p. 438. Es realmente sorprendente lo similar de la explicación del origen de la primera guerra mundial de Michael Mann (pp. 740-802) con la gran obra reciente sobre el período, Christopher Clark, *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914*, Londres y Nueva York, Penguin, 2014.

así como la mejor muestra de la utilidad histórica-práctica del modelo IEMP. La explicación de sus orígenes, de cómo todos los actores caminaron como sonámbulos hacia una enorme carnicería, arrastrando sin saberlo a todo el continente hacia su destrucción total, puede leerse como una reflexión sobre la paradoja de la sociedad europea de principios de siglo. Al tiempo que Europa había llegado al cenit de sus poderes colectivos, una pequeña élite en la cima del Estado adquirió también la capacidad de destrucción de toda la sociedad. Las sociedades europeas tenían un enorme poder sobre la naturaleza y la economía pero no tenían control sobre un puñado de hombres dispuestos a hacer volar todo por los aires.

¿No es esta la situación del siglo XX, con los famosos botones rojos para activar los sistemas nucleares y la estrategia de la Destrucción Mutua Asegurada? Es por esto que julio de 1914 parecía tan profundamente cristalizar una división en la historia humana, entre la facilidad de la destrucción total del siglo XX y un pasado que parecía menos contingente, “gobernado por patrones más amplios de desarrollo y menos susceptible a este tipo de interrupciones”. Con esto Mann planteaba una pregunta y un desafío para el estudio del siglo XX: entender “en qué medida las relaciones de poder contemporáneas son el producto de la lógica de desarrollo de macroestructuras, y en qué medida éstas han sido redirigidas por coyunturas específicas e individuos en posiciones de enorme poder, produciendo eventos de importancia histórica mundial”.²⁹⁵

3.3 Desafíos

The Sources of Social Power es posiblemente la megahistoria que más reacciones críticas provocó, y una compilación de estos textos podría sumar un millar de páginas. Una parte importante de los autores que hemos tratado en este trabajo escribió sobre, o contra, Michael Mann: Perry Anderson, WG Runciman, Robert Brenner, Charles Tilly, William McNeill y Samuel Huntington. El mero rosario de nombres muestra cómo problemáticas comunes a las distintas escuelas de la

²⁹⁵ Michael Mann, *The Sources of Social Power Volume III: Global Empires and Revolutions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012, p. 5. Véase Adam Tooze, “Empires at War”, *New Left Review* 11/94.

megahistoria encontraron en *SOSP* su intento más sistemático de resolución, para luego, en sus fisuras y ausencias, plantear nuevas avenidas.

Hay dos grandes ejes de crítica que tocan de la manera más explícita nuestros propósitos. El primero de ellos es la interpretación de Mann de la gran divergencia; i.e., su teoría del temprano salto al capitalismo. El segundo es el método de análisis de *SOSP*, y en qué medida un método estrictamente histórico es suficiente para lidiar con este tipo de problemáticas. Es tal vez simbólico que la columna vertebral de la obra, la narrativa del desarrollo del Estado que presentamos antes, haya sido relativamente menos cimbrada en estas polémicas –posiblemente una señal de que en este punto Mann estaba en terreno más firme que en el económico. Sobre esto último tocaremos una cuestión que expresa los límites de su interpretación belicista de la construcción estatal.

En el capítulo 2 vimos cómo Robert Brenner había criticado duramente a Wallerstein por su “marxismo smithiano”; la idea de que la transición al capitalismo había consistido en un proceso cuantitativo de expansión comercial y división del trabajo basado en la remoción de obstáculos al desarrollo natural de las leyes de moción capitalistas. Ahora bien, Mann adhiere a una visión smithiana bastante explícita (sin dimensión marxista) de la temprana economía medieval. Una vez más, fue Robert Brenner quien en un largo ensayo criticó duramente a su colega de UCLA por las presuposiciones en torno al funcionamiento de la microeconomía neoclásica en el siglo X.²⁹⁶

Brenner comienza notando la “paradoja” de que la teoría social “posmoderna” de Mann, en la que en principio no hay sociedades ni totalidades, sino apenas redes de interacción, desemboque en su narrativa histórica en la explícita reificación de Europa como una unidad social, sujeta además a una tendencia general de desarrollo que la vuelve superior a otras civilizaciones desde el año 1000. En este punto de la instanciación histórica, pues, las perspicacias anti-unitarias de la teoría

²⁹⁶ Robert Brenner, “From Theory to history: The European Dynamic or feudalism to capitalism?”, in John Hall & Ralph Schroeder eds., *An Anatomy of Power: The Social Theory of Michael Mann*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006 pp. 189-232.

han dado lugar a una visión en los hechos bastante tradicional de la sociedad europea y de la unidad continental del feudalismo.

El principal problema de esta visión, de acuerdo con Brenner, yace en que el mecanismo de moción histórica continental son las leyes del capitalismo: el sistema de oferta, demanda, competencia, racionalización y productividad que Mann ve ya en juego desde el siglo X, y que depende de la posesión privada sobre los medios de producción y de la sujeción a los imperativos del mercado. En otras palabras, en la medida en la que *SOSP* ve una “dinámica europea” en marcha en el 800, oscila entre expulsar de su construcción teórico-histórica la noción de una transición al capitalismo, y fecharla en un momento extremadamente temprano.²⁹⁷

Es difícil no estar con Brenner en este punto, uno que muestra que, para desgracia de la historia universal, no hay progreso lineal en la historiografía. No es necesario repetir los detalles de su crítica, que presentamos en el capítulo 4, y que son en esencia los mismos contra Wallerstein que contra Mann: al dar por hecho la propiedad privada, asumir la existencia de un mercado y atribuirle una racionalidad capitalista a las unidades económicas (las familias campesinas y los señores feudales) Mann proyecta (un milenio) hacia atrás las características del capitalismo. No hay en ningún momento atisbo de que en el feudalismo la dinámica de competencia y racionalidad del capitalismo pueda no operar de la misma forma. Esto desemboca, pues, en el postulado teleológico de que una vez que los obstáculos políticos fueron removidos en la alta edad media, “la economía neoclásica puede hacer el resto del trabajo [explicativo]” del milagro europeo (una formulación que dejará perplejos a los historiadores económicos del medioevo).²⁹⁸ Esta es, en el fondo, la función de la noción de pacificación normativa del cristianismo, en contraste con la cooperación obligatoria de los imperios previos. Es decir, una vez que fracasan las ambiciones imperiales en la edad media y no quedan más que Estados pequeños, el capitalismo puede desarrollarse naturalmente porque la debilidad política de estos últimos significa que no podrán coartar la

²⁹⁷ Brenner, *ibid*, pp. 200-1.

²⁹⁸ Mann, *The Sources of Social Power Vol 1... op. cit.*, p. 408.

iniciativa empresarial a través de pesadas exacciones fiscales. Se trata de exactamente el mismo mecanismo que vimos en el *MSM* de Wallerstein, pero trasladado a otro imperio: no los Habsburgo en el XVI sino los carolingios en el IX.

En la panorámica de la historia agraria del medioevo de *SOSP*, lo que queda fuera de foco es, por supuesto, la recurrencia cíclica de las crisis económicas y los concomitantes colapsos demográficos. Una vez que la peste negra se ve reducida a “una ligera interrupción” de “escaso interés estadístico”; que las unidades económicas participan de circuitos de mercado en donde pueden calcular los costos y beneficios de sus decisiones, y por tanto está en su interés diversificar y aumentar su producción, en efecto puede trazarse una simple línea ascendente de cada vez mayor productividad y abundancia. El medievalista Chris Wickham criticaría duramente esta interpretación, al afirmar que no hay ninguna evidencia de inversión agrícola antes del siglo XV, ni de un cambio económico estructural.²⁹⁹ Brenner tampoco tendría problema en mostrar lo incoherente e implausible de esta construcción *teórica*; una crítica que dos décadas después el propio Mann aceptaría de mala gana.³⁰⁰

Sin embargo, hay un punto empírico en el que *SOSP* estaba en terreno posiblemente más sólido, o que en todo caso no podía ser refutado simplemente a partir de una teoría más coherente de la transición al capitalismo. Y es que, con lo discutibles y esporádicas que puedan ser sus estadísticas de la población y la productividad agraria,³⁰¹ éstas en efecto mostraban una innegable tendencia ascendente. Por supuesto que en ellas se podía esconder una gran variación durante las épocas de crisis, pero el punto está en otra parte: Europa –Inglaterra- sí parecía sujeta a una dinámica de lento pero constante crecimiento secular. ¿Cómo acomodar este aparentemente innegable progreso dentro de una teoría económica de las sociedades agrarias?

²⁹⁹ Chris Wickham, “Historical Materialism, Historical Sociology”, *New Left Review* 1/171, 1988, p. 71.

³⁰⁰ Michael Mann, “The Sources of Social Power Revisited: A response to criticism”, in *An Anatomy of Power... op. cit.*, p. 366.

³⁰¹ Wickham *op. cit.*, p. 73, afirma que estas proyecciones son pura fantasía.

La clave está en el plural. Y esto nos lleva directamente al problema de la metodología de *SOSP*. Uno de los principales defectos del género de la megahistoria ha sido, acaso paradójicamente, la falta de un comparatismo sistemático. Mann no sería la excepción, pero en su obra esta ausencia brilla con una luz cegadora. *SOSP* niega explícitamente la posibilidad y utilidad del comparatismo: su método, dice, “es histórico, no comparativo”, pues la cantidad de variables es demasiado amplia, y los casos demasiado pocos, como para que su uso pueda resultar en generalizaciones de algún valor.³⁰² Estos son pretextos, puesto que Mann no deja de comparar implícitamente a Europa con China a lo largo de toda su discusión. El problema de no usar un método comparativo, como Perry Anderson sugirió en un temprano y halagador ensayo, es que Mann se priva de un control empírico para probar o refutar buena parte de sus hipótesis.³⁰³ Para ir más lejos: en la medida en la que no se compare la experiencia histórica europea con otras (con base en criterios definidos en torno a qué consiste el progreso económico), las afirmaciones que citamos antes de que “Europa estaba dando un gran salto hacia adelante” o, aún más claramente, que las técnicas medievales de cultivo le habían dado “una ventaja decisiva sobre Asia, y especialmente sobre las técnicas chinas de cultivo de arroz” son presuposiciones no verificadas.

Afirmar lo anterior requeriría mostrar no sólo que la productividad agraria europea había aumentado, sino también que en ingesta calórica, productividad por semilla o por hectárea, densidad poblacional o urbanización, era superior a la otomana o china. En el lugar de esto, Mann argumentaba que se trata de sociedades cualitativamente distintas, y que por tanto la comparación es un sinsentido: China era superior en su poder extensivo; tenía una organización política territorialmente más grande y capaz de movilizar un total de hombres mucho más elevado que el más avanzado de los Estados medievales. Sin embargo, Europa era desde un momento temprano superior en poder intensivo, una superioridad que se reflejaría en la mayor productividad agraria a la que hicimos referencia antes.

³⁰² Mann, *The Sources of Social Power Vol 1... op. cit.*, pp. 371; 503.

³⁰³ Perry Anderson, “Michael Mann’s Sociology of Power”, in *A Zone of Engagement*, Londres, Verso, 1992, p. 85.

Criticado duramente por esto³⁰⁴, diría que no se trata de poner en una jerarquía a Europa contra China, sino de entender la naturaleza distinta de los logros de cada civilización. Sin embargo, esto se ve refutado por la siguiente afirmación, cuando dice que la suya no es en un sentido estricto una historia universal, puesto que no trata de todas las civilizaciones, sino sólo de la vanguardia del poder.³⁰⁵ Pero eso es ya, por supuesto, una jerarquización, pues es el (asumido) poder intensivo el que recibe el tratamiento preferencial frente al extensivo del Oriente. En un lapsus, Mann afirmaría que la escuela sínica de Needham que fecha el rebase europeo después del 1500 sufre de una tendencia al “autoflagelamiento europeo” que viene de “una obsesión con el poder extensivo”.³⁰⁶

En este punto, la crítica metodológica se bifurca en dos problemáticas: hacia la cuestión de la gran divergencia, es decir el momento del despegue europeo en relación con Asia; y por el otro hacia la definición teleológica de la “vanguardia del poder” definida de adelante hacia atrás, en detrimento de las vanguardias del poder realmente existentes en cada momento. Ambas serán los ejes de la siguiente megahistoria, de Giovanni Arrighi.

El problema de la hipótesis de una ventaja europea desde la alta edad media no es sólo que el método de *SOSP* la convierta en una suposición no verificada, sino que la historiografía sobre China apunta cada vez más a que es completamente falso. Wickham afirma que “punto por punto, todo lo que Mann escribe sobre el milagro de Europa Occidental puede ser encontrado en la China Song, a menudo en un nivel más desarrollado”.³⁰⁷ Jack Goldstone muestra cómo, contra lo que Mann cree, en el siglo XVIII regiones amplias de China y la India tenían niveles de producción, urbanización y comercialización iguales o ligeramente mayores a las más avanzadas de Europa (criterios del poder económico intensivo). En el delta del Yangtze, que sostenía a una población más grande que la de Inglaterra y Holanda juntas, la productividad agrícola siguió aumentando hasta el siglo XVIII a través de

³⁰⁴ WG Runciman, “The Old Question”, en *London Review of Books*, Vol. 9 N. 4, 1987, p. 8.

³⁰⁵ Michael Mann, “Letters” [Réplica a Runciman], en *London Review of Books*, Vol. 9 N. 6, 1987.

³⁰⁶ Mann, *The Sources of Social Power Vol. 1... op. cit.*, p. 378

³⁰⁷ Wickham, *op. cit.*, p. 74.

un continuo proceso de introducción de capital; es decir con irrigación y fertilizantes. El comercio interno chino superaba al europeo; la población había crecido enormemente en el par de siglos previos, evadiendo las crisis de subsistencia que devastaban Europa recurrentemente. La sociedad china del XVIII era “próspera, impulsada por familias campesinas que vendían productos manufacturados en mercados nacionales, practicantes de una agricultura intensiva en capital”.³⁰⁸

Aunque Goldstone tenía de su lado el gran salto en la producción historiográfica que rodeó la publicación de *La Gran Divergencia*, de Kenneth Pomeranz, Mann sí tenía acceso a principios de los '80 –incluso cita una de estas obras- a literatura que no podría dejar dudas sobre la sofisticación económica china. Todas estas cuestiones habían sido introducidas tres décadas antes por la obra de Joseph Needham, *Science and Civilization in China*, quien ya había planteado los problemas de la llamada “Needham Question”; i.e., por qué si China mantuvo un altísimo grado de desarrollo económico e innovación tecnológica hasta un momento tardío, no dio el salto que Europa sí. Pero, como dijimos más arriba, Mann parece feliz desechando todo esto. Perry Anderson escribiría con ironía: “Por el nulo impacto de su obra en estas presuposiciones, Joseph Needham bien podría haber escrito en vano”.³⁰⁹

La ausencia de una comparación controlada y sistemática entre las experiencias europea y asiática(s) mina la teoría de la dinámica europea: si China en el XVIII tenía un desempeño económico no menor al europeo, entonces parecía poco plausible afirmar que el origen de su superioridad estuviera en el poder económico; o por lo menos no en su desarrollo continuo desde un momento tan temprano. Pero si la evidencia no apuntaba a un milagro europeo en el XVIII, ¿cuándo fecharlo? Y sobre todo, ¿cuáles eran sus causas? Después de conceder todos los bemoles del revisionismo, la noción de una gran divergencia sigue siendo ineludible. En otras palabras, la historiografía post-needhamiana podía mostrar con cierta facilidad que en 1770 Europa no había superado a China en lo que a

³⁰⁸ Jack A. Goldstone, “A Historical, not Comparative, Method: Breakthroughs and Limitations in the Theory and Methodology of Michael Mann’s analysis of power”, in *An Anatomy of Power... op. cit.*, pp. 270-4.

³⁰⁹ Anderson, “Michael Mann’s Sociology of Power”, *op. cit.*, p. 85.

abundancia se refiere, pero eso sólo postergaba la cuestión: ¿cómo explicar entonces que tan sólo 80 años después Inglaterra sometiera y humillara a China con tanta facilidad? Esta, sin embargo, es una pregunta que queda completamente fuera del horizonte de *SOSP*.

El método de Mann también le pasó una fuerte factura en lo que se refiere a su enfoque intra-europeo. Es posiblemente en este punto en donde la teleología de la “vanguardia del poder” muestra su lado más endeble. Como dijimos en la sección anterior, la discusión de los dos vectores del milagro europeo toma a Inglaterra como proxy para toda Europa, en razón de que Inglaterra se convertiría más tarde que temprano en el Estado más poderoso. Sin embargo, en un sentido estricto, al proyectar hacia atrás el futuro predominio inglés Mann no le es fiel a la idea de enfocarse en la vanguardia del poder, puesto que hacer esto hubiera implicado estudiar sucesivamente a Bizancio, Venecia, España, Holanda, Francia, etc. (por pensar en una sucesión de potencias relativamente aceptada): Inglaterra fue una potencia de segundo rango hasta un momento bastante tardío. La justificación para enfocarse en la isla se ve socavada por el hecho de que todos estos Estados estaban sujetos a los mismos procesos y disfrutaron de las mismas contingencias históricas que Mann ve como resortes del milagro inglés: Bizancio no disfrutó menos de la pacificación normativa del cristianismo que Holanda; Francia estaba más irrigada por las rutas de comercio intercontinental; Alemania tampoco sufrió la amenaza musulmana que bloqueó el desarrollo de Europa oriental. En otras palabras, Inglaterra no es de ningún modo el único país que cumple con las varias precondiciones del milagro.

En términos económicos es donde la “peculiaridad de los ingleses”, para usar la frase de EP Thompson, no lo es en lo absoluto. En esto el propio Mann había proporcionado la evidencia para limar su idea de un gran dinamismo noroccidental, pues en su discusión sobre Roma estimaba, citando a agrónomos contemporáneos, la productividad por semilla de Sicilia en 10:1, y en 4:1 para toda Italia.³¹⁰ Recordemos que la idea entera de una dinámica europea depende de la duplicación

³¹⁰ Mann, *The Sources of Social Power Vol 1... op. cit.*, p. 265

de la productividad, de 3.7:1 a 7:1 entre el siglo XIII y el XVII. Es decir, ya entrada en la época moderna, Inglaterra no había alcanzado el cenit romano.

Había una segunda alternativa para explicar la precocidad inglesa, y es el desarrollo del Estado y su temprano constitucionalismo. Pero al buscar poner el peso de la justificación en las fuentes política y militar, el problema del comparatismo se hace más fuerte al tiempo que recae en una cuestionable causalidad militarista. Mann explica las diferencias en el proceso de centralización de la autoridad entre los distintos Estados europeos como una cuestión de contingencia o suerte: España tuvo la suerte de tener la plata de América; Inglaterra tuvo la mala suerte de que su ejército en la época de Carlos I era escocés y, por tanto, no lo pudo usar para defender sus intereses. Esto es, si se quiere, plausible. Pero Mann extiende la explicación por contingencia a cuestiones de otro orden. Por ejemplo: Francia tuvo la suerte de desarrollar una estrategia de venta de puestos que le permitió adherir a la nobleza a la corte. En este punto el individualismo metodológico y sus consecuencias no buscadas parecen comenzar a desmoronarse. La fortaleza de la explicación andersoniana yacía en la vinculación entre el absolutismo y el poder social de la nobleza; y a la vez entre el constitucionalismo y la burguesía. En este esquema, no se trata de alternativas, sino de formas estatales pertenecientes a distintas etapas históricas: el absolutismo al feudalismo y el constitucionalismo al capitalismo. Mann está de hecho a favor de esta interpretación, y en efecto dice que “hay algo de verdad en el argumento de que los Estados constitucionales conducían y respondían a un naciente capitalismo (...) y que los absolutistas tendían a preservar la estructura social del feudalismo”.³¹¹ Pero como el “algo de verdad” sugiere, esto es secundario.

Al llevar a cabo el doble movimiento de aceptar las líneas generales de la interpretación clasista pero negar su importancia ulterior, Mann se ve obligado a recurrir a una interpretación más holística y también más endeble. Primero, dice que si se van a buscar explicaciones no contingentes basadas en la estructura de clase, es necesario rastrear el origen de las mismas. Luego, afirma que en la medida en

³¹¹ Mann, *ibid*, p. 481.

que las relaciones de clase habían cristalizado en torno al Estado, y la principal actividad del Estado es la guerra, la variable que nos revelará la forma del Estado es la forma de la organización militar.³¹² El *non sequitur* es ennegecedor. La reserva de que una teoría que explique la estructura estatal relacionándola con la clase necesita explicar el origen de estas últimas no puede ser una reserva; es lo que él mismo había intentado hacer en sus capítulos previos al estudiar las relaciones entre la nobleza, los comerciantes y el Estado, y al aceptar la afinidad absolutismo-aristocracia y capitalismo-constitucionalismo. El sublimar la cuestión de la estructura de clase enfocándose en la organización militar es eso; la sublimación forzosa de un problema en otro de un orden distinto. No es una búsqueda de relaciones, sino una resolución *par pouvoir interposé*. Lo que sigue es una reedición de la anaciclosis belicista más monocausal: el absolutismo “tiende” a relacionarse con el ejército; el constitucionalismo con la marina. En este punto nodal, Mann revierte a un hintzeismo sin parangones: la variable geopolítica en sí misma explica la forma del Estado; las clases son una “función derivativa”. Por supuesto, él presiente que las piezas no terminan de embonar en un punto, y es España, un absolutismo feroz al tiempo que una potencia naval -en lo absoluto una excepción insignificante. Pero no toda teoría es perfecta: “Únicamente España no encaja en esta generalización”.³¹³

¿De dónde venía la noción de la dinámica europea, patentemente insostenible? Aquí es donde se hacen más claras las presuposiciones de Mann, sus puntos ciegos más patentes. La idea subyacente a la putativa superioridad inglesa es que en Mann hay una idea de transmigración metahistórica de la vanguardia del poder hacia el noroeste, desde el origen de la civilización en Mesopotamia hasta la victoria de Wellington en las Guerras Napoleónicas, pasando por Grecia, Roma, el medioevo anglosajón (pero no el mediterráneo) y, en los siguientes volúmenes, Estados Unidos. Esta migración se ve explicada siempre en términos geográficos: el bloqueo geopolítico hacia el Oriente, la oportunidad agrícola/comercial en Occidente. Estas son especies de pinzas que se van cerrando cada vez más,

³¹² Mann, *ibid*, p. 478.

³¹³ Mann, *Idem*.

reduciendo poco a poco el número de candidatos posibles a tomar ventaja de su Sonderweg. Inglaterra es una especie de recipiendario involuntario de este largo pedigree de movimiento hacia arriba y la izquierda. Mann afirma que en cada uno de estos saltos hay una gran innovación en el poder social que le da a cada una de estas sociedades la batuta del poder, pero la condicionante geográfica-geopolítica tácita es omnipresente. La transmigración hacia Occidente puede verse como el gran caudal de la historia universal, por definición superior a los demás en la medida en la que nunca son comparados. Es paradójico que una obra que parte de una antropología individualista tan cuidadosa y definida termine, en este punto esencial por lo menos, adhiriendo a una explicación tan centrada en la geografía –aunque una geografía entendida en el sentido más pasivo de la palabra, como *oportunidad* y *bloqueo* apenas.

Aunque la teoría de Mann le asignaba, en principio, un lugar propio a la economía y la política, es claro que la primera termina por desvanecerse en beneficio de la segunda. La teoría económica de Mann es consistentemente débil: un retroceso historiográfico. Sería equivocado achacarle este problema a su “weberianismo” pues Weber, antes que nada, fue un brillante historiador económico. Para Mann, como para Tilly, la economía se puede reducir a la producción, comercialización y la tecnología. La noción de relaciones de producción y de apropiación es inexistente, lo que genera inconsistencias para su teoría general de la estructuración social. Esto no es, o no debería ser, un monopolio del marxismo: la *Sociología Agraria de las Civilizaciones Antiguas* de Weber es un revolucionario estudio en esta línea (y es simbólico que Mann nunca lo cite). *SOSP* es tal vez una reorganización de Weber, pero en la medida en la que sus preguntas son tan distintas, no es una refutación de Marx. Es en el terreno de lo político donde se encuentra su mayor avance. Su teoría del Estado es enormemente sofisticada, churrigueresca casi; y su estudio histórico sobre este tema produjo el hintzeismo más coherente. Pero la “nueva ortodoxia” weberiana, para volver al término de Skocpol, dejaría descontentos a varios.

La Gran Divergencia, en particular, se había vuelto un tema ineludible. *SOSP* tenía una respuesta a la mano, que Mann deja implícita en su estudio del Estado pero nunca lleva a sus últimas consecuencias. Y es que si sus críticos tenían razón, y Europa no fue económicamente superior a China sino hasta un momento tardío, eso no quería decir que no lo fuera en otros ámbitos: después de todo, el modelo IEMP presupone la autonomía de cada fuente de poder. Aquí Mann pierde la oportunidad de explicar ese salto como un desarrollo autónomo del poder militar en relación con el económico -una plácida transición dentro de su marco teórico. Lo haría Giovanni Arrighi, aunque partiendo de una teoría histórica completamente distinta, en el gran intento de corregir a la vez a Marx, a Braudel y a la escuela de los sistemas-mundo.

Cuarta parte: bifurcaciones y regresos

Tras una primera década estrictamente marxista, y una segunda holgadamente weberiana, la megahistoria entraba a principios de los años noventa a un período de posible síntesis. Ni los herederos del filósofo de Tréveris ni los del sociólogo de Heidelberg habían podido explicar simultáneamente los mecanismos de la formación estatal y los del desarrollo económico, y unir ambos hilos en una narrativa coherente e históricamente sustanciada. Del mismo modo, el problema de la Gran Divergencia no había recibido sino tratamientos superficiales, y no se veía cerca un acuerdo acerca de sus causas o fechas. ¿Cómo seguir? ¿Con una síntesis, o con una huída de los paradigmas previos? Ambas cosas sucedieron. Esta sección analiza dos proyectos intelectuales muy distintos, aunque escritos en el mismo período, y en la misma universidad: los de Giovanni Arrighi y Francis Fukuyama. Ambos tomarían como punto de partida las columnas sólidas de la megahistoria pasada (la noción de sistema-mundo para el primero, la anaciclosis de Tilly para el segundo). Más allá de estas similitudes, sin embargo, la megahistoria sufre aquí una escisión profunda. Pues si Arrighi escribió sus obras en un diálogo íntimo con los autores que hemos visto hasta ahora, Francis Fukuyama, por el contrario, tomaría las ideas de estos como instrumentos útiles, pero secundarios, en una historia universal proveniente de otro linaje –no el de Marx o Weber, sino el de Hegel. Empezaremos con la obra de Arrighi.

Capítulo 4: Giovanni Arrighi y el intento de síntesis

4.1 Marxismo smithiano

La historia universal de Giovanni Arrighi (1937 - 2009), constituye el último intento a la fecha de resolver el *impasse* del debate Brenner-Wallerstein-Anderson y el consiguiente estancamiento de la gran teoría histórica marxista. Es mejor leída como una crítica simultánea a los dos primeros autores y como una reformulación de la teoría marxista de la historia partiendo, primero, de las investigaciones históricas de Fernand Braudel y, luego, de la noción weberiana de la competencia interestatal. Si Michael Mann planteó su historia universal como un modo de refutar a Marx y reorganizar a Weber, Giovanni Arrighi sin duda vio la suya como una reorganización de Marx con la ayuda de Braudel y de Weber. Arrighi fue a la vez un miembro prominente de la escuela de los sistemas-mundo y cercano al círculo de la *New Left Review*. Su obra es un diálogo y polémica con esos contemporáneos: Wallerstein y Gunder Frank de la primera, Anderson y Brenner de la segunda; y con sus predecesores: Braudel y Marx, pero también Gramsci, Polanyi, Schumpeter y Adam Smith.

Arrighi nació en una familia adinerada en Italia, estudió economía y finanzas en un instituto de élite en Milán y llegó a ocupar un puesto ejecutivo en una gran industria. Testigo de las independencias africanas, decidió dejar una promisoriosa carrera empresarial para viajar al sur del continente y estudiar la economía política de estos Estados, en lo que llamó después “un verdadero renacimiento intelectual”, en donde el estudio de los procesos de desposesión del campesinado lo llevaron de la economía neoclásica a la sociología comparativa.³¹⁴ Luego de ser encarcelado en Rhodesia por actividades subversivas, en Dar es Salaam conoció a Wallerstein, en lo que puede verse como el origen primordial de la escuela de los sistemas-mundo.³¹⁵ Arrighi regresó

³¹⁴ David Harvey, “The Winding Paths of Capital: Interview with Giovanni Arrighi” en Francis Mulhern ed., *Lives on the Left*, Londres y Nueva York, Verso, p. 337.

³¹⁵ Tom Reifer, “Histories of the Present: Giovanni Arrighi and the Longue Durée of Historical Capitalism”, en *Journal of World-Systems Research*, Vol. 15, N. 2, 2009, p. 250.

luego a su tierra natal y participó del bienio rojo de finales de los sesenta, en el que organizó el que posiblemente haya sido el único grupo político-intelectual recuperador de Gramsci de todo el *operaismo* italiano –generalmente displicente hacia el teórico de Cerdeña. A finales de los setenta, Arrighi migró a Binghamton, Nueva York, donde la escuela de los sistemas-mundo había echado raíces. En estos años empezó a trabajar en su historia universal, al tiempo que publicó las obras que lo volverían un respetado intelectual de izquierda: sobre la economía política del África subsahariana, el imperialismo contemporáneo, la crisis económica mundial, etc.³¹⁶ A mediados de los noventa, siendo ya uno de los sociólogos históricos más importantes, recibió un puesto emérito en Johns Hopkins, una de las universidades más prestigiosas de la costa este.

El Largo Siglo XX (LTC por sus siglas en inglés) es una ambiciosa reconstrucción y prognosis de la historia del capitalismo desde el siglo XIV.³¹⁷ Este libro fue recibido de manera muy elogiosa, pero posiblemente alcanzó su mayor fama cuando Arrighi estaba en su lecho de muerte y había iniciado la crisis económica del 2008. En retrospectiva, la había predicho con bastante exactitud con quince años de antelación. Su objetivo polémico tácito era sacar del estancamiento la teoría maestra de los sistemas-mundo en la que las críticas de Brenner y Skocpol la habían dejado, aunque concediéndoles muchas de sus reservas. Para hacer esto, Arrighi volvió a las pistas de Braudel en su *Économie et Civilisation Matérielle*, y, partiendo de la crítica de Charles Tilly a este último (que vimos en el capítulo 1), intentó introducir las investigaciones empíricas del historiador francés en una original reconstrucción y extensión de la teoría económica de Marx.

En la exposición más clara de su programa de investigación, Arrighi escribiría que la teoría social necesitaba “airear” los “no-debates” de los años setenta para poder avanzar. En particular, la teoría de los sistemas-mundo había claramente llegado al punto en el que el no haber discutido abiertamente las

³¹⁶ Tom Reifer, “Capital’s Cartographer”, *New Left Review* II/ 60, 2009, pp. 121-2.

³¹⁷ Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power and the Origins of our Times*, Londres, Verso, 1994.

críticas de Brenner y Skocpol la había estancado y corroído sus fundamentos. En los hechos, pues, lo que hasta ahora hemos llamado, siguiendo el uso estándar, el “debate Brenner-Wallerstein” es un eufemismo, pues un debate requiere de dos danzantes, y Wallerstein nunca respondió a las críticas de ninguno de sus detractores. Los duros ataques de sus críticos, decía Arrighi, habían creado una “mentalidad de asedio” dentro de la escuela de los sistemas mundo, en la que se guardaba también silencio en torno a las claras divergencias entre las concepciones de sus dos figuras tutelares: Braudel y Wallerstein.³¹⁸

En el capítulo 4 estudiamos estos debates con suficiente detalle, así que no será necesario repetir los argumentos. Lo importante es la actitud de Arrighi hacia éstos: él concede que tanto Brenner como Skocpol tenían razón en buena parte de sus críticas. La segunda dio en el blanco al cuestionar al *Moderno Sistema Mundo* por su negligencia hacia la importancia de la competencia militar como la principal expresión de la competencia interestatal; “me parece –dice Arrighi- que la cuestión fue decidida a favor de Skocpol en el impresionante análisis de William McNeill [*The Pursuit of Power*] sobre la competencia militar como la principal fuente de avances en Europa”.³¹⁹ A Brenner le concede que el *MSM* de Wallerstein reduce de manera implausible las estructuras de clase a la posición centro-periferia; y, acaso más importante, que amalgama equivocadamente la creación de una economía-mundo con el surgimiento del capitalismo.³²⁰ Es decir, Brenner tiene razón en afirmar que Wallerstein es incapaz de proporcionar una explicación de los resortes históricos que produjeron la transición del feudalismo al capitalismo, cosa que debilita enormemente su arquitectura teórica. Sin embargo, Arrighi no está de acuerdo con la propia tesis Brenner, que ve como una descripción unidimensional y selectiva que ignora a la economía mundial como *precondición* imprescindible de los procesos internos que luego explica. Otra vez, se trata de la lucha entre los dos Marx: el teórico del

³¹⁸ Giovanni Arrighi, “Capitalism and the World System, Rethinking the Non-debates of the 1970’s”, *Review (Fernand Braudel Center)*, Vol. 21, N. 1, 1998.

³¹⁹ Arrighi, *Ibid.* 118.

³²⁰ Arrighi, *Ibid.* p. 120-1.

mercado mundial vs el analista de la transformación de la estructura de clase en Inglaterra.

Para Arrighi, la respuesta a este impasse se encuentra en Braudel, y en el no-debate entre éste y Wallerstein. Pues si el fundador de la teoría de los sistemas-mundo no había podido proporcionar una explicación de la llegada del capitalismo como un sistema específico y diferente, y Brenner la había situado en la agricultura inglesa en desconexión con el mercado mundial, Braudel, al contrario proporcionaba una original alternativa. En el tercer volumen de su *Économie et Civilisation Matérielle* afirmaba que

Para Wallerstein, la economía-mundial europea fue la matriz del capitalismo. No disputo esta cuestión (...) [pero] el afirmar, como yo lo hago, que la economía mundial europea del XVI no fue la primera en ocupar el espacio de este continente, quiere decir que el capitalismo no esperó hasta el siglo XVI para hacer su aparición. Estoy por tanto de acuerdo con el Marx que escribió (aunque luego se desdijo) que el capitalismo –de hecho, dice la producción capitalista- comenzó en el siglo XIII en Italia.³²¹

Braudel desliza la idea, aunque sin llevarla a sus últimas consecuencias, que el capitalismo surgió en el 1200 en las ciudades Estado del norte de Italia, cuando Venecia, Génova y luego Florencia y Milán se hicieron del control del comercio transcontinental entre Europa y Asia, de las rutas de comercio transeuropeas y usaron ese capital para financiar a los nacientes Estados “modernos” europeos. Sin embargo, afirmar que el capitalismo había iniciado en el XIII en Italia implica conceptualizarlo de un modo distinto a Wallerstein y Brenner. Éstos, siguiendo una definición marxista comúnmente aceptada, lo entendían como un sistema económico en el que se producen mercancías para vender en el mercado con el objetivo de obtener una ganancia. Braudel, por su lado, parte de una idea completamente diferente, de la separación tripartita de la vida económica: el nivel más básico, el de la producción agrícola de autoconsumo y las relaciones cotidianas entre el hombre y la naturaleza constituye *las estructuras de la vida*

³²¹ Fernand Braudel citado por Arrighi, *ibid*, p. 123.

cotidiana; en éste echa sus raíces el comercio local y regional, *los juegos del intercambio* que suben y bajan con la bonanza del nivel anterior, y que permiten a lo mucho una clase moderadamente rica de comerciantes regionales y decentes ganancias para los productores. Pero por encima de éstos se eleva el tercer nivel, donde se llevan a cabo las grandes transacciones financieras “y compiten los grandes depredadores y opera la ley de la selva”: un nivel en el que opera un puñado de grandes banqueros con tentáculos en las grandes plazas políticas y económicas. Este nivel es el del “capitalismo propiamente dicho”, no el comercio horizontal sino la gran finanza, sino el *contramercado* basado en el comercio de larga distancia: el *tiempo del mundo*.³²² El concepto de capitalismo de Braudel no tiene nada que ver con la producción de mercancías o con las relaciones de producción, sino con la gran finanza y el comercio más sofisticado: su precoz universalidad y sus tempranos métodos de contabilidad –racionalidad-moderna.

Por supuesto, cada definición llevará al historiador, casi tautológicamente, a encontrar sus orígenes en un lugar distinto. No es de nuestro interés contrastar los méritos de cada una, pero es importante decir una cosa –pues Arrighi adhiere a la definición y periodización braudeliana. Y es que en esta interpretación, al contrario de la marxista, no hay un proceso estricto de transición del feudalismo al capitalismo, no hay “crisis general”. Wallerstein ofrece una narrativa implausible de la transición, pero Braudel no ofrece ninguna. Sin embargo, dice Arrighi, es la intuición del último la correcta, y la que hay que seguir para encontrar el eslabón perdido de la historia universal.³²³ Y ese eslabón es weberiano: las presiones competitivas interestatales como principal estímulo al desarrollo del capitalismo. De manera más concreta: la competencia entre los Estados territoriales –la excepcional situación europea de fragmentación política-le permitió a las ricas ciudades italianas jugar un rol de pivote entre éstos, y entre

³²² Cada una de estas dimensiones fue el objeto de los volúmenes de la trilogía *Économie et Civilisation Matérielle*. Respectivamente, *Les Structures de la Vie Quotidienne* (1967); *Les Jeux de l'Échange* (1977) ; y *Le Temps du Monde* (1979).

³²³ Arrighi, *Capitalism and the Modern World System... op. cit.*, pp. 124-5.

Europa y Oriente, como comerciantes y banqueros *au-dessus de la mêlée*. El sistema interestatal inauguró un proceso de *competencia por el capital móvil*, particularmente beneficioso para los detentores de ese capital, que le permitió a ese puñado de ciudades italianas volverse grandes “contenedores de riqueza y poder” en los intersticios del sistema europeo, y entre éste y los otros sistemas-mundo. La transición al capitalismo, afirma Arrighi, se trata no de la salida *del* feudalismo, sino de la transición de un sistema capitalista intersticial a un sistema-mundo capitalista.³²⁴

4.2 El largo siglo XX

Es por esto que *LTC* empieza con un detallado análisis de las ciudades Estado italianas entre el siglo XIII y XV. Esto, sin embargo, sólo adquiere su verdadera relevancia a la luz de la arquitectura general de la obra, a la que es necesario voltear ahora. Planeada originalmente, a principios de los ochenta, como una contextualización de la crisis de 1974 en la historia del capitalismo del siglo previo, y como una comparación entre esa crisis y las de 1873 y 1929, Arrighi parece haber tenido una verdadera epifanía que modificó completamente su plan de investigación al percibir la recurrencia del fenómeno de la *financionalización* al final de cada período de expansión capitalista.

Este descubrimiento iba contra el canon marxista. En su famoso tratado *El Imperialismo: Fase Superior del Capitalismo*, Lenin entendía la financionalización - el predominio del sector financiero sobre el bancario y el industrial- como una expresión de la decadencia del capitalismo y un signo de su próximo fin. Esto expresaba tanto una opinión compartida por todos los economistas marxistas del fin de siglo (Hobson, Kautsky, Bujárin) que estudiaron el imperialismo, como el sentido común de prácticamente todos los marxistas posteriores, incluyendo a Arrighi.

Al estudiar la crisis recién abierta y sus paralelos históricos con el pasado, lo que éste había encontrado era que la financionalización no era, en lo absoluto,

³²⁴ Arrighi, *The Long Twentieth Century... op. cit.*, p. 128.

un momento único al capitalismo de principios de siglo descrito por Lenin; no una fase superior (última) del capitalismo *en general*, sino el *otoño* de cada ciclo histórico del capitalismo desde sus orígenes. En otras palabras, la crisis de 1974 abría un proceso análogo al estudiado por Lenin un siglo antes; pero algo similar había sucedido con el capitalismo holandés en el medio siglo previo al surgimiento de Gran Bretaña como gran potencia y, antes de éste, con Génova en el siglo XVI.

La idea de la financiarización como otoño de cada ciclo del capitalismo era, por supuesto, una pista de Braudel. Pero era sólo eso. El historiador francés no la había seguido, no la había sistematizado. La había presentado como una obviedad casi; sin darle importancia. *LTC* busca sistematizar y corregir esta intuición de Braudel, poniéndola en el marco de una teoría económica marxista consistente. Su argumento general puede ser puesto del siguiente modo: el capitalismo ha pasado por una serie de *ciclos sistémicos de acumulación* desde el siglo XIII, dirigidos sucesivamente por Génova, Holanda, Gran Bretaña y, ahora, Estados Unidos. En cada uno de estos hay una fase de expansión material y luego una de expansión financiera. La primera es un período de invenciones técnicas, reorganización empresarial y desarrollo general de las fuerzas productivas, en el que –siguiendo la fórmula de Marx para describir el proceso de circulación capitalista- el capital en su forma dinero M, se transforma en capital C: $M - C$. Es decir, el dinero se invierte en la economía real, lo que lo “fija” en plantas productivas y estructuras materiales de producción. Sin embargo, todo lo que el dinero quiere es generar más dinero, así que la expansión material depende de que este sector genere el más alto rendimiento al capital. Es decir, cuando se alcancen los límites del ciclo en cuestión y las inversiones produzcan rendimientos decrecientes, el capital migrará hacia la finanza. Se trata del regreso del capital a su forma primigenia, el dinero (M): $C - M$. Lo que cierra el ciclo $M - C - M_1$. El dinero se transforma en capital (físico) sólo para transformarse, después, en más dinero (M_1). La fórmula $M - C - M_1$ es, para

Marx, la ley más básica del capitalismo, presente en todo proceso de circulación. Arrighi la eleva a un patrón de desarrollo de los ciclos sistémicos.³²⁵

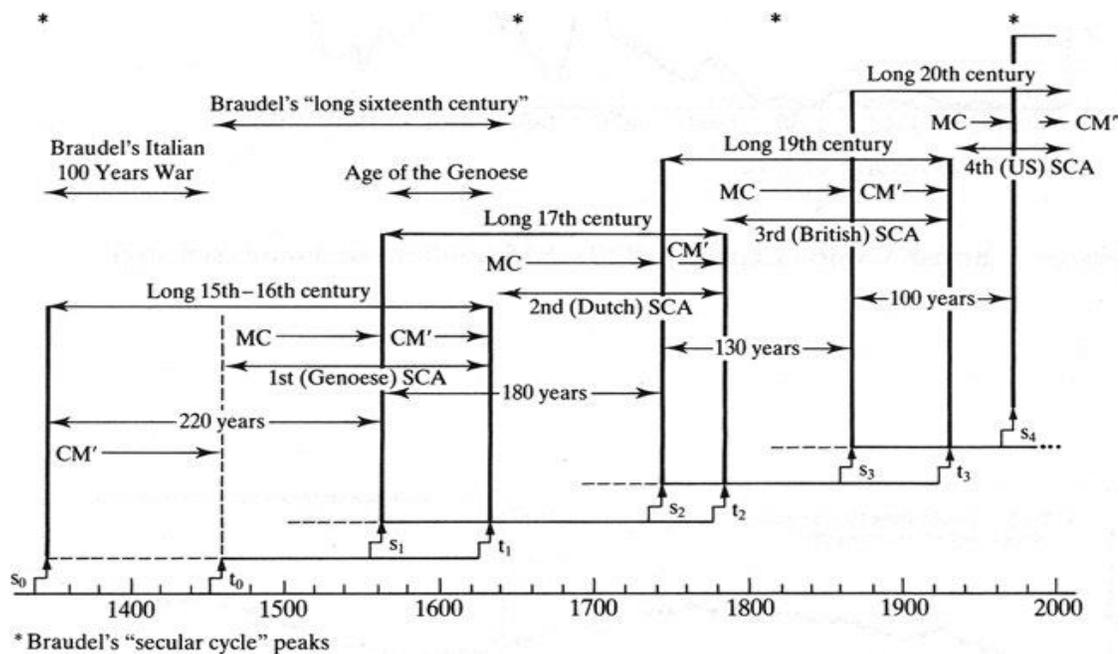
Cada migración hacia la finanza comienza con el estallido de una “crisis-señal” (S); una crisis que expone por primera vez los problemas subyacentes de la economía real; i.e., que se han alcanzado los límites de la expansión, y a partir de la cual las principales agencias de acumulación comienzan a extraer sus riquezas de la economía real C, para convertirlas en forma líquida dinero M.³²⁶ La crisis-señal abre, también, un período de turbulencia económica y política. En la medida en la que se agota la expansión, las empresas y Estados que antes competían por los pedazos de un pastel cada vez más grande, ahora tienen que competir por las moronas de un pastel cada vez más chico. Esto cambia las reglas: el juego a suma positiva se vuelve un juego a suma nula. Si el período expansionista M-C permitía una competencia institucionalizada, una “fraternidad organizada” de capitalistas, el período C-M la transforma en una competencia despiadada; ya no para compartir las ganancias sino para transmitir las pérdidas.³²⁷ La competencia intercapitalista se transforma rápidamente en competencia interestatal: en proteccionismo y, eventualmente, guerras. El final de cada ciclo de acumulación se ve marcado por una crisis terminal (T), una crisis financiera devastadora, y por largos períodos de conflicto armado. La potencia hegemónica se ve abrumada e incapaz de mantener su posición, y sus competidores se lanzan a una guerra total por la supremacía. En el curso de ésta el más poderoso sienta las bases organizativas y tecnológicas de una nueva hegemonía; de un nuevo ciclo sistémico de acumulación. Durante este proceso de transmisión de la batuta el capital financiero de la potencia en decadencia se vuelca hacia el nuevo hegemón, en los hechos financiando, tras bambalinas, la nueva expansión M-C. Es decir, el capital “viejo” se recicla, una vez que ha perdido todo su poder político, engrasando los circuitos del nuevo motor.

³²⁵ Arrighi, *ibid*, pp. 5-9.

³²⁶ Arrighi, *ibid*, pp. 219-20.

³²⁷ Arrighi, *ibid*, pp. 90-1.

Hemos hablado de potencias hegemónicas. Un elemento esencial –de pedigree weberiano- de la teoría de Arrighi es que cada ciclo se ve propulsado por un Estado *territorial* que dirige todo el proceso de expansión material, que adquiere un papel preponderante, no sólo económica, sino también política y militarmente en el sistema estatal. Siguiendo a Weber, *LTC* distingue la lógica capitalista de las empresas de la lógica territorial de los Estados; la primera desea dinero, la segunda poder político (comúnmente, territorio).³²⁸ Su historia universal es una historia de las relaciones entre estos dos polos, de sus combinaciones y sus alternancias. Por el otro lado, el movimiento ascendente en esta concepción cíclica yace en que cada ciclo sucesivo se ve necesariamente dirigido por un Estado con una mayor capacidad organizativa: más extenso, más rico, más poblado, y con una coordinación más cercana entre el Estado y los capitalistas. Los ciclos se superponen en sus inicios y finales; la lenta decadencia de uno es también el período de gestación del siguiente, en el que sus élites toman poco a poco conciencia de su potencial papel hegemónico en el mundo.



329

³²⁸ Arrighi, *ibid*, pp. 33-4.

³²⁹ Arrighi, *ibid*, p. 222.

El ciclo $M - C - M_1$ con el que inicia *LTC* es el proceso, común a toda Eurasia, de expansión comercial del siglo XIII y principios del XIV, y en el que las cuatro grandes ciudades italianas consolidaron su posición comercial transcontinental y algunas de ellas crearon una inédita industria textil moderna, semi-fabril, con mano de obra asalariada. Esta expansión, sin embargo, se detuvo estrepitosamente en los años '30 del siglo XIV, en una dura crisis económica. Venecia respondió formando un imperio en tierra firme y transformando a sus comerciantes en rentistas; Florencia con el giro hacia la alta finanza de la época de los Medici. Este también fue un período de confrontaciones militares: la “guerra italiana de cien años” fue la consecuencia política de la turbulencia del período C-M; de la intensificación de la competencia. Ante todo, su resultado fue el nacimiento de la alta finanza moderna; cuyo destino final fue el financiamiento de la guerra entre los Estados del noroeste y, en las ciudades mismas, el “consumo conspicuo” que llegó a su máximo de sofisticación con el Renacimiento. Este fue también el período en el que se formó un primer sistema interestatal entre las cuatro ciudades.³³⁰

En otras palabras, en los siglos XIII y XIV inician los “procesos madre” de la modernidad de la megahistoria: el capitalismo y el Estado moderno. Esto es también lo más lejos que *LTC* va para explicar su origen. Notemos una cosa por ahora: este primer ciclo precede, y empuja como una marea, a las futuras potencias capitalistas adánicas. Arrighi, siguiendo a Janet Abu-Lughod, afirma que la oscilación expansión-financialización se siente en toda la masa euroasiática, de China a Gran Bretaña. En este primer momento, por tanto, no hay conexión clara entre los ciclos de acumulación y el capitalismo, que parece simplemente montarse en un movimiento pendular previo. Esto plantea una serie de preguntas, que Arrighi renuncia explícitamente a contestar: ¿Qué yace detrás de la recurrencia milenaria del movimiento cíclico de expansión-financialización? ¿Cuál es la relación de estos ciclos con el capitalismo?

³³⁰ Arrighi, *ibid*, pp. 90-102.

En cualquier caso, la diferencia entre este primer ciclo “pre-capitalista” y los siguientes es que estos últimos son dirigidos por una potencia hegemónica capaz de manejar los hilos de la economía mundial a partir de su posición en la cima del sistema mundial. La primera de estas fue Génova, que logró escapar de la crisis provocada por el colapso en el XIV de su ruta comercial con China forjando una alianza con Castilla y con Portugal. Luego de obtener el monopolio de la comercialización de la lana española, los genoveses se volvieron los principales prestamistas de la corona española e hicieron de Andalucía una verdadera colonia económica.³³¹ Esta alianza conquistó, literalmente, el mundo. Los genoveses presidieron la gran expansión comercial que emanó del descubrimiento de América y se volvieron la *éminence grise* financiera de los monarcas españoles y de su imperio mundial hasta la gran crisis de 1557 (inicio del período C-M) y la debacle de la Guerra de los Treinta Años, en lo que Braudel llamó “un dominio tan discreto y sofisticado que le llevó siglos a los historiadores descubrirlo”, y que tenía como una de sus bases el control genovés de los asientos de la plata americana.³³²

Lo importante de esta conceptualización es la relación territorialismo-capitalismo; la completa separación entre la lógica territorial y la económica. La monarquía española se encargaba de la primera; los comerciantes genoveses de la segunda. Lo realmente innovador de este sistema financiero yacía en la flexibilidad organizativa de la red genovesa: su omnipresencia y simultánea “utopía”. En cada puerto y ciudad importante había una comunidad de representantes de casas de comercio que negociaban letras de cambio aceptadas por sus pares en el otro extremo del continente, lo que les daba la capacidad de hacer negocios en prácticamente cualquier lugar. A esto se le sumaban las famosas *fieri senza luogo*, las ferias móviles Bisenzone, especie de gran bolsa de valores de letras de cambio, capital y metales preciosos.

³³¹ Arrighi, *ibid*, pp. 121-2.

³³² Arrighi, *ibid*, p. 128.

La ultra-especialización de los genoveses en la lógica capitalista, y el consecuente abandono de toda tarea territorial a sus socios ibéricos estuvo en la médula de su éxito, pues implicaba *externalizar los costos de protección* y enfocarse exclusivamente en ganar más dinero; pero también los hacía enteramente dependientes de la suerte (militar, contingente) de un tercero, y del mantenimiento de una relación parasitaria con éste.³³³ La dependencia de un poder militar externo terminó por quebrar la hegemonía financiera genovesa una vez que su socio territorial fue derrotado por las potencias protestantes en la Guerra de los Treinta Años. Con los tercios españoles en desbandada, el dinero genovés no podía ya dominar el mundo. En esto, el modelo genovés difería ampliamente del modelo imperial, territorial veneciano del ciclo de acumulación previo; es decir, de la estrategia de usar las ganancias del comercio para fortalecer la posición territorial y estratégica del poder estatal. Estas se volverían las formas básicas entre las que oscilaría la organización de cada ciclo capitalista: el primero del capitalismo cosmopolita financiero, y Venecia del capitalismo monopolista imperial: “La oposición y la combinación siempre cambiante de estas dos formas organizativas y, más que nada, el aumento en complejidad y dimensiones asociado con la internalización de una función social tras otra, constituye el aspecto central de la evolución del capitalismo como un sistema mundial”.³³⁴

Holanda emergería como la nueva potencia hegemónica y Ámsterdam como la principal *clearing house* del capitalismo mundial. Su principal innovación organizativa fue la *internalización de los costos de protección* ligada a las innovaciones navales y militares holandesas del XVII. Esto se puede ver como un regreso a una versión expandida de la forma monopolista imperial, cristalizada en las Compañías de Indias: una parcial compenetración de las lógicas territorial y capitalista. Este movimiento pendular hacia la territorialización implicó la organización en un sistema político-económico de áreas del mundo descubiertas por las potencias ibéricas. He aquí una segunda dialéctica, entre *expansión* e

³³³ Arrighi, *ibid*, pp. 148-155.

³³⁴ Arrighi, *ibid*, p. 153.

integración, presente en la sucesión de ciclos. Es decir, Holanda integró en un sistema comercial lo que España y Portugal habían descubierto. Pero no se trató de la creación de un imperio universal como los ibéricos soñaron, sino de un sistema mundial de entrepots comerciales, políticamente organizado y defendido militarmente, pero centrado en un proto-Estado-nación: pequeño y débilmente integrado, con una reserva relativamente escasa de riqueza y mano de obra propia.³³⁵

Holanda fue la potencia hegemónica desde 1620 hasta la crisis final de 1780, y su período de expansión material terminó en 1740. Los Países Bajos habían internalizado los costos de protección, pero el proceso de producción mismo era llevado a cabo fuera de sus fronteras, en países que aceptaban la comercialización holandesa de sus productos a menudo bajo coerción o bajo términos desfavorables.³³⁶ Por tanto, siendo un imperio exclusivamente comercial, Holanda era particularmente sensible al proteccionismo y la industrialización de sus socios; a un territorialismo más completo y a otro tipo de capitalismo –no comercial, sino industrial.

Estas fueron precisamente las características del ciclo británico de acumulación (1780-1931), que conllevó una nueva extensión espacial del capitalismo con la conquista de la India, de Asia Central y, más tarde, de China. La gran fuerza de esta nueva potencia hegemónica vino de una síntesis mucho más completa entre territorialismo y capitalismo cristalizada en el Estado-nación y la revolución industrial. Estos dos procesos cobraron fuerza a lo largo de las guerras napoleónicas, durante las que las necesidades militares fungieron como un enorme aguijón que estimuló el desarrollo de la gran industria y nació un sólido compacto social entre las clases dominantes y las trabajadoras.³³⁷

Esta fue la primera expansión realmente industrial, y no sólo comercial, del capitalismo. El salto hacia delante de este ciclo yace en la *internalización de los*

³³⁵ Arrighi, *ibid*, pp. 156-161.

³³⁶ Arrighi, *ibid*, p. 225.

³³⁷ Arrighi, *ibid*, pp. 163-5.

costos de producción; es decir, en el sometimiento del proceso productivo a la lógica organizativa y las presiones de eficiencia del capitalismo.³³⁸ Su época de oro, basada en la superioridad naval, la conversión oro-libra, la política unilateral de puertas abiertas y en la mediana industria textil y metalúrgica fue lo suficientemente abundante como para acomodar, y estimular, la industrialización de un puñado de países. Gran Bretaña formó por otros medios el imperio mundial que España había anhelado tres siglos antes: “el dominio a través de la violencia en Oriente y del mercado en Occidente”.³³⁹ En efecto, el ciclo británico fue una reedición expandida de las características de los previos: la comunidad transnacional de banqueros representada por la familia Rothschild; el imperio comercial de outposts holandés, pero más grande; la internalización de la protección, en una dimensión más alta.³⁴⁰

La propia amplitud de la expansión minó sus fundamentos, al generar una enorme masa de ganancias que no podían encontrar una reinversión rentable. Esto dio lugar a la crisis deflacionaria de 1873 y el período imperialista post-1875, de exportación de capitales, formación de trusts y monopolios, la competencia por África y la carrera armamentística: todas ellas salidas contramercado para el capital excedente acumulado en la etapa previa. En 1931 recibió su tiro de gracia, cuando la armada y la industria británicas habían dejado de ser las más poderosas y el Banco Central abandonó el único hilo que los ataba a la idea de algún tipo de supremacía financiera: la conversión libra-oro. Seguirían quince años de pelea por el control del sistema mundial.

Llegamos con esto al Largo Siglo XX, en cuyas postrimerías seguimos. A partir de la crisis-señal del ciclo inglés se empezaron a gestar en Estados Unidos las estructuras organizativas del que lo superaría varias décadas después. La principal de éstas es la *internalización de los costos de transacción* representada por la invención de la gran corporación. Mencionamos que el ciclo inglés había estado dominado por un tejido de empresas medianas. En contraste, la

³³⁸ Arrighi, *ibid*, p. 182.

³³⁹ Arrighi, *ibid*, p. 174.

³⁴⁰ Arrighi, *ibid*, p. 202.

corporación tenía la ventaja de que, al extenderse hacia arriba y abajo en la cadena de producción y distribución, eliminaba los costos de intermediación y los costos-ganancias de cada una de las empresas individuales que se hacían cargo de cada momento del proceso productivo. Provistas de un inusitado poder, las corporaciones podían regular el mercado y las relaciones laborales; planear con anticipación y medida estratégica las inversiones, adquisiciones, la investigación en tecnología: el famoso *big bussiness*.³⁴¹

Por supuesto, la gran corporación sólo es concebible en un espacio económico del tamaño continental de Estados Unidos, en donde la excepcional abundancia y diversidad de recursos vuelven una relativa autarquía relativamente inevitable. Con esto, el movimiento ascendente en riqueza y capacidades del “contenedor de poder” de cada ciclo de acumulación parece haber llegado a su máximo posible. Ante todo, se trata de una nueva oscilación en el movimiento pendular secular entre libertad y regulación económica: la corporación americana negaba casi ontológicamente el *laissez faire* del ciclo inglés en cuya crisis había nacido.

Pero tomaría dos guerras mundiales para que esta mayor eficiencia productiva se transformara en hegemonía. A partir de 1943 EU empezó a reorganizar, de manera explícita, el concierto de naciones. Las dos piedras angulares del nuevo orden fueron el enorme flujo de dinero del Plan Marshall que recicló el surplus que Estados Unidos había recibido del resto del mundo durante las tres décadas pasadas y la “estatización” del control sobre el dinero. Con el primero se compró el consentimiento de las élites y se alejó a las poblaciones del espectro de la revolución, al tiempo que se ponían en marcha las bobinas económicas de ambos lados del Atlántico. Con el segundo, Washington le quitó el poder sobre el dinero a los grandes bancos al aprobar leyes anti-financiarización, excluirlos de la Reserva Federal y mandar a ésta con consideraciones no de ganancia, sino de estabilidad.³⁴²

³⁴¹ Arrighi, *ibid*, pp. 247-50.

³⁴² Arrighi, *ibid*, pp. 287-8.

A inicios de la década del '50 Japón y Europa Occidental vivían ya una inusitada recuperación económica, dependiente en gran parte de la circulación de capital a partir del enorme programa de rearmamento americano. Esto dio inicio al último período de expansión material; uno que se vio sometido también al incremento de las presiones competitivas con la completa recuperación económica de Europa y Japón, y que llegó a su fin con la crisis de 1974 para dar lugar al actual período de financialización en el que, entre una cada vez mayor turbulencia económica y conflictos político-militares, comenzarían a delinearse lentamente las estructuras del siguiente ciclo.³⁴³

¿Qué seguiría después de esto? El final de los ochenta fue la época de la “invasión” japonesa a Estados Unidos, y de la compra de varias empresas icónicas americanas por parte de conglomerados nipones. Así que *LTC* cierra con un análisis del capitalismo japonés, de su estrategia de inversión en Occidente y de las supuestas ventajas del conglomerado. Arrighi oscila entre afirmar que un nuevo ciclo sistémico de acumulación se organizará en torno a Japón, aunque sobre la base de una relación inédita entre el poder económico y el militar; o que Japón será el vector de una expansión económica más amplia en toda la región Asia-Pacífico.³⁴⁴ En todo caso, era ya claro que el epicentro del capitalismo se trasladaba lenta pero claramente hacia el Oriente.

4.3 Reorientaciones

Quince años después, Arrighi afinaba la puntería con la publicación de *Adam Smith en Pekín (ASB)*, una reconstrucción de la historia de *LTC* pero, digamos, desde el lado chino.³⁴⁵ En éste, la alternativa japonesa ha quedado completamente descartada, y la isla es vista como poco más que una comparsa de Estados Unidos. Es, por supuesto, del impresionante ascenso chino del que hay que dar cuenta, de sus raíces y sus posibilidades de dirigir un nuevo ciclo de

³⁴³ Arrighi, *ibid*, pp. 307-8.

³⁴⁴ Arrighi, *ibid*, pp. 345-65.

³⁴⁵ Giovanni Arrighi, *Adam Smith in Beijing: Lineages of the Twenty First Century*, Londres y Nueva York, Verso, 2007.

acumulación. Este es un claro caso de reinterpretación histórica a partir de la reconfiguración del presente: lo que en retrospectiva vuelve importante la trayectoria histórica china y la elucidación de las razones de la Gran Divergencia es su ascenso contemporáneo. Es decir, si el ciclo americano vive su período de mayor turbulencia y China parece ser el único Estado capaz de reorganizar la economía mundial y dirigir una nueva expansión, las razones del ocaso chino en la modernidad, de su dinamismo actual y sus patrones socioeconómicos del largo plazo son, acaso, las principales pistas para conocer cómo se verá el mundo del futuro, los posibles “linajes del siglo XXI”. Sin embargo, Arrighi es el primero en notar una característica inédita de esta transición que la hará posiblemente más caótica. Y es que si un elemento común a todas las potencias en decadencia previas era que financiaban tras bambalinas a las nuevas potencias hegemónicas con préstamos e inversiones; Estados Unidos es un receptor efectivo del capital de China y Japón a través de la compra de bonos del tesoro americano. Sin esto, el dólar se desplomaría inmediatamente. En segundo lugar, la bifurcación entre el poder financiero y militar parece irreversible: EU sigue teniendo un aparato militar varios órdenes de magnitud más grande que el chino.

ASB está construido como un doble díptico. Cada parte está presidida respectivamente por Estados Unidos y China. La primera es a la vez una reinterpretación del largo siglo XX y un estudio más detallado de los mecanismos que produjeron el agotamiento del período de expansión M-C (una de las críticas a *LTC* fue su explicación insuficientemente detallada de la transición de un período a otro). Arrighi hace esto en la forma de un diálogo con la obra del geógrafo marxista David Harvey, y de una polémica con *The Economics of Global Turbulence*, de Robert Brenner, posiblemente el principal estudio teórico-interpretativo del último medio siglo del capitalismo y, particularmente, de las razones del agotamiento del período expansionista y la lógica de la financiarización. Las secciones sobre China son una reinterpretación de la Gran Divergencia y un estudio sobre la dinámica de su ascenso desde 1949. Estas últimas son de más interés que el detalle de la economía política del capitalismo americano.

ASB parte de una relectura de *La Riqueza de las Naciones* de Adam Smith para entender a China. Smith, escribiendo antes de la revolución industrial y durante el último esplendor riental, veía a China con gran admiración y, ciertamente, como una sociedad más rica y armoniosa que la inglesa. Para él, China había seguido un curso de desarrollo *natural*, mientras que Gran Bretaña uno *antinatural*.³⁴⁶ Es decir, a través del crecimiento del mercado, de la división social del trabajo y de la mejora de la agricultura, China había llegado hace tiempo a un *estado estacionario*; i.e., de madurez económica. Arrighi llama a esta trayectoria el “camino smithiano” de expansión no-capitalista del mercado: un desarrollo basado en el aumento cuantitativo del mercado, la división social del trabajo y en modificaciones del marco legal, en el que el Estado estimula la competencia de los capitales en defensa del interés general, no del interés de los capitalistas. Este camino “explota el potencial de desarrollo de una sociedad, pero no la altera de una manera fundamental”.³⁴⁷ Es, pues, gradual y pacífico.

Lo que Smith llama, en relación con Gran Bretaña, el camino antinatural, es para Arrighi el proceso de desarrollo capitalista schumpeteriano o marxista; una acumulación infinita de capital y destrucción creativa que revoluciona las estructuras sociales, destruyendo las antiguas y sentando las bases de las siguientes; en la que el Estado está controlado por los capitalistas. Cada trayectoria daría lugar a un tipo distinto de revolución económica: la industrial en Inglaterra, la industriosa en China.

El inesperado giro de Arrighi hacia Smith como guía para entender a China debe ser visto en el contexto de los debates del marxismo previo. Era un modo de decir: Brenner tiene razón en que Wallerstein no puede dar cuenta del proceso “antinatural” de desarrollo capitalista en Europa, pero la idea smithiana-wallersteniana sí aplica al proceso de desarrollo económico chino. Perdimos la batalla en Inglaterra, pero ganaremos la guerra en Pekín. “Arrighi –dice uno de

³⁴⁶ Arrighi, *ibid*, pp. 49-59.

³⁴⁷ Arrighi, *ibid*, p. 41.

sus críticos- parece haber esperado treinta años para responderle a Brenner: ‘sí, soy un marxista smithiano, y qué.’”

Independientemente de sus resortes, la idea (completamente ausente en Mann) de que China vivió un proceso sostenido de expansión comercial hasta inicios del XIX es una de las principales lecciones de las últimas tres décadas de la historiografía sínica, un verdadero “descubrimiento de Smith por los sinólogos contemporáneos”.³⁴⁸ Esta revolución industrial, consistente en el aumento de la productividad y el nivel de vida a través del desarrollo de tecnología intensiva en trabajo antes que en capital y en la reducción de los costos de transacción gracias a los enormes canales norte-sur, produjo un inusitado aumento de la población china, del techo de 150 millones que nunca había podido superar, a 400 millones a principios del siglo XIX: el escape de las tendencias maltusianas del pasado.³⁴⁹ Dos preguntas emanan de lo anterior: ¿Por qué si China había alcanzado tal nivel de desarrollo económico, no dio el salto al capitalismo? En segundo lugar, si a principios del siglo XIX China no necesariamente estaba menos desarrollada que Gran Bretaña, ¿por qué los británicos la derrotaron y sometieron tan fácilmente en la guerra del opio de 1839?

Para Arrighi, como hemos visto, el capitalismo no tiene que ver con la expansión del mercado ni con una forma específica de producción, sino con ese tercer nivel de la gran finanza vinculado con la competencia interestatal. En China no faltaban los capitalistas: usureros, comerciantes o terratenientes, pero verlo así es fallar el tiro: “el carácter capitalista del desarrollo económico no se ve determinado por la presencia de instituciones capitalistas, sino por la relación entre el poder estatal y el capital. Podemos agregar todos los capitalistas que queramos a una economía de mercado, pero a menos que el Estado se vea subordinado a sus intereses de clase, la economía sigue siendo no-capitalista”.³⁵⁰ La razón por la que el Estado chino se mantuvo independiente, y en gran medida hostil a los intereses de los capitalistas es que el sistema inter-estatal asiático

³⁴⁸ Arrighi, *ibid*, p. 26.

³⁴⁹ Arrighi, *ibid*, p. 36.

³⁵⁰ Arrighi, *ibid*, p. 332

nunca fue, al contrario del europeo, competitivo. En la medida en la que Europa estaba sometida a una lógica de balance del poder en que una docena de Estados se equilibraban unos a otros a través de la guerra, el capital entró a –se apropió de– los pasillos del poder político como la manera indispensable para financiar las actividades bélicas. En Asia tal cosa nunca sucedió: un período de paz de trescientos años se inauguró cuando China acabó con el proyecto japonés de conquistar Corea en 1592. China era tan irresistiblemente superior a cualquier otro Estado que cualquier competencia estaba completamente descartada.³⁵¹ La consecuencia paradójica de este más pacífico y armonioso “desarrollo natural” es que nunca produjo la sinergia entre capitalismo, militarismo y territorialismo que vimos en Europa. La revolución industrial había llevado a China a un nivel de desempeño económico no menor al inglés en la víspera y las primeras etapas de la revolución industrial. Por tanto, las razones de su derrota y sometimiento no pueden estar ahí. Las mercancías inglesas nunca pudieron penetrar y ser competitivas en el mercado chino. Marx y Engels se equivocaron al decir que la “artillería pesada de las mercancías” europeas destruyó la Muralla China.³⁵² Lo que la destruyó fue la verdadera artillería pesada: el nivel superior de la tecnología militar occidental. Occidente derrotó a Oriente porque se impuso *manu militari*. Notemos que esta cadena causal es ajena a la economía: las causas de la Gran Divergencia están no en el rebase productivo de Europa en relación con Asia sino en el desarrollo autónomo de la esfera militar, que a su vez tiene su origen en la distinta configuración de las relaciones interestatales en cada región.

Al discutir la dinámica de crecimiento chino actual, *ASB* presenta una de sus hipótesis más aventuradas e importantes: que el siglo de ocaso y sometimiento a Occidente no quebró los fundamentos de su trayectoria smithiana. Arrighi moviliza una gran cantidad de cifras e indicadores económicos para justificar la idea de que, a pesar de las reformas pro-mercado de Deng Xiaoping, en China no predominan todavía los imperativos del capital: el Estado no ha perdido las riendas y el proceso de modernización es completamente

³⁵¹ Arrighi, *ibid*, pp. 316-19.

³⁵² Arrighi, *ibid*, p. 336. La frase está en el *Manifiesto Comunista*.

distinto del de otros países que se han abierto al capital extranjero. Existe una extensa red de empresas estatales o de propiedad semi-colectiva en las que sigue laborando la mayoría de la fuerza de trabajo y de las que, a su vez, viene la mayoría del capital que ha impulsado el crecimiento reciente -y no de las transnacionales extranjeras. Arrighi no es ningún defensor del Partido Comunista Chino, pero luego de conceder que sus altos mandos han sido los principales vectores -y los grandes beneficiarios- de la restauración del capitalismo, afirma que el partido no está sometido a los intereses de la burguesía; no es un Estado capitalista en estricto sentido y, en esa medida, tiene que representar *en última instancia* el “interés general”.

Esto último es, como se podrá adivinar, el soporte metahistórico de *Adam Smith in Beijing* y el condensado de las esperanzas políticas que animaban a Arrighi:

En la medida en la que el acceso a la tierra siga siendo reconocido e implementado, no es demasiado tarde para que la acción social jale a China hacia una dirección no-capitalista. A pesar de la extensión de los intercambios mercantiles y la búsqueda de ganancias, la naturaleza del desarrollo chino no es necesariamente capitalista. (...) Esto, por supuesto, no quiere decir que el socialismo esté vivo y coleando; sólo que, incluso si el socialismo ya perdió, el capitalismo no necesariamente ha ganado.³⁵³

En su análisis de la dinámica económica y la gran estrategia imperial estadounidense, Arrighi afirma que el fin de la Guerra Fría resucitó la idea -y la posibilidad- de hacer un imperio universal, tal y como algunas potencias hegemónicas previas lo habían intentado. El *Project for a New American Century*, el programa neoconservador de Bush, pretendía esto partiendo de la abismal superioridad militar americana: una verdadera superación de la competencia interestatal gracias al desbalance en favor de EU de la posesión de fuerzas destructivas. La escalada de guerras en el Medio Oriente no fue sino su primera expresión. Pero éstas fueron un desastre y solo acentuaron la decadencia del

³⁵³ Arrighi, *ibid*, p. 24

ciclo de acumulación americano (representaron su crisis terminal -T) y abrieron nuevos espacios para el ascenso chino.³⁵⁴ La gran pregunta, desde este punto de vista, es si el imperio en retraída aceptará con tranquilidad la disminución de su poderío o si luchará hasta la muerte para mantenerlo en lo que podría ser una apocalíptica guerra mundial. La otra gran variable, esta vez concerniente a China, es si su crecimiento económico podrá maridarse de un modo sustentable con la trayectoria de desarrollo no-capitalista. Redescubrir y fortalecer esa milenaria trayectoria smithiana es condición sine-qua-non para evitar una catástrofe ecológica y para que China, al situarse en la cima del nuevo sistema mundial de mercado no-capitalista, pueda contribuir a la creación de esa “comunidad de las civilizaciones, respetuosa de las diferencias culturales”.³⁵⁵ El ciclo chino tendría que diferenciarse de los anteriores *en interiorizar los costos de reproducción social*.³⁵⁶ Si eso sucede, la historia universal habrá regresado a su condición natural milenaria, en la que el grueso de la población y la riqueza están concentrados en Oriente; la Gran Divergencia no habrá sido sino un ocaso de dos siglos y la modernidad europea, apenas un interregnum.

4.4 Corsi e ricorsi!

Hay una característica esencial que separa a la historia universal de Giovanni Arrighi de todas las demás que hemos estudiado hasta ahora. Se trata de su concepción cíclica de la historia. Las teorías cíclicas que dominaron el paradigma anterior habían quedado completamente descartadas por los megahistoriadores, en un silencio freudiano acaso demasiado sospechoso. Es cierto que la de Arrighi no es una teoría civilizacional o cultural como las de Spengler o Toynbee, pero el uso del ciclo como concepto básico plantea preguntas similares.³⁵⁷ Arrighi fue criticado por su viejo rival Toni Negri por escribir una historia multiseccular del capitalismo en el que cada nuevo momento es en realidad la reedición de un

³⁵⁴ Arrighi, *ibid*, p. 164; y todo el capítulo 7.

³⁵⁵ Arrighi, *ibid*, p. 389.

³⁵⁶ Arrighi, “Postcript to the 2009 edition”, en *The Long Twentieth Century... op. cit.*, pp. 380-6

³⁵⁷ Véanse los dos ensayos en la mesa redonda en torno al *Largo Siglo Veinte* en la revista *Contemporanea*: Guiseppe Maione, “Fragilità dei modelli e profezie smentite” y Tomaso Detti, “L’avventura di ripensare il passato”, en *Contemporanea*, Vol. 6, N. 3, 2003.

pasado: el perenne regreso de lo mismo.³⁵⁸ Esto es injusto, pues la mayoría de las más de 800 páginas de las obras de Arrighi están dedicadas a mostrar qué cosas no son las mismas: hay direccionalidad en sus ciclos. Pero no deja de ser cierto que su obra no escapa al problema básico de las concepciones cíclicas de la historia; i.e., que inevitablemente constituyen ya un discurso sobre el presente: necesariamente un profiláctico, y acaso un profiláctico predecible, en la medida en que todas ellas concluyen que nos encontramos ante el fin de un ciclo, en un momento inédito de cambio y apertura histórica: un llamado a la acción. (Falta todavía una teoría cíclica de la historia que concluya que nos encontramos en el momento de mayor estabilidad, y que habrá que esperar una generación para que las cosas cambien.)

Metodológicamente, el ciclo como arquitectura básica trae una carga propia de problemas, de los que Arrighi no escapa. Impone un ordenamiento ya determinado de los eventos y los procesos históricos; un programa de investigación sugestivo pero demasiado rígido, en el que la no-correspondencia de un único evento con el movimiento general bien puede invalidar la teoría entera. En la medida en la que sus ciclos no son los tradicionales movimientos de fluctuación de precios ni los famosos ciclos Kondratieff –que se pueden, según sus defensores, graficar con claridad- no es claro cuáles son los criterios de verdad que permiten interpretar los movimientos económicos o políticos en función de la teoría general. En otras palabras, el salto de la historia a la teoría requiere, también, de un salto de fe. La idea de cuatro grandes ciclos sistémicos de acumulación, repitiendo siempre los mismos patrones, fue vista por más de un crítico como “usar la historia como pretexto (...) partiendo de un Braudel esencializado”.³⁵⁹ La verdad es que no es sólo la concepción cíclica en general, sino toda la teoría de Arrighi la que impone un umbral de comprobación histórica demasiado alto. Esto es claro, por ejemplo, en la idea de que una vez que comienza el período de expansión material, hay una y sólo una potencia

³⁵⁸ Toni Negri & Michael Hardt, *Empire*, Cambridge MA, Harvard University Press, p. 239

³⁵⁹ Francesco Benigno, “Braudel in America ovvero le radici lunghe del presente” *Contemporanea* Vol 6, N. 3, 2005, p. 558.

hegemónica que dirige el ciclo. Esto lo lleva a descartar a Francia durante el siglo XVII y XVIII como poco más que una “organización territorialista”; excluida del gran juego del contramercado capitalista.³⁶⁰ Esto es una concepción poco sensible de la competencia interestatal, que asume que después de 1650 los dados estaban ya echados. Un problema similar emerge de su interpretación del siglo XX, que veremos en un momento.

El regreso del ciclo como arquitectónica básica señala al mismo tiempo el regreso de una sensación de crisis. No es difícil ver de dónde venía esta sensación para un economista marxista; las crisis del 2001 y del 2008 parecían confirmar la justeza del programa de investigación de Arrighi -por lo menos éste las entendió así-, al señalar el inminente colapso del sistema. Pero, precisamente por eso, el tipo de ajuste de cuentas que Arrighi sugiere está a la vuelta de la esquina es un tanto inesperado. Lo realmente interesante es que no se trata nunca de un shock revolucionario o un ataque frontal contra el capitalismo. Con toda su prognosis sobre el futuro colapso del sistema económico, Arrighi se abstiene acaso demasiado cuidadosamente de sugerir que el desenlace podría adquirir una forma revolucionaria. Sin duda que esto tiene que ver con la propia estructura general de sus obras. En su discusión inicial sobre Braudel, y las críticas de Tilly a su profusión caótica de datos, hipótesis y sugerencias, Arrighi había ya aceptado con modestia que el suyo sería un ejercicio de sistematización y de estrechar las miras.³⁶¹ Esto implicó, como Arrighi era consciente, expulsar la lucha de clases enteramente de la ecuación y enfocarse exclusivamente en las relaciones inter-élite capital-Estado, en detrimento de la agencia histórica de las clases subalternas. Como decisión metodológica, es completamente comprensible. Toda historia universal opera a través de una reducción de este tipo. Pero esta decisión, para un marxista, es simbólica.³⁶² Éstas no son nunca

³⁶⁰ Filippo Andreata, “Il Lungo Ventesimo Secolo e le relazioni internazionali” *Contemporanea* Vol 6, N. 3, p. 561.

³⁶¹ Arrighi, *Long Twentieth Century... op. cit.*, p. xiii

³⁶² Fue la pareja de Arrighi la que tomó esta parte de la ecuación histórica, Beverly J Silver, *Forces of Labor*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003. Pero es simbólico que, años después de la publicación de este libro, Arrighi no haya intentado incluir sus conclusiones en *Adam Smith in Beijing*.

únicamente metodológicas, y la de Arrighi implicaba ya una presuposición de inferioridad causal de la lucha de clases en relación con las relaciones inter-élite. “Detrás de esa laguna se encontraba una decepción”, escribe Perry Anderson, quien lo conocía muy bien.³⁶³ Arrighi, como todos los marxistas de su generación, había también con el paso de los años perdido esperanzas en una superación revolucionaria del capitalismo. Lo peculiar de esta desesperanza es el molde que le imprimió a su prognosis sobre el colapso del capitalismo, incluso cuando sus predicciones parecían –otra vez, a sus ojos- hacerse realidad. Volveremos a esta cuestión en un momento.

Más allá de estas críticas metodológicas inescapables, posiblemente el principal problema interno a la teoría de Arrighi yace en el mecanismo a través del cual la fase de expansión material se agota “naturalmente” para dar pie a la fase de financiarización. *LTC* no le pone demasiada atención a este problema, por lo demás central, y adhiere a un modelo de rendimientos decrecientes muy general, que Arrighi afirma es esencialmente el mismo en Ricardo, Smith y Marx. Este agotamiento parece ser el resultado natural del tamaño del mercado y de las acciones individuales de los inversionistas. En el caso del ciclo americano, el principal objeto de estudio de Arrighi, la explicación de la transición M-C a C-M yace en un modelo tripartito de una mayor competencia internacional, el aumento de los salarios durante la posguerra y la alianza entre el Estado americano y el sector financiero para disciplinar al tercer mundo a través de la deuda tras la derrota en Vietnam. Esta triple explicación, centrada en la mayor organización de la clase obrera y en la respuesta del Estado americano a la amenaza comunista en el mundo postcolonial es una explicación *ad hoc* en relación con la teoría general cíclica, que se basa únicamente en la dinámica sistémica de la economía.³⁶⁴ En su explicación más detallada de la transición de un período a

³⁶³ Perry Anderson, *The H-Word: Peripeteia of Hegemony*, Londres, Verso, 2017, p. 112.

³⁶⁴ Moishe Postone, “Theorizing the Contemporary World: Robert Brenner, Giovanni Arrighi, David Harvey”, en Robert Albritton, Bob Jessop, Richard Westra eds., *Political Economy and Global Capitalism*, Londres, Anthem Press, 2012, p. 15.

otro, Arrighi se ve obligado a reintroducir elementos no-económicos que había explícitamente excluido de su modelo general.

Pero este modelo también es sorprendentemente ambiguo en torno a la dinámica de los períodos de financiarización, que Arrighi define como la producción de más dinero a partir del dinero, “saltándose” la producción de mercancías.³⁶⁵ No es realista pensar que la economía puede realmente sostenerse durante décadas sobre la base de “puras operaciones financieras” $M-M_1$: la aceptación de una mayor importancia del sector financiero en relación con el de la economía real no dispensa que estas operaciones necesariamente mantengan un vínculo con el universo de la producción. Precisamente –y aquí la óptica inter-élite de Arrighi lo traicionaba- el movimiento $M-M_1$ puede verse como una operación financiera pura *únicamente desde el punto de vista de la capa más alta* de la economía. La perspectiva inter-élite imprime en Arrighi la visión de un período financiero autopropulsado, independiente de la economía real. Tal cosa, vista desde la economía como un todo –sugería Robert Pollin- sería inconcebible.³⁶⁶ En otras palabras, cualquier ganancia en el sector financiero no puede no ser la redistribución de una riqueza ya creada: lo que quedaba fuera de la óptica braudeliana de Arrighi era precisamente el movimiento real de la “segunda capa” de la producción y la economía de mercado; una capa que no desaparecía a pesar del aparente predominio de la gran finanza.

Estos dos elementos, los mecanismos de la transición de un período a otro y la lógica de la financiarización o, en términos generales, las salidas al estancamiento de la economía real, estarían en el centro de dos importantes obras posteriores a *LTC*, y con las que *ASB* entabla un diálogo crítico. Se trata de *The Economics of Global Turbulence*, de Robert Brenner,³⁶⁷ y *The New Imperialism*, de David Harvey, dos obras que generalmente son vistas, al lado de

³⁶⁵ Robert Pollin, “Contemporary Economic Stagnation in World Historical Perspective”, *New Left Review* 1/209, 1996, p. 114.

³⁶⁶ Pollin, *Ibid.* pp. 116-7

³⁶⁷ Londres, Verso, 2006.

The Long Twentieth Century, como los principales intentos marxistas de explicar el capitalismo contemporáneo.

La crítica de Arrighi a estos autores gira en torno a dos cuestiones: su exclusión de la dimensión de la competencia interestatal de sus modelos –que son obras de economía política e historia económica- y el papel de China en el mundo contemporáneo. China es ignorada en el estudio de Brenner, y Harvey la ve como otro país del tercer mundo sometido a los dictados del capital y del FMI. Pero la inclusión de estas dos cuestiones en *ASB* es problemática. En su discusión de la estrategia del Estado americano durante la presidencia Bush y del *Project for a New American Century*, Arrighi sostiene que las guerras en el Medio Oriente son expresiones del deseo de superar la competencia inter-estatal constitutiva del capitalismo a través de la creación de un Estado universal, basado en la fuerza bruta. Esta es una conceptualización muy extraña del imperialismo contemporáneo, que paradójicamente es incapaz de aprehender las relaciones entre la dominación política en el sistema inter-estatal y el capitalismo como sistema económico. En la amplia literatura sobre el tema, la teoría de Arrighi del Estado universal es sin duda una de las más débiles. Sus críticos no tendrían dificultad para refutarlo: “el proyecto [del Estado americano] enfáticamente no ha sido gobernar el mundo directamente (...) a través de instituciones internacionales sujetas a su soberanía directa. En contradicción directa con lo que Arrighi cree, el proyecto americano implica animar la apertura de mercados y la extensión de la competencia económica”.³⁶⁸

Paradójicamente, la crítica a las teorías económicas de Brenner y Harvey por abstraer la dimensión interestatal de sus análisis se ve acompañada a menudo de concepciones reificadas de las relaciones internacionales y del Estado. Esto se nota en la idea implausible del imperio americano que acabamos de mencionar, pero también en su discusión sobre el Estado chino. Vimos que la estrategia argumentativa de Arrighi para sostener que China no es capitalista no

³⁶⁸ Leo Panitch, “Giovanni Arrighi in Beijing: An Alternative to Capitalism?” *Historical Materialism* Vol 18, N. 1, 2010, p. 81.

se basaba tanto en el estudio de las relaciones económicas, sino en la idea de que el Estado no está todavía sometido a los intereses del capitalismo pues tiene que seguir defendiendo, acaso contra los deseos de las personalidades a su cabeza, el interés general. Pero esta definición vuelve cualquier comprobación imposible, a la vez que abre brechas de incongruencia con su teoría general. Para empezar, implica ya una ruptura con la idea estándar de la teoría de los sistemas-mundo acerca de que la naturaleza económica del sistema determina de suyo la naturaleza económica de sus partes. Pero, como habíamos visto, Arrighi había tomado distancia de algunas de las formulaciones más funcionalistas de Wallerstein. Sin embargo, en *ASB* la cuestión de la naturaleza de la economía china ya no depende de un análisis concreto de la importancia del capital dentro de la misma, sino de si el Estado representa o no el interés general. Pero este último es un concepto crudo y sobreideológico que necesitaría ser desempacado. Incluso si el Estado chino no está sujeto a los intereses empresariales es tosco e insuficiente decir que representa el interés colectivo *tout court*. Su función, en el argumento general de *ASB*, parece ser otra: poder pasar de largo todos los otros indicadores económicos que señalan que China está sólidamente embarcada en la restauración del capitalismo como argumentos fuera de foco.³⁶⁹ Esta es una muestra de un desbalance más general en *LTC* y *ASB*. Si una de las principales fortalezas de estas obras yace en su interés por la instanciación organizativa del capital –en sus análisis detallados sobre las formas administrativas de las redes bancarias genovesas, las compañías coloniales holandesas, la mediana empresa inglesa y la corporación americana–, adolecen por el contrario de un análisis de similar sofisticación sobre el Estado, como lo habíamos visto de manera tan barroca en un autor como Mann, al que Arrighi conocía bien. En otras palabras, si el gran mérito de Arrighi está en su detallada localización de la hegemonía en el plano inter-estatal en una mayor capacidad productiva y organizativa, por el contrario su teorización de la

³⁶⁹ Para una revisión del debate acerca de la naturaleza de la economía china y la contribución de Arrighi, véase Richard Walker, “Karl Marx between Two Worlds: The Antinomies of Giovanni Arrighi’s Adam Smith in Beijing” p. 69; y para una crítica dura a Arrighi por un sinólogo, Flemming Christiansen, “Arrighi’s Adam Smith in Beijing: Engaging China”, ambas en *Historical Materialism* Vol 18, N. 1, 2010.

hegemonía interna a cada Estado es débil y esquemática: las naciones son compactos homogéneos, y se puede trabajar sobre el supuesto de que los Estados representan el interés compartido de las poblaciones.³⁷⁰

Buena parte de estos problemas se condensan, paradójicamente, en el objeto de estudio inicial de Arrighi: el largo siglo XX. Es hoy una idea común que alrededor de 1974, como *LTC* sostiene, se dio una ruptura en la historia del capitalismo y se terminó la época de oro de la posguerra. La misma noción está detrás de la periodización de Hobsbawm en su *Age of Extremes*. Sin embargo, la teorización de todo el ciclo sistémico de acumulación que emana de esta verdad aceptada se bifurca y se fragmenta alternativamente, en un determinismo político y en un determinismo económico. No es claro, por ejemplo, que el período M-C que se extiende de 1945-1973 haya sido un período de menor turbulencia política que el C-M posterior, que en la teoría de Arrighi necesariamente sería una etapa de enfrentamientos, competencia y guerras. Tras el final de la segunda guerra mundial los enfrentamientos bélicos se terminaron en el primer mundo, pero esos treinta años fueron de los más violentos para el tercer mundo: en China, Corea, Vietnam, Israel/Palestina, Egipto. James O'Connor intentó teorizar esta contradicción entre gran progreso económico y belicismo y acuñó el término *welfare-warfare state*.³⁷¹ Arrighi lo incluye en su epílogo del 2009 a *LTC*, pero el término sigue siendo ajeno a su arquitectura, para la cual sólo el primer término existe. En varias de esas guerras, paradójicamente, el hegemon fue derrotado. Aquí, entonces, en la doble lógica capitalismo-territorialismo el segundo elemento es pasado de largo, puesto que los ciclos de acumulación atañen al capitalismo y, en esa gran arquitectura, el territorialismo es un elemento subsidiario. Como no se puede argumentar que las guerras en Asia y el Medio Oriente respondieran a una lógica de competencia inter-capitalista entre Estados Unidos y, por ejemplo, Corea, Arrighi hace abstracción de ellas: no encajan con la idea de que el período M-C deba ser un período de estabilidad y crecimiento, así que son pasadas de largo. Sin embargo, el tercer mundo regresa como causal de la

³⁷⁰ Anderson, *The H-Word... op. cit.*, p. 115.

³⁷¹ *The Fiscal Crisis of the State*, Nueva York, St Martin's Press, 1973.

alianza entre el Estado americano y el capital financiero que desata el período C-M en 1973. Pero este período de financialización y turbulencia fue, paradójicamente, un período de enfriamiento del enfrentamiento entre EU y la URSS y el tercer mundo. Arrighi tiende a ver esto como una estrategia temporalmente exitosa de Estados Unidos, que logró cooptar con el dinero la rebelión que no había podido derrotar con las bombas. Pero su visión determinista política le impide limar las exageraciones de su determinismo económico, incluso cuando el recurso a una lógica territorialista autónoma está teóricamente a la mano. Por tanto, Arrighi busca detrás de cada crisis financiera y de cada desaire diplomático la crisis terminal del ciclo americano. Aquí se nota la ausencia de un análisis más concreto de las estrategias y expectativas de la política exterior americana, además de “crear un Estado universal” –una frase que dejará descontento a cualquier estudioso.

Volvamos, para terminar, a la prognosis. La mezcla entre Weber, Braudel y Marx desemboca en una peculiar y contradictoria idea de una sociedad post-capitalista. Arrighi afirma que el final del ciclo americano y su transición a un ciclo asiático o, alternativamente, la llegada de una época de caos interestatal en la que ninguna potencia hegemónica pueda dirigir un nuevo ciclo sistémico de acumulación sería ya el fin del capitalismo. En esta formulación es la idea de Braudel –o mejor dicho, la interpretación que Arrighi hace de Braudel- la que se impone. Si la esencia del capitalismo es su organización en un sistema interestatal eurocéntrico, el fin de ese sistema tal y como lo conocemos será también el fin del capitalismo. Esta idea es el regreso de la formulación original de Wallerstein del origen del capitalismo como la extensión del sistema-mundo en el siglo XVI, pero proyectada a un futuro post-capitalista. Es, con todas sus críticas a Wallerstein, una vuelta a un funcionalismo acaso más rabioso que el de su colega. Implica teorizar el capital como un sistema y, además, como un sistema político. En esta formulación, el capital como categoría histórica o proceso económico, paradójicamente, no existe: es equivalente al auge y caída

de las potencias hegemónicas.³⁷² La interrupción del ciclo será también el final del capitalismo. Pero, habiendo *ab initio* expulsado a la lucha de clases de la ecuación histórica, en esa fuga desaparece también todo resquicio de agencia histórica subalterna. La tierra prometida no vendrá como una emancipación consciente sino como la expansión del músculo económico chino -la menos romántica de las utopías.

³⁷² Postone, *op. cit.*, p. 16

Capítulo 5: Francis Fukuyama: El fin de la (mega)historia

Para terminar este estudio es necesario pasar ahora a una obra distinta, escrita parcial, aunque no completamente, fuera de los canales de comunicación marxistas-weberianos que se extienden de Anderson y Wallerstein a Arrighi y Mann en esas cuatro décadas. Sus figuras tutelares son distintas. Sus preocupaciones metahistóricas también. Pero no necesariamente sus preguntas y sus objetivos. La obra de Francis Fukuyama mostrará los relieves, los límites y la unidad de la historia universal contemporánea. Hasta ahora he seguido un método similar para analizar cada obra: luego de analizar el aparato conceptual en sus propios términos y los trazos esenciales de la narrativa histórica, me he guiado de la voluminosa literatura crítica escrita en torno a cada una, en particular cuando ésta ha sido producida por otros megahistoriadores. Es esta trama de críticas y referencias la que, sostengo, ha generado un diálogo y una verdadera corriente intelectual, de la cual todos estos autores abrevan. Con el último autor, Francis Fukuyama, no podremos hacer esto: sus obras han sido publicadas recientemente, y por tanto todavía no hay un gran hilo de críticas al cual asirse. Por tanto, luego de llevar a cabo el mismo procedimiento en la primera sección, pasaré a analizar la arquitectura narrativa de estas obras, e intentaré mostrar las tensiones, elipsis y saltos lógicos de la misma.

5.1 Hegel, Kojève y el legado neoconservador.

“Algo esencial ha cambiado en la historia universal”, escribió Francis Fukuyama en su famoso artículo *¿El Fin de la Historia?*³⁷³ ¿Qué era eso? El colapso de la URSS había hecho patente el fracaso de las alternativas a la democracia liberal –el fascismo y el socialismo– y ésta se convertiría, finalmente, en el horizonte infranqueable de organización social: “el punto final de la evolución ideológica y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma última del

³⁷³ Francis Fukuyama, “The End of History?” *The National Interest* 16, verano 1989, p. 3.

gobierno humano”.³⁷⁴ La precondition para poder enfrentar críticamente la obra de Fukuyama es desechar la reserva más simplista a su tesis original –que sigue siendo el faro articulador de todo su pensamiento histórico y político–; a saber, que los eventos no se han detenido, el conflicto no se ha extinto y la historia no puede haber realmente llegado a su fin.³⁷⁵ Su tesis es una reedición de la provocación³⁷⁶ del filósofo marxista Alexandre Kojève en su *Introducción a la Lectura de Hegel*, en la que afirmaba que la historia se había terminado en el campo de batalla de Jena en 1806, cuando Napoleón derrotó a Prusia y llevó los principios del Estado moderno a la tierra natal del filósofo alemán. 1989 no era sino la estación final del mundo posthistórico que había comenzado en 1806; un mundo que todavía no ocupaba al orbe entero, pero terminaría por hacerlo. En otras palabras, seguirá habiendo guerras, racismo, desigualdad. “Seguirá habiendo marxistas aquí y allá, en Managua y en Cambridge (...) pero se terminará su pretensión de estar en la vanguardia de la historia humana”.³⁷⁷ No surgirá una alternativa histórica que busque terminar o superar a la democracia capitalista liberal, como lo fueron el fascismo y el comunismo durante el siglo XX.³⁷⁸ La no-historia de ese mundo post-histórico consistirá en el lento, accidentado pero en última instancia irreversible proceso en el que los principios y la práctica de la democracia liberal se extenderán a todo el planeta. Esto implica –cuestión esencial- distinguir entre la historia, entendida como la sucesión de eventos; y la Historia, entendida como un proceso evolutivo coherente. La primera seguiría, pero es de poca importancia; la segunda había llegado a su culminación. El fin de la historia es lo que pasa cuando uno repite el *dictum* de Churchill acerca de que “la democracia es el peor de los sistemas de gobierno, excepto por todos los demás”; sólo que “los demás” han desaparecido.

³⁷⁴ Idem.

³⁷⁵ Por ejemplo la de Eric Hobsbawm, “Goodbye to all that”, en Robin Blackburn ed. *Afer the Fall*, Londres, Verso, p. 118.

³⁷⁶ La idea del fin de la historia es un leitmotiv común a buena parte del pensamiento histórico occidental. Aquí sólo nos enfocaremos en la genealogía Hegel-Kojève-Fukuyama. La obra clave sobre la idea del fin de la historia en el pensamiento de entreguerras al que pertenece Kojève es Lutz Niethammer, *Posthistoire: Has history come to an end?*, Londres, Verso, 1992.

³⁷⁷ Fukuyama, *op. cit.*, p. 15.

³⁷⁸ Fukuyama, *ibid.* p. 14.

Si el triunfo definitivo de la democracia liberal representa el final de la historia, ¿cuál es –o había sido- el motor de la misma? Este es un punto clave en la arquitectura teórica de Fukuyama. En el libro homónimo publicado tres años después, afirmaba que la dinámica histórica había emanado de dos mecanismos: el desarrollo tecnológico (en sus palabras: “la lógica de las ciencias naturales”), equiparado con el crecimiento económico, que había producido “una evolución universal en dirección al capitalismo” en Occidente; y la lucha por el reconocimiento: la necesidad de satisfacción del *thymos* platónico. Éstos provienen de una lectura antropologizada de Hegel: el hombre quiere comida y techo, pero también desea el deseo de otros hombres: ser visto como un igual o, incluso, como un superior.³⁷⁹ Una historia universal que no tome en cuenta estos motores será, respectivamente, crudamente materialista o idealista. A su vez, esta idea desemboca en una sociología política, pues los motores están en una relación de complementariedad con el Estado democrático moderno: sólo sobre la base del desarrollo económico se había podido construir ese Estado, en las décadas posteriores a la revolución industrial; y a su vez la democracia es la institucionalización más sólida del deseo de reconocimiento.³⁸⁰

Sin embargo, en la instanciación histórica de estos dos motores, es el deseo de reconocimiento el que adquiere primacía causal y cronológico. Fukuyama sugiere la siguiente secuencia: la lucha por el reconocimiento, transformado en megalothymos, es decir en la ambición de supremacía, da pie a la dialéctica del amo y del esclavo que genera el trabajo transformador de la naturaleza –en la versión de Kojève la lucha de clases; en la de Fukuyama la lógica de la ciencia. Es decir, las relaciones sociales de dominación y de producción emanan del deseo de reconocimiento individual y de la batalla por el puro prestigio que gana el amo, pierde el esclavo, y condena a éste a una vida de trabajo.³⁸¹ Disparado este mecanismo y puestos en marcha los dos motores, la Historia comienza. *The End of History* es una filosofía de la historia, pero no una detallada historia universal. Sus

³⁷⁹ Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*, Nueva York, Free Press, 2006, p. 144.

³⁸⁰ Gregory Elliot, *Ends in Sight: Marx, Fukuyama, Hobsbawm, Anderson*, Londres, Pluto, 2008. pp. 57-8.

³⁸¹ Fukuyama, *The End of History op cit.*, p. 147.

mecanismos sugerían que debería haber, con el tiempo, más democracia y más capitalismo, pero faltaban los *cómos*: de su origen, desarrollo y obstáculos.³⁸² En otras palabras, lo que faltaba era una teoría del desarrollo político.³⁸³ Eso no llegaría sino como resultado de una ruptura en su trayectoria y un giro en sus preocupaciones.

Muchas cosas han cambiado entre el momento de la escritura de ese ensayo en 1989 y la publicación de su historia universal propiamente dicha, *The Origins of Political Order* y *Political Order and Political Decay*, en el 2011 y 2014. Fukuyama se ha mantenido fiel a su idea sobre el triunfo final de la democracia liberal, pero la rimbombancia original de soldado de la guerra fría se ha evaporado. En 1989 Fukuyama era un analista del Departamento de Estado, experto en la estrategia militar soviética, consultor de la Corporación RAND, el think tank del complejo militar estadounidense por antonomasia, y un alto funcionario de la política exterior americana. Fue uno de los cerebros detrás del *Project for a New American Century*, el programa del neoconservadurismo de la presidencia Bush (en el capítulo anterior vimos cómo Arrighi, su colega en Johns Hopkins, entendió esta nueva estrategia exterior americana como el intento de formar un imperio universal). Sin embargo, tras la invasión a Iraq en el 2004, Fukuyama dio un giro radical. Rompió de manera pública y vistosa con los *neocons* al rechazar la guerra, y criticó a sus viejos aliados por haber adoptado una estrategia “leninsta”, al creer que la democracia podía ser exportada en la punta de las bayonetas del ejército americano y ser incapaces de ver cuán difíciles eran los problemas de construcción institucional una vez que los sátrapas habían sido echados.³⁸⁴

Alejado de los centros neurálgicos de toma de decisiones de la política exterior, Fukuyama pasó esa década como consultor del Banco Mundial, en programas de construcción y fortalecimiento institucional para países pobres y Estados fallidos, de Papúa Nueva Guinea a las Islas Salomón. No es difícil ver la

³⁸² Perry Anderson, “The Ends of History”, en *A Zone of Engagement*, Londres, Verso, 1992, p. 349.

³⁸³ Fukuyama, “Afterword to the 2006 edition” en *The End of History op cit.*, p. 353.

³⁸⁴ Francis Fukuyama, *America at the Crossroads: Democracy, Power, and the Neoconservative Legacy*, New Haven, Yale University Press, 2006, p. 55.

conexión entre estos dos proyectos, que corrieron paralelos en la vida obra de Fukuyama: por un lado, la crítica a los neoconservadores por ejercer unilateralmente la coerción y olvidarse de las instituciones; por el otro, su experiencia “sobre el terreno” en el mundo aún-no-posthistórico diseñando programas para construir las instituciones del Estado moderno, presentes formalmente pero que habían fracasado en echar raíces durante el proceso de importación. A su vez, estas dos dimensiones yacían, por ponerlo metafóricamente, en el límite exterior de su tesis original. Fukuyama había dejado abierta la puerta a una refutación empírica de la idea del fin de la historia si las democracias liberales sufrían un colapso irreversible. Su crítica a los neocons hacía eco de esta posibilidad, de lo que pasaría para EU y el mundo si la hegemonía americana sufría un descrédito brutal. En segundo lugar, aunque *El Fin de la Historia* asumía que muchos Estados tardarían un largo tiempo en llegar al mundo posthistórico y seguirían inmersos en problemas étnicos o religiosos, la superioridad del Estado liberal como horizonte último dependía no sólo del colapso de sus adversarios, sino de su genuina extensión al resto del mundo. El último cuarto de siglo planteaba la pregunta: ¿Por qué, si la democracia liberal era ya claramente la mejor –y prácticamente la única- forma de organización social, ésta no se implantaba de manera plácida en el resto del mundo?

Estos dos elementos, el lado “Banco Mundial” y el lado “Departamento de Estado” de Fukuyama tienen un largo pedigree intelectual, que es necesario entender aunque sea de la manera más somera, pues sin ellas el universo conceptual de su megahistoria sería prácticamente incomprensible. Hay dos grandes corrientes intelectuales que se unen en su obra. Una de ellas es el neoconservadurismo del que hablamos antes, y otra es la sociología histórica anglosajona ligeramente anterior a la de Anderson, Wallerstein y Skocpol, y cuyos principales exponentes son Samuel Huntington y Barrington Moore.

Los neoconservadores no son simplemente un grupo de interés o una red de contactos, sino un verdadero movimiento intelectual, con todo un sistema filosófico propio. Sus orígenes se remontan a Leo Strauss y a la generación de pensadores centroeuropeos conservadores que huyeron del nazismo y que desarrollaron en

Estados Unidos un discurso político-filosófico contra el totalitarismo –de derecha o izquierda. Fukuyama entró por la *voie royale* a este linaje, pues fue discípulo de Allan Bloom, a su vez un discípulo de Strauss. Si Fukuyama siempre ha estado de acuerdo con la interpretación neoconservadora sobre este último, que ve al totalitarismo como un único ente, indistinguiblemente de izquierda o de derecha, y a la libertad (a su vez, indistinguiblemente política y económica) como el principal antídoto al mismo, en su pensamiento hay también un fuerte componente kojéviano y, por esa vía, no sólo hegeliano sino también marxista y anti-posmoderno. Pues si para Fukuyama la esencia del famoso debate Kojève-Strauss yace en la posibilidad y la necesidad de sustanciar normativa y filosóficamente la “bondad” de los sistemas políticos –para Kojève un imperio socialista universal; para Strauss una democracia constitucional-³⁸⁵, su recuperación de Kojève era un modo de desechar los argumentos de la filosofía posmoderna que señalaban que, habiendo muerto Dios, el racionalismo, la naturaleza humana y el proyecto de la modernidad, la democracia quedaba por default, no porque fuera inherentemente buena –tal cosa era un sinsentido- sino simplemente porque no había otra opción.³⁸⁶ Por el contrario, Fukuyama enlista la lectura antropologizada que Kojève hace de Hegel para mostrar que en la dialéctica del amo y el esclavo yace una ineludible idea de la naturaleza humana de la que se puede dispensar sólo al precio de extirpar toda justificación normativa de la democracia liberal y dejarla flotar como un peor es nada. Volvemos al motor de la lucha por el reconocimiento, que tiene aquí su origen intelectual, y que recibe su consagración final en la civilización de la OCDE. El deseo de reconocimiento es, para Fukuyama, no sólo la motivación más profunda de la Historia sino también el vaso comunicante con la historia. Como tal, es transhistórica y común a todos los seres humanos, y yace en un sustrato biológico o genético de la naturaleza humana: “el proceso histórico puede ser visto como el resultado de la lucha antropologizada por el reconocimiento”.³⁸⁷ Ya dijimos cuál es el desenlace de

³⁸⁵ Timothy Burns & Brian Paul Frost, “Introduction”, en *Philosophy, History and Tyranny: Reexamining the Debate between Leo Strauss and Alexandre Kojève*, Albany, SUNY Press, 2016, p. 14.

³⁸⁶ Francis Fukuyama, “Reflections on The End of History: Five Years Later”, *History and Theory Theme Issue 34: World Historians and Their Critics* Vol. 34, N. 2, 1995, p. 36.

³⁸⁷ Fukuyama, *Ibid.* p. 38.

esa lucha: la democracia liberal. A su vez, aquí se encuentra el germen de su diferendo con los neocons: el problema de los gobiernos títere en el Medio Oriente es que son incapaces de cumplir el deseo de reconocimiento y, por tanto, están destinados al fracaso.

La segunda influencia se relaciona de manera más clara con el lado “Banco Mundial” de Fukuyama. *The Social Origins of Dictatorship and Democracy*, de Moore y *Political Order in Changing Societies*, de Huntington, publicadas casi simultáneamente, en 1966 y 1968, se volvieron clásicos instantáneos de la ciencia política. Ambas compartían un nivel macrosociológico y comparativo de análisis, abocado a entender los procesos de modernización y desarrollo de distintas sociedades. Fukuyama estudió con ambos en Harvard, donde se hizo discípulo de Huntington.

La obra de Moore pertenece a una tradición sociológica más clásica, en diálogo con Marx y Weber. *Social Origins* afirmaba que había tres vías a la modernidad: la democracia liberal, el comunismo y el fascismo, e intentó explicar el triunfo de cada una en función de las instituciones económicas, de la situación del campesinado y de las decisiones de las clases sociales al enfrentarse al proceso de industrialización. Es decir, de si el orden agrario tradicional había sido alterado, respectivamente, por una revolución burguesa, una revolución desde abajo o una revolución desde arriba.³⁸⁸ *Social Origins* no es una celebración de la trayectoria histórica de Europa Occidental, pero puede ser resumido en esa famosa línea, sin burguesía no hay democracia, a condición de entenderla de manera negativa: es decir, la mera presencia de la burguesía no garantiza la implantación de un sistema democrático, pero, al contrario, la sobrevivencia de una clase terrateniente fuerte sí obstaculiza la democracia y reduce las alternativas históricas a la sobrevivencia de esa clase bajo condiciones dictatoriales o a su aniquilación revolucionaria –como sucedió en América Latina y China, respectivamente. Esta explicación materialista-

³⁸⁸ Barrington Moore Jr., *Social Origins of Dictatorship and Democracy: Lord and Peasant in the Making of the Modern World*, Londres, Penguin Press, 1966.

institucional del tránsito a la modernidad es una de las columnas de *Political Order and Political Decay*.

Al contrario de Moore, un sociólogo radical, Huntington escribió su *Political Order* en una vena considerablemente más cercana al policy-making de la Guerra Fría. Contra la teleología de la teoría de la modernización de la época, Huntington afirma que no había un único proceso general llamado “desarrollo”, sino una multiplicidad de desarrollos político, económico, social, y, en segundo lugar, que el proceso inverso de decadencia política era igualmente posible. Esta desagregación del *telos* de la modernización le permitió a su vez afirmar que para los países en desarrollo era importante enfocarse en el fortalecimiento de instituciones estatales antes de dar entrada a una mayor participación política. En otras palabras, un Estado fuerte primero, democracia después. Publicado en 1968, *Political Order* celebraba la “modernización autoritaria” (término que acuñó) de Singapur y el PRI, y los ponía como ejemplos de estabilidad a seguir por el resto del mundo libre. El logro de Huntington fue hacer girar la discusión del puro crecimiento macroeconómico a su “superestructura” política institucional: antes de poder desarrollarse económicamente, los Estados tienen que poder proveer un orden básico.

Este es, programáticamente, el punto de partida más claro de la historia (con minúscula) de Fukuyama. Sin embargo, la propia delimitación temporal de la obra de Huntington (enfocada en los últimos dos siglos) constituía también un límite conceptual a su tesis. Al enfocarse en los países en desarrollo y compararlos con los desarrollados, *Political Order* presuponía ya la existencia del conjunto institucional del Estado moderno. Su análisis, por tanto, giraba en torno a cómo los países pobres podrían llegar a un lugar que ya existía, lo que evadía la pregunta de cómo se habían formado por primera vez esas instituciones. Finalmente, parecía descontar la posibilidad de que la decadencia política apresara también a los países

desarrollados.³⁸⁹ Son estas las limitantes que Fukuyama intentaría solucionar en su historia universal.

Estos son los orígenes políticos e intelectuales más claros de las dos obras que trataremos en este capítulo: la Historia, proveniente de Hegel y Kojève, con sus preocupaciones sobre la justificación normativa-antropológica de la democracia liberal como el fin del proceso evolutivo; y la historia, de Moore y Huntington, con sus preocupaciones institucionales sobre el desarrollo. Hegel y Kojève proporcionan la escala musical, y Huntington y Moore el tempo y los instrumentistas. Pero hay un tercer elemento, a la vez más difuso e insertado de manera más profunda en su historia universal. Fukuyama fue también un consejero del gobierno americano sobre biotecnología y modificación genética. Su pensamiento histórico, como sugerimos antes, emana de una explícita idea de la naturaleza humana como una serie de comportamientos transhistóricos, codificados en nuestro código genético, y que alternativamente facilitan o dificultan ciertos tipos de organización social. En su obra hay una defensa explícita de la noción de la naturaleza humana. Es el mejor punto de entrada a los dos volúmenes de su historia universal.

5.2. Del Fin de la Historia a Orden Político

The Origins of Political Order y *Political Order and Political Decay*³⁹⁰ son historias retrospectivas de los tres pilares de la democracia liberal actual: el Estado, el estado de derecho y la rendición de cuentas (*rule of law* y *accountability*). Cada uno de estos términos se refiere, respectivamente, a uno de los elementos de la terna *Estado liberal democrático*. Estos elementos han existido de manera separada, y su síntesis no es sino resultado de una coyuntura reciente. Es decir, los Estados existen desde hace unos cinco milenios, al tiempo que formas de limitar y balancear el poder político en la forma de una tradición jurídica independiente se desarrollaron

³⁸⁹ Francis Fukuyama, "Foreword", en Samuel Huntington, *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press, 2006, p. XIV.

³⁹⁰ Para evitar los anticlimáticos acrónimos TOPO y POPD, me referiré a estas obras, en tanto que conjunto, como *Political Order*.

en varias de las civilizaciones antiguas a partir de la religión y, finalmente, el conjunto de la clase gobernante y luego la mayoría de la población ha instaurado mecanismos de rendición de cuentas a los detentores del poder –en las asambleas de nobles germanos en el medioevo o en los parlamentos actuales. Éstas deben verse como tres trayectorias separadas que se fusionaron muy tardíamente, y que en consecuencia están sujetas a una lógica propia. Fukuyama se propone rastrearlas desde el origen de los tiempos.

Sin embargo, *The Origins* inicia con una discusión sobre la organización social de los chimpancés y las bases genéticas del comportamiento humano. Para él, hay dos grandes principios biológicos del comportamiento social entre los mamíferos avanzados: la *selección de parentesco* y el *altruismo recíproco*. Es parte de la naturaleza de muchas especies el tender a favorecer a los familiares cercanos, en relación directamente proporcional al porcentaje de genes que se comparten con esos individuos. La razón de esto es que el objetivo de la evolución biológica yace no en la supervivencia de un organismo específico, sino en la supervivencia de los genes. En el caso de las sociedades humanas, esto se expresa en la tendencia a transmitirles recursos a los parientes genéticos.³⁹¹ El altruismo recíproco, por el otro lado, se refiere a la cooperación entre individuos sin parentesco, y está basado en un primer acto de confianza a través del cual un individuo le hace un favor o un regalo a otro y, en la medida en que éste es recompensado, se genera una red de confianza y un nivel básico de cooperación que multiplica los beneficios. En las sociedades humanas primitivas, el altruismo recíproco se expresa en la institución del *regalo*, codificada por el sociólogo Marcel Mauss hace casi un siglo.

Tales son las bases biológicas del comportamiento social de los humanos: la gente tiende a favorecer a sus familiares y forjar lazos cooperativos de contraprestación con otros individuos. Éstas emanan de los imperativos de la transmisión genética, no de una cultura o sociedad específica. En la megahistoria de Fukuyama, estos dos principios son a la vez la base primordial de toda política y

³⁹¹ Francis Fukuyama, *The Origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*, Londres, Profile, 2012, p. 30.

el umbral a ser superado por el Estado moderno. Los principios weberianos de este último –impersonalidad, uniformidad, meritocracia- se oponen a tales comportamientos y, por tanto, el desarrollo político consiste en la lucha entre dos lógicas antitéticas. Es decir, el “estado natural” del que emanó –y al que puede revertir- el orden político impersonal actual es una consecuencia directa de la selección de parentesco –el nepotismo- y del altruismo recíproco –el clientelismo o la corrupción. Esto, siguiendo a Weber, *Political Order* lo llama un Estado patrimonial, visible lo mismo en la Francia absolutista que en la Nigeria actual (neopatrimonial, en este último caso): un orden político en el que la cosa pública es vista por la élite como su propiedad privada, y la política se estructura en redes clientelares y el disfrute de los recursos públicos.³⁹²

Todo hasta este momento parece provincia de la historia moderna y del ideal institucional que emergió con la revolución francesa. Pero el primer gesto inesperado de Fukuyama consiste en afirmar que todo Estado sólido ha desarrollado un principio de impersonalidad burocrática para coartar el patrimonialismo e, inversamente, que todo orden político socialmente complejo requiere de normas institucionales superiores a las del patrimonialismo tradicional. El primero en hacerlo clara y sistemáticamente fue la China en el siglo III AC.

El Estado Qin se embarcó en un impresionante proyecto político para terminar con el patrimonialismo “feudal” y con las fidelidades tribales presente hasta entonces: masificó al ejército al hacer a un lado a la casta de guerreros y reclutar campesinos, llevó a cabo una enorme reforma agraria que expropió a los terratenientes, sometió a los campesinos a un impuesto directo y estandarizado, creó una burocracia meritocrática con veinte rangos e implementó políticas brutales para romper los linajes tribales, en un intento explícito de terminar con el primado del parentesco. A través de cientos de guerras a lo largo de cuatro siglos, los Qin derrotaron a todos sus competidores y unificaron por primera vez a toda China bajo una única égida. Fukuyama critica a Weber por haber descrito a China como un Estado patrimonial y no darse cuenta de que toda la modernidad política que Europa

³⁹² Fukuyama, *Ibid.* pp. 78-9

descubriría casi dos mil años después estaba ya contenida ahí, en el legalismo Qin.³⁹³ No sólo eso, sino que los mecanismos de formación estatal eran los mismos para ambas civilizaciones. Pues todas las características que acabamos de enumerar, dice Fukuyama, emanaron como soluciones ad hoc a los problemas de la guerra: el Estado Qin se modernizó para triunfar en la guerra, y triunfó en la guerra porque se modernizó. Aquí la anaciclosis de Charles Tilly recibe su certificado de validez universal, y su máxima “states make war, and war makes states” es defendida en *Political Order* como la mejor explicación del desarrollo político, no para la Europa moderna, como Tilly la concibió, sino para la historia universal.³⁹⁴

En las décadas posteriores a la unificación Qin, la dinastía Han instauró el primer sistema estandarizado de examinación para el servicio público, basado en la doxa confucionista, a través del cual, en principio, cualquier individuo podría entrar a la burocracia estatal y llegar tan alto como sus cualidades personales le permitieran. Para Fukuyama este sería el primero de muchos intentos a lo largo de la historia para poder crear un sistema que contuviera los impulsos biológicos de nepotismo y corrupción. En este caso, darle autonomía a la burocracia y someter el ingreso y el avance en la misma al mérito como modo de evitar su patrimonialización; es decir su captura por grupos de interés.³⁹⁵

El Estado Qin-Han duró más de cuatro siglos, un éxito impresionante sin duda, pero terminó por colapsar. ¿Por qué? Aquí nos acercamos una vez más – desde una mirilla mucho más antigua que las otras- a la pregunta de la Gran Divergencia. Parte de la respuesta es consistente con la desagregación huntingtoniana de la idea de la modernización. Es decir, China pasó por un largo y sostenido período de desarrollo político, pero éste no se vio acompañado de ningún desarrollo económico cualitativo. Lo que es más, el propio desarrollo político fue unidimensional. Es decir, de las tres categorías constitutivas de la democracia liberal, sólo una de ellas se institucionalizó en China -el Estado-, al tiempo que la ausencia de una religión de salvación impidió la creación de una fuente de autoridad

³⁹³ Fukuyama, *ibid*, p. 126

³⁹⁴ Fukuyama, *ibid*, p. 111, para la defensa más coherente de Tilly en el caso chino.

³⁹⁵ Fukuyama, *ibid*, pp. 134-6.

distinta de la del emperador que pudiera desembocar en un poder jurídico independiente; y la rendición de cuentas se mantuvo subinstitucionalizada en la idea del mandato del cielo. “El capitalismo no se pudo desarrollar en China”, dice Fukuyama, aunque su contrademostración se reduce a los elementos *políticos* que acabamos de mencionar.³⁹⁶ Al final, las políticas totalitarias Qin lograron contener el influjo del tribalismo y patrimonialismo, pero no disolverlo en la identidad individual moderna asociada con el capitalismo. La modernidad del Estado chino se erigió sobre el pilar de esas bases premodernas, y no en su aniquilamiento. Esta comparación, sin embargo –con Qin-Han parecería que la civilización china alcanzó su umbral máximo de desarrollo, y los siguientes dos milenios consistirán en un ir y venir del patrimonialismo a esta primera modernidad-, y el carácter político de las respuestas avanzadas por Fukuyama sugieren una primera limitante, que analizaremos más tarde: la subteorización de la economía, en una obra que se concibe explícitamente como una historia del desarrollo político pero que no puede prescindir de un plano económico subyacente que se asoma una y otra vez, no como hipótesis, sino como presuposición.

La dialéctica patrimonialización vs modernidad es la línea general del desarrollo de todas las grandes civilizaciones antes de la revolución industrial, con distintos niveles de institucionalización de cada uno de los tres elementos: India disfrutaba de un fuerte imperio de la ley, expresado en la independencia de los brahmanes de la casta militar, aunque poseía un Estado mucho menos fuerte y moderno que el chino.³⁹⁷ La invención china del sistema imperial de exámenes no es sino un caso específico de *evolución general*; es decir, la respuesta concreta a un problema que afecta a todas las sociedades: ¿cómo evitar la patrimonialización del Estado? *The Origins* afirma que respuestas análogas fueron inventadas por otras sociedades. Una de las más célebres es la institución del devshirme en el imperio otomano: muchachos cristianos extraídos de sus familias y esclavizados, para luego recibir una educación de élite y ocupar los puestos más altos en la estructura administrativa imperial o a formar parte del cuerpo de jenízaros, la

³⁹⁶ Fukuyama, *ibid*, pp. 126-7.

³⁹⁷ Fukuyama, *ibid*, pp. 180 y ss.

guardia de élite del sultán. Ninguno de ellos podía ser propietario de tierras ni heredarles nada a sus hijos (los jenízaros tenían que ser célibes). Fukuyama afirma que esta fue la solución encontrada por los gobernantes musulmanes a los problemas de la construcción estatal en una de las sociedades más profundamente tribales del mundo: darle las riendas de la administración a un grupo foráneo, sometido absolutamente al sultán e imposibilitado de formar vínculos con la tierra o con la población.³⁹⁸ Lo mismo puede decirse de los mamelucos –soldados esclavos- o -acaso el ejemplo más radical- de los eunucos, una práctica inventada por los sumerios y usada por muchas de las grandes civilizaciones: depositar las cuestiones más sensibles del Estado en individuos que por su propia condición no pueden siquiera pensar en favorecer a sus descendientes.

Todas estas soluciones al problema de la selección de parentesco se vieron carcomidas en el largo plazo por la decadencia política; i.e., la lenta reinserción del nepotismo y el clientelismo. Los mamelucos lograron heredar su status a sus hijos; a los jenízaros se les permitió procrear y, posteriormente, heredar también su posición; el sistema imperial de exámenes se volvió un nido de tráfico de influencias.³⁹⁹ Lo que subyace a todos estos procesos de reinserción de los principios biológicos es el anclaje social de los mismos en lealtades tribales o corporativas: los Estados tuvieron que inventar instituciones cada vez más barrocas para contener la penetración de los principios de fidelidad antimodernas omnipresentes en la sociedad. El resultado nunca fue síntesis, sino tensión. ¿Qué pasaba en Europa durante este tiempo? No es sino hasta un momento tardío que Occidente entra en la narrativa de *Political Order*, pero su previa ausencia se ve compensada con un gran privilegio histórico.

Europa en la Alta Edad Media logró quebrar los linajes tribales, y desde un momento muy temprano la familia nuclear se volvió la base de la sociedad. Hasta ese momento, todas las civilizaciones habían pasado por un proceso evolutivo análogo: el *gens* romano era el equivalente antropológico de los linajes agnaticios

³⁹⁸ Fukuyama, *ibid*, p. 190.

³⁹⁹ Fukuyama, *ibid*, p. 226.

patrilineales chinos y árabes. Sin embargo, la fuerza institucional de la Iglesia Católica incentivó el desarrollo de otro tipo de sociedad. En la Europa medieval la adopción, el divorcio, el concubinato, el matrimonio entre primos y el levirato (el matrimonio de una viuda con el hermano menor del difunto) fueron objeto de una verdadera guerra social por parte de la Iglesia, que finalmente logró prohibirlos. ¿Por qué? No por teología ni por moralidad, sino simplemente porque limitar las “estrategias de herencia” de las unidades de parentesco tribal ampliaría a su vez las posibilidades de que las propiedades, al quedar sin herederos, pasaran a la iglesia. En otras palabras, si las personas no podían divorciarse, ni volverse a casar al enviudar, ni adoptar hijos, el universo de posibles herederos se reducía y aumentaban las posibilidades de que la Iglesia recibiera parte de las propiedades. En los dos siglos que siguieron al colapso del imperio romano, la iglesia se hizo de una tercera parte de la tierra en Francia y el norte de Italia. Pero su consecuencia inesperada es que los linajes tribales, omnipresentes hasta ese momento en toda sociedad, terminaron por desaparecer. En su lugar, quedó algo muy parecido a la familia nuclear, y, además, las mujeres subieron varios peldaños en la jerarquía social (si una viuda no podía volverse a casar, y la propiedad de su marido no podía tampoco volver a la familia de él, ella tenía que poder ser propietaria). La consecuencia directa del colapso de la organización tribal o agnaticia fue el surgimiento de la individualidad. Europa, por tanto, vivió un proceso de desarrollo *social* antes de vivir uno de desarrollo político; la lealtad tribal que había corroído al Estado moderno en otras regiones fue quebrada antes de que éste emergiera. El camino quedó abierto para que cuando tal cosa sucediera, su enraizamiento fuera mucho más sólido. Si el Ascenso de Occidente es una función de la Especificidad de Occidente, esta última tiene su *fons et origo* más primigenia en las alteraciones en la estructura familiar producidas por el del deseo de enriquecimiento de la iglesia en el siglo VI.⁴⁰⁰

Este es, visto en perspectiva, el argumento clave en toda la narrativa de Fukuyama. Esta modificación social, que desbroza el camino de un Estado

⁴⁰⁰ Fukuyama, *ibid*, pp. 233-8.

verdaderamente moderno y de una sociedad hobbesiana, nunca fue realmente replicada en ningún otro lado, pues todas las otras sociedades han mantenido formas subyacentes de organización tribal. ¿De dónde venía? De un importante, aunque tentativo estudio del antropólogo marxista británico Jack Goody: *The Development of Family and Marriage in Europe*. Éste consistía en un intento realmente innovador de maridar la historia eclesiástica y la interpretación social de la teología con la antropología estructural. El argumento de Goody es ligeramente distinto al de *Political Order* –para él el cambio importante tuvo lugar antes, desde la institucionalización de la iglesia con Constantino.⁴⁰¹ Detalles aparte, hay tres cosas que notar acerca de esto. La argumentación de Goody está compuesta de una manera deductiva: si es posible rastrear con bastante exactitud la realidad de un cambio en la estructura familiar alrededor de los siglos V y VII, Goody confiesa que su única vinculación documental con las estrategias económicas de la iglesia yace en los escritos de Salviano en el siglo V. De manera más importante, Fukuyama es el primer megahistoriador que recurre explícitamente a la antropología y a la organización social molecular como dimensión explicativa del cambio histórico. Tilly había mencionado tangencialmente un argumento similar en su *Formation of National States* de 1974, pero lo había hecho a un lado inmediatamente para enfocarse en las cuestiones que estudiamos antes. *The Development*, construido como una comparación a tres vías entre el mediterráneo musulmán, la Europa cristiana y el África negra, y como una polémica con la idea de la unidad mediterránea de Braudel, se planteaba desde el principio la hipótesis de la desintegración de los vínculos agnaticios en Europa como la causa de la superioridad de Occidente⁴⁰² aunque –y esto no es menor- nunca postula ninguna afinidad entre el Estado moderno post siglo XVI y el individualismo que se abre camino desde el siglo V. El eslabón estaba ahí para ser insertado en una historia universal que Goody nunca conectó en una narrativa coherente, si se quiere, pero este último se abstuvo de trazar las posibles implicaciones de su tesis. Veremos

⁴⁰¹ Jack Goody, *The Development of the Family and Marriage in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, p. 99-101.

⁴⁰² Goody, *ibid.*, pp. 7-9.

más tarde las implicaciones de la tunelización milenaria llevada a cabo por Fukuyama.

A partir de este momento, *Political Order* se convierte en una historia universal un tanto más convencional, y su cosmopolitismo inicial se transforma plácidamente en un eurocentrismo temático. Los siguientes siglos consisten en la continua ampliación de esta ventaja inicial: Europa desarrolló una esfera jurídica independiente del poder político tras el conflicto de las investiduras que opuso a los emperadores romanos germánicos y a los papas entre los siglos XI y XII⁴⁰³; y finalmente, en Gran Bretaña y en sus colonias americanas se instauró un mecanismo de rendición de cuentas del poder político a la sociedad tras la Revolución Gloriosa. Esta última es, para Fukuyama, el verdadero salto a la modernidad (Dinamarca es otro “buen” caso; Francia es usada como un ejemplo negativo). Si la gran suerte de Gran Bretaña consistió en encontrar un balance el Estado y la sociedad civil –en un extremo, en Rusia no había límites institucionales al poder del monarca; en otro, en Hungría y Polonia la élite o la sociedad civil era mucho más poderosa que el rey e impidió el desarrollo del Estado- la precondition de la propia vida parlamentaria fue la fortaleza de la burguesía. Fukuyama adhiere a una visión de la revolución burguesa idéntica a la del marxismo clásico, incluso si en más de un momento se toma su tiempo para defender la teoría de la modernización de Adam Smith contra la de Marx. Pero no hay duda de las líneas generales de la trayectoria inglesa: la comercialización produjo una burguesía urbana autónoma que, aliada con la clase media de yeomen y un sector modernizador en el aparato estatal, se opuso a la aristocracia y al rey y logró instaurar una monarquía constitucional basada en el principio del vínculo entre el pago de impuestos y la representación política.⁴⁰⁴

Aquí llegamos a los límites externos de la teoría del desarrollo político en las sociedades agrarias. Con la llegada del capitalismo, dice Fukuyama, la expectativa de un crecimiento económico constante cambiaría las reglas del juego para las

⁴⁰³ Fukuyama, *The Origins... op cit.*, pp. 264-66.

⁴⁰⁴ Fukuyama, *ibid.*, 410-14

clases sociales y para la élite, abriendo la posibilidad de que los terratenientes “truequen” su exclusividad en el poder político por un mayor poder económico, despejando con esto el camino a una revolución burguesa relativamente pacífica, cuyo modelo son las escandinavas. El salir de la sociedad maltusiana implicó que el desarrollo político dejó de ser un juego a suma nula y se volvió uno a suma positiva, en el que todos los actores podían ver mejorar su situación, y volvió un anacronismo el comportamiento “depredador” de las élites; es decir, el enriquecimiento a través de la guerra y el despojo.⁴⁰⁵

La otra gran división geológica en la historia universal de Fukuyama, por tanto, es el antes y después del capitalismo. Éste cambia la racionalidad política de todos los actores, y abre un abanico de nuevas posibilidades de modernización para las sociedades que se ven tocadas por su bendición. Es, de manera explícita, la línea divisoria entre el primer y el segundo volumen: el mundo histórico de *The Origins of Political Development*, y el mundo post-histórico de *Political Order and Political Decay*, en el que el reto de los estadistas y de sus filósofos consiste en implementar un ideal ya existente: las tres dimensiones del desarrollo que echaron raíces en Europa a lo largo de más de un milenio, en un proceso plagado de accidentes y felices coyunturas. El ideal de Jena.⁴⁰⁶

¿Cuáles son estos? Organizado temática más que cronológicamente, el interés del segundo volumen yace en la reconstrucción implícita de la tesis del fin de la historia (después de todo, *Political Decay* estudia lo que sucede después del final de la misma). Fukuyama sigue adhiriendo a ésta, como dijimos, pero este libro es una buena muestra de la inquietud de su demiurgo ante sus fisuras y límites. Si su autor se propone desde el principio no dar recomendaciones de política pública, el propio descargo de responsabilidad es ya una confesión de objetivos tácitos. Su punto de partida, por supuesto, es el malestar democrático: el mal funcionamiento de las democracias liberales sólidas; su “mímica isomórfica” en el tercer mundo (sistemas formalmente democráticos pero realmente clientelistas o autoritarios) y el

⁴⁰⁵ Fukuyama, *ibid*, pp. 464-68.

⁴⁰⁶ Fukuyama, *ibid*, p. 420.

fracaso de su extensión en otras partes; en el Medio Oriente y en China. La democracia ha dejado de expandirse durante la primera década del siglo XXI, y en varios países se ve asaltada por una serie de desafíos que no ha podido arrostrar: el desencantamiento y la baja participación de la población, el auge de alternativas populistas, el marasmo burocrático y la incapacidad institucional para poner en práctica políticas públicas importantes. Esto último es lo que Fukuyama define como decadencia política. Sus fuentes son la rigidez institucional, es decir la incapacidad de cambiar procedimientos y reglas del pasado que han perdido su razón de ser; y la repatrimonialización, i.e., el regreso de los principios biológicos, aunque esta vez sobredeterminados por el capitalismo tardío: en el auge de los lobbies y la captura de las instituciones por grupos de interés.⁴⁰⁷

Political Decay busca extraer lecciones de la historia de instituciones estatales eficientes y poderosas, desde la burocracia prusiana de Federico el Grande hasta el Servicio Forestal de Estados Unidos a principios del siglo XX. El *quid* de su analítica histórica está en un punto clave de la evolución general: cómo algunas sociedades pudieron transformar sus Estados patrimoniales en Estados meritocráticos modernos, como pista para solucionar los procesos actuales de decadencia política. Gran Bretaña escapó del patrimonialismo a mediados del siglo XIX, Estados Unidos a principios del XX y Costa Rica unas décadas después; pero Italia, Grecia o Nicaragua nunca lo lograron, a pesar de que las dos primeras sí vivieron procesos de modernización económica.

Si el desarrollo político no emana directamente del desarrollo económico, ¿qué explica la implantación de un Estado liberal democrático en algunos lugares y no en otros, y cómo evitar la repatrimonialización en curso en las naciones posthistóricas? Fukuyama responde con una tranquilidad olímpica que exasperará a los conservadores intervencionistas. La guerra, dice él, ha sido el principal fuste histórico a través del cual los órdenes políticos patrimoniales se vieron obligados a modernizarse o perecer. América Latina, que nunca estuvo sometida realmente a

⁴⁰⁷ Francis Fukuyama, *Political Order and Political Decay: From the Industrial Revolution to the Globalization of Democracy*, Nueva York, Farrar, Strauss and Giroux, 2014, pp. 29-30.

presiones bélicas del mismo modo que Europa, le puede achacar a la paz parte de la culpa de su patrimonialismo persistente (Tilly tenía razón también por la negativa). Sin embargo, tal mecanismo difícilmente producirá el mismo resultado hoy en día, y en cualquier caso nadie puede aconsejar ir la guerra para terminar con la corrupción de los gobernadores de ningún país del tercer mundo.⁴⁰⁸ ¿Qué hacer entonces? Una lenta impaciencia: la existencia de un polo grande y rico de países democráticos ha cambiado el juego del desarrollo político. Sus modelos pueden ser emulados, y éstos mismos pueden ayudar. Ante todo, no hay que desesperar del clientelismo, pues es una forma primigenia de participación democrática. Lo mismo en Estados Unidos tras la revolución jacksoniana que en el México de Adolfo López Mateos o en Papúa Nueva Guinea el día de hoy,⁴⁰⁹ la movilización electoral no-programática para que un sector, etnia o región determinada obtenga recursos públicos debe verse como una forma primitiva de participación política que genera mecanismos informales de rendición de cuentas.⁴¹⁰ La patrimonialización, en estos casos, emana de un pecado original en la secuencia de la modernización: los países en los que se abrió la franquicia electoral antes de que se formara un Estado weberiano sólido pasaron por períodos largos de clientelismo: Huntington tenía razón. La democracia fungió como un mecanismo de captura de pedazos del presupuesto público antes que como un mandato popular, y el propio Estado no fue lo suficientemente fuerte como para evitarlo –la trayectoria americana, al contrario de la alemana.

¿Cómo salir de este marasmo? La solución, para Fukuyama, no yace en más democracia, sino en más Estado. Ni en la Unión Europea ni en América Latina la gente necesita más votaciones, referéndums ni interminables consultas ciudadanas; la sociedad necesita que las instituciones estatales tengan tareas claras y la capacidad humana y financiera para llevarlas a cabo, y que éstas rindan cuentas a una idea nocional del bien común, no a patrones políticos o económicos. Los

⁴⁰⁸ Fukuyama, *ibid*, p. 261.

⁴⁰⁹ Esta es la única mención que México o Papúa Nueva Guinea reciben en todas las historias universales estudiadas en este trabajo: Fukuyama, *ibid*, pp. 256-7 para México.

⁴¹⁰ Fukuyama, *ibid*, p. 87.

estadistas reformadores y las agencias de desarrollo deben enfocarse en fortalecer estas capacidades y en cortar los nudos de inercia institucional antes que en delirar con hacer una democracia más participativa. En algunos pasajes Fukuyama dispara una prosa encendida contra los lobbies y la fusión del poder político y el poder económico, pero el sentido general de su argumento va en la dirección contraria, acaso a pesar suyo: los grupos de interés son nocivos y deben ser mantenidos a raya, pero su existencia es algo inevitable que se debe contener, no extirpar. Sin embargo, la sobredemocratización representa un riesgo más ontológico. En un pasaje importante, *Political Decay* sugiere que hay algo de verdad en el desprecio de los sociólogos conservadores italianos de principios de siglo, Mosca y Pareto, hacia la democracia como apenas otra guisa de la dominación de las élites. De hecho, Marx había llegado a esta misma conclusión antes que ellos, pero éste creyó erróneamente que la solución al problema de la dominación a través de la democracia yacía en el comunismo. Eso, por supuesto, fracasó, y ahora no queda sino la boleta y la casilla. Pero “la gente no siempre tiene la razón”, dice; y de hecho las elecciones ni siquiera garantizan la adecuada representación de las mayorías.⁴¹¹ ¿Qué queda entonces? Es una síntesis entre Huntington y Hegel la que se asoma en estas líneas. No el pueblo ni la democracia, sino el Estado es la verdadera encarnación del espíritu histórico. Siempre habrá amos y esclavos, así que pretender cooptar a los últimos con mecanismos de participación cada vez más barrocos no es de ninguna utilidad. El Estado debe mantenerse alejado de las exigencias absurdas de las mayorías y de la captura de las minorías, pues las instituciones autónomas, sólidas y meritocráticas son las únicas que pueden asegurar –producir– el bien común.

¿Qué sigue, si las democracias se ven carcomidas desde dentro y el tercer mundo parece incapaz de romper con el círculo vicioso del patrimonialismo? No hay que menospreciar la fuerza de la denuncia de las últimas cien páginas de *Political Decay* contra la corrupción del sistema americano, su absurda vetocracia, su representatividad premoderna y la captura de ambos partidos por intereses

⁴¹¹ Fukuyama, *ibid*, pp. 420-23.

económicos. Pero los problemas políticos parecen disolverse en el trazado de una asíntota económica. Aquí es donde Barrington Moore y Karl Marx o, mejor dicho, un sociólogo sintético que Fukuyama nombra Marx-Moore entra a cuadro. Pues si Marx tenía razón en lo general de su análisis de las clases sociales, y en efecto incluso hoy en día la burguesía prefiere un Estado que salvaguarde su propiedad a un sistema democrático, y la clase obrera no ha sido ontológicamente inoculada de favorecer alternativas distributivas radicales, la principal contribución de Moore consistió en mostrar que la proyección marxista de la desaparición de las clases medias (campesinas o de otro tipo) no se sostiene. Todo lo contrario. El nuestro es hoy en día un mundo cada vez más de clases medias. Es una buena noticia para la democracia, pues éstas guardan la llave para escapar de la Caribdis de la dictadura del proletariado y la Escila de la dictadura de la burguesía. La actitud de las clases medias, y su capacidad de establecer alianzas con sectores reformistas ilustrados del proletariado y la burguesía es crítica para el establecimiento de democracias sólidas, pues éstas son la “base social” de la democracia, y el grupo que más ardientemente la desea.⁴¹² Otra vez, la corriente general de la historia va en la dirección correcta: el tamaño de las clases medias en el tercer mundo no ha dejado de aumentar, y aunque esto no desata automáticamente procesos de democratización, sí permite que, cuando éstos se instauren, sean sólidos.

Fukuyama concede que el impresionante éxito del modelo chino podría representar un desafío a la superioridad de la democracia como horizonte último de organización social. Si la gente tiene que elegir entre una democracia con un crecimiento raquítico y una economía en crecimiento con un Estado autoritario eficiente, ¿no sería normal esperar que elijan la segunda? *Political Decay* descarta que la mayoría de la humanidad se enfrente a una decisión de ese tipo. China dejará de crecer a ese ritmo mucho antes de que el ciudadano promedio alcance el nivel de vida de Occidente; lo que estamos viendo, como diría Kojève hace tiempo, es apenas el emparejamiento de las provincias. Por supuesto, Occidente tiene una gran tarea por cumplir, y es el poder maridar de una mejor manera la eficiencia

⁴¹² Fukuyama, *ibid*, pp. 406-8.

estatal con la democracia. Pero el gran crecimiento de la clase media, en Irán, China o Turquía, -que Fukuyama asume seguirá durante las siguientes décadas- más tarde que temprano producirá una serie de exigencias y expectativas hacia el Estado que la simple provisión de empleo no podrá solucionar.⁴¹³ Cuando estos países hayan llegado a niveles de riqueza que permitan que la lucha diaria por el pan pase a un discreto segundo plano, se reimpondrá el deseo de reconocimiento y más tarde que temprano la democracia, el único sistema que puede cumplirlo, se extenderá hasta los confines más lejanos.⁴¹⁴

5.3. Democracia y capitalismo en el final de la historia

The Origins of Political Order y *Political Order and Political Decay* deben ser leídas a la luz del *Fin de la Historia*; como la culminación intelectual de un proyecto que comenzó, un cuarto de siglo antes, en la forma de una metahistoria filosófica y se convirtió en una verdadera historia universal. Estos volúmenes fueron publicados hace poco tiempo, y, aunque han sido ampliamente leídos y reseñados en por lo menos los grandes medios anglosajones, no han provocado todavía respuestas sostenidas como las megahistorias previas sí lo han hecho. Estoy seguro de que las habrá, pero hay una diferencia: todas las megahistorias previas pertenecían a un mismo universo intelectual, de autores *outsiders* a la academia, con sensibilidades de izquierda, cuando no expresamente revolucionarios. Su historia intelectual es, en cierto sentido, una sola: es posible seguir, como lo he mostrado en los capítulos previos, la trama de referencias, influencias, de debates no terminados y de críticas sobreseídas. Fukuyama, enfáticamente, no pertenece a ese universo de sensibilidades, a esa trama. Falta por ver si los megahistoriadores que siguen vivos, o sus interlocutores, apreciarán a *Political Order* como lo que es: una historia universal análoga a las suyas, en donde Marx y Weber tienen credenciales

⁴¹³ Fukuyama, *ibid*, pp. 443-4.

⁴¹⁴ Fukuyama, *ibid*, pp. 544-6.

de paternidad tan reales como en las otras, incluso si el trato de Fukuyama hacia esas figuras tutelares es idiosincrático.

Mientras tanto, una lectura crítica de *Political Order* debe partir de su relación con el *Fin de la Historia*. La transformación de la tesis política-filosófica original en una historia universal ha producido, acaso inevitablemente, una serie de elipsis, silencios y desplazamientos. Son estas tensiones, entre la tesis original y su instanciación posterior, y dentro de esta última, las que habremos de analizar en la siguiente sección.

La configuración intelectual de *Political Order* es, como sugerimos más arriba, distinta a la de la megahistoria previa. Pero la persistencia de Marx y Weber se hace sentir aquí también. Cuando *El fin de la historia* se publicó, uno de las reacciones más virulentas que provocó fue la de Samuel Huntington. Él, como otros conservadores, vio en la despreocupación metahistórica de Fukuyama una trampa: el mundo todavía no era seguro para la democracia liberal, quedaban miles de amenazas y desafíos por ser resueltos, y la ideología triunfalista expuesta en sus páginas no podía sino provocar una peligrosa inacción. Huntington le achacaba esta actitud intelectual a un marxismo que se había colado secretamente en el pensamiento de su viejo discípulo. ¿Qué toda esa idea del Estado universal y homogéneo y de la extinción de conflicto y la competencia no olía a comunismo? “No sólo hablan de la misma cosa, sino que piensan de la misma manera. El marxismo está vivo y coleando en los argumentos de Fukuyama para refutarlo”.⁴¹⁵ Estas líneas describen de manera inmejorable su historia universal. Si en teoría Fukuyama proclama que las ideas son igualmente importantes para la historia, la verdad es que *Political Order* es una historia de un materialismo institucional tan sólido como el de Michael Mann o Perry Anderson. Instituciones, clases, Estados, grupos sociales, élites. Esos son sus personajes. No individuos ni ideas. Tal vez se pueda ver un guiño irónico al difunto Huntington en esos pasajes en los que Fukuyama acepta que el esquema sintético Marx-Moore es la clave para entender la modernización y la mejor apuesta de la democracia liberal actual. En esta lectura,

⁴¹⁵ Samuel Huntington, “No Exit: The Problems of Endism”, in *The National Interest*, otoño 1989, p. 9.

el materialismo histórico se vuelve la teoría que mejor explica la configuración social del mundo posthistórico, incluso si es un mundo capitalista-liberal y no comunista.

Fukuyama, genealógicamente el más alejado de los debates entre marxistas y weberianos de los años '70 que dieron pie a las primeras generaciones de la historia universal, es un orgulloso heredero de las mismas figuras tutelares.⁴¹⁶ Pero lo peculiar de la reformulación de las genealogías intelectuales que cristalizan en Fukuyama, es que la más explícitamente marxista es paradójicamente la que contribuye menos a este materialismo institucional: la de Kojève. El marxismo de Kojève es uno entre antropológico y fenomenológico; a años luz del de Anderson o Wallerstein. El materialismo institucional de Fukuyama proviene de otras fuentes, de Moore y del propio Huntington, pero es difícil a estas alturas pensar que pueda haber una historia universal que no lo sea en alguna medida. Tal vez esta recepción y reformulación pueda ponerse en una paráfrasis: si Marx buscó encontrar la verdad en la dialéctica hegeliana poniendo de cabeza a Hegel y extirpándolo de su idealismo, Fukuyama puso de cabeza a Marx para intentar volver a Hegel. Es difícil decir si Fukuyama volvió a Hegel al final del viaje, pero es un hecho que en el camino su valija quedó repleta de marxismo.

Dentro de la configuración argumentativa del *Fin de la Historia*, sólo hay dos caminos para refutar la idea de que la evolución histórica ha llegado a su horizonte final –uno por cada motor de la historia. Sin duda el más común, cuando éste fue publicado, era el negarse a aceptar que después de la democracia liberal no hay nada sustancialmente nuevo ni mejor, sino apenas mejoras a la misma. Esta fue una reserva que Fukuyama no se tomó en serio al principio, pero, dos décadas y media después, *Political Order* debe verse como un modo de afinar la puntería ante la ineludible crisis de las democracias durante los primeros años del siglo XXI. Como dijimos antes, es esta crisis la que proporciona el resorte político que su tesis original intenta resolver –y a la cual no puede sino amoldarse. Lo que uno percibe de inmediato es un cambio de tono: no se siente ya la confianza del soldado de la

⁴¹⁶ Weber aparece menos, pero el ideal del estado burocrático de Fukuyama es explícitamente el estado weberiano.

guerra fría que ha ganado la guerra, sino a la vez el hartazgo del intelectual excluido del *establishment* y una confianza entre sociológica y filosófica en que las contradicciones del sistema podrán ser resueltas dentro de los límites del mismo. Sin embargo, antes de seguir por este camino, es necesario decir unas pocas palabras acerca de la otra potencial refutación de la tesis del fin de la historia, una a la que en *Political Order* Fukuyama decidió ponerle paréntesis y excluirlo completamente, pero que está omnipresente en el resto de su pensamiento.

La inclinación natural al nepotismo y el clientelismo está en una relativa contradicción con la idea del fin de la historia: en principio, la primera se mantendrá, por lo menos en potencia, independientemente de lo modernas y sofisticadas que sean las instituciones políticas. Sin duda que en Occidente aquella se suavizó importantemente a raíz de la gran transformación antropológica del alto medioevo, pero no ha desaparecido. En otros textos, Fukuyama había encontrado una solución a esta contradicción, pero esa solución es a la vez la refutación más sistemática (aunque más rimbombante) de la tesis del fin de la historia. En la formulación original el desarrollo económico era un subsidiario de la lógica de las ciencias naturales –el otro motor de la historia junto con la lucha por el reconocimiento–, cuyo progreso es exógeno e inevitable. Fukuyama concedió muchos años después que la única crítica sensata a que la historia había llegado a su fin es que no se podía postular simultáneamente esto último y el desarrollo de la ciencia como motor de la misma. Los avances de la tecnología en el crecimiento económico general producirán rendimientos decrecientes, sin duda, pero la biotecnología, y en particular la modificación genética, cambiará la propia sustancia de la naturaleza humana y con eso las predisposiciones biológicas hacia la selección de parentesco y el altruismo recíproco.⁴¹⁷ La revolución biotecnológica abolirá a la humanidad en tanto que especie al poder modificar su código genético. Como resultado, el viejo sueño de la modernidad de crear un nuevo hombre -la gran ingeniería social que fracasó en todos los grandes proyectos modernizadores post-revolución francesa- se volverá posible. Los post-humanos del futuro se verán inoculados de la inclinación hacia el

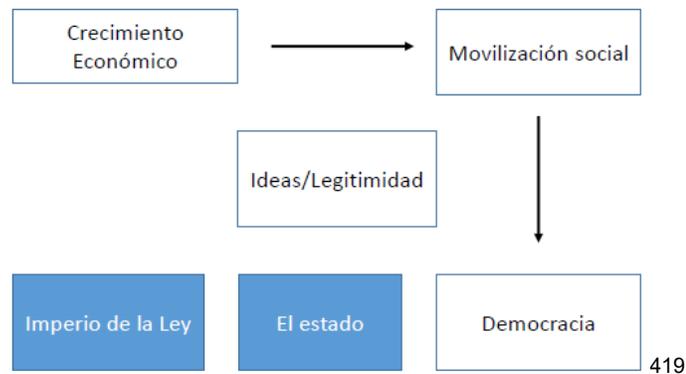
⁴¹⁷ Este es el sujeto de *Our Posthuman Future: The Biotechnological Revolution and the Reconstitution of Social Order*, Nueva York, Farrar, Strauss & Giroux, 2002.

nepotismo y el pago de favores, y tal vez incluso prescindirán del deseo de reconocimiento.⁴¹⁸ Con esto, dice Fukuyama, la Historia habrá realmente llegado a su fin, porque la humanidad habrá llegado a su fin.

En el universo de *Political Order*, estrictamente político e institucional, lo anterior es una excentricidad difícil de acomodar. Sobre su factibilidad o coherencia, me abstendré de decir nada (Fukuyama ha asesorado a varios presidentes de Estados Unidos acerca de estos temas). Intelectualmente, es en efecto la única salida a la dialéctica entre la modernidad política y los impulsos biológicos, pero sus resultados parecen demasiado alejados como para tener consecuencias concretas en su historia universal y las perspectivas a mediano plazo. Sus consecuencias más cercanas se notan, con todo, en el desvanecimiento que sufre en la historia universal la primera consecuencia del desarrollo científico; i.e., el crecimiento económico. Con esto volvemos al primer motor del desarrollo y la potencial refutación de la tesis de Fukuyama.

En la arquitectura de *Political Order* la economía no tiene lugar explícito. Esto no es un lapsus: en varios momentos acepta que la suya es una historia de una de las dimensiones del desarrollo, la política; y que la económica, intelectual y cultural quedarán de lado. Pero hay una diferencia entre éstas. Si Fukuyama en varios momentos nos recuerda, con una insistencia que suena una nota de descreimiento, que “las ideas importan”, y analiza con cierto detalle la ideología del republicanismo, la importancia de la religión; la economía al contrario no recibe ningún tipo de tratamiento, al mismo tiempo que se ve sólidamente anclada en el trasfondo como fuente de cambios históricos de primera magnitud. Es, como dijimos, el antes y después del capitalismo el que divide el primer del segundo volumen, y la presencia del mismo el que cambia la dinámica de la competencia política. Esta simultánea relación de exterioridad y determinación se ve con claridad en los esquemas de desarrollo, en los que el crecimiento económico es una variable exógena e inexplicada, pero a su vez es el origen del desarrollo político.

⁴¹⁸ Francis Fukuyama, “Second Thoughts: The Last Man in a Bottle”, in *The National Interest*, Verano 1999.



El origen intelectual de esta acentuación tan diferenciada lo mencionamos antes: viene de Huntington, con su insistencia en la construcción de órdenes políticos estables, en oposición a Rostov y la teoría de la modernización, obsesionada con los factores que permiten el despegue económico. Pero en el muy largo plazo de *Political Order*, es claro que hay un punto en el que la economía se vuelve indispensable para una explicación más global. La política no es un mecanismo autopulsado que se explique a sí mismo. Al prescindir de una explicación de las causas y los orígenes del desarrollo económico sostenido, éste –y sus consecuencias modernizadoras- adquiere la forma de un espectro tan inesperado como poderoso. Los escasos pasajes sobre el crecimiento de la burguesía y el comercio en la Inglaterra del siglo XVII –el origen del capitalismo- son en realidad bastante pobres. Una similar subdeterminación se percibe en sus recomendaciones de construcción institucional. De poco le servirá a Zambia o a Papúa Nueva Guinea tener un orden político estable si se ven sumidos en marasmos económicos interminables. La respuesta de Fukuyama parece ser: hagan lo primero, y esperen. El desarrollo económico es una abeja impredecible y lo único que se puede hacer es estar listo para aprovechar cuando ella decida acercarse a polinizar las sociedades tradicionales.

Este *subanálisis* de la economía la convierte también en el límite de sus propuestas a los males del mundo contemporáneo. En su discusión sobre el

⁴¹⁹ Fukuyama, *Political Order op cit.*, p. 530.

irresistible auge de la clase media en el tercer mundo, *Political Decay* acepta que en el primero ésta parece estar en retroceso demográfico ante el aumento de la desigualdad. Si de las premisas contrarias se desprendieran conclusiones contrarias, Fukuyama podría haber visto en esto la principal sirena de alarma ante la dificultad de solucionar la decadencia de la democracia occidental: su base social se está evaporando. Pero arrostra estos problemas con una despreocupación olímpica: hay dificultades, es cierto, pero no se puede juzgar el futuro histórico de un orden político por lo que pasa en una década. “No creo que haya una crisis sistémica de la gobernabilidad democrática”.⁴²⁰ Las crisis del siglo XX fueron peores. Además, por su propia naturaleza, las democracias son lentas en responder. Así que los gobiernos deberían, para contrarrestar el adelgazamiento de su clase media, implementar políticas educativas para transformar a los mineros del carbón en ingenieros informáticos.⁴²¹ Lo importante, políticas públicas aparte, es aceptar que hay rigidez institucional y que hay que deshacerse de la misma.

Hay una última reflexión con la que es necesario terminar este capítulo. Es la que toca a la estación final de la historia del que Fukuyama es un heraldo. Como se habrá notado, hay un desbalance estructural entre las partes de *Political Order*, entre las tres dimensiones del desarrollo. Si en teoría tanto la rendición de cuentas como el derecho y el Estado son igualmente importantes, el hecho de que este último reciba más atención que los otros dos juntos traiciona una jerarquía implícita en su pensamiento histórico. *Political Order* es una historia del Estado, y en esa medida es también una megahistoria, que comparte exactamente los mismos postulados que todas las otras obras estudiadas en este trabajo, empezando por la sublimación de la historia universal en los polos Estado y capital. Esta jerarquización, sin embargo, se encuentra en contradicción con la primacía asignada desde *El Fin de la Historia* al deseo de reconocimiento sobre el desarrollo económico como motores del proceso histórico. En efecto, uno tiene la sensación de que la democracia, que en la primera arquitectura filosófica jugaba un rol tan importante, termina por desvanecerse histórica y conceptualmente hasta el punto

⁴²⁰ Fukuyama, *Political Decay... op cit.*, p. 546.

⁴²¹ Fukuyama, *ibid*, p. 451.

de volverse apenas un sobrante necesario. Esto es así porque, para empezar, la rendición de cuentas no es equivalente a la democracia. La primera, como Fukuyama es perfectamente consciente, ha existido y ha sido efectiva en la ausencia de mecanismos de elección popular lo mismo que en democracias censitarias restringidas. Su narrativa histórica sugiere que los sistemas políticos con una democracia restringida pero con mecanismos transparentes de rendición de cuentas –Inglaterra en el siglo XIX- son más eficientes que las grandes cacofonías populares como Estados Unidos o la India. Lo mismo su tácita aprobación de la propuesta de Huntington de modificar el umbral de voto para que sólo los contribuyentes puedan votar, y que por tanto se ate la representación política a la contribución financiera a la cosa pública (un *no taxation without representation* invertido y obligatorio: *no representation without taxation*).

En otras palabras, el nudo conceptual central al que *Political Decay* se enfrenta es el problema de la dominación a través de la democracia de Pareto y Mosca. Fukuyama ensaya dos soluciones. Una es sociológica, y gira en torno a la idea de que la expansión de la clase media dislocará o por lo menos suavizará la dialéctica del amo y del esclavo. Éstos seguirán existiendo, pero si el mundo se parece cada vez más a Escandinavia, las diferencias entre uno y otro, y la existencia de un amplio sector intermedio reducirán los problemas de la división entre clases. La segunda –más clásicamente kojéviana- es más importante, y es la que termina por tomar ventaja en la obra, aunque se mantiene siempre en una relación de cierta exterioridad con la primera. Consiste en afirmar que sí, que seguirá habiendo amos y esclavos hagamos lo que hagamos, pero que la democracia es necesaria para que los esclavos se sientan realizados. El resultado de esta línea de argumentación, que separa a la rendición de cuentas de la democracia, y en realidad enfatiza la prevención de los excesos democráticos, es que esta última termina por no jugar ninguna función imprescindible en los órdenes políticos.⁴²² Todo lo que ella puede hacer, otros lo pueden hacer mejor. Excepto por una cosa, que ocupa un lugar a la

⁴²² Esta alternativa aparece de la manera más clara en el último capítulo, particularmente Fukuyama *ibid.*, pp. 540 y ss.; “la agencia política implicada por la política democrática cumple una función importante en la vida humana en su propio derecho, independientemente de la calidad de gobierno que produzca”.

vez externo y más profundo a la sociedad: la satisfacción del deseo de reconocimiento. Pero, extirpada la democracia de toda funcionalidad real, tal satisfacción tiene algo de artificial. Es un profiláctico. Lo que la gente vote en las casillas tendrá relativamente poca importancia para que el Estado alcance el bien común, pero la misma puesta en escena de la representatividad es un acto del que el mundo posthistórico no podrá prescindir, en tanto que *escenificación*. El fin de la historia, decía Fukuyama en un pasaje brutal y apocalíptico,

será una época triste. La lucha por el reconocimiento, la disposición a arriesgar la vida por un objetivo abstracto, la lucha ideológica mundial que requirió de tanta valentía, imaginación e idealismo, será reemplazada por el cálculo económico, la solución interminable de problemas técnicos, preocupaciones ambientales y la satisfacción de demandas de consumo cada vez más sofisticadas. En el período post-histórico no habrá arte ni filosofía, sólo el cuidado perpetuo del museo de la historia humana. Puedo sentir en mí mismo, y en otros a mi alrededor, una poderosa nostalgia por la época en la que la historia existía. Esa nostalgia seguirá alimentando la competencia y el conflicto durante un tiempo, incluso en el mundo posthistórico. Aunque reconozco su inevitabilidad, tengo los sentimientos más ambivalentes hacia la civilización que fue creada en Europa en 1945, con sus extensiones americanas y asiáticas. Posiblemente el mismo prospecto de siglos de aburrimiento al final de la historia pondrá a la historia, una vez más, en marcha.⁴²³

En el fin de la historia no hay realmente política, pues no hay alternativas. La democracia llegará a su máxima extensión mundial precisamente cuando no haya nada que elegir. Es el mejor sistema político no porque represente la soberanía popular –no lo hace- sino porque –los italianos no vieron esto- cumple el deseo de reconocimiento. Será necesario preservar un simulacro de la política para que los esclavos mantengan un recuerdo de tiempos más heroicos, y de ese simulacro extraigan alguna satisfacción. Un sedante. La ironía final es que aunque el sistema histórico-filosófico de Fukuyama fue originalmente concebido como una defensa normativa y moral –y no sólo funcional- de la democracia, cuando este mecanismo es puesto en marcha y su instanciación histórica toma ventaja sobre la reflexión

⁴²³ Francis Fukuyama, "The End of History?", *op. cit.*, p. 18.

filosófica, la democracia termina por no tener lugar más que como placebo a la dolencia del deseo de reconocimiento. El sistema es capaz, intelectualmente, de extirpar toda justificación funcional, pero lo que queda no es la sustancia de la libertad humana como la había defendido originalmente, sino apenas una escenificación de la misma.

Conclusión.

Este trabajo ha intentado rastrear el origen, desarrollo y posible fin de una corriente específica de la historiografía moderna, que he conceptualizado como una instanciación contemporánea de la historia universal clásica. En un primer nivel, he partido de la incómoda existencia de un puñado de obras que intentan contar y explicar la historia de la humanidad desde hace más de medio milenio, en algunos casos desde el origen de la civilización, con total indiferencia hacia las divisiones tradicionales de la disciplina histórica. ¿Qué explica no sólo la existencia sino también la influencia de *Las fuentes del poder social* o de *Orden político* en un momento en el que se supone que las grandes narrativas habían quedado superadas? He intentado mostrar que estas ambiciosas y atrevidas obras fueron escritas como parte de un diálogo común, sostenido a lo largo de varias décadas, entre estos seis autores y, ante todo, que el tema primordial de esta conversación ha sido la problemática de los Estados y el capital; el hilo negro de la transición a la modernidad para todos estos autores. Esta problemática, y las que de ella se desprenden de la manera más cercana –el problema de la Gran Divergencia, el diálogo con Karl Marx y Max Weber, el carácter interdisciplinario de estas obras- configuran un verdadero universo intelectual de referencias compartidas, sobre el que se ha montado la megahistoria como corriente de la historia universal contemporánea.

En un trabajo tentativo como este, siempre quedan muchas cosas por hacer. Como dije antes, lamento no haberle podido prestar más atención a las otras manifestaciones de la historia universal fuera de la corriente específica estudiada aquí. En segundo lugar, no he tocado más que de manera muy somera el vínculo entre los megahistoriadores y las figuras tutelares en las que se inspiran; en el contexto de una tesis de maestría, no podía ser de otra manera, pero creo que la alta calidad de estudios filológicos y de historia intelectual acerca de Marx y Weber y, en menor medida, Hintze y Kojève podría permitir entender cuán necesariamente selectiva ha sido la lectura que de éstos hicieron los historiadores de los que trata este trabajo, y cómo esas partes no tratadas de la

obra de estos teóricos podrían iluminar los problemas a los que se enfrentaron y que quedaron, a menudo, sin resolución. El ejemplo paradigmático de esto es la división en el marxismo entre una escuela produccionista y una circulacionista representadas por Brenner y Wallerstein, respectivamente, pero lo mismo se puede decir de la obra de Weber acerca de las civilizaciones antiguas o de la obra tardía de Hintze, que buscó entender las relaciones entre la guerra y la sociedad de una manera menos mecanística y que, por lo que sabemos, no fue leída por los autores en cuestión. Del mismo modo, escribir un trabajo de este tipo conlleva poner un punto final a las lecturas relevantes, y es inevitable que esa decisión sea aleatoria y deje fuera muchos textos importantes. En este caso, cuando lo esencial del plan de trabajo estaba ya hecho se publicaron dos obras importantes que hubiera querido tratar con más detalle. Una es la que parece el examen teórico histórico más cuidadosos de la tesis Tilly, y la otra es una importante contribución a la historiografía de la historia universal.⁴²⁴ Afortunadamente, ninguno de estos dos ha hecho obsoleto mi trabajo ni refutado mis tesis. Es reconfortante, por el otro lado, saber que el tema en general, y los autores en particular, son al día de hoy objeto de estudio de historiadores en distintas partes del mundo.

Reconstrucciones partisanas de la experiencia humana en el mundo, el problema subyacente a esta corriente, o a cualquier proyecto de este nivel de ambición –y a este mismo trabajo- es la cuestión de la totalidad, y de la capacidad del conocimiento humano para aprehenderla. Probablemente el principal mérito del resurgimiento de la historia macro en años recientes es el mostrar que la historiografía contemporánea no puede renunciar a tratar este problema más que al precio de abandonar parte de su capacidad explicativa. Hay un modo más digerible de tratarlo: el del problema de la creación de marcos de significado.

⁴²⁴ Lars Bo Kaspersen ed., *Does War Make States?: Investigations of Charles Tilly's Historical Sociology*, Cambridge, Cambridge UP, 2017; y Franz Fillafer, "A World Connecting?" *op. cit.*. Este último lo discuto en la introducción, pero la aportación de Fillafer, publicada a inicios del 2018, es tan novedosa e importante que mi tratamiento no podía sino ser aproximativo.

¿Pero qué pasará con esta cuestión una vez que esta corriente específica, y el paradigma en torno al cual se estructuró, llega a su fin biológico?

En efecto, sostento que la megahistoria se ha terminado. La historia universal sin duda cobrará nuevos bríos, como Fredric Jameson sugirió hace poco.⁴²⁵ Pero la configuración intelectual específica que este trabajo ha rastreado; predominantemente angloamericana, que emergió de los grandes debates de la sociología histórica y la historia económica de mediados de los años '70, y cuyos protagonistas nacieron entre 1930 y 1950, se ha terminado definitivamente. Arrighi y Tilly fallecieron ya, Anderson y Wallerstein son octogenarios, Mann y Fukuyama llevaron a término sus obras. La consecuencia de esto es que las historias universales que vengan en el futuro -y no dudo que las habrá- verán a los autores tratados aquí como figuras tutelares, no como contemporáneos. *Adam Smith en Pekín*, por ejemplo, del 2007, es una obra en diálogo con sus “contemporáneos” de 1974, *Passages/Lineages*, el *Moderno Sistema Mundo* y la tesis Brenner, interlocutores de toda la vida de Arrighi. Ha sido una larga contemporaneidad: no falta mucho para que estas obras cumplan medio siglo. Pero esa contemporaneidad se ha terminado ya.

Con esto no pretendo afirmar que muchas de las características que definen a la megahistoria –el diálogo con Marx y Weber, el recurso a la sociología histórica y la historia económica y, ante todo, la sublimación de la historia en la relación Estados-capital- se vean modificadas radicalmente por la historia universal futura. Me parece que un olvido intelectual tan completo como el que sepultó al paradigma cíclico-civilizacional de la primera mitad del siglo XX es imposible. Es difícil pensar en una historia universal que no sea en un alto grado materialista e institucional: variaciones no marxistas (o no sólo) de un materialismo histórico flexible y plural; interesado en los Estados y el capital, así como en la organización política y la estructura económica de las sociedades.

⁴²⁵ Fredric Jameson, “Commentary”, en Kojin Karatani, *The Structure of World History*, Durham, Duke University Press, 2017.

La obra de Fukuyama es una especie de medio eslabón en esta dirección. Es a la vez un legatario directo y ya una especie distinta de la megahistoria, perteneciente a una genealogía y una configuración intelectual distinta. Su misma existencia es una confirmación de que hay vida para la historia universal después de la generación de historiadores económicos y sociólogos-históricos marxistas y weberianos que la practicaron durante cuatro décadas, y que esta nueva generación será profundamente deudora de los historiadores que hemos estudiado aquí.

Pero la megahistoria también ha dejado innumerables cabos sueltos: preguntas no respondidas y, acaso de manera más importante, preguntas no planteadas. Estos desafíos fueron el motor que impulsó los debates hacia adelante, en cuya resolución se buscaba superar los horizontes de las obras previas. Posiblemente el silencio más importante es que los megahistoriadores rara vez aceptaron que estaban haciendo historia universal. Fueron, en general, incapaces de defender sistemáticamente la validez de sus proyectos en sus propios términos: no *sólo* como comprobaciones de un programa de investigación específico –Mann- o como contextualizaciones históricas de una solución política –Anderson-. (Otra vez, Fukuyama es una parcial excepción, al ser el único en defender explícitamente el proyecto de la historia universal). El salto de esas razones teóricas y políticas a la escritura de una historia universal es uno que no se explica únicamente por la lógica interna de tales programas de investigación o desafíos políticos, sino por un impulso de otro tipo. Es ese impulso el que a menudo han ocultado, y que a falta de una mejor definición podemos llamar la necesidad de la totalidad.⁴²⁶ Es decir, la inconformidad con un conocimiento descriptivo, encasillado en interminables compartimentos: nacionales, disciplinarios, de periodización.

⁴²⁶ Hacia el final de la escritura de este trabajo encontré el libro de Quentin Skinner, *The Return of Grand Theory in the Human Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, que rastrea un impulso similar no en la historia sino en las otras ciencias sociales. Queda para el futuro entender las relaciones entre la gran teoría y las grandes narrativas a través de las franjas disciplinarias.

Al mismo tiempo, ese es un impulso por definición incumplido e irresuelto. La historia universal es y seguirá siendo a la vez una quimera y una necesidad; una asíntota hacia una totalidad que se aleja a cada paso, como una sombra. La necesidad inaplazable de poner las cosas en perspectiva. De proporcionar significado, o por lo menos de plantearse el problema del significado. Preguntarse si hay una, o varias, lógicas del desarrollo histórico -¿y si no las hay, qué hay? ¿todo es estrictamente aleatorio? -; preguntarse en qué medida el individuo tiene control sobre su destino; desagregar la importancia relativa de las estructuras que han condicionado a las sociedades en el pasado, y de los mecanismos casuales que la modifican hoy en día. Esas son preguntas que seguirán surgiendo, y que no encontrarán una respuesta en los archivos que constituyen la materia prima de los historiadores, sino en un nivel distinto de reflexión. Una reflexión que necesariamente tiene que ser comparativa y que será más fructífera en tanto esté anclada en un conocimiento de primera mano de la literatura especialista, pero que no puede ser simplemente una extensión de la especialidad del historiador académico.⁴²⁷ En otras palabras, la historia universal será más útil en tanto extirpe toda pretensión metahistórica y profética, y se pueda presentar como un proyecto de investigación realista y con criterios de verdad definidos.

La consecuencia de negarse a aceptar la necesidad de la historia universal es que, en la ausencia de una visión panóptica seria del pasado, el vacío se verá inevitablemente llenado por visiones panópticas de baja calidad. El ejemplo más extremo de este abandono del campo de batalla de la historiografía universal no es el surgimiento de bestsellers que repiten esquemas tecnocéntricos o geografocéntricos –Jared Diamond-, sino de obras completamente ideologizadas: historia universal basura. Poco después de la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca, por ejemplo, salió a la luz que su Jefe de Seguridad Nacional, Steve Bannon, creía fervientemente en una teoría cíclica de la historia americana conocida como *La Cuarta Transformación*, que postula que cada cien

⁴²⁷ Sanjay Subrahmyan cree que es posible escribir una historia global o mundial con un pie firmemente anclado en el trabajo archivístico: *Aux Origines de l'Histoire Globale*, Paris, Le College de France, 2016.

años la sociedad anglo-americana pasa por períodos de decadencia que sólo pueden ser superados tras un cataclismo social, que impulsa a los estadounidenses a unirse y crear un nuevo futuro.⁴²⁸ El libro, que abarca del fin de la Edad Media a los albores del siglo XXI, y que sin duda ha vendido más ejemplares que todas las megahistorias juntas, postula que estamos a punto de vivir un gran evento transformador, en el que se perderán millones de vidas, pero del que EU emergerá más fuerte y unido.

Por supuesto, leer los cuatro volúmenes de *Las Fuentes del Poder Social* difícilmente hubiera provocado que Bannon cambiara de opinión. Pero el argumento se sostiene en un nivel general: como Franz Fillafer mostró, lo que la historiografía rankeana y post-rankeana hizo no fue prescindir realmente de la vieja historia universal, sino apenas elevarla a una presuposición omnipresente.⁴²⁹ Su entelequia, en la forma de la periodización tradicional, persistió. Así, al tiempo que los medievalistas podían sumergirse en sus archivos en total separación de los clasicistas, la demanda de una visión panorámica, dispuesta a enfrentarse al problema del significado del proceso histórico al teorizar y no sólo describir, se mantuvo. En los primeros años del siglo XX, quedó despejado el camino para historias universales del estilo de *La Decadencia de Occidente*, de la que *La Cuarta Transformación* es claramente un refrito tardío. La primera ventaja de la aceptación de la historia universal es el hacer explícito ese marco general de referencias, tanto teóricas como de periodización, y someterlo a la reflexión y la crítica.

Al mismo tiempo, si el enfoque de la megahistoria en la relación Estados-capital fue enormemente fructífero, es posible que ahora sea necesario abrir un poco ese fórceps y enriquecer esa relación con otros elementos –una cuestión que, sin duda, complicará en términos teóricos y empíricos cualquier obra. William McNeill continuó su *Ascenso de Occidente* con dos obras macrohistóricas temáticas: una sobre la influencia de lo militar en la historia y otra sobre la

⁴²⁸ William Strauss & Neil Howe, *The Fourth Turning: An American Prophecy - What the Cycles of History Tell Us About America's Next Rendezvous with Destiny*, Nueva York, Broadway Books, 1997.

⁴²⁹ Franz Fillafer, *op. cit.* Véase el capítulo 1.

influencia de la naturaleza, en la forma de plagas y alimentación. El primer tema, como vimos, fue retomado por nuestros autores, pero el segundo fue completamente ignorado. En las megahistorias no hay más de una mención acerca de ese elemento esencial para las sociedades preindustriales; a saber, la naturaleza. La sola amenaza de una crisis ecológica en el futuro próximo resalta la importancia de incluir las relaciones sociedad-naturaleza en una historia universal. Lo mismo sucede con la organización molecular de la sociedad –el terreno de estudio tradicional de la antropología social- y, una cuestión atada a ésta: el género –problemas ignorados por la megahistoria. Mann en algún momento sugiere que las relaciones de género deberían ser consideradas dentro de su teoría de las cristalizaciones del poder social, pero que tal cosa complicaría demasiado sus esquemas. Sin duda que es cierto, pero la exclusión no es inocente. Del mismo modo, posiblemente la crítica más rica a la tesis Brenner es que éste asume la estabilidad y la distribución equitativa de la explotación dentro de la familia campesina europea.⁴³⁰ Fukuyama encontró una veta inexplorada al relacionar el auge del capitalismo y el Estado con la excepcional configuración familiar en Europa, pero su tratamiento es acaso demasiado somero. Aquí se abren avenidas de investigación que esperan a gritos ser exploradas.

La suerte de cualquier macrosociología comparativa estará atada estrechamente al problema de la Gran Divergencia, y por tanto se ha vuelto imprescindible lidiar con esa literatura de una manera más sistemática –una ausencia que se nota fuertemente en Michael Mann y que es resuelta de manera poco satisfactoria por Arrighi. Al principio rechacé toda denuncia generalizada de eurocentrismo como un mal punto de partida para un análisis crítico, pero no hay que dejar de enfatizar que todas las historias universales estudiadas aquí son, o se vuelven, historias de Occidente. Al mismo tiempo, no se puede no entender la razón de esto: Occidente impuso su modelo de organización social a todo el orbe. Un horizonte intelectual similar seguirá siendo inevitable –por lo menos hasta que China domine el mundo, si es que eso termina por suceder en algún momento.

⁴³⁰ Esa es la conclusión que se desprende de la obra de Silvia Federici, *Caliban and the Witch: Women, The Body and Primitive Accumulation*, Nueva York, Autonomedia, 2004. Véase Richard Braude, *op. cit.*, p. 188.

Jack Goody sostiene en uno de sus últimos libros que décadas de investigación sobre La Gran Divergencia no han generado ningún tipo de consenso, ni sobre sus razones, ni siquiera sobre la cronología.⁴³¹ Lo mismo puede decirse sobre la megahistoria: Mann ve a Occidente ya claramente adelantado en el año 1000; Arrighi en 1800. Sin embargo, es en esto –el gran debate de las ciencias sociales, si es que hay alguno- en donde una historia universal es más útil, y en donde su perspectiva del largo plazo y sus herramientas teóricas pueden rendir los mejores frutos.

La historia universal ha vivido una vida secreta y vergonzante por lo menos el último medio siglo. Sus practicantes alcanzaron gran reconocimiento presentándose como *otra cosa* distinta de historiadores universales. Tal vez eso era inevitable, en vista de lo especulativa y oscura que había sido la generación de Spengler y Toynbee. Pero las cosas han cambiado finalmente. La historia global/mundial ha llegado con bombo y platillo a la mayoría de las academias de historia. Creímos haber vivido mucho tiempo sin la historia universal. Ahora sabemos que no fue así: estaba ahí, oculta, como un paria. Parece haber adquirido finalmente *droit de cité* dentro de la academia al tiempo que la generación que la impulsó llegó a su fin. Es probable que en las siguientes dos décadas la mayoría de las carreras de historia incluyan en sus programas cursos de historia universal, en los que se hable del capitalismo, de sistemas-mundo, de Marx y de Weber. ¿Su ingreso a la academia equivaldrá a una domesticación intelectual? Aunque sería fútil pretender predecir su futuro, su profesionalización difícilmente podrá compensar el fin de los resortes metahistóricos que la impulsaron durante medio siglo –ciertamente éstos se agotaron para los marxistas, y posiblemente incluso también para los conservadores. Es posible que la historia universal entre –para usar en otro contexto la frase de Maurice Merleau-Ponty- “en una nueva fase de su historia, en la que puede inspirar y

⁴³¹ Jack Goody, *Capitalism and Modernity: The Great Debate*, Londres, Polity, 2004, p. 16

orientar el análisis, y retener incluso un cierto valor heurístico, pero en la que ciertamente ya no es verdad en el sentido en el que creíamos que era verdad”.⁴³²

⁴³² Maurice Merleau-Ponty, *Signes*, Paris, Gallimard, 1960, p. 16

Bibliografía

- Abrams, Philip, "Notes on the Difficulty of Studying the State" *Journal of Historical Sociology*, Vol. 1 N. 1, 1988, pp. 58-89.
- Albritton, Robert; Jessop, Bob & Westra, Richard, eds., *Political Economy and Global Capitalism*, Londres, Anthem Press, 2007, 243 p.
- Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, 2da ed., Londres, Verso, 1990, 224 p.
- Anderson, Perry, "Origins of the Present Crisis", *New Left Review*, 1era época, n. 23, 1964, pp. 26-53.
- Anderson, Perry, *Passages from Antiquity to Feudalism*, 3ra ed., Londres, Verso, 2013, 304 p.
- Anderson, Perry, *Lineages of the Absolutist State*, 2da ed., Londres, Verso, 1979, 573 p.
- Anderson, Perry, "The Antinomies of Antonio Gramsci", *New Left Review* 1era época, n. 100, 1976, pp. 5-78.
- Anderson, Perry, *Considerations on Western Marxism*, Londres, Verso, 1976, 184 p.
- Anderson, Perry, *In the Tracks of Historical Materialism*, Londres, Verso, 1983, 112 p.
- Anderson, Perry, "The Notion of Bourgeois Revolution", en *English Questions*, Londres, Verso, 1992, pp. 105-121.
- Anderson, Perry, "Michael Mann's Sociology of Power", en *A Zone of Engagement*, Londres, Verso, 1992, pp. 76-87.
- Anderson, Perry, "The Ends of History", en *Ibid*, pp. 279-377.
- Anderson, Perry, "Confronting Defeat", en *Spectrum: From Right to Left in the World of Ideas*, Londres y Nueva York, Verso, 2005, pp. 277-323.
- Anderson, Perry, "Civil War, Global Distemper", en *Ibid*, pp. 232-276.
- Anderson, Perry, "Renewals", en *New Left Review* 2da época, n. 1, 2000, pp. 5-24.
- Anderson, Perry, *The H-Word: The Peripeteia of Hegemony*, Londres y Nueva York, Verso, 2017, 190 p.
- Andreato, Filippo, "Il Lungo Ventesimo Secolo e le relazioni internazionali" *Contemporanea* Vol. 6, N. 3, 2005, pp. 559-563.
- Anievas, Alexander & Nisancioglu, Kerem, *How the West Came to Rule: The Geopolitical Origins of Capitalism*, Londres, Pluto Press, 2015, 386 p.

- Aristóteles, *La Política*, traducción de Carlos García Gual y Aurelio Pérez Jiménez, Madrid, Alianza Editorial, 2015, 424 p.
- Arrighi, Giovanni, "Capitalism and the World System, Rethinking the Non-debates of the 1970's", *Review (Fernand Braudel Center)*, Vol. 21, N. 1, 1998, pp. 113-129.
- Arrighi, Giovanni, *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Times*, 2da ed., Londres y Nueva York, Verso, 2009, 416 p.
- Arrighi, Giovanni, "Postscript to the 2009 Edition", *Ibid*, pp. 371-387.
- Arrighi, Giovanni, *Adam Smith in Beijing: Lineages of Twenty-first Century*, Londres y Nueva York, Verso, 2007, 418 p.
- Arrighi, Giovanni, "Financial Expansions in World Historical Perspective: A Reply to Robert Pollin", *New Left Review* primera época, N. 219, 1996, pp. 154-159.
- Badie, Bertrand, *L'État Importé: L'Occidentalisation de l'Ordre Politique*, Paris, Fayard, 1992, 334 p.
- Baechler, Jean, "Essai sur Les Origines du Système Capitaliste", *European Journal of Sociology*, Vol. 9, N. 2, 1968, pp. 205-263.
- Barnett, "Historical Sociology and Constructivism", en Stephen Hobden & John M Hobson, *Historical Sociology in International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 99-119.
- Bayart, Jean-François ed., *La Greffe de l'État*, Paris, Karthala, 1996, 408 p.
- Benigno, Francesco, "Braudel in America ovvero le radici lunghe del presente", *Contemporanea* Vol. 6, N. 3, 2005, pp. 554-558.
- Bentley, Jerry H, "The Task of World History" en Bentley, Jerry H ed., *The Oxford Handbook of World History*, Oxford, Oxford University Press, 2012, pp. 1-22.
- Bentley, Michael, "Theories of World History since the Enlightenment", en *Ibid*, pp. 30-55.
- Bergesen, Albert, "The Critique of World-System Theory: Class Relations or Division of Labor?" *Sociological Theory*, Vol. 2, N. 1, (1984), pp. 47-65.
- Black, Jeremy, *Rethinking Military History*, Londres, Routledge, 2004, 272 p.
- Bobbio, Norberto, *La Teoría de las Formas de Gobierno en el Pensamiento Político*, 2a edición, traducción de José Fernández Santillán, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, 193 p.
- Bossuet, Jacques-Benigne, *Discours sur l'Histoire Universelle, à Monseigneur le Dauphin, pour expliquer la suite de la religion et les changements des Empires*, Paris, Institut National de la Langue Française, 2006, 247 p.

- Brandon, Pepjin, *War, Capital and the Dutch State 1588-1795*, 2da edición, Chicago, Haymarket Books, 2016, 476 p.
- Braude, Richard, "Review Essay: How the West Came to Rule", *Capital & Class* Vol. 40, N. 1, 2017, pp. 181-188.
- Braudel, Fernand, *La Dynamique du Capitalisme*, Paris, Flammarion, 2014, 112 p.
- Brenner, Robert, "Agrarian Class Structure and Economic Development in Pre-Industrial Europe", *Past & Present*, Vol. 12, N. 70, 1976, pp. 30-75.
- Brenner, Robert, "The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism", *New Left Review* 1era época, n. 108, 1977, pp. 25-92.
- Brenner, Robert, *Merchants and Revolution: London Overseas Merchants*, Princeton, Princeton University Press, 1993, 734 p.
- Brenner, Robert, "Bourgeois Revolution and Transition to Capitalism", en Beier EL, Cannadine David & Rosenheim JM eds., *The First Modern Society: Essays in English History in Honour of Lawrence Stone*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 271-305.
- Brenner, Robert, *The Economics of Global Turbulence*, Londres y Nueva York, Verso, 2006, 369 p.
- Brenner, Robert, "From Theory to history: The European Dynamic or feudalism to capitalism?" in John Hall & Ralph Schroeder eds., *An Anatomy of Power: The Social Theory of Michael Mann*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 189-232.
- Buck-Morss, Susan, *Hegel, Haiti and Universal History*, Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 2009, 164 p.
- Burawoy, Michael "Two Methods in Search of Science", *Theory and Society*, Vol. 18 Num. 6, 1989
- Burns, Timothy & Frost, Brian Paul, *Philosophy, History and Tyranny: Reexamining the Debate between Leo Strauss and Alexandre Kojève*, Albany, SUNY Press, 2016, 380 p.
- Callinicos, Alex, "Review: Considerations on Western Marxism", *International Socialist Journal* N. 99, 1977, pp.
- de Certeau, Michel, "La operación historiográfica", en *La escritura de la historia*, Ciudad de México, Universidad Iberoamericana, 1999, pp. 67-118.
- Chase-Dunn, Christopher y Hall, Thomas, "World Systems and Modes of Production: Toward the Comparative Study of Transformations", *Humboldt Journal of Social Relations*, Vol. 18, N. 1, 1992, pp. 81-117.

Christian, David, "The Return of Universal History", *History and Theory*, Vol. 49, N. 2, 2010 pp. 6-27.

Christiansen, Flemming, "Arrighi's Adam Smith in Beijing: Engaging China", *Historical Materialism* Vol. 18, N. 1, 2010, pp. 110-129.

Collingwood, RG, *The Idea of History*, Oxford, Oxford University Press, 1994, 412 p.

Costello, Paul, *World Historians and Their Goals: Twentieth Century Answers to Modernism*, Dekalb, Northern Illinois University Press, 1992, 315 p.

Denemark, Robert and Thomas, Kenneth P, "The Brenner-Wallerstein Debate", *International Studies Quarterly*, Vol. 32, N. 1, 1988, pp. 47-65.

Deti, Tomasso, "L'avventura di ripensare il passato", *Contemporanea* Vol. 6, N. 3, 2003, pp. 549-553.

Elliot, Gregory, *Perry Anderson: The Merciless Laboratory of History*, Minneapolis y Londres, University of Minnesota Press, 1998, 340 p.

Elliot, Gregory, *Ends in Sight: Marx, Fukuyama, Hobsbawm, Anderson*, Londres, Pluto Press, 2008, 161 p.

Ertman, Thomas "State Formation and State Building in Europe", En Thomas Janoski, Robert R. Alford et al. (eds.) *The Handbook of Political Sociology - States, Civil Societies, and Globalization*, Cambridge: Cambridge University Press, 2005, pp. 367-383.

Fillafer, Franz L., "A World Connecting? From the unity of history to global history" *History and Theory* Vol. 56, N. 1, 2017, pp. 1-40.

Fukuyama, Francis, "The End of History?" *The National Interest* N. 16, 1989, pp. 3-18.

Fukuyama, Francis, *The End of History and the Last Man*, Segunda Edición, Nueva York, Free Press, 2006, 432 p.

Fukuyama, Francis, "Afterword to the 2006 Edition", *Ibid*, pp. 341-355.

Fukuyama, Francis, *America at the Crossroads: Democracy, Power, and the Neoconservative Legacy*, New Haven, Yale University Press, 2006, 226 p.

Fukuyama, Francis, "Reflections on The End of History: Five Years Later", *History and Theory* Vol. 34, No. 2, 1995, pp. 27-43.

Fukuyama, Francis, "Foreword", en Samuel Huntington, *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press, 2006.

Fukuyama, Francis, "Second Thoughts: The Last Man in a Bottle", *The National Interest*, 1999 pp. 19-33.

- Fukuyama, Francis, *The Origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*, Londres, Profile, 2012, 564 p.
- Fukuyama, Francis, *Political Order and Political Decay: From The Industrial Revolution to the Globalization of Democracy*, Nueva York, Farrar, Strauss & Giroux, 2014, 602 p.
- Fukuyama, Francis, *Our Posthuman Future: The Biotechnological Revolution and the Reconstitution of Social Order*, Nueva York, Picador, 2002, 288 p.
- Galtung, Johann, & Inayatullah, Sohail eds., *Macrohistory and Macrohistorians*, Praeger, Nueva York, 1997,
- Garst, Daniel, "Wallerstein and his critics", *Theory and Society* Vol. 14, N. 4, 1985, pp. 469-495.
- Gekas, Sakis, "Global history in the age of crisis: Metanarratives of material progress and the rise of Asia", *Historien* Vol. 13, 2013, pp. 8-17.
- Geyer, Michael, & Bright, Charles, "World History in a Global Age," *American Historical Review* 100, N. 4, 1995, pp. 1034-1060.
- Griggs, Tamara "Universal history from Counter-reformation to Enlightenment", *Modern Intellectual History*, Vol. 4, Num. 2, 2007, pp. 219-247.
- Goody, Jack, *The Development of the Family and Marriage in Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983, 308 p.
- Goody, Jack, *Capitalism and Modernity: The Great Debate*, Londres, Polity Press, 2004, 200 p.
- Gourevitch, Peter, "The International System and Regime Formation: A Critical Review of Anderson and Wallerstein", *Comparative Politics* Vol. 10, N. 3, 1978, pp. 419-438.
- Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America: Historical Studies of Chile and Brazil*, Nueva York, Monthly Review Press, 1967, 224 p.
- Harvey, David, "The Winding Paths of Capital: Interview with Giovanni Arrighi", en Francis Mulhern ed., *Lives on the Left*, Londres y Nueva York, Verso, pp. 334-365.
- Hechter, Michael, "Lineages of the Capitalist State", *American Journal of Sociology*, Vol. 82, N. 5, 1977, pp. 1057-1074.
- Hintze, Otto, *The Historical Essays of Otto Hintze*, traducción de Felix Gilbert, Oxford, Oxford University Press, 1975, 493 p.
- Hirst, Paul, "The Uniqueness of the West", *Economy and Society*, Vol. 4, Num. 4, 1975, pp. 446-475.
- Hitchens, Christopher, "What's Left?" *The Atlantic*, Marzo del 2006.

Hobsbawm, Eric, "Goodbye to All That", en Robin Blackburn ed., *After the Fall: Socialism after the Collapse of Communism*, Londres, Verso, 1992, pp. 115-122.

Hobson, John M "The Two Waves of Weberian Historical Sociology in International Relations", en Stephen Hobden & John M Hobson, *Historical Sociology in International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 63-81.

Hughes-Warrington, Marnie, "Writing World History", en David Christian ed., *The Cambridge World History Vol. 1: Introducing World History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, pp. 41-55.

Joas, Hans & Knöbl, *War in Social Thought: Hobbes to the present*, Princeton, Princeton University Press, 2013, 337 p.

Karatani, Kojin, *The Structure of World History: From Modes of Production to Modes of Exchange*, traducción del japonés de Michael K Bourdaughs, Durham y Londres, Duke University Press, 2014, 352 p.

Krätke, Michael R., "Marx and World History", *International Review of Social History*, Vol. 63 Num. 1, 2018, pp. 1-27.

van der Linden, Marcel, "Charles Tilly's Historical Sociology", *International Review of Social History* Vol. 54 N. 2, pp. 237-274.

Löwith, Karl, *Meaning in History*, Chicago, Chicago University Press, 1949, 266 p.

Lynn, John A, "Clio in Arms: The Role of the Military Variable in Shaping History", *The Journal of Military History* Vol. 55, N. 1, 1991, pp. 83-95.

Maione, Giuseppe "Fragilità dei modelli e profezie smentite" en *Contemporanea*, V. 6, N. 3, 2003, pp. 562-567.

Mann, Michael, "The Autonomous Power of the State: Its Origins, Mechanisms and Results", *European Journal of Sociology* Vol. 25, N. 2, 1984, pp. 185-213.

Mann, Michael, *Socialism can Survive: Social Change and the Labour Party*, Londres, Fabian Tract 502, 1985, 28 p.

Mann, Michael, *The Sources of Social Power Vol. 1: From the Beginning to AD 1760*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, 549 p.

Mann, Michael, *The Sources of Social Power Vol. 2: The Rise of Classes and Nation States 1760-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, 840 p.

Mann, Michael, *The Sources of Social Power Vol. 3: Global Empires and Revolutions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2012, 520 p.

Mann, Michael, "The Sources of Social Power Revisited: A response to Criticism", en John Hall & Ralph Schroeder eds., *An Anatomy of Power: The Social Theory of Michael Mann*, op. cit., pp. 343-396.

Mann, Michael, "Review Essay: Coercion, Capital and European States 990-1992", *American Journal of Sociology*, Vol. 96, No. 5. 1991, pp. 1260-1261.

Mann, Michael, "Letters", en *London Review of Books*, Vol. 9 N. 6, 1987.

Mann, Michael, "As the Twentieth Century Ages", *New Left Review* primera época, n. 214, 1995, pp. 104-124.

Manning, Patrick, *Navigating World History: Historians Create a Global Past*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2003, 425 p.

Mazlish, Bruce "Comparing global history to world history", *Journal of Interdisciplinary History* Vol. 28 N. 3, 1998, pp. 385-395.

McNeill, William, *The Rise of the West: A History of the Human Community*, 2da edición, Chicago, Chicago University Press, 1992, 862 p.

McNeill, William, "Review Essay: Coercion, Capital and European States 990-1992" *Journal of Modern History*, Vol. 64, N. 3, 1992, pp. 583-584.

McNeill, William, "The Changing Shape of World History", *History and Theory* Vol. 34 N. 2, 1995, pp. 8-26.

McNeill, William, *La Búsqueda del Poder: Tecnología, Fuerzas Armadas y Sociedad desde el Año 1000*, traducción de René Palacios, Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 1988, 450 p.

Meiksins Wood, Ellen, *The Pristine Culture of Capitalism: A Historical Essay on Old Regimes and Modern States*, 2da edición, Londres y Nueva York, Verso, 2015, 200 p.

Meiksins Wood, Ellen, *The Origins of Capitalism: A Longer View*, 2da edición, Londres y Nueva York, Verso, 2002, 213 p.

Merleau-Ponty, Maurice, *Signes*, Paris, Gallimard, 1960, 576 p.

Miliband, Ralph, "Political forms and Historical Materialism", *The Socialist Register*, Vol. 12, 1975, pp. 308-318.

Momigliano, Arnaldo, "Los orígenes de la historia universal" en de *Paganos, Judíos y Cristianos*, trad. De Stella Mastrangelo, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 56-98.

Negri, Toni & Hardt, Michael, *Empire*, Cambridge Mass., Harvard University Press, 2001, 468 p.

- Niethammer, Lutz, *Posthistoire: Has History Come to an End?*, traducción de Patrick Camiller, Londres y Nueva York, Verso, 1994, 176 p.
- Pomian, Krzysztof "World History, Histoire Mondiale, Histoire Universelle", *Le Débat*, Vol. 54, N. 2, 2009, pp. 14-40.
- Reifer, Tom, "Capital's Cartographer: Giovanni Arrighi 1937-2009" *New Left Review* II/60, 2009, pp. 118-130.
- Reifer, Tom, "Histories of the Present: Giovanni Arrighi and the Longue Durée of Historical Capitalism", en *Journal of World-Systems Research*, Vol. 15, N. 2, 2009, pp. 249-256.
- Roberts, Michael, "The Military Revolution 1560-1660", in Clifford Rogers ed., *The Military Revolution Debate*, Boulder, Westview Press, 1995, pp. 13-37.
- Runciman, WG, "Comparative Sociology or Narrative History?: A Note on the Methodology of Perry Anderson", *European Journal of Sociology*, Vol. 21 N. 1, 1980, pp. 162-178.
- Runciman, WG, "The Old Question", *London Review of Books* Vol. 9, N. 4, 1987, pp. 7-8.
- Sachsenmeier, Dominic, "The Evolution of World Histories", en David Christian ed., *The Cambridge World History Vol. 1: Introducing World History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2015, pp. 56-83.
- Saval, Nikil, "New Left Review: 1962-Present" *N + 1*, Num. 8, 2009.
- Skocpol, Theda, y Fulbrook, Mary, "Destined Pathways: The Historical Sociology of Perry Anderson", en Theda Skocpol ed., *Vision and Methodology in Historical Sociology*, Cambridge University Press, 1984, pp. 170-210.
- Skocpol, Theda, y Fulbrook, Mary, "From Antiquity to Late Capitalism: Four Reviews", *Journal of Development Studies* Num. 13 Vol. 3, 1977, pp. 190-207.
- Skocpol, Theda, Skocpol, "Wallerstein's World Capitalist System: A Theoretical and Historical Critique", *American Journal of Sociology*, Vol. 82 N. 5, 1977, pp. 1075-1090.
- Skocpol, Theda, "Bringing the State Back In: Strategies of Analysis in Current Research," in Skocpol, Theda; Rueschemeyer, Dietrich & Evans, Peter B, *Bringing the State Back In: Strategies of Analysis in Current Research*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 3-38.
- Skocpol, Theda, & Kestnbaum, Meyer, "War and the Development of Modern National States", *Sociological Forum*, Vol. 8 Num. 4, 1993, pp. 661-674.
- Skinner, Quentin ed., *The Return of Grand Theory in the Human Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, 215 p.
- Subrahmanyam, Sanjay, "On World Historians in the Sixteenth Century", *Representations* Vol. 91, N. 1, 2005, pp. 26-57.

Subrahmanyam, Sanjay, *Aux Origines de l'Histoire Globale : Leçon Inaugurale au Collège de France*, Paris, Fayard, 2014, 62 p.

Thomas, Keith, "Jumbo History" *New York Review of Books*, Vol 22, N. 6, 1975.

Thomas, Peter D, *The Gramscian Moment: Philosophy, Hegemony and Marxism*, Leiden, Brill, 2014, 478 p.

Thompson, Edward Palmer, "The Peculiarities of the English", *The Socialist Register*, Vol. 2, 1965, pp. 311-362.

Tilly, Charles ed., *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, 1975, 711 p.

Tilly, Charles, "Computers in Historical Analysis", Working Paper #74, *The Center for Research on Social Organization*, 1972

Tilly, Charles, *From Mobilization to Revolution*, Michigan, Addison-Wesley Publishers, 1978, 349 p.

Tilly, Charles, "War Making and State Making as Organized Crime" En Peter B Evans, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol, *Bringing the State Back In*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 169-191.

Tilly, Charles, *Capital, Coercion and European States 990-1992*, Londres, Blackwell, 1992, 269 p.

Tilly, Charles, *European Revolutions 1492-1992*, Londres, Blackwell, 1993, 262 p.

Tilly, Charles, *Big Structures, Large Processes, Huge Comparisons*, Nueva York, Russel Sage, 1984, 192 p.

Voltaire, *Abregé sur l'Histoire Universelle de Charlemagne jusques á Charles Quint*, La Haya, Imprimerie de Jean Neaulme, 1753, 366 p.

Wallerstein, Immanuel "How do we know class struggle when we see it? A reply to Ira Gerstein", *Critical Sociology*, 7 (2), 1977

Wallerstein, Immanuel, *El Moderno Sistema Mundo Volumen I: La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, traducción de Antonio Resines, Ciudad de México, Siglo XXI Editores, 1979, 580 p.

Wallerstein, Immanuel, *The Modern World-System II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750*, Berkeley y Los Angeles, University of California University Press, 2da edición, 2011, 370 p.

Wallerstein, Immanuel, "El debate en torno a la economía política de El Moderno Sistema Mundial", *Mundo Siglo XXI*, Vol. 24 N. 6, 2011, pp. 5-12.

Wallerstein, Immanuel, "The Rise and Future Demise of the World Capitalist System: Elements for Comparative Analysis", *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 16 N. 4, 1974, pp. 387-415.

Weinstein, Barbara, "History Without a Cause? Grand Narratives, World History, and the Postcolonial Dilemma", *International Review of Social History*, Vol. 50, N. 1, 2005, pp. 71-93.

Wickham, Chris, "Historical Materialism, Historical Sociology", *New Left Review* 1/171, 1988, pp. 63-78.

Wickham, Chris, *Medieval Europe*, New Haven y Londres, Yale University Press, 2016, 352 p.

Williams, Gregory P, "Interview with Immanuel Wallerstein: Retrospective on the Origins of World-Systems Analysis", *Journal of World Systems Research*, Vol. 19 N. 2, 2013, pp. 202-210.